

CLAUDIO ROSSI

EL ORO DE PALMIRA



QUINTILIUS

VIDA • ENTRE • REPUBLICA • E • IMPERIO

De la misión que ocupa al agrimensor Quintilio en el interior de Siria nadie debe saber nada, ni siquiera dentro de las filas del ejército, ni en Oriente ni en Roma. Es un encargo delicado que debe llevarse a cabo a cualquier precio, estas son las órdenes del Mando, que quizás vengan del mismísimo Marco Antonio.

Muchas son las dudas de Quintilio sobre la misión, e incluso, su ayudante en el que confía ciegamente, el astuto liberto Hicesio, apasionado falsificador de documentos, vacila ante las inesperadas dificultades que surgen a cada paso que dan. En cambio, el centurión que los manda, un tosco hombre de armas, no tiene dudas: «¡La misión es más importante que nosotros mismos! Si yo no puedo seguir, tú tendrás que continuar sin mí. Y si es necesario, seguirás sin ninguno de los que ahora están con nosotros. ¿Has comprendido? ¡Esas son las órdenes!».

Claudio Rossi es autor de numerosos ensayos sobre los antiguos asentamientos y centuriaciones romanas. La serie «Quintilio: vida entre República e Imperio» está ambientada entre los últimos años de César y los primeros de Augusto.

Claudio Rossi

El oro de Palmira

Quintilio: vida entre República e Imperio - 8

ePub r1.0
Titivillus 14-09-2023

Título original: *L’oro di Palmira*
Claudio Rossi, 2019
Traducción: Carlos Securun Sanz
Portada: Luca Tarlazzi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Aunque algunos acontecimientos y personajes se basan en hechos y figuras históricas, esta novela es, en su totalidad, una obra de ficción. Las expresiones y los diálogos de los protagonistas se basan en las características del personaje, y no tienen ninguna relación con hechos históricos y personas que existan o hayan existido.



El *Mare Nostrum* y Oriente en tiempos de César



Judea y Siria en tiempos de César

JERUSALEM

I.

Un legionario alto y enjuto nos indicó con el dedo índice que entráramos en el cubículo que servía de despacho del centurión. Alguien también dormía allí dentro, a juzgar por el penetrante olor a animal que se percibía, junto al de vino barato.

El centurión Cayo Osterio, un grandullón de barba hirsuta y enormes hombros que me sacaba una cabeza nos miraba como si fuéramos animales sarnosos.

—¿Conque tengo que encargarme de vosotros dos? ¿No me causaréis problemas, eh? —gruñó[1].

Su tono burlón me llenó de asombro. No tenía ni idea de a qué problemas se refería. Ni siquiera conocía a este centurión, era la primera vez que lo veía. El liberto griego Hicesio, mi ayudante, un delgado sesentón de tez oscura, se empequeñeció detrás de mí.

—Perdóname, centurión —le respondí con el respeto debido al grado—. No estamos al tanto de ningún problema. Soy el agrimensor Fausto Quintilio. ¿Estás seguro de que soy yo con quien quieres hablar?

—¡Tú tienes que ser un vago redomado! Eres de palabra fácil y sabes escurrirte como una anguila, ¡cuánta razón tenían! —dijo en un tono amenazador, golpeando rítmicamente el suelo con su vara de vid[2]—. Por esta vez, quiero dar por sentado que no sabes nada. Solo por esta vez, ¿queda claro? Y, por otro lado, vosotros dos solo sois estúpidos civiles y no podéis pretender que se os avise con antelación de todos los trabajos que hay que hacer. De hecho, no quiero ni imaginarme qué se les habrá ocurrido para poneros manos a la obra. ¿Quizás garabatear algún papiro?

Apartándome bruscamente con la mano, miró a Hicesio fijamente a la cara y luego lanzó una mirada de complicidad al hombre alto, al que yo había tomado por un ayudante, pero que, al observar mejor su uniforme gastado y sucio, comprendí que debía tratarse de un *optio*:

—¿Qué te parece, Bárico?

El interpelado hizo una mueca, como de alguien que, por un descuido, acabase de pisar alguna porquería:

—¡Solo inútiles, Osterio! ¡Los altos mandos pasan de nosotros, ya no hay consideración por los veteranos! Jamás habría pensado en encontrarme así, después de veinte años de servicio. ¡Nos envían toda la basura!

Me cuidé de no hacer comentarios: había servido varios años como topógrafo civil adscrito al Cuerpo de Ingenieros y sabía que con los oficiales había que tener cuidado con cada palabra que se dice y que, callado, se puede pasar por corto de entendederas, pero que al final es mejor. El liberto Hicesio, habiéndose achicado, también se guardó mucho de contestar.

—Calláis, ¿eh? ¡Bien, bien! Al menos sabéis reconocer quién manda aquí. Ya veréis cómo dentro de unas semanas habréis aprendido algo, aunque solo seáis civiles. Ahora largaos, ¡ya he visto que sois unos gandules! Los oficiales os llamarán cuando llegue el momento.

El *optio* Bárico nos señaló la puerta con un movimiento de cabeza. Su sonrisa burlona dejó ver un montón de dientes podridos.

Estaba claro que no íbamos a saber nada más de aquellos dos, y no era el momento de hacer preguntas.

En cuanto estuvimos en el patio le pregunté a Hicesio, tan desconcertado como yo:

—¿Tú crees que el centurión nos buscaba, precisamente, a nosotros dos?

Al griego, las ambiguas palabras que acababa de escuchar le habían ahondado las arrugas que ya surcaban su rostro:

—En un principio te diría que sí, pero no tenemos constancia de ningún trabajo a realizar, más allá del que nos pusieron como castigo. Tampoco hay ninguna señal de problemas en camino. Nadie nos ha dicho nada.

—De todos modos, ¡nosotros no somos unos holgazanes! —precisé—. Estamos al día con nuestro trabajo y, que yo sepa, no tenemos nada pendiente en la obra de la carretera.

—No creo que tenga nada que ver con el mantenimiento de la carretera. Esos dos oficiales no saben nada de la vía a Jaffa, debe ser otra cosa. Supongo que en el Mando habrán hablado de ponernos a hacer algún otro trabajo sin decirnos nada y el centurión solo quería vernos la cara.

—Ese Cayo Osterio parece alguien que se enciende por nada.

—Sí, Quintilio, tengo la impresión de que no le gustan los civiles y su ayudante, *optio* o lo que sea, ese hombre alto con los dientes podridos, me parece de la misma calaña.

Saliendo del Barís, el cuartel-fortaleza que limitaba con el gran templo de los judíos, hice una seña a los hombres de la guardia que estaban en armas junto al portón.

—Eso parece —concluí encaminándome hacia la ciudad vieja—. ¿Podrían interesarle a un centurión los baches de una carretera que nadie se ha molestado en reparar en veinte años?

—Quintilio, ese hombre tiene hombros fuertes y manos grandes, creo que sus argumentos son muy diferentes a los que estamos acostumbrados a tratar. Pero sabes que debido a nuestro problema…

—Claro, no te preocupes, ya verás como muy pronto volveremos a Roma. ¡No quiero verme envuelto en un trabajo complicado aquí, en Judea!

—El centurión ha mencionado algunas semanas de trabajo a sus órdenes.

—Desde luego, no me asustan unos cuantos días más de trabajo. La misión para la que nos enviaron a Judea ya la hemos cumplido. El papel que me hicieron rubricar, en el que estaba escrito que me reenganchaba, era solo una formalidad para el tesorero, para que pudiera pagarnos el *stipendium*.

—Me ha dado la impresión de que el centurión Osterio no está en absoluto familiarizado con los problemas de tesorería y trata a todo el mundo como indolentes auxiliares.

Ya estábamos en la muralla y para salir por la puerta de la ciudad tuve que levantar la tablilla de madera del salvoconducto por encima de la decena de cabezas de campesinos que aguardaban una señal de los guardias. Un legionario vio que no éramos judíos y me hizo un gesto con la cabeza para que pasáramos.

Mi posición y la del griego Hicesio, inscrito como mi ayudante, en Jerusalem, no estaba del todo exenta de riesgos. Pocos días antes, me habían interrogado sobre un atentado. Los oficiales me habían considerado reticente y mi posición era desagradablemente insegura.

Por eso me habían ordenado, como castigo, que supervisara los trabajos de mantenimiento de la deteriorada carretera que conducía a Jaffa, justo a las afueras de las murallas.

Tenía que comprobar que las reparaciones llevadas a cabo por un pícaro contratista local, un tal Yael, se habían realizado de forma profesional. Este contratista había proporcionado una docena de trabajadores y facilitaba los materiales necesarios —grava, arena y la roca apropiada para tallar los adoquines— con un par de carros y sus correspondientes jamelgos, pero solo cuando a él le convenía. El griego Hicesio y yo sospechábamos que lo que nos suministraba lo substraía de otra obra, cobrando por los mismos materiales al menos dos veces.

—¡Que Yael siempre nos tima está claro! En el número de viajes, en la cantidad de arena, en los trabajadores. ¡En todo!

El griego asintió, porque así se desprendía de su contabilidad:

—Cada carreta de arena y cada jornada de trabajo de sus indolentes esclavos es objeto de acaloradas discusiones y de interminables regateos. Este es un trabajo miserable del que nadie ha querido hacerse cargo hasta ahora.

—En cuanto se calmen los ánimos, nos sacarán de esta carretera, ¡y entonces nos iremos!

—No sé si podré ir a Roma, Quintilio. Ya sabes que mantengo el mismo asunto pendiente con el Erario del Estado; como liberto corro más riesgos que cualquier otro ciudadano.

Era una vieja deuda que no había sido saldada a su debido tiempo: un tribuno de aquella oficina esperaba un dinero en negro que Hicesio no le había pagado. Una situación que podría generar peligrosas represalias.

—Esta historia del Erario siempre está de por medio, ¡aparece de vez en cuando! Podrías quedarte en Roma solo unos meses, utilizar un nombre de conveniencia y ataviarte de forma distinta para ser menos reconocible. Con un poco de prudencia podrías volver a frecuentar las casas patricias y a tus amigos.

—Me lo estoy pensando, Quintilio. Yo iría encantado porque tengo numerosos amigos entre los patricios. He encontrado gente buena entre ellos, ya sabes que pagan bien por mis consejos y servicios como *argentarius*[3]. Pero lo que más echo de menos son los cenáculos literarios. En Thessalonica no tenemos grupos de hombres de letras y eruditos de tan alto nivel como los de Roma, por eso siempre me he encontrado tan bien en la Urbe.

—Escucha, Hicesio —miré a mi alrededor que nadie me estuviera espiando y bajé la voz—, a menudo mencionas que disponemos de un montón de dinero con el que no sabemos ni qué hacer. Hay que acabar con este viejo problema tuyo: ¿es posible que tú, que eres tan bueno resolviendo los problemas de los demás, no puedas tener una buena idea para resolver los tuyos? ¿Ni siquiera disponiendo del dinero necesario?

—Efectivamente, en el banco[4] que tenemos juntos hay mucho dinero, y ha crecido gracias a mi predisposición natural para estas cosas. Pero tú, Quintilio, estás reduciendo este asunto a algo demasiado simple, como si se tratase de una cerda que pudieras ir a comprar al mercado, pero por desgracia no es así. Aquí está involucrado el Erario del Estado. Además de dinero, se necesitan relaciones en las altas, qué digo, en las altísimas instancias.

Empleamos la milla que nos separaba de la obra charlando, y cuando casi habíamos llegado, vimos a los indolentes siervos sentados a la sombra de los

arbustos junto a la carretera: no habían empezado ni uno solo de los trabajos, y tampoco se veían carretas de arena o grava en los alrededores.

—Si agarro hoy a ese granuja de Yael, ¡te juro que le retuerzo el cuello! —se me escapó.

El griego meneó la cabeza:

—Es un verdadero castigo, ¡no hay duda!

Los sirvientes me vieron alterado y se apresuraron a fingir que estaban haciendo algo.

II.

Nos alojábamos en el Barís, un viejo cuartel que el ejército había arrebatado a los judíos que también alojaba a la guarnición romana; colindaba con el muro perimetral de su gran Templo. Se había adaptado para albergar a seiscientos legionarios, agolpados en estrechos e incómodos dormitorios.

Ya era de noche cuando, tras terminar la jornada en la obra, Hicesio y yo regresamos y volvimos a sumergirnos en el tibio hedor a sudor, orina, madera antigua y polvo de la vieja estructura.

En la planta baja estaban los cuartitos de los centuriones, así como un pequeño establo para los caballos del comandante y de un par de oficiales superiores. El patio para las concentraciones ocupaba la parte central del edificio.

Hicesio y yo habíamos conseguido una diminuta habitación en la primera planta, al final de un pasillo donde se encontraban las dependencias de los oficiales. Se había convertido en nuestro estudio topográfico: el furriel nos había facilitado un tablón construido con unas cuantas tablas de madera bien cepilladas y que habíamos sujetado al muro con clavos y trozos de cuero. Cuando no lo necesitábamos para trabajar, le colgábamos en vertical para tener más espacio.

El centurión Terencio, ayudante del tribuno Condiano, comandante del fuerte, vino a buscarnos a nuestro cuartito a la hora de ir a la cantina:

—El tribuno quiere veros a los dos. Llevad con vosotros las tablillas enceradas, seguro que tendréis que escribir algo en ellas.

El extraño diálogo de la mañana con el centurión nos había anticipado que se estaba preparando algo y no nos sorprendió la llamada.

El tribuno Condiano tenía su despacho en la primera planta, en la otra ala del cuartel; a pesar del alto cargo que ostentaba era de apariencia anónima y de baja estatura, se le podría calificar como un funcionario de poca importancia, y todo el mundo sabía que para poder hablar con sus interlocutores y permanecer a su misma altura, había hecho recortar las patas del taburete que había frente al escritorio.

—¿Avanzan las obras en la carretera? —preguntó con brusquedad, sin levantar la mirada de la hoja de papiro en la que estaba haciendo correcciones con cálamo y tinta.

—Desde luego, tribuno. Por desgracia, la carretera está en un estado que no puede ser peor: no se construyó correctamente ni se reparó cuando fue necesario, antes de acabar así. Ni siquiera hay un subsuelo, simplemente con que los carros produzcan unos cuantos baches se forman unas zanjas que…

—¡Espero que no vayas a quejarte ante mí de tu trabajo, agrimensor! —y me fulminó levantando los ojos del escritorio, haciendo un gesto al ordenanza para que nos dejara solos.

—No, tribuno. Es que hay trabajos que a primera vista…

—¡Nosotros, los romanos, no estaríamos aquí, en Judea, si permitiéramos que unos cuantos baches nos obstaculizaran el camino!

Asentí sin atreverme a responderle, y el oficial me indicó con el dedo que me sentara en el taburete frente a la mesa; el liberto Hicesio se colocó prudentemente detrás de mí.

—Nuestro dictador César no miró los baches cuando dio un gobierno a Siria y puso en su lugar a ese canalla de Cecilio Baso. ¡Ya sabrás que aún no hemos terminado con ese maldito traidor!

—No, tribuno, solo me ocupo de la agrimensura.

El oficial meneó la cabeza:

—Vosotros, los del Cuerpo de Ingenieros, solo os interesáis en lo que os conviene. Cecilio Baso es un bastardo pompeyano que, además de fomentar una revuelta en toda regla en Siria, ¡incluso ha hecho tratos con esos canallas de los partos! Tras la muerte del dictador César, nuestro gobernador Cayo Casio Longino ha recuperado el control de la región y le ha otorgado el perdón. Ahora nadie sabe dónde se ha escondido, y se sospecha que pueda estar en aquellas regiones que aún no hemos ocupado, al este de Damasco. Lugares que solo son guaridas de bandoleros que asaltan caravanas y matan mercaderes. ¡Y ahora, además de a los saqueadores tenemos a estos desertores!

Se detuvo un instante para buscar algo en un fajo de hojas que estaban sobre el escritorio.

—Te he mandado llamar, agrimensor, porque tenemos un trabajo que debe iniciarse de inmediato. Termina pronto lo que estás haciendo y en los próximos días pasarás a una nueva tarea.

—¿Puedo saber de qué se trata, tribuno?

—No sé exactamente qué hay que hacer: algunas medidas viales, por lo que he entendido. Iréis como civiles y no se os debe escapar ni una palabra con nadie, ni siquiera aquí dentro: el ejército no debe aparecer nunca.

—¿Y se sabe dónde tenemos que ir?

—Os lo explicará el legado Curvo. ¡Tenéis orden de mantener esta operación en absoluto secreto! ¿He sido claro?

Asentí:

—¿Tendremos que ponernos a las órdenes de algún oficial del Barís para esta operación?

—Estaréis a las órdenes del centurión Cayo Osterio y pasado mañana discutiréis los detalles con el legado Curvo, que está al mando de esta operación. ¡Ahora podéis retiraros!

Estaba poniendo la mano en el pomo de la puerta cuando oí el rítmico repiqueteo del cálamo del tribuno sobre la mesa y me giré.

—¡Ni una palabra! ¿Queda claro?

Bajamos la cabeza para indicar que lo habíamos entendido. Conocía al general Curvo, había sido él quien me había mandado a Judea el año anterior.

Esperamos llegar hasta el patio antes de hacer cualquier comentario:

—¡Por eso nos ha llamado el centurión Osterio! Si el tribuno Condiano y el general Curvo están juntos en esto, debe tratarse de algo importante.

—Esperemos que se trate de una operación breve —balbuceó el griego—. La presencia del tribuno Condiano podría significar que se trata de algo de interés para Judea, ya que, en última instancia, él manda esta guarnición. Pero si el general Curvo está involucrado, también podría ser de interés para Roma.

Si esta nueva misión implicaba campamentos legionarios y pernoctaciones en tiendas de *contubernium* haría todo lo posible para evitarle al griego un cansancio excesivo. Se acercaba a la sesentena, ya no era un niño, y era importante que estuviera en condiciones para ayudarme. Sobresalía en matemáticas y geometría, ciencias necesarias para asistirme en la topografía y los dibujos. A veces, sin embargo, como suele ocurrir con las mentes que se mueven por encima del rebaño, por así decirlo, era poco práctico en asuntos triviales que un chico de la calle habría resuelto en un instante. Yo era hábil en mi arte de agrimensor, y con mi pragmatismo suplía sus carencias.

—He tenido la impresión —me trajo de vuelta a la realidad el griego—, de que el tribuno Condiano no sabe de qué debemos ocuparnos.

—Sí, está claro que no sabe nada de la nueva misión. Incluso lo ha dicho, es una misión comandada por el general Curvo. Pero si está al mando de un oficial que no está destinado aquí, difícilmente afectará a Jerusalem.

—Eso sí, ya nos han sacado del trabajo en la carretera de Jaffa.

—Sí, nos ha ordenado acabar con los últimos trabajos, pero antes me gustaría hablar con el centurión Osterio. No quiero pasar a otras tareas ¡y que

me acusen de robar un puñado de sestercios!

—¿Acaso temes que nos reclamen el dinero que el contratista está robando al Mando?

—No quiero pasar por un ladrón, ¡y mucho menos que nadie pueda murmurar a mis espaldas!

A la mañana siguiente, Hicesio y yo nos presentamos ante el centurión Osterio y comenzamos a explicarle, con la debida cautela dado su temperamento colérico, todos nuestros recelos sobre las cuentas de la reparación de la carretera.

El centurión estaba atareado con otras cosas y se molestó con nuestras peticiones:

—Vosotros dos, ¡escuchadme! Ahora no tengo tiempo para atender vuestras historias de carretas de tierra. Presentaos esta noche a la hora duodécima y explicádselo al *optio* Bárico. Hoy le comentaré algo, ya os aclararéis con él.

—Este asunto con el contratista Yael se está convirtiendo en un verdadero fastidio —concluyó Hicesio mientras nos dirigíamos a la cantina.

—Desde luego, algo muy desagradable. Pero, por otro lado, ¿qué más podríamos hacer? ¿Te das cuenta de que nos arriesgamos a quedar como ladrones?

—Por desgracia, Quintilio. Todo este trabajo que nos han encomendado a modo de castigo es una completa desgracia. Esta noche tendremos que dar la cara porque yo tampoco quiero darme a conocer como un contable deshonesto que roba al ejército.

La jornada en la obra fue larga y cargada de improperios, pero por la tarde, a la hora duodécima, estábamos frente a la puerta del cubículo del centurión.

El ordenanza nos hizo pasar de inmediato y, para asombro nuestro, vimos que el contratista Yael, un irritante personajillo, también había sido convocado y estaba sentado frente al escritorio, con los ojos escupiendo veneno. Imaginé que el *optio* Bárico había recibido instrucciones de llevar el estúpido asunto a una rápida conclusión.

Respiré profundamente y comencé con las explicaciones:

—*Optio*, pronto tendremos que pasar a otro destino y me gustaría cerrar las cuentas de la obra de la carretera para que no me culpen de los desperfectos. De eso se trata, tenemos faltas en el número de días que trabajan

los siervos y en las carretas de arena y grava. ¡Y se trata, precisamente, de los siervos y de los materiales suministrados por el aquí presente Yael!

El contratista, rencoroso y cargado de veneno como una serpiente, sin duda acostumbrado a ser acusado de hurtos, se revolvió y abrió los ojos con fingida sorpresa, como si no fuera consciente de por qué había sido llamado. Pero su reacción fue instantánea y nos maldijo sin ningún tipo de miramiento:

—¡Ojalá vuestro Mercurio haga que os parta un rayo! ¿Teníais que venir desde Roma, inútiles civiles, para quitarle el pan de la boca a mi familia inventándoos descubiertos y hurtos?

—Yael, te equivocas —le contestó Hicesio mostrando la sonrisa más conciliadora del mundo—. Nuestras cuentas son correctas, mira, están aquí en esta tablilla encerada, lo tenemos todo escrito. Por ejemplo, las once carretas de arena que marcaste en la jornada de ayer, nunca fueron entregadas en nuestra obra. Tal vez las llevaste a otro lugar.

—Creo que sabes muy bien a dónde las has llevado —elevé el tono—, ¡aunque nos las estés cobrando!

—¡Vosotros sois dos malditos ladrones! —arremetió el contratista—. ¡Y perjuros romanos, e idólatras para colmo! —Por último, para completar su actuación, se dirigió directamente al *optio*—: ¡Tus escribanos son unos auténticos sinvergüenzas, Bárico!

Y fue así cómo descubrí, con inmensa sorpresa, que el contratista llamaba al *optio* por su nombre, como si fueran viejos amigos.

—¡Se inventan historias para sacarme un diezmo del poco dinero que me paga tu Mando! —concluyó.

Me quedé boquiabierto ante la vil acusación y el *optio* nos miró fijamente, con desprecio, dando a entender que creía en lo que decía ese embustero.

Nos hizo un gesto de mal augurio con la mano, a mí y al griego:

—No tenía ninguna duda de que vosotros dos me causaríais problemas, pero de verdad, ¡esto no me lo esperaba!

Y mientras yo me ponía rojo por la vergüenza y la humillación, incapaz de hallar una buena respuesta, el *optio* zanjó la controversia:

—¡Largaos de aquí! ¡Sois una banda de granujas!

III.

Dos días más tarde, tal como se nos había anunciado, nos llamaron para hablar con el general Curvo.

—¡Que pasen esos dos! —dijo una voz desde el interior del despacho, y Octavio Pupio, un suboficial delgado e incluso demacrado que actuaba como ayudante del general, nos hizo una señal para que nos moviéramos. El despacho era minúsculo, como todas las estancias del Barís, sacrificadas para que cada oficial tuviera su propio espacio.

—Puedes dejarnos solos, Octavio —dijo el general, indicándole la puerta también al escriba habitualmente encargado de tomar apuntes, que estaba en un rincón con su fajo de papiros.

El general, un hombre delgado de entre cincuenta y sesenta años bien parecido y de ojos vivaces, en cuanto oyó que la puerta se cerraba a nuestras espaldas y estando los dos aún de pie frente a la mesa, desenrolló un pergamino con un mapa dibujado y fue directo al grano.

—Ni una palabra debe salir de este despacho y vosotros dos tenéis órdenes de no hablar del asunto con nadie. Cuando haya algo que discutir lo haremos alrededor de esta mesa. ¿He sido claro? ¿También para ti, liberto?

Hicesio y yo asentimos.

—Esta región que podéis ver tan mal trazada en este pergamino es el interior de Siria. Se trata de una región que no es fácil de reconocer en el mapa porque está poco poblada, no hay muchas carreteras y las aldeas son insignificantes, con nombres desconocidos que nadie puede recordar. Estas marcas que veis aquí —el oficial indicó con su cálamo unos minúsculos garabatos—, son los pozos de agua. En esas regiones, los pozos son más importantes que sus malolientes aldeas.

Mi mirada se dirigió hacia la ciudad de Damasco, indicada por algunas casas y altas torres, y poco después reconocí también Antioquía y la carretera que bordeaba la costa.

—Sé que el tribuno Condiano os habló anteayer.

—Sí, nos ha explicado que es necesario mantener el secreto debido a la presencia de sediciosos en la región, pero no detalló cuáles serán nuestras tareas.

—Comprendo, no es algo que se pueda explicar en dos palabras. —El general se acercó a la ventana que daba al patio interior que utilizábamos para las concentraciones y permaneció unos instantes en silencio, sopesando lo que iba a decirnos—: Deberás actualizar este mapa añadiendo la ubicación de los pozos y la distancia entre un pozo y el siguiente. Necesitamos saber exactamente cuántas millas hay que recorrer para llegar de un pozo al otro. Sabemos que los pozos no escasean, pero los exploradores nos han dicho que no son todos iguales. Estamos pensando en el ejército: cuando nos movemos, tenemos muchos hombres y muchos animales de carga o caballos. En esa zona el agua escasea y los pozos que utilizan las caravanas que solo tienen veinte camellos y una docena de hombres, a menudo son insuficientes para nosotros.

—Entiendo, general. Soy muy consciente de los problemas que plantea el acuartelamiento de grandes tropas o de la caballería. En definitiva, se trata de realizar el censo de los pozos y medir tramos de carretera de veinte o treinta millas cada uno, lo que suele corresponder a una jornada de marcha.

—Sí… algo así. Pero yo también pensaba en algo más. Supongo que querrás saberlo para pensar en los instrumentos que vas a necesitar.

—Eso es, general. Tendremos que preparar todo lo que haga falta y habrá que formar algún ayudante que me eche una mano.

—¡No tendrás ningún ayudante! Nadie tendrá que saber lo que estamos haciendo. Solo tú y tu liberto conoceréis las órdenes. Todos los hombres que vayan con vosotros deberán permanecer absolutamente al margen. ¿Os queda claro esto?

Asentimos con la cabeza.

—Es importante que nadie os vea utilizar ninguno de vuestros instrumentos de agrimensor. Cualquiera que vea una groma o una dioptra y a unos agrimensores trabajando se dará cuenta de que se está preparando algo, y no queremos que corra la voz. Por lo tanto, no podréis llevar instrumentos abultados y reconocibles. ¿Crees que serás capaz de medir distancias sin que nadie te vea?

—Claro, solo necesito contar los pasos de un hombre o de un caballo, entiendo que lo que os hace falta no es un levantamiento topográfico para registrarlo en algún *Tabularium*[5].

Al general no le hizo gracia el chiste.

—A nosotros nos interesa saber cómo están las cosas y no ser descubiertos. Esos lugares podrían convertirse en peligrosos para los romanos que vayan por ahí metiendo las narices con excesiva curiosidad.

Mientras se mondaba las uñas con un cálamo nuevo, y con una indiferencia que no hubiera engañado a nadie, añadió:

—¿Podrías dibujar el mapa de una ciudad?

—Por supuesto general, ¡he dibujado unos cuantos!

—¿Cuánto tiempo tardarías en dibujar el mapa de una ciudad… no demasiado grande?

—¿Una ciudad del tamaño, por ejemplo, de Jaffa?

—Sí… de ese tamaño, y seguramente no más grande.

—Depende de cuántas calles haya y del número de edificios. Es importante tener claro el nivel de detalle necesario: si queréis que aparezcan todas las casas y todas las calles, sin saltarse ni una sola, como comprenderéis no es algo que pueda tomarse a la ligera, necesitaré cierto número de ayudantes.

—Nada de eso, agrimensor, nosotros somos el ejército, lo que nos importa son los aspectos generales, por ejemplo, si hay ríos, cuántas carreteras entran y salen… Nos interesan las fortificaciones y las obras militares, solo faltaría eso, ¡que nos ocupáramos de los civiles!

Estaba claro que no era necesario un trabajo demasiado esmerado; por lo visto querían un estudio rápido que tendría la virtud de mantenerme ocupado durante tan solo unos pocos días y me permitiría regresar antes a Roma.

—Entiendo, general. Si no importan las viviendas de los civiles, quedan por hacer el dibujo de las murallas, las puertas de la ciudad y señalar la posición de los cuarteles y de los puentes, si los hay. Estas son las cosas que normalmente os interesan.

El general asintió:

—Sí, algo no demasiado riguroso, solo para tener una idea de los lugares. ¿Y cuántos días necesitarías?

—¿Grande como Jaffa? —Pensé que el perímetro era de poco más de una milla y que un dibujo para uso militar era una cuestión menor.

—Cinco o seis días, diría yo, si el liberto Hicesio me puede ayudar haciendo algunos cálculos. Está claro que solo es una conjetura, luego hay que verlo sobre la marcha.

—A nosotros solo nos interesa la información que suele ser útil para las operaciones militares. —Se quedó unos instantes observando nuestros desconcertados rostros antes de continuar—. Ahora pasemos a otro asunto. Creo recordar que tu liberto es experto en hacer cálculos, que ha estado contigo antes en otras misiones con esta misma función.

—Es cierto, general —le respondió Hicesio—. Desde hace más de veinte años, trabajo para las necesidades del Cuerpo de Ingenieros o del ejército, haciendo centuriaciones para veteranos y para obras hidráulicas. Los cálculos permiten reducir parte del trabajo y obtener resultados, incluso sin realizar demasiadas mediciones en persona.

—¡Esto es lo que nos hace falta en esta misión! Ayudarás al agrimensor con algunos cálculos, ya que no podréis tender libremente vuestras cuerdas con nudos ni dejar que os vean con gromas y ayudantes plantando estacas. Es necesario que esta expedición de la que estamos hablando nunca pueda relacionarse con el ejército, y lo mejor para conseguirlo es ocultarla como si fuera otra cosa. No recuerdo quién, pero alguien me había comentado que, en una ocasión, os disfrazasteis de *argentarii* o algo parecido.

—De hecho, mi ayudante, el liberto Hicesio, ha sido el ayudante de un *argentarius* durante unos años —le mentí. El griego era él mismo un *argentarius*, inscrito en el *collegium*[6] de Rávena—. Conoce muy bien el oficio. Supongo que bastará con fingir que regateamos algo para pasar desapercibidos mientras realizamos nuestras mediciones.

—Supongo que sí. Pero nadie debe descubrir nunca qué estáis haciendo en esos lugares, porque si os descubrieran podrían mataros y ya no tendríamos los mapas que nos interesan. Por eso he pensado que la expedición debería disfrazarse de caravana de mercaderes.

A continuación, se dirigió a Hicesio:

—Si te damos una túnica adecuada y te acicalamos un poco, podrías pasar por un rico mercader, o por un *argentarius* griego o judío. ¿Crees que serías capaz de hacerlo?

—Por supuesto, general. He trabajado a menudo con *argentarii*, y no creo que tenga ninguna dificultad en hacerme pasar por uno de ellos.

—¡No tenía la menor duda! Podrías hacerte pasar fácilmente por un mercader, y para dar veracidad a tu oficio te proporcionaremos una pequeña caravana, como a cualquier mercader que se precie. Así podrás moverte por la región sin llamar demasiado la atención. Nos han dicho que las únicas mercancías que justifican el viaje por esos parajes son el oro o las especias que llegan desde el Mar de Arabia a través de las tierras de los nabateos.

El rostro del griego se relajó por un instante:

—Seguramente habréis evaluado que puede ser una excelente tapadera. Pero teniendo en cuenta los escasos beneficios que ha ofrecido el mercado del oro en los últimos años, para montar una pequeña caravana de manera creíble habrá que invertir cierta cantidad de capital.

El general asintió con cierta satisfacción:

—Sabía que se necesitaría cierta cantidad de dinero para dotar la expedición de cierta credibilidad, y en los próximos días podrás comentárselo a Concesio Félix, el tesorero de la guarnición, con quien estamos evaluando los costes de la operación. Tendrás que preparar lo necesario para darle un aspecto verídico a esta ficción, y ya puedo decirte, a grandes rasgos, cómo pensamos proceder.

Había coincidido con Concesio Félix unas cuantas veces: era el funcionario que nos pagaba el *stipendium*, un tipo alto y corpulento habitualmente vestido de civil, incluso en el cuartel, que debía ser amante de la buena comida y el lujo. Con nosotros, los subalternos, era mezquino y tacaño, un verdadero canalla, sin embargo era lógico que hubieran puesto a un oficial con alma de usurero al frente de los denarios del ejército.

Mientras Hicesio asentía, el general continuaba con sus explicaciones:

—Nunca deberá trascender que el ejército ha financiado esta misión.

—Entiendo, general, pero por otro lado yo… quiero decir, el mercader, deberá disponer de una suma importante.

—Es lógico, y es la tarea que te quiero encomendar esta tarde: ¡empieza a estudiar cómo se podría financiar una expedición comercial sin utilizar los fondos del ejército!

—Pero ¿nosotros tendremos que regresar de verdad con oro? —le pregunté al general Curvo para confirmar sus explicaciones un poco confusas.

—Este es un aspecto importante. Es necesario que haya cierta cantidad de oro al final de vuestra misión comercial. Aquí estamos en Oriente, la gente habla y cada uno de estos pícaros debe ser considerado como un espía. Si no hubiera un movimiento de oro creíble, relacionado con las distancias a recorrer y el compromiso del comerciante que financia la caravana, la operación quedaría al descubierto de inmediato.

—Sin más rodeos, general —concluí— la parte comercial debe ser veraz para cubrir mis mediciones.

—¡Has comprendido el espíritu de la operación, agrimensor! Pero aún tengo una pregunta para el griego —y le señaló a Hicesio con dos dedos—. ¿Qué implica la compra de oro fuera del control de la república?

—No es algo difícil —contestó con naturalidad, mostrando que dominaba el tema—. Estos judíos comercian de forma constante con los pueblos vecinos, aunque no se encuentren precisamente en estado de paz, y el oro es la base del comercio. Cuando no pueden equilibrar las cuentas entre las mercancías que compran y las que venden, al ser el trueque la base del

comercio, los judíos utilizan sin problema dracmas egipcias, denarios romanos u oro acuñado. A veces incluso se intercambia oro en lingotes: generalmente en forma de bastones fundidos en un molde, más o menos del tamaño de uno de los cálamos de bronce que tienes en la mesa.

—Bien, griego, veo que sabes de lo que hablas. Vuestra misión deberá ser, en esencia, una auténtica misión comercial, en la que haya un comercio real, y se obtenga un beneficio a favor del mercader que ha montado la operación.

—Pero ¿con qué debemos comprar ese oro? Necesitaremos bienes de gran valor para comerciar y, desde luego, ¡no podremos utilizar monedas de oro! —intervine.

—Bueno, ¡tampoco podréis utilizar monedas de plata! ¿Qué utilizan los comerciantes en sus negocios para comprar oro? Tendremos que pensar cuáles son esos bienes, y partiréis con un cargamento que se convertirá en metal precioso. Ya le he pedido a Concesio Félix que nos eche una mano con el aspecto económico, así que tú, griego, tendrás que discutir con él todos los asuntos de dinero en los próximos días. Concesio es un hombre muy escrupuloso y pulcro en su oficio, y esto quizás sea un obstáculo para lo que tenemos que hacer. Pero tú eres griego y tienes conocimientos del oficio de *argentarius*, estoy seguro de que sabrás poner en marcha la operación.

El general tocó una campanilla de bronce y su ayudante, el enjuto y espigado Octavio Pupio, se asomó para dar paso a un ordenanza con una jarra y unas copas en una bandeja cubierta con un paño. En cuanto dejó la bandeja, el general le hizo una señal a Octavio para que volviera a cerrar la puerta. Estaba seguro de que el ayudante estaba encargado de vigilar el exterior del despacho mientras nosotros conversábamos.

Continuamos analizando la misión mientras picábamos unos trocitos de queso de cabra con pan mojado en aceite de oliva. Por último, pasamos a hablar de la parte que me correspondería a mí, la de las mediciones.

—Por tanto, general, tendré que tomar las mediciones necesarias y transcribirlas en un mapa sin llamar demasiado la atención.

—Nunca deberás dejarte ver, ni siquiera por nuestros hombres que formarán parte de la caravana. El centurión está informado de que haréis algo que le podría extrañar; tendrá órdenes de seguiros la corriente, pero ni siquiera él estará al corriente del propósito final de la misión. He pensado que ciertos trabajos, como los cálculos o los dibujos, podrían confundirse con las actividades habituales del jefe de la caravana.

—Entiendo: nadie prestará especial atención si garabateamos los registros de la mercancía —asintió Hicesio.

—Yo no estaría tan seguro de eso —intervine—, ¡incluso un legionario ignorante sabe distinguir un mapa de un libro de cuentas!

—Es cierto, agrimensor, pero todavía estamos en la fase de preparación y quedan muchos detalles sin concretar. Tendremos más reuniones y tu tarea, de momento, es pensar en cómo podemos llevar a cabo estas mediciones sin utilizar instrumentos engorrosos. El trabajo del griego, en cambio, es averiguar qué necesita la caravana y definir el aspecto financiero con nuestro tesorero Concesio Félix. Ya te he apartado de ese trabajo en la carretera de Jaffa y a partir de ahora trabajarás a tiempo completo en este proyecto mío.

Por fin nos levantamos, la reunión había terminado. Antes de llegar a la puerta, el general levantó el dedo índice para recordarnos:

—¡Se os ordena mantener el secreto! ¡No hablaréis de esto con nadie, ni siquiera con los oficiales! Solo me informaréis de esta misión a mí, y a nadie más. ¡Recordadlo!

IV.

—¿En qué clase de trampa nos quieren meter? Como somos civiles… —le dije al griego cuando por fin estuvimos solos en nuestro cuartito.

—Deberías estar satisfecho, Quintilio. Para empezar, nos sacan de esa carretera de la que, creo, tú también estás harto.

—Pero vayamos al grano, ¿tú has entendido lo que quieren hacer? ¿Y a dónde nos quieren enviar?

—El general no ha sido nada claro sobre el propósito de la misión. Ha hablado de medir distancias entre pozos: se trata, por tanto, de un camino que atraviesa zonas desérticas, quizás ni siquiera en Judea. Hay muchos caminos que tienen problemas para recorrerlos de un pozo a otro, y varios se hallan en el interior de Siria.

Los leves ruidos nocturnos del gran cuartel se desvanecían a poco a poco, y los murmullos de las centurias de hombres que se dirigían a sus catres se sumaban al zumbido lejano que llegaba de la ciudad.

—Quería señalarte otra cosa, Quintilio: he escuchado atentamente todo lo que nos ha explicado el general, pero he tenido la impresión de que, a veces, sus palabras sonaban desafinadas, como un cántaro agrietado.

—También he tenido yo esa impresión: el general no ha sido del todo convincente, me ha parecido reticente en más de un punto. ¿Tú qué crees que quieren hacer?

—Quintilio, lo comprendería hasta una niña —sonrió el griego—. Pero, claro, tú eres un agrimensor, no una niña. El Mando Militar quiere ampliar los confines de la república hacia el este, ocupando las tierras de los nabateos. Supongo que es por ese inagotable deseo de acercarse al reino de los partos y sus detestables gobernantes y cortarles las garras. Si no tuvieran que desplazar legiones, nunca nos habrían pedido que midiéramos las etapas diarias y comprobáramos el estado de los pozos.

—Nunca entenderé los insensatos deseos de nuestros comandantes. A saber lo que verán en las áridas tierras de esos pérfidos ovejeros.

—Ven el poder, Quintilio. El poder que deriva del prestigio de someter a pueblos extranjeros y lejanos e imperios casi desconocidos. Marco Antonio ya ha asumido muchos de los cargos que eran de nuestro dictador César, y ahora quiere el poder absoluto.

Aquella noche hablamos largo y tendido sobre los propósitos de la nueva misión, pero la información de la que disponíamos era aún insuficiente.

—De una cosa estoy seguro —dijo el griego en voz baja mientras el candil proyectaba grandes sombras con su llama bailarina—. Para que la expedición sea verosímil desde una perspectiva comercial, la cantidad de oro a comprar deberá ser considerable.

—¡No me sorprende! Mover una caravana con animales de carga, guardias y sirvientes, tiene sus costes. En cierto modo es como una expedición por mar, y que yo sepa mover naves onerarias conlleva unos costes enormes.

—No es exactamente lo mismo. En el caso del transporte marítimo está de por medio el enorme valor de la nave, que se pone en riesgo por los caprichos del mar.

—Es posible. ¿Has pensado en cómo podríamos llevar a cabo nuestras mediciones sin instrumentos de agrimensura?

—No creo que sea posible, Quintilio. El general lo ha dicho muy claro, no podremos dejar que nos vean con gromas, dioptras o chorobates. Pero es evidente que para dibujar un mapa que pueda tener alguna credibilidad, tendremos que utilizar alguna herramienta. Tomaremos las distancias por pasos, pero para darle contenido a un mapa necesitamos más que eso.

—Eso era lo que estaba pensando. Si el trazado de la carretera fuera recto, deberíamos sencillamente tomar nota a lo largo de una línea recta de la posición de los pozos y algunas aldeas, si las hubiera, y ahí se acabaría todo. Pero aquí se trata de un camino transitado por caravanas, un sendero, nada que ver con nuestras vías consulares. Me imagino que abundarán las curvas en torno a obstáculos naturales como montañas o barrancos. Un mapa poco menos que inútil, el general ya lo tiene en ese pergamino. Si ahora se hace un nuevo mapa, debe mostrar los principales desvíos del recorrido y la posición de las montañas, a derecha e izquierda de la ruta de la caravana.

—Has sido claro, Quintilio. La dioptra sería el instrumento ideal para establecer la posición exacta de las montañas, y una vez que hayamos registrado la posición de cinco o seis cimas como si fueran *termini*[7] de una centuriación, las curvas del camino, los pozos y las aldeas podrían dibujarse también con muy poco esfuerzo.

—Exactamente. Es un método que nos consentiría entregar un documento adecuado para operaciones militares. Pero nunca podríamos llevarnos una dioptra. Es un instrumento pesado y engorroso, y cualquiera se daría cuenta de lo que estamos haciendo, ya que se requiere mucho tiempo para medir los

ángulos. Además, en un territorio desconocido, ni tú ni yo podríamos separarnos de los soldados para realizar los relieves.

El dilema no era ciertamente de fácil solución, tanto que de tanto pensar me quedé dormido.

Y me pareció que apenas había transcurrido un instante, cuando me despertó el sonido del triángulo de hierro que hacía de alarma. Se hizo eco de pronto el crujido de las sandalias de una centuria de hombres que tomaban sus posiciones en el patio ante las órdenes gritadas por un centurión. Algo grave debía de haber sucedido en la ciudad, porque mientras la centuria salía a toda prisa, el triángulo insistía con su timbre en reunir más hombres.

Miré desde el ventanuco que daba al patio de armas y vi en las ventanas otros rostros confundidos como el mío. El tribuno Condiano y el centurión Labieno estaban concentrados en dar órdenes a la segunda centuria que, pocos instantes después, siguió a la primera.

Bajé al patio delantero para observar lo que ocurría: el centurión estaba desplegando la guardia destinada a vigilar tanto el interior como el exterior del Barís, como si estuviéramos esperando un ataque. Me vio: normalmente era amable con nosotros, los civiles, pero esta vez parecía fuera de sí y me detuvo con tono áspero:

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes nada que hacer?

—He visto algo de movimiento y le estaba preguntando al guardia qué está pasando —le expliqué, casi disculpándome.

—¡Agrimensor, no te entrometas en cosas que no te conciernen! ¡Ya hay oficiales para eso!

—A la orden, centurión —y me retiré. Hicesio, desde la ventana, me estaba haciendo señas con la mano.

—Acabo de enterarme de qué ha pasado por un legionario de la cantina —me dijo unos instantes después, delatando un atisbo de nerviosismo—. ¡Antípatro ha sido asesinado! Dicen que ha sido envenenado.

Herodes Antípatro era el procurador de Judea, y había sido nombrado por César. Posiblemente un levantamiento estaba a la vuelta de la esquina, por eso se habían desplegado tropas fuera de la guarnición.

V.

Nadie sabía lo que había detrás de la muerte de Antípatro y, por prudencia, permanecimos encerrados en el Barís durante unos días. Solo cuando los oficiales concedieron de nuevo permisos a los legionarios, decidí acercarme a la ciudad vieja para reunirme con un experto artesano.

La breve escapada no estuvo exenta de sorpresas, como le expliqué a Hicesio a mi regreso:

—He estado hablando con Zacarías, tú también lo conoces, el que construye instrumentos para cirujanos y agrimensores.

—Sí, el bueno de Zacarías, lo recuerdo. Nos dio un goniómetro que te servía para reproducir los datos en los mapas.

—El mismo. Estaba saliendo de su taller por entre las callejuelas de la ciudad vieja cuando me topé con el *optio* Bárico. Creo que me estaba siguiendo: debía tener órdenes del centurión Osterio de vigilarme, y se dirigió a mí con una retahíla de insultos.

—Ese hombre no nos soporta, posiblemente odie a todos los civiles. Pero, en definitiva, ¿qué te ha dicho?

—Cuando me lo he encontrado de frente se me ha escapado, bromeando, una frase: «*Optio, ¿acaso me estás siguiendo?*». Se lo he dicho con una sonrisa, y quería invitarle a un vaso de vino en una taberna para reconciliarnos, ya que tenemos que ir juntos a una misión.

—Podía ser una buena idea, Quintilio. ¿Y en cambio?

—Me ha plantado el índice en el pecho y con rencor me ha echado la bronca, a tres dedos de la cara: «Joven, ¡tú te crees que puedes burlarte de mí porque te codeas con los oficiales! ¿Qué te piensas, que no lo sé? Pero te equivocas, ¡siempre he tenido la última palabra con listillos como tú!». Puede que me haya equivocado con alguna palabra, ¡pero esta ha sido su perorata!

—Una amenaza más que una perorata. ¿Y dices que te estaba siguiendo?

—Esa impresión me ha dado: el *optio* no es alguien que pierda el tiempo dando vueltas por la ciudad. El centurión debe haberlo enviado. No confían en nosotros, los civiles. Quieren saber todo lo que hacemos y con quién hablamos.

El griego reflexionó durante unos instantes:

—Es posible, Quintilio. Ten en cuenta también el asunto del asesinato de Antípatro, que ha puesto de los nervios a todo el mundo. Tal vez el *optio* no pueda soportar que nosotros, los civiles de a pie, pasemos de él. También mencionó algo en este sentido la primera vez que le vimos, cuando se le escapó que sus superiores ya no le tienen ningún respeto porque le están dando lo peor de la guarnición.

—Lamento que empecemos una misión, aunque sea corta, con tan malos humos. ¿Crees que podemos arreglarlo?

—No, no creo que se pueda hacer nada. No es la primera vez que, siendo civiles, tenemos problemas con los oficiales con los que trabajamos. Pero por muy malhumorado que esté el *optio* con nosotros, tendrá que cumplir las órdenes, y será el propio centurión Osterio quien lo mantenga a raya porque no puede arriesgarse a que los malos humos comprometan la misión.

—¡A mí me parece que el centurión Osterio también nos desprecia!

—Puede que también desprecie a los civiles, pero es de la vieja guardia y sin duda conoce bien sus deberes. Si le ponen al frente de la tropa en una misión importante, es evidente que es un hombre con méritos. Pero vamos al grano, ¿has hecho algo con Zacarías?

—Sí, le he encargado un goniómetro. El general nos ordenó que no utilizáramos ningún instrumento voluminoso porque equivaldría a confesar a todo el mundo que estamos haciendo mediciones para el ejército, pero se me ocurrió que, acoplando un sencillísimo visor a un pequeño goniómetro, seguro que podríamos detectar la posición de algunas de las montañas que permanecen visibles desde el camino durante largos tramos. Sería muy útil que formaran parte del mapa, aunque solo fuera para darle al dibujo un encuadramiento geométrico.

—Entiendo lo que quieres hacer, pero solo sacarías algo aproximado, poco más que un dibujo a mano alzada.

—Puede ser, pero si tenemos suerte y hay una decena de cimas de montañas visibles desde una gran distancia, algunas mediciones aproximadas podrían ser mejor que nada.

—Un goniómetro con visor… como una dioptra simplificada. Los caldeos lo utilizaban en la época de Alejandro Magno para medir los movimientos de las estrellas.

—Estará listo pasado mañana, y también tengo una idea de dónde esconderlo.

En ese instante, aunque ya era de noche, el asistente Octavio Pupio, con un candil en la mano, entró en nuestro cuartito:

—Quintilio, el general Curvo quiere verte ahora.

Era una hora inusual, tal vez hubiera alguna noticia sobre nuestra misión: así que salí detrás del ordenanza por los estrechos y oscuros pasillos del Barís.

El general seguía en su mesa de trabajo iluminada por unos candiles; a su lado estaba el tribuno Condiano, el comandante de la guarnición, que sin mediar palabra me indicó con la mano que me sentara.

—Me han informado —comenzó el tribuno—, de que hay en el cuartel un *optio* con el que mantienes una relación de amistad y que ya ha realizado expediciones peligrosas contigo.

—Es cierto, tribuno. El *optio* Arrio es un buen amigo mío y ha sido trasladado aquí recientemente. Estuvimos juntos en una peligrosa expedición hace unos años.

Arrio era un poco mayor que yo.

Le envidiaba porque era un hombre guapo, que habría podido tener mucho éxito con las mujeres, pero había llevado una vida desordenada y solo había entrado en vereda después de unos meses en prisión. Me pareció que no era conveniente explicarles a los oficiales que nos habíamos hecho amigos en la prisión Mamertina, donde nos habían encerrado en la misma celda.

—Entiendo, por la forma en que lo cuentas, que te llevabas bien con ese suboficial.

—Nos ayudamos mutuamente y cumplimos con la tarea que se nos había asignado.

—A nosotros nos consta que es un pendenciero que causa problemas donde quiera que esté. En los registros de la unidad pone que su nombramiento como *optio* se debió a la necesidad de proporcionarle un legionario cualquiera a un centurión, no porque se lo mereciera. Y como *optio*, ciertamente, no se ha distinguido.

No me pareció la descripción exacta de Arrio. Comprendí que me habían convocado porque estaban hablando de la formación de la unidad que participaría en la misión.

—El *optio* Arrio no es uno de esos hombres que coleccionan *phalerae*[8] —me sentí obligado a responder—. Viene del Cuerpo de Ingenieros, hace unos años estaba en el pequeño destacamento que mantiene el puente de barcas sobre el Po, cerca de Placentia. Es un buen carpintero, no un combatiente.

El general Curvo estaba jugueteando con esas pinzas de bronce que se utilizan para sacar la mecha de las lámparas de aceite, y se decidió a hablar:

—Agrimensor, tendréis que hacer un trabajo en el que se necesita gente que sepa arreglárselas por su cuenta y no guerreros. Por eso estamos considerando a los hombres del Cuerpo de Ingenieros, aunque no tengan demasiadas luces. Tú ya has realizado para Roma, para el Mando Militar de la Urbe, misiones parecidas, de las que requieren cierta capacidad de adaptación, como los trabajos para los que has sido enviado a Judea. Serás el responsable del resultado de esta misión, ¡aunque solo seas un civil!

—No tengo oficiales a los que recurrir en esta misión —le recordó el tribuno Condiano—. ¿Quién estará al mando de la unidad?

—He nombrado al centurión Cayo Osterio que contará con algún voluntario como tropa. Es el hombre idóneo: tiene pulso y autoridad, es capaz de mantener unidos incluso a los perezosos.

—Formarás parte de una unidad de gente experta —continuó el general dirigiéndose a mí—. ¿Estás seguro de que podrás mantener a raya a tu amigo *optio*?

—También tendrás que controlar al liberto, el griego —añadió Condiano —. ¡Sabemos que es un viejo bribón capaz de mil tretas! Corren rumores sobre él.

Mientras en mi mente aumentaba la confusión, se me escapó:

—Pero, en definitiva, ¿queda confirmado que se trata de tomar esas medidas de las que hablamos hace tres días?

—Sí, precisamente estamos hablando del personal que irá a la misión. ¿Has hablado de esto con alguien que no sea el griego?

—No, no he hablado de ello con nadie, me ordenaron mantener el secreto.

—Procura que no se te escape nada. Si alguien se va de la lengua, ¡toda la operación saltará por los aires! Se trata de un asunto importante.

—¿Y se puede saber a dónde vamos?

El general se quedó pensativo un momento:

—A Apamea. ¿Sabes dónde está?

Negué con la cabeza, nunca había oído nombrar ese lugar. Pero el general había dudado al pronunciar ese nombre, tal vez se lo hubiera inventado sobre la marcha.

—Estad preparados, partiréis dentro de pocos días.

—Estaré listo, general. El griego también.

De todos los cabos sueltos de la conversación, comprendí una cosa: no me lo estaban contando todo.

VI.

—¡Dónde te has metido, Hicesio, te he estado buscando por todo el cuartel! ¡Cuando te necesito, nunca estás ahí! Aquí está la lista de lo que hay que comprobar.

—Había venido a buscarme el secretario del general, el huesudo Octavio Pupio, para que fuese a hablar con el tesorero Concesio Félix. Ahora mismo acabo de salir de su despacho.

—¿Y qué quería el tesorero?

—Tenía que hablarme de ciertos detalles de nuestra expedición, a estas alturas ya tenemos prácticamente todo definido. En algunas cosas ha sido muy vago, ni siquiera ha respondido a mis preguntas. Me ha dicho que nos lo contarán todo cuando llegue el momento. Está claro que nadie quiere hablar de esta operación. Pero en pocas palabras —y aquí su voz se convirtió en un susurro—, tendremos esclavos para cambiarlos por oro.

—¿Esclavos? ¿Qué significa eso?

—Significa que el tesorero Concesio no me ha dado dinero para convertirlo en mercancías. Solo el centurión dispondrá de dinero para las provisiones de la unidad; a nosotros nos darán esclavos que venderemos en nuestro lugar de destino para conseguir oro a cambio.

—Pero ¿qué embrollo es este? Ni siquiera sabemos a dónde tenemos que ir, ¿y encima nos toca vender esclavos? Entonces, ¿no se puede sacar ningún provecho de todas esas historias descabaladas que me cuentas por la noche sobre cambiar oro por monedas o notas de crédito, sobre los intereses de los *argentarii*, sobre permutas y pérdidas en su elaboración?

—Quintilio, siempre tienes una forma muy desagradable de denigrar mis argucias, pero claro, no podía ser de otro modo, ya que tú eres un agrimensor.

—Cómo no, Hicesio. En mi mundo, una milla son mil pasos, y por mucha palabrería que emplees, ¡no puedes alargarla, como te gustaría hacer con el oro!

El griego meneó la cabeza:

—Tu punto de vista en materia financiera ha quedado suficientemente claro. El caso es que partiremos en tres días y saldremos rápidamente de esta ciudad, que después del asesinato de Antípatro no me parece muy tranquila. Pero que sepas que he hecho algo bueno: el tesorero me ha dado un buen fajo

de papeles, cartas y documentos usados que tenía en su despacho y que guardaba para encender la chimenea. Serán de gran utilidad para darme la credibilidad que necesita un hombre de negocios.

—¡Ah!, muy bien, papel para prender el fuego… —y me ahorré cualquier otro comentario.

—Como te comentaba —continuó el griego—, el centurión recibirá cierta cantidad para los gastos de la caravana, así que al final no nos mandan del todo sin dinero.

—¿Para comprar un puñado de escanda habrá que pedírselo a él?

—Yo también he pensado lo mismo que tú, Quintilio, pero nada nos impide llevar nuestro propio dinero. Al menos para las emergencias.

Meneé la cabeza, decepcionado: la expedición estaba dando sus primeros pasos entre demasiadas incertidumbres.

Pasé el resto del día preparando mis cosas: al no tener que cargar con instrumentos pesados, metí en el zurrón de cuero una túnica y una capa, un paquete de hojas de papiro nuevas, una docena de cálamos y un frasco de bronce provisto de tapón en el que guardaba la tinta. Hicesio hizo lo propio y, finalmente, fuimos a comprobar el trabajo que el guarnicionero del cuartel había realizado en una silla de montar: tensando el cuero que cubría el acolchado, se levantaba una lengüeta y se descubría una hendidura creada con una gubia en el armazón de madera que formaba la parte delantera de la silla: el goniómetro de bronce cabía cómodamente ahí dentro, protegido por una hoja de papiro doblada varias veces. Al final del trabajo, allí también podría esconder un pequeño mapa bien doblado.

Por la noche nos dedicamos a contar las millas y los días que nos separaban de Apamea, la rica ciudad del norte de Siria que el general había nombrado.

—He hablado con un oficial que conoce bien Judea y Siria: la ruta más corta pasa por Turris[9], asciende por la carretera de la costa y en Cesarea ad Libanum corta hacia el interior para llegar a la ciudad de Apamea. No son menos de cuatrocientas treinta millas.

—Es mucho más de lo que pensaba. ¿Y cuánto tiempo se tarda en recorrerlas?

—Es una estación favorable, no hace calor y la carretera de la costa está en excelentes condiciones. Nos llevará una quincena de días. Ya he calculado que, entre traslados y reconocimientos, teniendo en cuenta las tareas que nos ha descrito el general, la misión podría completarse en unos cuarenta días.

—Quizás, Quintilio. Pero, desde luego, ya sabes que aquí en Oriente el tiempo discurre de forma diferente que en Italia y los días suelen ser más largos.

—Las millas son las que son, Hicesio. Todas por carreteras a lo largo de las cuales encontraremos nuestras fortalezas, aduanas y campamentos legionarios. Puede que nos lleve tiempo, claro está, siempre sucede lo mismo. Ya verás cómo mañana por la noche sabremos más, Arrio se encargará: él estará con la tropa y se enterará de todo.

Nos encontramos en la plaza justo antes del amanecer, somnolientos y con mucho frío. Había una quincena de soldados alineados, seis asnos cargados con el equipo habitual para acampar y un par de caballos. El de Hicesio lo había pedido yo en vista de que ya no era un chaval, el otro nos lo habían asignado por necesidades de servicio.

—Esta debe ser nuestra tropa —susurró Hicesio—. Pocos hombres, me parece a mí. Además, diría que se trata de borrachos o de completos inútiles.

—Habían hablado de voluntarios. ¡A estos los habrán sacado de alguna taberna de mala muerte!

—Tal vez de alguna cárcel, Quintilio.

Los hombres presentaban un estado calamitoso: algunos tenían las cotas de malla completamente oxidadas, de un color terroso, y no había dos con la misma vestimenta. Uno de ellos, incluso, llevaba en un brazo vendas ensangrentadas y aplicadas descuidadamente Por último, apareció el centurión Cayo Osterio. Estaba de tan mal humor que, en cuanto un soldado le pidió salir de la fila para ir a orinar, quizás con un tono desacertado, le dio un puñetazo tal que lo tiró al suelo.

Arrio me hacía señas que yo no lograba entender, pero estábamos alineados esperando al general Curvo y no era cuestión de salirse de la fila. Cuando finalmente el oficial bajó al patio, fue solo para hablar brevemente con el centurión, quien, al cabo de unos instantes, dio la señal: el *optio* Bárico mandó abrir el portón que daba a la calle y nos pusimos en marcha.

Salimos así del Barís sin ninguna ceremonia, ni siquiera una palabra del general o el saludo de la guardia desplegada.

Tampoco había ningún indicio de un sacrificio de buen augurio, ¡como si fuéramos simples labradores que salen a arar un campo!

Era una pésima manera de empezar una expedición. En otras ocasiones había aprendido, para mi desgracia, lo que significa partir sin el favor de los

dioses. Me esforcé por guardar silencio ya que el centurión no era una persona con la que se pudiera discutir libremente, sobre todo cuando estaba de mal humor.

No pude evitar fijarme en que los hombres no se habían inmutado al ver que la misión se ponía en marcha de aquella manera; por lo visto, debían de ser gente poco respetuosa con los dioses.

Hicesio estaba a mi lado, tenía frío y llevaba a su caballo por las riendas, como es costumbre en la ciudad.

—¿Ves algo que tenga que ver con esos esclavos tuyos de los que te habían hablado? —le pregunté.

—No veo nada por el estilo, Quintilio. Tal vez se unan a nosotros más tarde.

—¡Esta es la expedición del misterio, lo que faltaba! ¡Apenas sabemos lo que tenemos que hacer!

—No cabe duda de que se trata de algo que se está llevando a cabo en gran secreto.

—Silencio, par de imbéciles. ¡O voy a tener que acercarme hasta allí! —La áspera voz del *optio* Bárico, que cerraba la columna, llegó hasta nosotros.

Las sorpresas comenzaron cuando aún teníamos las murallas del Barís a la vista: en lugar de tomar la carretera del oeste, que llevaba a Jaffa, nos desviaron por la del este, que llevaba al valle del Jordán.

Ese camino ya lo habíamos tomado otras veces, lo conocíamos y no podíamos equivocarnos.

A una milla fuera de las murallas, el centurión ordenó que se interrumpiera el paso y pudimos marchar más libremente. Arrio me flanqueó y yo, tratando de no llamar la atención, le pregunté:

—¿Tú sabes a dónde nos llevan?

—Desde luego, no vamos a Jaffa, pero el centurión tiene consigo a un par de hombres que conocen los lugares, verás qué pronto sabremos a dónde vamos.

—¿Por qué me hacías señas en el patio de armas?

—Todavía no te has dado cuenta, pero tenemos a un viejo conocido con nosotros.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y quién es?

—Lo verás en la primera parada, fíjate en quién lleva los burros, en la parte de atrás de la columna.

—Y esta tropa, ¿de dónde viene?

—No son nuestros legionarios, son mercenarios alistados en la calle. Tienen su propio decano, es un tal Valerio Rogato, cuando nos detengamos podrás hablar con él.

A la hora quinta, cuando estábamos a punto de adentrarnos entre los frutales y las huertas del valle del Jordán, nos detuvimos en un pozo para saciar la sed y abrevar a los animales.

Fue entonces cuando vi una cara conocida que se me había escapado por la mañana:

—Pez, ¿tú también eres de los nuestros?

No pude resistirme y abracé al achaparrado legionario Pez, que se ocupaba de los animales de carga y olía peor que ellos: era un treintañero fornido y bien plantado, buen soldado, que se distinguía, incluso de lejos, por sus orejas de soplillo.

—¡Qué alegría verte de nuevo, Quintilio! ¡Y he visto que el griego está también contigo! —y también le dio un abrazo a Hicesio.

—¿Cómo has acabado en esta expedición, Pez?

—¡No he tenido que hacer nada especial! Siempre me toca ocuparme de los animales de carga, ya sabes que ese es mi trabajo. Mi unidad fue desplegada en Judea el año pasado, yo estaba de servicio en Turris. Necesitaban un hombre que tuviera experiencia con los animales de carga y capaz de herrar, así que me han enviado aquí. Debe tratarse de un viaje bastante largo.

—Ya, bastante largo, supongo, si necesitamos volver a herrar a los animales. Esta noche, cuando acampemos, podremos hablar con más libertad. ¡Me alegro de verte con buena salud!

—Y yo a vosotros y a Arrio, ¡se os ve a todos bien!

Cuando reanudamos la marcha, pensé que me alegraba de volver a ver a Pez, un hombre de pocas palabras que había estado con Arrio y conmigo en una expedición un par de años atrás. Había guardado un buen recuerdo de él: era un soldado práctico y servicial, alguien con quien podría contar; sabía que él también se apoyaría y confiaría en Arrio y en mí, cuando le hiciera falta.

Sin embargo, otra cosa muy distinta era la tropa: mercenarios, como me había señalado Arrio. Las breves frases en voz baja que intercambiaban de vez en cuando entre ellos y las miradas de soslayo que se dirigían, dejaban entrever escasa disciplina y una entrega aún menor a las reglas del ejército.

El tribuno Condiano, afortunadamente, había compensado ese problema poniendo al mando al centurión Osterio, un hombre severo cuya cabeza

superaba en altura al resto de la tropa, y su arrogante *optio*, figuras capaces de mantener a raya incluso a una unidad maltrecha como esta.

Pasamos la noche en un establo al otro lado del río Jordán y, a primera hora de la mañana, después de apagar los fuegos y cargar los asnos, cuando estábamos listos para partir, el centurión reunió a los hombres para darles las órdenes del día:

—La nuestra es una misión importante, debe llevarse a cabo en absoluto secreto. No podréis hablar de ello con nadie, ni durante el viaje, ni después de regresar a Jerusalem.

Se oyó entre los hombres el murmullo de algunos comentarios.

—¡El primero que se vaya de la lengua tendrá que vérselas conmigo! Y para que no os confundáis innecesariamente, os adelanto que voy a aplicar las leyes de guerra porque vamos a salir de los confines de Judea. ¿Queda claro?

Arrio estaba cerca de mí, y le susurré:

—¿Y qué quiere hacer con las leyes de guerra? ¿Convertir en valientes legionarios a estos borrachines?

—Quintilio, la ley de guerra la entienden hasta los borrachos: quien se equivoque será decapitado al instante. ¡No habrá ni penas menores ni juicio!

—¡Si tienes alguna pregunta —oí de la desagradable voz del *optio* Bárico —, tendrás que preguntármelo a mí, agrimensor! ¡La ley de guerra también se te aplicará a ti!

Me quedé petrificado y ni siquiera me volví a mirarle.

VII.

El traslado nos llevó ocho largos días por un camino, una polvorienta ruta de caravanas beduinas sería más exacto llamarla, que se dirigía al norte. La vía no estaba muy transitada y una vez que abandonamos el valle del Jordán nos adentramos en una región montañosa, árida y casi completamente deshabitada. El centurión Osterio contaba con dos guías experimentados que nos llevaban de un pozo a otro, minimizando la incomodidad del viaje. Por la noche se preparaba un campamento legionario, a veces fuera de la vista del camino. El centurión debía de tener órdenes estrictas de no dejarse ver, o así lo pensamos cuando vimos que se negaba a alojarnos en las raras barracas del ejército de Antípatro que custodiaban los límites orientales de Judea.

—Nos dirigimos hacia Bostra —susurró Arrio una noche junto al fuego—. Es una aldea que se encuentra a cien millas del Valle del Jordán, en una región casi desierta. Me lo ha dicho uno de los guías.

—¿Estamos fuera de Judea?

—Claro, hace tiempo que estamos fuera de las fronteras de Judea. Este pueblo, Bostra, está en las tierras de los nabateos.

—Quién sabe a dónde nos llevan, Quintilio —comentó Hicesio—. No solo no sabemos a dónde vamos, sino que ni siquiera sabemos por dónde debemos empezar a medir el recorrido de la carretera. Hace tiempo que no veo nuestros miliarios.

Aquella noche me decidí y, una vez montado el campamento y repartidos los turnos de guardia, me dirigí al centurión Osterio:

—Centurión, ¿no tendrás por casualidad órdenes escritas para mí?

Me miró con severidad, incrédulo y perplejo al mismo tiempo:

—¿Qué quieres, que te den tus tareas por escrito? ¿Acaso ya has olvidado lo que te ordenaron hacer?

—No, es que no nos han dicho…

—¿Y qué tenían que decirte? ¿Qué sois? ¿Una cuadrilla de comadres que van al mercado?

Consideré oportuno no insistir, y con cuidado de evitar al *optio* Bárico, al que no quería dar motivos para meterse de nuevo conmigo, fui a instalarme bajo un lienzo de tela cerca del griego Hicesio, para pasar allí la noche.

—¡Ni siquiera sabemos lo que tenemos que hacer! —le susurré—. El general había mencionado algo de unas fortificaciones, ¡pero alguien tendrá que decirnos cuáles son!

—El centurión Osterio tiene órdenes de llevarnos a un lugar concreto, creo que de momento es mejor que guardemos silencio y le dejemos actuar.

Cada vez más perplejos por lo extraño de la misión, decidimos permanecer a la espera de los acontecimientos como el resto de los hombres de la unidad, acostumbrados a recibir órdenes, incluso las más insólitas, sin cuestionarlas.

Pero ya estábamos próximos a descubrir los objetivos de la expedición y a la mañana siguiente, desmontando el campamento que habíamos levantado en una desolada hondonada, a poca distancia de la aún más desierta ruta caravanera, el centurión Osterio nos reunió para darnos las órdenes:

—¡Legionarios, debéis quitaros los uniformes militares y la cota de malla, y poneros las túnicas que se usan en estos lugares!

—¿Y de dónde sacamos esas túnicas, centurión? —El que había hablado era un tal Rutilio, un mercenario de unos treinta años con una sonrisa cautivadora, y del que ya había notado que sabía imponerse a sus compañeros —. ¡No tengo ropa de civil conmigo!

—¡Cállate, sinvergüenza! —le respondió el *optio* Bárico—. ¡Las túnicas las tenemos nosotros! Pez, desata ese fardo del primer burro: allí hay ropa para todos, y también unos cuantos pares de sandalias, ¡porque quien tenga las cáligas en buen estado, tendrá que entregarlas!

—¡No quieren que por las huellas de las cáligas se sepa que somos una unidad militar en marcha! —susurró Arrio.

—Los *gladii*[10] los meteréis en esta cesta —continuó graznando Bárico —. El *pugio* podéis quedároslo, pero tendréis que esconderlo bajo la túnica.

Las cotas de malla y las armas fueron cargadas en dos asnos y de pronto tuvimos el aspecto de un *contubernium* de bandidos.

Al atardecer, Bostra ya estaba a la vista, y mientras disfrutábamos de la comida fresca que pudimos comprar en una posada, el centurión Osterio nos hizo parar y esperar a que oscureciera.

—Cruzaremos la localidad de noche, como una anónima caravana de mercaderes —anunció entre el estupor general.

Para prevenir las protestas, el *optio* Bárico se había colocado detrás de todos, armado con un cayado de pastor que había sustituido al de la bola de bronce[11].

De Bostra, una sucia aldea de barracas de barro que cruzamos por una carretera cubierta de estiércol seco, solo disfrutamos los humos de la sopa que se cocinaba en los fogones de las casas.

Montamos el campamento a última hora de la noche, unas pocas millas más allá del pueblo. Fue un campamento raro, instalado en el ensanchamiento de un arroyo, seco desde el amanecer de los tiempos, donde cada mínimo ruido producía un eco. Dormimos unas horas envueltos en nuestras capas, rascándonos constantemente porque la ropa usada que nos había proporcionado el centurión estaba infestada de pulgas.

Un par de días más tarde entramos en una región espectral sembrada de rocas negras, a veces tan altas como un hombre, que parecían los terrones de un campo arado, pero de tamaño ciclópeo. Había poquísima tierra, y la piedra negra, áspera y llena de burbujas, era similar a la que se ve en lugares donde aquella brota de la tierra, o del inframundo, según cuentan.

Incluso los hombres más valientes, entre ellos el tal Rutilio que parecía ser el cabecilla y un par de mercenarios que solían secundarle, se sentían intimidados: los vi, con los ojos desencajados, escudriñando de izquierda a derecha y mirando a sus espaldas, por si alguien cerraba la salida de aquel lugar infernal.

—Es una región que se extiende por una treintena de millas, la llaman Traconítide[12] —nos explicó Abgar, uno de los dos exploradores itureos que servían de guías, originario de esas tierras—. ¡Es un lugar infestado de saqueadores! Hace años, el ejército vino hasta aquí para intentar expulsarlos —sentenció, pero sus explicaciones no nos tranquilizaron.

Poco antes de oscurecer, en lugar de acampar para pasar la noche como de costumbre, el centurión nos reunió:

—Legionarios, estos lugares me gustan menos que a vosotros. Son frecuentados por bandidos y cuanto antes salgamos de aquí, mucho mejor. Esta noche habrá luna, así que en lugar de detenernos seguiremos marchando. Iremos a paso rápido y no pararemos hasta salir de este averno. Bárico, ¡que beban los hombres y animales y reparte las armas!

Cada uno cogió su *gladius* en silencio, se puso un centinela a caballo para que desde una mayor altura pudiera observar movimientos sospechosos a lo lejos y reanudamos la marcha.

—Nos detendremos dentro de veinte millas —añadió el centurión al dar la señal—, en un lugar seguro donde podremos comer y descansar durante unos días.

El sendero, de vez en cuando, se reducía a una senda de animales salvajes por la que no hubiera alcanzado a pasar ni una carreta, pero nadie se atrevió a quejarse; todos estábamos en buenas condiciones físicas y mantuvimos un ritmo rápido durante toda la noche. Se hicieron breves paradas para beber de los odres y comer un puñado de carne seca.

Durante el día tuve la oportunidad de ver mejor aquel lugar infernal: la región estaba desierta, las extensiones de árida roca negra se alternaban, de cuando en cuando, con pequeñas hondonadas en forma de cráter en las que una hierba achaparrada se alternaba con arbustos espinosos. En una de estas depresiones encontramos una charca donde los animales abrevaron mientras tres hombres, desde lo alto de las rocas cercanas, vigilaban los alrededores.

Los guías conocían bien esos lugares y al atardecer del segundo día, agotados por la larguísima marcha, dejamos, por fin, las extensiones de rocas negras, y entramos en una llanura desierta y estéril donde a duras penas las cabras hubieran encontrado algo que comer.

Acampamos en una hondonada de arena que antes había sido un río, y uno de los dos guías, junto al *optio* Bárico, fue enviado a comprar comida fresca a una aldea que debía estar a unas cuantas millas de distancia.

Permanecimos en el mismo lugar durante tres días, esperando algo. Los hombres se cansaron casi de inmediato del descanso forzoso; no tenían otra cosa que hacer que permanecer ocultos y habrían preferido beber vino en una taberna o pasar algunas horas en un burdel.

Al atardecer del tercer día, vimos llegar al campamento a unos diez hombres a caballo. Iban vestidos como beduinos, pero los caballos del ejército no habrían engañado a nadie: eran ellos los que el centurión Osterio estaba esperando.

En un lugar resguardado se asó un cabrito y, a última hora de la noche, nos convocaron a Hicesio y a mí a hablar en una tienda de *contubernium* que se había montado rápidamente.

Nos sorprendió muchísimo encontrar dentro, a la luz de unos candiles, al general Curvo y su huesudo ayudante Octavio Pupio, a quienes no habíamos reconocido disfrazados de beduinos.

—El centurión Osterio me ha informado de que no os ha visto nadie durante el viaje —dijo, sin rodeos—. Mañana llegarán los demás, pero esta noche discutiremos en detalle cuáles son vuestras tareas. —Hizo una señal con la cabeza a Octavio Pupio, que vigilara a los guardias fuera de la tienda, y abrió su mapa—: Poneos cómodos. ¡La misión comienza ahora! Os explicaré lo que tenéis que hacer…

VIII.

Al amanecer, el general Curvo y los hombres de la escolta partieron, regresando por donde habían venido.

—La operación es importante —susurró Hicesio—, de lo contrario no habría venido en persona, sin insignias, a impartirnos las últimas órdenes. Pero aún no se ha atrevido a decirnos el nombre del lugar al que nos quiere enviar.

—No, no lo ha dicho. Aquí solo hay nabateos o itureos. La tierra de los partos está demasiado lejos para una expedición como la nuestra, con pocos animales y suministros.

—El general no ha querido confiar en nadie: ha ordenado al centurión Osterio que nos conduzca a cierto lugar, y a nosotros, por separado, nos ha ordenado lo que debemos hacer ahí. Pero ahora está claro que lo que le interesa es el camino que va al reino de los partos. Cuando nos movamos será en dirección al Éufrates y a sus tierras.

—Puede ser, Hicesio. ¿Tú tienes claro de qué iba esa historia, cuando anoche habló de los embajadores? Yo asentí, confirmando que el asunto estaba claro para mí, pero quizás tuve demasiada prisa en contestarle.

—He podido seguir su alocución, Quintilio, pero me ha parecido que carecía de fuerza y argumentos válidos. Básicamente, el general dice que es normal tener que estudiar estas rutas caravaneras salvajes que atraviesan tierras desiertas en los confines de la república. Puede que en el futuro resulte necesario, por alguna razón, enviar embajadores a los nabateos. De hecho, es normal que los jefes de poblaciones colindantes tengan a veces esta necesidad.

—Sí, hasta aquí lo había pillado. ¿Es para los embajadores que debemos medir los caminos? ¡No lo creo! ¿O es para eso?

—Quintilio, el general ha argumentado que, si una de nuestras delegaciones de hombres distinguidos, generales o senadores enviados por Marco Antonio, cayera prisionera de algún pérfido rey extranjero, ¡se convertirían de inmediato en rehenes!

—Ahí está, ese es el pasaje que me resultaba oscuro.

—En esencia, el general considera que el trabajo de los embajadores con el rey de una tierra fronteriza puede ser más efectivo si estos pueden mostrar,

detrás de ellos, legiones que puedan intervenir borrando sus ciudades de la faz de la tierra.

—Yo no sé de qué hablarán los embajadores, griego, pero las estrategias del general me parecen muy complicadas. Tengo la impresión de que todo esto solo sirve para preparar el terreno a las legiones.

—Sí, es posible que así sea. Pero también se me ha ocurrido otra cosa. ¿Recuerdas lo que pasó con Sífax?

—No… no recuerdo a nadie con ese nombre.

—Ya decía yo, Quintilio, siempre olvido que eres tan solo un agrimensor. No es un hecho muy reciente, yo se lo enseñaba a los jóvenes hace unos cuarenta años, cuando era profesor. Sucedió en el año 498[13]: *vuestro* Escipión, al que habéis apodado *el Africano*, fingiendo que quería negociar, introdujo en el campamento de Sífax, a la sazón rey de Numidia, a sus centuriones disfrazados de cantineros con el encargo de ocuparse de la bebida. Aquellos centuriones tomaron nota de los turnos de guardia, de las vías de entrada y salida del campamento y de cómo se podía prenderle fuego.

Fingí no darme cuenta de que, siempre que le convenía, el griego olvidaba a propósito que él también había vivido en Italia durante más de treinta años, y fui directamente al grano:

—¡Ah, sí, ya me imagino cómo terminó todo! Pero ¿tú crees que el general quiere organizar algo así con los nabateos?

No sabíamos nada de las razones que habían impulsado a los oficiales a iniciar esta misión, por lo que nuestras preguntas quedaron sin respuesta. De repente, me acordé de otra cosa:

—Hicesio, cuando he intentado mencionar al general Curvo lo de mi reenganche, no me ha contestado con claridad.

—Te he oído cuando le explicabas que el acuerdo para el reenganche que habías hecho en Roma era solo para que el tesorero pudiera pagarnos el *stipendium*.

—Dice que preguntará en el Mando Militar de la Urbe en cuanto pueda. Cuando firmé el acuerdo en Roma, en realidad fui yo solo al oficial de alistamiento, el general no estaba ahí.

—La tuya es una situación bastante enrevesada, Quintilio. Tendrás que aclararlo en cuanto se te presente la oportunidad.

Por la tarde, la inquietud de los hombres nos sugirió que los que esperábamos estaban al llegar. El *optio* Bárico fue a buscar al pequeño grupo y lo condujo

hasta nuestro campamento. Se trataba de una decena de legionarios, no cabía duda de su rango aunque llevaban túnicas comunes: encabezaban una fila de esclavos, una treintena de hombres macilentos unidos entre sí por una larga cadena, y unos cuarenta burros cargados a tope con pesados canastos de sal.

El hedor de los esclavos era terrible, mucho más molesto que el de los asnos. No parecían estar en buenas condiciones y vi tanto al centurión como al *optio* Bárico poniendo muy mala cara.

A todos los hombres se les puso a trabajar descargando los bastos con los cestos de sal, y Pez se dirigió de inmediato a revisar los animales; le oí hablar con el *optio* sobre el herraje, que dejaba bastante que desear.

Hicesio y yo, movidos por la curiosidad, fuimos a ver a los esclavos. Parecían gente de la región, todos muy delgados y de tez oscura, con la ropa hecha jirones y el calzado roto y remendado deprisa y corriendo. Uno de los legionarios que los vigilaba nos lo explicó:

—Son escoria, y de la peor, acabarán trabajando en alguna cantera o en un huerto, me imagino.

También el centurión Osterio estaba examinando a los hombres:

—Parecen desechos sin valor alguno. ¡No veo ni uno que pondría a trabajar en algo mío, si lo tuviera! Pero ¿de dónde vienen?

—¡Tienes razón, centurión! —le respondió el legionario sonriendo—. Vienen de Damasco. ¡Yo tampoco los querría! Han vaciado las cárceles para reunir a esta banda; son todos asesinos o bandidos, ¡no creo que haya ni uno que haya trabajado un solo día en toda su vida!

—¿Y cuántos son? —preguntó el centurión con curiosidad.

—Son treinta y uno, no hemos encontrado más.

El centurión se volvió hacia mí:

—¿A ti te sirven estos que nos han traído?

La pregunta me pilló desprevenido, pero en realidad éramos Hicesio y yo los encargados de canjearlos por oro, así que dirigí una mirada inquisitiva al griego.

—Nos pueden servir —respondió Hicesio—. Si no hay otros, claro está. Y habrá que darles de comer y de beber, me parece que están en muy mal estado.

—También me lo parece a mí… —negó con la cabeza el centurión, sin ocultar lo desilusionado que estaba—. El caso es que tenemos un largo camino que recorrer, ¡y no querría que fueran un estorbo!

Instantes después le oímos ordenar que le llevaran comida y bebida a esos pobres infelices.

Hicesio se había quedado conmocionado al ver a los hombres encadenados. Él también había sufrido la condición servil en su juventud, pero, ayudado por sus conocimientos de literatura y matemáticas, con el tiempo se había convertido en secretario, además de amigo, de un ilustre arquitecto que trabajaba para César. También le vi bastante triste cuando, después del rancho, me pidió que comprobara algunos cálculos con él. Aprovechamos las últimas luces para instalarnos a conversar al borde del campamento; él tenía una tablilla encerada con algunas cuentas.

—Quintilio —comenzó—, me temo que tenemos un grave problema.

—Explícate, Hicesio, ¿qué ocurre?

—Cuando partimos, te dije que el tesorero Concesio Félix me había proporcionado todo lo necesario para hacerme pasar por un *argentarius*, es decir, papiros y tintas, cuentas de proveedores y notas de depósito vencidas junto con otras hojas de papiro usadas que guardaba en la oficina para encender la chimenea, tal y como le había ordenado el general Curvo. Son papeles que a ojos de un profano podrían pasar por los de un *argentarius* o de un mercader. Sabes de sobra que no me dio ningún dinero, le confió al centurión Osterio todos los fondos para la expedición.

—Y entonces, ¿dónde está el problema?

—El problema es que no tengo nada de valor para obtener una cantidad de oro suficiente para justificar de manera creíble un viaje a estas remotas regiones.

—¡Pero tenemos los esclavos y también el cargamento de sal en los burros! ¿Cuánto crees que nos podrían dar por esos esclavos?

El griego negó con la cabeza:

—En el mercado de Roma estos hombres no valen más de cuatro o cinco mil sestercios cada uno: aquí, ciertamente, mucho menos. Imagino que aún podrían venderse, porque en estas tierras yermas la vida es dura, los esclavos duran poco y no dejan de ser necesarios para el bienestar de la gente. Podrían valer tal vez dos mil sestercios cada uno, al final son bandidos que se han librado de la crucifixión.

—Bien, aquí tenemos treinta y uno, que equivalen a…

—A unos sesenta y dos mil sestercios o, si prefieres, quince mil quinientos denarios.

—Evidentemente, no es una gran cantidad de dinero para una caravana. Pero habrá que conformarse, y no creo que nadie vaya a comprobar si un

argentarius que hace estos viajes gana mucho o poco. Y con la sal, ¿cuánto podemos ganar?

—La sal no tiene ningún valor. Vender sal a los nabateos acostumbrados al comercio con las grandes caravanas sería como vender piedras en Jerusalem. Obtendremos unos pocos miles de sestercios, si tenemos suerte. Y ahora aquí estamos, atrapados, con bienes y esclavos que podrían rentar un décimo del valor comercial que yo había estimado para la caravana.

—Hicesio, sé discreto y no hables con el centurión del asunto, no me gustaría que se alterara innecesariamente y que tal vez la tomara con nosotros. Lo razonaremos con calma.

En ese instante vi que el centurión me llamaba, agitando la mano.

—El general me ha entregado vuestros salvoconductos —dijo, entregándome unos papiros plegados en cuatro, de los que colgaban cordeles con sellos—. Vosotros viajaréis protegidos por estos salvoconductos emitidos en Damasco. Los nabateos no los reconocen, solo sirven para daros una procedencia creíble y una identidad. Serán suficientes para entrar en la ciudad.

—¿De qué ciudad estás hablando, centurión?

—De la ciudad a la que nos dirigimos. Solo para que te hagas una idea, al cabo de unas cuarenta millas llegaremos a Damasco, pero pasaremos por las afueras de la ciudad durante la noche, para no despertar curiosidad. A partir de mañana el griego tendrá que hacerse pasar por el mercader dueño de la caravana y tú, por su secretario. ¡Ya puedes ponerte a trabajar!

—A tus órdenes, centurión.

Cuando ya me iba, me hizo un gesto con la cabeza:

—Te he visto antes echando un vistazo a los esclavos que nos han traído. ¿Qué te parecen?

—El griego dice que deberíamos conseguir venderlos, aunque cualquiera puede ver que valen poca cosa.

—¡Eso es justo lo que he pensado yo! Están desnutridos y macilentos, nos retrasarán durante la marcha. Mañana el *optio* Bárico viajará a Damasco con tres hombres para comprar los víveres que necesitamos, ¡pero no puedo tirar de un rebaño de cabras detrás de la caravana para tener carne fresca! Veremos si podemos engordar un poco a estos sinvergüenzas con dobles raciones de nuestro rancho de siempre.

El centurión parecía estar de buen humor y lo aproveché para hacerle una pregunta:

—¿Comenzaré mañana con mi tarea?

—No, comenzarás cuando estemos más allá de Damasco. Ahora espabila, chupatintas, a partir de mañana yo seré el jefe de caravana y tú fingirás ser un contable, ¿me he explicado bien?

LOS NABATEOS

IX.

—He visto que hablabas con el centurión, deberías echarme una mano —me susurró Pez mientras aguardábamos el reparto del rancho—. Debo pedirle que detenga la caravana un par de días para arreglar las herraduras de los burros. Están mal herrados, si alguno se queda cojo no podremos recuperarlo.

—¿Realmente es necesario volver a herrar a tus asnos? A menudo he visto esos animales trabajar sin herraduras.

—En los pastos pueden trabajar sin herraduras, sobre todo si van poco cargados. En estas tierras pedregosas y áridas, la pezuña se desgasta y el animal se queda cojo rápido. ¡Las herraduras aquí son una necesidad!

La cuestión del herraje había surgido inmediatamente después de Damasco. El centurión tenía prisa de sacarnos de la vista de la gente del lugar, pero como tres de los animales estaban cargados de sal de manera exagerada, ya habían perdido una herradura, y era necesario intervenir.

Decidí acompañar a Pez a hablar con el centurión:

—Tendremos que detenernos, porque Pez, para rehacer las herraduras que faltan, necesita fuego. Hay cuarenta burros, y a algunos habrá que volver a clavárselas.

—¿Y si continuamos así? —preguntó el centurión.

—Dentro de uno o dos días, más de uno estará cojo —le explicó Pez—, y tendremos que sacrificarlos porque aquí no podemos reemplazarlos con otros y dejarlos descansar en un pasto.

—Si redujéramos su carga, si descargáramos la sal, ¿serviría de algo?

—El problema surgiría más tarde. Son animales pequeños, y para que trabajen ¡hay que cuidar de ellos!

—Yo también he visto que andan mal —respondió el centurión moviendo la cabeza, dudoso—. «Pez» ¿es tu verdadero nombre?

—Mi verdadero nombre es Gelio. «Pez» es un mote que me dieron en la legión.

—Desde luego, ¡te pusieron un mote bien raro!

—Es porque utilizo aceite de linaza y pez griega para mantener sanas las pezuñas de los animales, para que no se infecten con las espinas que se les clavan al caminar. Hace unos años, un *optio* me apodó «Pez», y desde entonces, ¡me he quedado ese mote!

—Chupatintas —se dirigió a mí—, si redujéramos la carga de los animales ¿sería un problema para ti?

—Sería un problema superable. La sal vale muy poco entre los nabateos. Si perdiéramos parte de ella, no cambiarían los problemas a los que nos enfrentamos.

—Estaba seguro de ello. Pez, empieza por aligerar a los animales, al menos un tercio de su carga. Haz que caminen durante todo el día de mañana, entonces estaremos lo suficientemente lejos de Damasco para detenernos. Tendrás un día entero para ti, ni una hora más. Te daré dos o tres hombres para que te ayuden con el fuego y a mantener quietos a los animales. ¿Tienes las herraduras contigo?

—Sí, centurión, me avisaron en Jerusalem para que me preparara y tengo un serón lleno de herraduras y clavos.

Los esclavos habían sido encadenados de dos en dos para facilitar la marcha y ya no era necesario vigilarlos porque en la llanura semidesértica que atravesábamos no tendrían ninguna posibilidad de escapar o esconderse. El centurión también había dado las órdenes necesarias para que nunca les faltara agua y la doble ración de rancho. El *optio* Bárico había revisado las manos de cada uno de ellos descubriendo que casi todos eran bandidos, capturados por nuestras tropas durante las operaciones militares.

Solo uno de ellos, nos habían dicho los legionarios de Damasco, era un experto ladrón que incluso sabía leer y escribir.

Hicesio y yo fuimos varias veces a ver a esos pobres infelices. El griego quería asegurarse de que tuvieran comida y bebida, él mismo había conocido el estado servil y no podía ver sufrir a esos hombres en cadenas. Se consolaba pensando que, tal vez, donde íbamos, habría familias ricas y podrían estar bien.

El hábil ladrón, el que sabía leer y escribir, había captado su curiosidad. Lo habíamos observado de reojo, caminando a su lado un breve trecho. Su rostro estaba bien oculto por la barba y la masa de pelo largo y enmarañado, lleno de esas semillas espinosas que se adhieren incluso al vellón de las ovejas. No debía tener más de treinta años. Y de que era un hombre culto no cabía duda: le habíamos oído jurar, con elegancia, contra la verga de Príapo como si recitara un hexámetro. Y había ocurrido cuando su compañero de cadena, tirando de él por enésima vez, le había hecho sangrar las costras que se habían formado donde el anillo de hierro le abrazaba la muñeca.

Debía de haber sufrido en el cautiverio; estaba esquelético, se le podían contar las costillas. Me recordó los cadáveres de bandidos crucificados que, en ocasiones, se ven por las carreteras, en cuyas costillas anidan los pájaros.

Pero aún no estaba en las últimas; el verdadero problema era que, al no estar acostumbrado a la marcha, se chocaba con su compañero y ralentizaba la fila todo el tiempo. El centurión ya lo había tirado al suelo un par de veces con sendas bofetadas, pero el hombre simplemente no podía más; parecía incapaz de coordinarse con los demás esclavos.

No le quedaba mucho tiempo. En breve, Bárico tendría que apartarlo a un lado del camino y sacrificarlo para quitárselo de en medio, una triste práctica necesaria para evitar que otros utilizaran esa misma argucia para alcanzar una libertad inmerecida.

A Pez le llevó un día entero repasar las herraduras de los asnos. Los pacientes animales habían sido liberados de parte de su cargamento: el centurión nos había llevado a un centenar de pasos del camino y habíamos arrojado varias cestas de sal en una hendidura del terreno, donde luego habían sido cubiertas con arena y marga para evitar que alguien se preguntara por qué una caravana se deshacía de su mercancía.

Pez contaba con la ayuda de Valerio Rogato, el decano de los mercenarios, y de Pacaciano, un veterano que se había visto obligado a hacerse mercenario tras despilfarrar el dinero de su *honesta missio*[14]. A pesar de su apariencia equívoca, eran voluntariosos y discretamente hábiles con los animales.

Como siempre ocurre durante las marchas, tras unos días de adaptación, la unidad parecía haber alcanzado un buen nivel de eficiencia. Yo también había aprendido a distinguir a los hombres: Valerio Rogato, que al principio se había hecho pasar por su decano, era un inútil ignorante que no gozaba de ningún respeto y que enseguida fue degradado a cocinero. El verdadero jefe de la tropa era Rutilio, un hombre robusto y bien parecido, de unos treinta años, que debía proceder de Epiro o de Macedonia. Era de una inteligencia poco común y su criterio era aceptado por los demás mercenarios sin discusión. Si se hubiera vestido adecuadamente, habría sido fácilmente confundido con un oficial.

El resto de la tropa eran desechos de guerra de las provincias: Obasi y Masopis debían venir de Egipto, Coso y Vero eran itálicos que incluso habían fracasado como ladrones, Secundiano era, con toda probabilidad, un desertor.

Proto, un ignorante campesino dálmata, tenía una inteligencia bovina que le incapacitaba para cualquier tarea que no fuera la de guardián. Los mercenarios Nisan y Terah debían ser originarios de Siria, y sin duda, eran asaltantes de caminos.

Muy distinta era, en cambio, la historia de los dos exploradores que nos había proporcionado el general Curvo, itureos[15] originarios de la región en la que nos hallábamos: Abgar, delgado y de complexión pequeña como un niño, no podía tener más de veinticinco años, y su colega Hairán a lo sumo, la treintena. Eran legionarios de élite, preparados y espabilados, cumplían sus funciones con seriedad y nunca había que repetirles lo mismo dos veces. Despreciaban respetuosamente a los mercenarios y no comulgaban con ellos, sin embargo se habían familiarizado con Pez y Arrio que, como ellos, eran legionarios del ejército. Yo me había fijado que el centurión Osterio, buen conocedor de la tropa, tenía en alta estima a los dos exploradores y me dio la impresión de que se podía confiar en ellos.

En el improvisado campamento, Hicesio y yo tendimos un lienzo de tela con algunas estacas y cuerdas para cobijarnos, y pasamos el resto del día haciendo correcciones al mapa del general Curvo del que teníamos una copia; a partir de ahí empezamos a añadir preciosos detalles.

La operación continuó en los días siguientes, y fue entonces cuando decidimos dirigirnos al centurión Osterio:

—Hemos empezado con nuestro trabajo, pero tenemos que hablar con los guías para obtener más información. Supongo que conocerán bien los lugares por los que pasaremos.

Ahora estábamos en una zona desértica y no nos habíamos cruzado con nadie en los últimos tres días; nunca podríamos escapar ni pasar información a nadie, y el centurión estuvo de acuerdo:

—Os dejaré hablar con Hairán. Es oriundo de esta región. No podréis decirle nada de vuestra tarea, al igual que no debéis hablarme a mí de ella. ¿Queda claro? —e hizo un gesto con el brazo para que se acercara el auxiliar.

—Escucha, Hairán —le pregunté al joven—, me gustaría que me describieras cómo es esta región, dónde están las montañas, por dónde pasan los ríos y a dónde conduce esta ruta caravanera que estamos recorriendo.

El explorador me miró desconcertado, primero a mí y luego al griego:

—¿Cómo puedo explicarte dónde están las montañas?

—Basta que hagas algunas marcas en el suelo con este palo, lo entenderemos.

—¿Os preocupan las montañas? —sonrió—. ¡Más os valdría preocuparos de dónde están los vigías! Los nabateos son pérfidos, no nos perderán de vista ni un momento.

—Es verdad, estamos fuera de nuestra república —comentó Hicesio—. Estamos en tierras ajenas. Pero por tu forma de hablar… ¿acaso tú no perteneces a este pueblo?

El itureo escupió en el suelo:

—Griego, yo soy originario de Nazala, un pueblo situado a unas decenas de millas más allá de esas colinas, en un camino más transitado que este por las caravanas. ¡Tuve que huir de mi tierra cuando me convertí en objetivo de los guardias del rey! Los palmirenos son chusma, ¡vosotros jamás habéis conocido una gente así! ¡Son como los partos! ¡No os envidio si vuestra intención es mezclaros con ellos!

El intenso rencor que lo poseía era evidente.

—¿Qué quieres decir con «si vuestra intención»…? ¿Tú no formas parte de esta unidad?

—Claro que formo parte de la unidad, e iré con vosotros. Tendré que afeitarme barba y cabello para hacerme pasar por un siervo. Mi compañero Abgar, en cambio, regresará a Damasco a mitad de camino. Tenemos parientes en Palmira, ¡y no queremos que los maten por nuestra culpa!

Miré a la cara al centurión Osterio, que sin pestañear se limitó a asentir con la cabeza.

—Así que, ¿es a Palmira a dónde nos dirigimos?

Hairán asintió.

—¿Y cuántas millas faltan hasta Palmira? —me envalentoné.

—Ahora estamos a unas ciento cincuenta millas de distancia. En tres días nos descubrirán las patrullas a caballo que vigilan las rutas de las caravanas que conducen a la ciudad, y mi compañero se marchará.

—¿Corremos algún peligro? —le preguntó Hicesio.

El explorador ni le respondió.

—¿Quieres saber dónde se encuentran los montes?

—Sí, nos gustaría saber cómo es la región y por dónde pasan los caminos —reanudé con un hilo de voz.

—Los caminos que de Damasco conducen a Palmira son dos. Este que estamos recorriendo es el menos transitado, ¡habéis visto que hasta ahora no nos hemos topado ni con un perro! —y comenzó a trazar signos en la tierra—:

Damasco está aquí, y esta es Palmira. Los dos caminos, este de aquí y este otro, corren casi paralelos, quedando uno al este, y el otro al oeste de una cadena de colinas áridas y pedregosas, tierras hostiles donde no crece ni una brizna de hierba.

—¿Y por qué nos has hecho tomar este camino desierto?

—Yo cumplo las órdenes de los oficiales. Pensaron que cuanta menos gente vea esta caravana, menos sospechosa será.

—¿Así que dices que debemos tener cuidado con los habitantes de Palmira?

—Deberéis tener cuidado con sus exploradores a caballo: patrullan la región hasta una distancia de setenta millas de la ciudad. El rey no quiere sorpresas: quiere saber quién se acerca cuando aún se encuentra a tres días de distancia.

—Solo cabe alabar la precaución de un gobernante así —observó Hicesio —. Pero nosotros no tenemos nada que temer de esos jinetes.

—Puede. No sé lo que tenéis que hacer allí, pero más vale que tengáis mucho cuidado de no levantar sospechas porque todos los palmirenos os serán hostiles, y a los sospechosos no se les trata demasiado bien —y con el pulgar se marcó alrededor del cuello.

Nos quedamos hablando hasta bien entrada la noche. Hairán conocía muy bien la región y con su ayuda conseguimos mejorar el mapa con muchos detalles útiles.

Asimismo, conocía la ubicación de varios pozos, aunque no los recordaba todos, y enseguida nos señaló unos cuantos que daban poca agua; así que tomamos nota, reservándonos el derecho de comprobarlo *in situ*, porque de ser así no serían útiles para abastecer de agua a tropas numerosas.

X.

—¿Ya conocías esta ciudad de antes, Palmira? —le pregunté a Hicesio que se había envuelto en un lienzo de tela encerada a poca distancia de mí. Era ya noche cerrada, pero yo apenas podía conciliar el sueño; lo que nos había contado el explorador Hairán sobre el carácter desconfiado de los palmirenos y la presencia de patrullas a caballo para interceptar a los extranjeros, no era nada alentador.

El griego se dio la vuelta en su improvisado lecho:

—Claro que la conozco, Quintilio. ¿Quién no conoce Palmira? He oído hablar de ella varias veces, pero por supuesto nunca he estado allí. Es una de las principales ciudades de los nabateos, y me encantará visitarla. Sin embargo, nadie nos había dicho que cruzaríamos esta región desértica. Se había hablado de ir a Apamea.

—El explorador Hairán nos ha dado una imagen preocupante. Si existe esa caballería de la que tanto ha hablado, no cabe duda de que nos detendrán antes de llegar a la ciudad.

—Seguramente querrán saber quiénes somos y qué queremos, y querrán cerciorarse de que no tenemos malas intenciones.

—¡Y de que no somos espías, cómo no! —añadí. El silencio del griego me confirmó que compartía las mismas preocupaciones que yo.

—Mirándolo bien, todavía no hemos realizado ningún acto hostil contra ellos.

—¡Hicesio, si nos descubren nos degollarán sin contemplaciones!

—Pero nosotros somos una caravana comercial, nuestra expedición ha sido cuidadosamente preparada.

—Nuestra preparación no vale nada. Todo lo que tienen que hacer es emborrachar a cualquiera de estos mercenarios, o torturarlos, e inmediatamente olerán a quemado. ¡Esa ciudad es un nido de serpientes! Creo que nuestras tareas van a resultar mucho más difíciles de lo que nos han dicho.

—Yo también tengo esa impresión, Quintilio. ¿Qué te parece si mañana intentamos hablar con el centurión?

Durante el día volvimos sobre el asunto varias veces, pero la conclusión siempre era la misma: no nos habían dicho que teníamos que engañar a los

nabateos en su ciudad más grande, aquella en la que el control del rey y su milicia era más fuerte. Visto así, nuestra expedición parecía improvisada y más difícil de llevar a cabo, y eso sin hablar del riesgo de ser capturados, y tal vez acabar todos muertos.

El centurión, incansable, estuvo ocupado durante todo el día controlando a los mercenarios, los asnos y los esclavos, así que decidimos esperar ese momento de tranquilidad tras la distribución del rancho vespertino y el reparto de los turnos de guardia. Hicesio, fuerte en su papel de comerciante propietario de la caravana, hizo acopio de valor y formuló la fatídica pregunta:

—Centurión, ¿podríamos aprovechar este momento de tranquilidad para preguntarte un par de cosas?

El centurión nos lanzó una mirada malévola:

—¿Qué es lo que quieres, griego? ¿Hay algún problema nuevo?

—No hay ningún problema nuevo, centurión, solo queríamos entrar en razón por…

—Ya lo sé, ¡te estás cagando de miedo por lo que te dijo ayer Hairán! —se volvió hacia la hoguera y gritó—: Bárico, ¡ven a ver lo que dicen estos dos!

Temiendo que la conversación terminara en burla, intervine:

—Centurión, ¿estás al corriente de que tendremos que recorrer los dos caminos que conducen a Palmira, tanto este como el que está más a occidente, más allá de esas colinas pedregosas?

—Por supuesto que sé lo que tenemos que hacer. ¿Y tú sabes cuáles son tus tareas?

—Por supuesto, centurión. Estamos revisando tanto la carretera como los pozos, pero nuestra preocupación es la tarea que tenemos por delante en Palmira. No nos dijeron que se trataba de entrar en una ciudad fortificada.

—¿Y qué querías que te contasen, chupatintas? —se rio el *optio* Bárico—. ¡El mismo general vino hasta Damasco para darte las órdenes!

—Cierto —continué, en absoluto intimidado, ya que a estas alturas estábamos hablando de arriesgar nuestro pellejo—, pero solo ahora se nos ha dicho que debemos actuar en una ciudad donde hay más soplones que ratas, ¡además de su milicia! Tendremos que hacer un dibujo de las murallas, puertas y torres, estudiar las pasarelas y la posición de las escaleras por las que suben y bajan los guardias, ¡así como la ubicación de los cuarteles! ¡No se trata de ir a medir unas yugadas de tierra centuriada en manos de campesinos!

Bárico se echó a reír:

—¡Y ahora vosotros dos no sabéis qué hacer para escabulliros de esta misión! Os informo de que cuando se enteren en el Mando, os arrancarán la piel a latigazos y os llevaréis así vuestro merecido, ¡sinvergüenzas!

El centurión Osterio, por su parte, no se reía en absoluto, y tras hacer un gesto con la mano a Bárico se limitó a decir:

—¡Así que este es el servicio que estamos cubriendo con el cuento de la caravana! ¡Debí haberlo imaginado!

—¡Una buena tunda de palos, Osterio! —insistió el *optio*, mostrando una hilera de dientes maltrechos—. ¡No hay nada como la madera para poner a trabajar a los civiles!

—Para eso hay tiempo, Bárico. Apuesto a que estos dos llevarán a cabo su misión por las buenas o por las malas, porque si no son capaces de hacer este trabajo, ¡los oficiales se desquitarán con nosotros!

—Los hemos convencido —susurré, guardando el boceto con la forma de las colinas que se veían desde el campamento—. El centurión ha entendido la situación y nos ayudará. El *optio* Bárico, en cambio, no creo que pille el problema en el que estamos metidos todos, él incluido.

—Ese *optio* carece de toda instrucción, Quintilio. El sincero asombro del centurión me sugiere que solo conocía la parte referente a nuestra falsa caravana y desconocía en absoluto nuestro verdadero cometido. Ahora bien, él también habrá comprendido que el asunto procede de Roma y que no es una idea de algún oficial de los que están asentados en Judea.

Caminamos unos pasos charlando, pasamos junto a los asnos amarrados y el olor penetrante nos indicó que habíamos llegado al grupo de esclavos. Algunos ya estaban dormidos, en cambio nuestro ladrón instruido, el que sabía leer y escribir, seguía ocupado en terminar su cuenco de rancho.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Hicesio, que se compadecía con facilidad de las vicisitudes de los siervos indigentes y de los hombres de letras. Ya habíamos notado que el hombre no parecía proceder de Siria.

—Vengo de Tiro, pero soy originario de Chipre —respondió hablando con elocuencia.

—¿Cómo te llamas?

—Eleuterio. Eleuterio Dazio.

—¿Acaso tienes algún familiar trabajando en algún puerto, para nuestra Aduana[16]?

—¿Lo dices por mi nombre? No, lo heredé de mi padre. Pero él no trabajaba en vuestra Aduana, venía de Dacia, la región al norte del Ister[17], por eso le llamaban Dazio.

—Por lo visto estás muy lejos de tu lugar de origen. Los legionarios dijeron que eras un ladrón profesional.

—¿Eso han dicho? ¡No es cierto en absoluto! Fue uno de vuestros magistrados el que, para no perder tiempo, encontró más conveniente tacharme de ladrón, cuando en realidad fue un trivial malentendido. Imagínate, ¡yo trabajaba de contable para Aponio Brisón!

Creí haber oído hablar de este Brisón con anterioridad, tal vez comerciaba con el Mando Militar de Jerusalem, y le pregunté:

—¿Por casualidad tu amo comercia en Jerusalem?

—¡Por supuesto! Brisón es muy rico, ¡incluso suministra bienes a vuestro ejército en Jerusalem!

—Si eras contable de ese rico comerciante, ¿cómo has acabado aquí? —le insistió Hicesio.

—Le hice perder dinero, mucho dinero. ¡Fue por pagar esa deuda que terminé siendo esclavo! Cuando mi amo, Brisón, se trasladó a Laodicea, su administrador me entregó a un traficante de esclavos.

Arrio nos había visto charlando y se unió a nosotros.

Hicesio, disgustado, sacudía la cabeza; no podía creer que un contable que sabía leer y escribir corriera el riesgo de ser vendido por unos pocos sestercios, como cualquier perro mestizo destinado a guardar ovejas. Incluso me pareció ver un par de gotas de sudor corriendo por su frente: él también, cuando estaba en estado servil, antes de conseguir la *manumissio*[18], había corrido peligros semejantes más de una vez. Pero la curiosidad se impuso:

—¿Cómo es posible que te hayan convertido en esclavo? La ley prohíbe ahora la servidumbre por deudas.

—¡Lo hicieron, lo hicieron! Yo soy un *peregrinus*[19], no soy un ciudadano romano. Soy oriundo de Chipre, ¡esa ley de la que hablas se refiere a los ciudadanos romanos, me lo explicó el magistrado!

En ese instante el *optio* Bárico dio unas palmadas para dar la orden de acostarse:

—Holgazanes, ¿de qué tenéis que hablar? ¡Mañana os doblaré el trabajo!

Al día siguiente, el griego y yo aprovechamos una parada para tomar, con la ayuda del goniómetro, algunas medidas de las principales cimas que se veían

a derecha y a izquierda de la ruta, con la intención de incluirlas en el mapa que estábamos dibujando. Se trataba de medidas aproximadas; con la caravana en constante movimiento no disponíamos de la posición exacta del Levante, que se podía obtener solo al amanecer, manteniéndola luego como referencia. Además, el semicírculo graduado con el que medía los ángulos, aunque estaba bien conseguido por el artesano de Jerusalem, carecía de una base pesada, no se mantenía firme y las medidas resultaban poco precisas.

De todos modos, algo útil pudimos sacar de aquellas observaciones y, en cuanto la caravana se detuvo para acampar al caer la noche, empezamos a anotar los resultados de la jornada, mientras los recuerdos aún estaban frescos en nuestra memoria. El *optio* Bárico nos encontró enfrascados en esa labor cuando vino a informarnos de que volveríamos a detenernos al día siguiente para que Pez pudiera herrar de nuevo a los animales; era el segundo día que perdíamos por los daños a las pezuñas de los asnos.

—Quintilio, tengo curiosidad por escuchar el resto de la historia de ese siervo —dijo Hicesio mientras terminábamos la escudilla del rancho.

—No tenemos nada más que hacer, acércate mientras llamo a Arrio.

El compañero de cadena del ladrón ya se había envuelto en su capa y tal vez estuviese durmiendo.

Y como si nunca hubiera sido interrumpido, el siervo reanudó su relato desde donde lo había dejado la noche anterior:

—Estaba al servicio de Aponio Brisón, como os dije. Posee grandes almacenes llenos de mercancías en varias ciudades de Siria y yo trabajaba en Tiro, en un enorme almacén con vistas al puerto donde se acumulan cuerdas, madera y herramientas de hierro. Me encargaba de registrar la mercancía en el almacén. Si he de deciros la verdad, no estaba mal allí.

—¿Qué hiciste para convertirte en esclavo? —le interrumpió Arrio—. ¿Robaste dinero?

—No, es algo complicado de explicar. Brisón, el amo, no es una mala persona; a él solo le importan los negocios, el dinero, en definitiva. Pero, por supuesto, no es amigo de nadie, como todos los que aman el dinero. —Dejamos que recuperara el aliento mientras bebía un vaso de agua—. Un día que tenía prisa me entregó un papiro, ordenándome que fuera al puerto donde estaban esperando ese papel con su firma para descargar un barco. Era una oneraria que venía de Éfeso con vino de calidad, un cargamento que valía mucho dinero; un comprador había adquirido parte de él y había pagado una fianza. El papel que me habían dado era el recibo de la fianza, con la orden de entregar la mercancía al comprador cuyo nombre estaba escrito en el mismo.

—Pero ¿no había dinero? —preguntó Arrio, que intentaba comprender cómo se había producido el hurto.

—¡No, solo era un recibo! En el puerto, cuando ya estaba a la vista del barco, me paró un cliente, una persona muy amable, además de adinerada, y como era un día caluroso me ofreció tomar algo con él.

Arrio sacudió la cabeza: estaba familiarizado con los problemas que empezaban con la inofensiva oferta de echar un trago en compañía.

—Nunca hubiera podido ofender a un cliente de aquel calibre —prosiguió el ladrón-contable— diciéndole que tenía otros asuntos que atender. Nos tomamos varias bebidas, claro, ¡pero yo no estaba borracho! Al salir me di cuenta de que ya no llevaba la carpeta de cuero con el recibo del depósito, tal vez la hubiera perdido o dejado olvidada en la taberna. Volví a buscarla y lo hice a conciencia durante un buen rato, ¡pero aquella carpeta no volvió a aparecer!

Arrio frunció el ceño:

—¡Estas desgracias siempre están al acecho cuando vas a una taberna, cuando bebes y te distraes!

En ese instante en la penumbra vimos la silueta del optio Bárico haciendo la ronda de inspección del campamento.

—El resto nos lo contarás mañana —le dije, y rápidamente volvimos a nuestro sitio para evitar discusiones.

Hicesio estaba conmocionado por la historia que acababa de escuchar, y mientras nos acomodábamos para pasar la noche comentó:

—Estoy seguro de que ese hombre no es un ladrón, solo ha tenido mala suerte.

—Estos siervos son gente extraña —susurró Arrio, que se había preparado para descansar junto a nosotros—. ¡Parecen inteligentes y en cambio, se ve que no le dan importancia a lo que realmente importa! ¡Perdió un contrato que tenía gran valor solo para tener una estúpida conversación con otro imbécil como él!

—No hablarías así, Arrio, si supieras cuán dura es la vida de los siervos.

—¡No, no, griego, ya lo creo que hablo! ¿Crees que ese contable quejica se comportaría de forma diferente si se le diera la oportunidad?

—Eso no podemos saberlo, Arrio. Pero, desde luego, me gustaría conocer el resto de su historia, porque seguro que hay algo más.

XI.

—El centurión me ha ordenado que pase a saludarte —me dijo el explorador Abgar—. Mañana por la mañana vuelvo a Damasco, mi cara es demasiado conocida y no puedo arriesgarme a que me vean en Palmira. Me reuniré con vosotros al final de la misión. Si tienes algo que preguntarme, estoy a tu disposición.

—Tengo varias dudas que podrías aclararme —y abrí el mapa, que se había enriquecido con muchas notas sobre el tramo de camino ya recorrido—. Deberíamos estar a un centenar de millas de la ciudad, ¿puedes confirmarlo?

—Sí, más o menos un centenar.

—¿Cuándo crees que nos encontraremos con los jinetes que patrullan el desierto?

—Creo que los vigías ya nos han avistado, pero los jinetes os seguirán discretamente y sin dejarse ver a partir de ese pozo que está a sesenta millas de Palmira. Mi compañero Hairán, que se queda con vosotros, os lo recordará. Estaréis allí pasado mañana, por la noche. El pozo está situado a los pies de unas alturas rocosas: esa zona está patrullada, y los vigías palmirenos encenderán hogueras por la noche para señalar la presencia de una nueva caravana en esa pista, que suele ser poco transitada. Pero no veréis los fuegos porque estaréis acampados justo debajo de esas alturas.

—¿Qué debemos esperarnos?

—Se lo he explicado todo al centurión Osterio, que me ha preguntado exactamente lo mismo que tú: los jinetes os seguirán, tal vez los veáis detrás de vosotros, pero solo se presentarán en el campamento cuando estéis en este otro pozo —y me señaló con el dedo un punto del mapa donde yo ya había hecho una marca.

—Vosotros no tendréis que hacer nada —dijo el centurión Osterio, que junto a Hairán se había acercado para participar en la conversación—. Hairán, explícales también a ellos lo que me has contado a mí a propósito del caravasar.

—La caravana no entrará en la ciudad. Solo pueden entrar y pasar las caravanas que se dirigen al Éufrates y a la tierra de los partos. Pero vosotros declararéis a los jinetes que tenéis intención de comerciar con los mercaderes de Palmira, así que os dejarán acampar en un caravasar que se halla a cuatro

millas de la ciudad. Hay un pozo con buena agua, y se puede comprar forraje y algo de comer. En la ciudad solo entrarán el mercader y su secretario.

—El guardaespaldas del comerciante también entrará. Yo seré ese guardia, ¡para que lo sepáis! —añadió el centurión.

—Los mercaderes interesados en comprar esclavos, sal y burros vendrán a examinar la mercancía al caravasar. En ese campamento nadie debe hacer ninguna tontería porque estará vigilado por espías y soplones que reciben recompensas de la milicia por cada persona sospechosa que denuncien.

—Por esta razón —interrumpió el centurión— el *optio* Bárico se quedará siempre con nuestros hombres. Tiene órdenes estrictas de controlar que ningún legionario beba cerveza, que se puede comprar *in situ*, ni esas infusiones de flores de cáñamo que embriagan y aturden. Bárico se valdrá de la ayuda del *optio* Arrio. Se aplicarán las leyes de guerra: ¡he dado órdenes de que infractores o borrachos sean ejecutados sin dilaciones!

—Explícanos cómo es la ciudad, Hairán —le pedí—, haz un esquema en el suelo.

—La ciudad está rodeada por murallas de diez pies de grosor, y hay cinco puertas, pero tres solo pueden ser utilizadas por la milicia. Las otras dos —continuó marcando con su bastón en el suelo— pueden ser utilizadas por los civiles que deben someterse a los controles de los guardias, igual que en las puertas de nuestras ciudades.

Hicesio, mientras escuchaba las explicaciones, no había dejado de trazar líneas en una hoja de papiro.

—¿Cuántos caminos llevan a la ciudad?

—Palmira, o Tadmor, como la llaman aquí, está situada en la encrucijada de cuatro caminos importantes: el primero es el que viene de la costa y de Damasco, el segundo es el de Antioquía que pasa por Apamea; el tercero, en el que nos encontramos, va a Bostra a través de las áridas tierras de los nabateos. El último —concluyó el explorador—, es el que va a Soura y a Carras.

—Entre los traidores partos, ¡que los dioses los maldigan! —estalló el centurión.

Transcribí algunas notas, mientras el griego había trazado un dibujo con el que había cubierto completamente la hoja de papiro.

—Así que los verdaderos controles de la caravana los tendremos en el caravasar —concluí—, nos harán preguntas para saber cuándo nos vamos.

—Puede que sea así, deberéis tener mucho cuidado con todo lo que hacéis y decís, incluso cuando creáis que no os están observando. Siempre habrá

alguien a la escucha, y alguien que observe cada uno de vuestros movimientos, vuestra ropa, vuestro calzado, lo que lleváis en la mano. Os estudiarán, ¡incluso cuando vayáis a cagar!

—Desde luego es un lugar agradable… —se me escapó.

—Es un lugar en el que se mueve mucho oro —susurró Hicesio.

Estuvimos un buen rato anotando todo lo que nos decían Hairán y su colega Abgar. De las sombrías miradas del centurión Osterio obtuve la confirmación de que, con tanto secreto, él también, al igual que nosotros, se estaba enterando solo ahora de mucha información importante.

Mientras tanto Pez, con la ayuda de dos hombres, se había adelantado a la inspección de las herraduras, y hacia la noche el decano de turno preparó una gran olla de sopa en la que no había escatimado lentejas, carne seca y pimienta de Oriente. El segundo caldero era para los esclavos y, mientras se les distribuía el rancho, Arrio, Hicesio y yo acudimos a la ya habitual cita nocturna con el ladrón-contable Eleuterio Dazio, que, finalmente, completaría el relato de su vida.

—Nos estabas contando de cuando perdiste la hoja de papiro, el recibo del anticipo —le recordé mientras engullía la sopa todavía caliente.

—¡Eso es, el recibo del vino de Éfeso! Cuando tuve la desgracia de perder aquella hoja, mi amo, el mercader Brisón, ya se había marchado de Tiro. Tenía que ir a Laodicea y no pude encontrarlo para que rubricara otra copia de la orden de entrega del vino. En el puerto, el capitán del barco se había negado a entregar la carga al comprador sin la orden del dueño, y las protestas continuaron sin que yo pudiera hacer nada.

Arrio me dirigió una mirada de comprensión mientras negaba con la cabeza.

—Pasó una semana antes de que Brisón regresara de Laodicea. Cuando se enteró de lo que había pasado, se lio a patadas conmigo y el intendente le añadió unos cuantos vergajazos: el barco se había quedado bloqueado en el puerto por mi culpa y el *magister navis*, furioso, reclamaba una indemnización por haberse visto obligado a quedarse en el puerto por mi distracción. Sin perder más tiempo, Brisón me selló un nuevo papiro y con este corrí al puerto para, por fin, realizar la entrega del vino. Sin embargo, el vino en ánforas ya había sido descargado y vendido: solo quedaban cuatro barriles de madera cuya capacidad correspondía más o menos a lo que el tipo del recibo había comprado, pero enseguida torció el gesto: necesitaba vino en ánforas, para poder transportarlo con sus carretas.

En ese momento se detuvo, lanzándonos una mirada cómplice:

—Tenéis que saber que los sirios son muy desconfiados, tanto que aquel comprador quería volver a probar el vino y comprobar que fuera igual a aquel por el que había dado la fianza.

Hicesio frunció el ceño.

—¡Y el vino ya no era el mismo! —murmuró Eleuterio contemplando el horizonte con los ojos entornados—. Nadie sabía qué había pasado, estaba salobre: ¡se había estropeado con agua de mar! Discutimos durante mucho tiempo sobre cómo había sido posible, pero no llegamos al fondo del asunto. Tal vez ocurrió algo durante el transporte, o los marineros robaron parte del vino y lo sustituyeron con agua de mar. El comprador se atrevió a insinuar que algún sinvergüenza, por despecho, se había meado en los barriles. Cualquiera que fuese la razón del triste sabor del vino, el contrato no se cumplió y el comprador amenazó a Brisón con el magistrado para recuperar su dinero. Al final, la culpa de la venta fallida y del fraude recayó sobre mí, y al no poder pagar a mi amo, porque cuatro barriles equivalían a mi *stipendium* de varios años de trabajo, el magistrado me redujo a esclavo para pagar la deuda. No es que hubiera mucha diferencia, Brisón me pagaba muy poco.

—La diferencia era que, una vez convertido en esclavo, podían venderte junto a estos de aquí —le dijo Arrio, señalando al grupo de esclavos que dormían en el suelo.

—Sí, esta era la verdadera diferencia. Me trasladaron al mercado de Damasco, pero no encontraron a nadie que necesitara un contable. Permanecí sin vender durante semanas, y finalmente el tratante se convenció de que valía tan poco que ya no merecía la pena alimentarme, y me metió en esta caravana de esclavos inútiles.

—Lo que es la vida… —reflexioné en voz alta mientras, acompañados por la temprana oscuridad, fuimos a instalarnos para pasar la noche.

—Esperemos que ese pobre hombre pueda soportar los últimos días de marcha —comentó Hicesio—. Sería una auténtica desdicha que acabara siendo sacrificado a un lado del camino.

El centurión Osterio se esforzó por evitar accidentes y llegamos ilesos al final de la etapa del día siguiente: se trataba de un pozo cuyo entorno estaba cubierto de estiércol seco, útil para encender el fuego. Lamentablemente, las últimas millas de la ruta caravanera pasaban por el interior de un cañón, probablemente el cauce seco de un antiguo rio, en el que abundaba una especie maléfica de mata espinosa que se cobró su tributo tanto en hombres

como animales. Nosotros, civiles y legionarios, aunque habíamos sustituido las cáligas del ejército por otro calzado, seguíamos teniendo los pies bien protegidos. No ocurrió lo mismo con los esclavos, que llevaban un calzado andrajoso.

Arrio, Hicesio y yo fuimos en primer lugar a comprobar el pozo para ver qué agua daba; allí esperaban ya los asnos y los esclavos, que se pasaban uno a otro un odre. Eleuterio, el desafortunado contable, se empeñaba en arrancar las espinas que se le habían clavado en los pies debido a su calzado lleno de agujeros y ahora ya tan fino como el papiro.

Lo vi descompuesto por el cansancio, ya no podía más.

Apenas le quedaba aliento para maldecir, en un susurro para que el *optio* Bárico no le oyera y le soltara un vergajazo. Escuchamos una imprecación muy rara que ninguno de nosotros había oído antes:

—*¡Ay!… ¡alimentaré a los ratones de la despensa de Leónidas!*

A Arrio se le escapó una sonrisa socarrona:

—¡Se ha vuelto chaveta!

Hicesio, en cambio, que estaba a un paso del siervo, se sobresaltó como si hubiera recibido un latigazo, y con los ojos bien abiertos, susurró:

—*¡Al viejo le basta tener la sal y dos panes de harina gruesa!*

Los dos, el criado y el griego Hicesio, se miraron asombrados por un momento, como lo habrían hecho dos parientes que se hubieran encontrado por casualidad en tierra extranjera, después de décadas sin verse. El griego, mientras el infeliz reanudaba torpemente la extracción de las espinas, le preguntó:

—¿Qué has dicho? ¿De dónde has sacado esa frase?

El pobrecillo le miró:

—¡Es un dicho que se ajusta a mi desgracia! ¿Acaso no lo encuentras apropiado? Lo leí en un escrito que había en la tienda de mi amo Brisón, del que os hablé anoche.

—¿Y por qué lo has sacado a colación, precisamente ahora?

Arrio y yo nos acercamos: la historia prometía estar repleta de interesantes revelaciones.

—La frase venía en una de esas hojas que mi amo Brisón nos dejaba usar para encender la hoguera o para ir a la letrina; a veces no había esponjillas.

—¿Y la usaste para ir a la letrina? —se horrorizó Hicesio, ojiplático.

Arrio me dio un codazo, señalando al griego con un ademán.

—No, acostumbraba a leer esas páginas y guardaba algunas. Fue en una de ellas donde encontré esa frase que tan bien describe mi miserable estado,

de pobre antes, y esclavo ahora.

—Es evidente que esas palabras te reconfortan. Pues te voy a decir una cosa, que yo también las conozco: es un dístico de Leónidas de Tarento, un poeta griego, mi compatriota, que advino a esas trágicas consideraciones sobre la pobreza muchos siglos antes que nosotros.

A Arrio le resultaba cada vez más difícil mantener la compostura.

La frase había tocado tan profundamente a Hicesio que no pudo abstenerse de declamar, volviéndose hacia el malogrado contable:

—«*Marchaos, ratones, de esta cabaña: la mísera despensa de Leónidas alimentar ratones no puede. Al viejo le basta tener la sal y dos panes de harina gruesa*»**[20]**.

Al final, el griego calló, conmovido por la profundidad de pensamiento de aquel Leónidas de Tarento, que desde la oscura noche de los tiempos nos había enviado una chispa de su antiguo saber.

Unos pasos más adelante, Arrio, que no había pillado el aspecto trágico del dístico, se desternillaba de risa e incluso se le escaparon algunos sollozos: «*¡ratones en la cabaña!*», me pareció oírle.

La verdad, por desgracia, era que el esclavo ya no podía seguir el ritmo de la caravana y estaba retrasando a todos. Durante el día había visto al centurión y al *optio* Bárico hablando entre ellos mientras lo observaban, y temí que ya hubieran decidido deshacerse de él.

Tendría lugar a primera hora de la mañana, antes de que la caravana se pusiera en marcha.

XII.

Hicesio me pidió que le ayudara porque no se fiaba de ir él solo a discutirlo con el centurión. Ensayó conmigo alguna frase pegadiza y, una vez afinado el discurso sobre supuestas arduas dificultades para llevar los libros contables de la caravana, nos pusimos en marcha.

—Centurión, tendrás que disculparnos si nos aprovechamos de tu tiempo, pero tengo una idea para aumentar la velocidad de la caravana y, al mismo tiempo, agilizar el trabajo de preparación de ciertos papiros que necesitaré en Palmira.

El centurión no entendió nada de la confusa premisa de Hicesio, pero su sentido, eso lo entendió:

—Tú quieres meterme en algún lío, reconozco el tono quejumbroso de vosotros, los griegos… ¡Dime qué es lo que quieres!

—Le estaba explicando, centurión, que debo preparar unas notas de crédito que necesitaré en Palmira. Es un trabajo largo, y como no nos detenemos nunca, me cuesta escribirlas.

—¿Y entonces?

—Me vendría bien tener a mi disposición a ese escriba que ha acabado entre los esclavos. Es un experto contable, y eso es justo lo que necesito ahora.

—¡De ese granuja hay que deshacerse! Nos hace perder millas de camino día tras día. ¡Además, está poniendo nerviosos a los otros esclavos! Sabes a qué me refiero, ¿no?

—Creo que sí, centurión —asintió el griego—. Pero yo perdería la oportunidad de avanzar con mi tarea y me vería obligado a pedirle un día de descanso de toda la caravana.

—Pero ¿qué me estás diciendo? ¡No podemos perder ni un día!

—Bastaría con que le quitara sus grilletes: ya no se quedaría atrás y podría ayudarme en mi trabajo.

Las quejas de Hicesio continuaron un poco más y yo le di el último empujón, insinuando que sería mejor para todos tener un escribano de reserva porque en cuanto estuviéramos a la vista de la ciudad tendría que ocuparme de otras cosas mucho más importantes.

Estábamos ya próximos a Palmira y el centurión calculó que no valía la pena arriesgarse a tener una bronca al principio del trabajo, pues al final de la misión tendría todo el tiempo que quisiera para ajustar cuentas:

—¡Vosotros dos seréis los responsables de ese imbécil!

Al amanecer, uno de nuestros vigías, que permanecía oculto en una grieta de la roca, descubrió a los espías que nos vigilaban mucho antes de que estos se dieran cuenta de que, a su vez, habían sido localizados.

Eran dos hombres a una milla de distancia que, para alcanzar un grupo de rocas que emergían del terreno desértico, un anticipo de las colinas pedregosas que bordeaban el lado oeste de la pista en la que estábamos, habían cometido el error de desplazarse con sus camellos por un tramo de terreno llano, más claro por el polvo que lo cubría.

El centurión reunió de inmediato a todos los hombres:

—Desde este instante, ¡nadie debe dar un paso en falso! Esos taimados nabateos nos están espiando. Los turnos de guardia no se interrumpirán nunca, ni siquiera durante la marcha, y todos deben informar inmediatamente de cualquier hecho sospechoso: nubes de polvo a lo lejos en el desierto, movimientos entre las rocas… todos habéis luchado, sabéis de lo que hablo y no hace falta que os lo repita. Os recuerdo lo que os ordené en Traconítide: que nadie deje que los esclavos se enteren de dónde venimos, se van a vender en el caravasar donde acamparemos. Vosotros dos… —concluyó dirigiéndose a Hicesio y a mí—, venid conmigo.

Una vez que estuvimos aparte nos recordó:

—El *optio* Bárico y yo a partir de ahora permaneceremos ocultos entre los hombres, pero yo fingiré ser el guardaespaldas del griego, por lo que siempre estaré muy cerca de vosotros. Tú, griego, siempre estarás montado en tu caballo, como le corresponde al amo, y procura que no se te escape ninguna de esas frases estúpidas que a veces te oigo repetir: ¡eres un mercader amante del dinero que reparte vergajazos a diestra y siniestra, no un lector de papiros! ¿Queda claro? Y en cuanto a ti, agrimensor, te ordeno que no te vayas por ahí tomando medidas. Bárico ha visto reflejos metálicos en algo que manejabas ayer, cuando te acercaste a esas rocas para observar el entorno.

Aquel día, la marcha fue inusualmente silenciosa, solo interrumpida, de vez en cuando, por los ocasionales vergajazos que Bárico dispensaba equitativamente a soldados, esclavos y animales.

—Debes decirme, con exactitud, cuántos días tendremos que estar esperándote en el caravasar —me preguntó, ya de noche, el centurión. Nos habíamos apartado fuera del campamento para que no nos oyeran ni los legionarios ni los esclavos—. Los hombres están nerviosos. Son mercenarios, no están acostumbrados a la disciplina, les gustaría tener dinero para ir a algún lupanar y emborracharse.

—Entiendo, centurión. En cuanto a nuestras tareas, no creo que sea posible llevarlas a cabo en menos de cinco días. Hay que vender la sal, los burros y los esclavos, y el griego debe comprar el oro.

—Es difícil saber ahora cuánto tiempo necesitaré —le confirmó Hicesio —. Pero podríamos tener suerte y salirnos con la nuestra en unos días.

—¿Y las mediciones de las murallas y cuarteles?

—El griego se dedicará a sus asuntos, y yo, todas las veces que pueda, visitaré una parte de la ciudad y por la noche dibujaré lo que he visto. El *optio* Arrio podría acompañarme mientras tú vigilas al griego.

No alcancé a terminar lo que quería decir cuando Arrio vino a buscar al centurión:

—¡Una docena de hombres a caballo han salido de la oscuridad y están hablando con nuestros guardias!

El centurión acudió de inmediato. El *optio* Bárico ya estaba hablando con aquellos hombres. Arrio arrojó algunas ramas secas al fuego para avivar las llamas, y pudimos observarlos: eran once, vestidos con lorigas de cuero unidas con pequeñas inserciones que recordaban a las escamas de los peces, y estaban completamente armados con lanzas de caballería y espadas largas. No cabía duda de quién era el jefe: era un hombre alto, con una espesa barba negra, y en su armadura llevaba muchas tachas de plata resplandeciente.

—¿Por qué os encontráis en estos lugares desiertos? —le preguntó el jinete a Bárico, que inmediatamente se apartó para ceder la palabra al centurión Osterio:

—Me llamo Cayo, soy el jefe de la caravana —respondió con prontitud. Y dejando paso a Hicesio lo presentó—: El mercader Hicesio de Thessalonica es el propietario de la caravana, venimos de Damasco, y antes de Tiro. Nos dirigimos a Palmira.

—¡Esta no es la ruta caravanera que conduce a Palmira!

—¡Nos aseguraron que la ciudad estaba tan solo a sesenta millas!

—Habéis tomado el camino equivocado. Esta pista también lleva a Palmira, pero ¿no te has dado cuenta de que no pasa nadie?

—De hecho, nos preguntábamos —intervino Hicesio—, si por casualidad la fama de la ciudad no hubiese sido exagerada, porque no habíamos encontrado otras caravanas a las que seguir. Pero ahora entiendo, por tus palabras, ¡que mi jefe de caravana confió imprudentemente en ese imbécil que le mostró el camino en Damasco!

—¿Es este tu sinodiarca[21]? —El jinete señaló al centurión Osterio. Hicesio asintió, y el militar sacudió la cabeza con desprecio; ya había echado una mirada superficial y, a pesar de la escasa luz, se había dado cuenta de que la nuestra era una caravana de poca monta, como seguramente ya le habían indicado los vigías.

Pero no se inmutó y respondió:

—Soy Nourbel, estoy al mando de este escuadrón de caballería de Palmira. También acamparemos aquí esta noche y nos dirigiremos todos juntos a la ciudad durante un par de días. ¿A dónde se dirige la caravana exactamente?

—Nuestro destino es precisamente Palmira —le respondió el griego con el tono experto de quien siempre ha movido caravanas—. Solo me llevará unos días y, una vez terminados mis negocios, regresaré a Tiro.

—La tuya me parece una caravana bastante pequeña.

—Así es, Nourbel. Esta es la primera vez que visito Palmira. Tenía curiosidad por ver la ciudad; no he traído más que unos pocos esclavos y algunos burros, ¡mercancías que se mueven solas! Si encuentro un mercader con ganas de emprender algo provechoso, le seguirán otras caravanas más grandes.

Los jinetes debían estar cansados por el día que habían pasado cabalgando en el desierto, y a la luz de una antorcha se dirigieron al pozo. Poco después vimos el fuego de su campamento a cincuenta pasos del nuestro.

El centurión hizo su ronda controlando a los centinelas y dando nuevas órdenes, y por último, pasó por donde estábamos nosotros:

—Tú, griego, ¡que sea la primera y la última vez que se te ocurre hacerme pasar por imbécil! —nos habló en voz baja y solo vimos un reflejo de la hoguera del campamento en sus ojos, pero su amenaza tenía la fuerza de un trueno.

Hicesio trató de excusarse:

—Tendrás que perdonarme, centurión, era lo único que se podía hacer para distraer al oficial, y como has visto no ha hecho más comentarios. He tenido que improvisar.

Osterio no dijo más y desapareció en la oscuridad.

Los dos días siguientes fueron de los más complicados de nuestras vidas.

Hicesio y yo nos vimos obligados a representar al mercader propietario de caravanas y a su secretario de confianza, bajo la constante mirada de los palmirenos. Arrio se dedicó a mantener a los mercenarios bajo control junto al centurión y a Bárico, para que no se enzarzaran en cháchidas innecesarias con los jinetes.

En el campamento que se hizo la noche siguiente, ahora a menos de un día de viaje de la ciudad, el oficial Nourbel vino a cenar con nosotros y no pudo abstenerse de hacer algunas observaciones:

—Desde luego, mercader, la tuya es una caravana ciertamente peculiar: te mueves con burros, algo insólito para el transporte de mercancías en estas tierras, pero veo que tienes muchos guardias, como si estuvieras escoltando algo de gran valor: la sal que veo en esas cestas, ¿tiene alguna propiedad milagrosa?

No era un comentario casual, Hicesio tuvo que dar una respuesta:

—A vosotros, los oficiales, no se os puede ocultar nada —sonrió—, y por otro lado ese es vuestro trabajo. Mi negocio como mercader es muy modesto, no tengo almacenes rebosantes de mercancías, y estos burros y la sal que llevan, solo sirven para pagar mis gastos de viaje. Debes saber que soy un mercader algo peculiar —y aquí bajó la voz para que no le oyeran los demás que estaban alrededor del fuego—. En mi establecimiento compro y vendo… oro.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del oficial, que demostró haber comprendido por qué nuestra caravana le resultaba extraña.

—¿Acaso suministras joyas a algún soberano?

—No, Nourbel, ese es un mercado que ya no rinde nada. El escaso beneficio que le queda se esfuma pagando a los trabajadores. Incluso las limaduras de oro que se producen durante los distintos pasos de elaboración, en parte se pierden y en parte se lo guardan los propios trabajadores.

—Veo que conoces ese arte. Pero entonces, ¿qué haces con el oro?

Hicesio exhibió una sonrisa socarrona mientras se servía más lentejas de la olla y dejaba a su invitado esperando:

—¡El oro lo cedo a quien lo necesite o lo presto como si fuera dinero!

—Así que tu verdadero trabajo es similar al del *argentarius*.

El griego asintió sonriendo:

—Nadie se imagina la gran necesidad de oro que existe en Siria y Macedonia, y en la misma Italia. Incluso los soberanos siempre están

buscando oro para acuñar nueva moneda. ¿Y te has preguntado, alguna vez, con qué se soborna a los ejércitos enemigos para que pierdan batallas?

El griego le había abierto al oficial de caballería una ventana a un mundo que le era completamente desconocido:

—Comprendo —le reconoció—, en efecto creo que nunca he oído que nadie que trabajara con oro haya muerto de hambre.

El centurión Osterio me lanzaba, de vez en cuando, una mirada inquisitiva, ya que el tono confidencial de la conversación entre ambos no le permitía escuchar todo lo que se decían. Intenté tranquilizarlo con una señal, al ver que se ponía nervioso.

—Supongo que conoces a todo el mundo en Palmira —le provocó el griego—. ¿Puedo aprovechar la oportunidad para pedirte que me presentes a un mercader que se dedique a… los mismos bienes que yo?

—En la ciudad hay unos cuantos que se dedican a *esos bienes*. Está Yedibel. Pero es un excéntrico, trata solo con los que ya conoce. Y Nabuzab, ¡quizás podría servir! Es uno de nuestros más antiguos cambistas, puede ser justo lo que necesitas. Su hijo quiere ampliar el negocio, ¡te escuchará con atención!

Al día siguiente por la tarde, el oficial Nourbel nos hizo abandonar la ruta y nos condujo por una pista recién marcada. Desde lo alto de una colina nos mostró la ciudad de Palmira, a unas millas de distancia, cuyas murallas y edificios más grandes, que sobresalían de las mismas, eran del mismo color que el polvo del desierto; por último, llegamos al caravasar ubicado en la ruta occidental de las caravanas, la más transitada.

Estaba situado en el interior de un sombreado palmeral; consistía en un recinto cerrado por un muro de seis pies de altura en cuyo interior, junto a un gran patio que podía albergar numerosas caravanas, se encontraba un edificio alargado en cuya fachada había unos estrechos cuartos, desprovistos de puertas, en los que podían dormir los viajeros. Al otro lado del patio, una serie de toldos permitían resguardar el ganado o las mercancías a la sombra. Un pozo cubría las necesidades de hombres y animales.

En la puerta de entrada, dos hombres, los guardianes del recinto, nos dejaron pasar y nos mostraron los cuartos que podríamos ocupar y la parte del cobertizo que podía servir para nuestros asnos y esclavos.

Observé que otra caravana de unos cincuenta camellos y una docena de beduinos había llegado poco antes que nosotros. Enseguida oímos las voces

excitadas de una acalorada discusión.

—Son ignorantes beduinos —explicó Nourbel—. Se creen más listos que los demás y no quieren que nuestros guardias los registren ¡porque aseguran que traen riqueza a la ciudad! ¡Actúan así a menudo! ¿Acaso, en casa ajena, no te sometes a las normas del propietario?

Si los guardias registraban a los beduinos, seguramente harían lo mismo con nosotros.

—Hicesio —dije, interrumpiendo a los dos que estaban hablando—, me están haciendo señas para que vaya a organizar los cuartos de los hombres. En cuanto tengas tiempo, ven a comprobar si todo está bien.

Mientras los beduinos continuaban discutiendo con los guardias, saqué el goniómetro de bronce de su escondite en la silla de montar, hice un fardo con las hojas de papiro y los mapas, que hasta entonces habíamos guardado junto con los papeles de la caravana y, con la ayuda de Arrio y Pez, que había llamado para ayudarme haciendo de pantalla con sus cuerpos, cavé un agujero en la tierra que servía de suelo del almacén y lo enterré todo.

XIII.

El registro de nuestra caravana no fue muy exhaustivo, ya era casi de noche y los guardias tenían prisa por irse. Se revisaron las cestas de sal y algunas bolsas de los mercenarios, que no revelaron nada interesante.

Sin embargo, los esclavos despertaron un interés especial: examinaron sus rostros uno por uno, iluminándolos con una antorcha, en busca de algún rasgo conocido. Nuestros hombres aprovecharon para preguntar insistentemente a los guardias por los lupanares de la ciudad, pero el *optio* Bárico repartió unos cuantos vergajazos a un par de haraganes, cortando de raíz la conversación.

Aquella noche, en el establo, todos se enteraron de la orden del centurión sobre los permisos: ninguno de nuestros hombres pisaría la ciudad, y menos aún un lupanar. Esto provocó murmullos que nunca serían aceptados en una unidad normal y Osterio se vio obligado, para restablecer el orden, a golpear a uno de los mercenarios, haciéndole perder un diente.

Hicesio y yo discutimos largo y tendido sobre otro problema:

—Corremos el riesgo de no poder sacar ni un mapa de aquí —le señalé—. El oficial Nourbel dijo que también registran las caravanas al salir del caravasar. Me temo que no podemos arriesgarnos a que nos atrapen con esos papiros.

—El registro que hemos presenciado hoy no ha sido muy exhaustivo, quizás se nos ocurra algún escondite ingenioso.

A la mañana siguiente, por fin, Hicesio, el centurión Osterio y yo partimos hacia la ciudad. El oficial Nourbel vino con nosotros, se había declarado dispuesto a acompañar a Hicesio a la oficina del *argentarius* Nabuzab tan pronto como hubiera informado a sus superiores sobre su última misión de patrulla en el desierto.

A la hora cuarta, teníamos la ciudad ante nosotros: una sólida muralla de un color rojizo descolorido, no muy diferente de las rocas que la rodeaban, se extendía por la planicie, interrumpida de tanto en tanto, por una torre desde donde la mirada de los soldados podía abarcar una amplia distancia: nada fuera de la muralla interrumpía la uniformidad de la llanura desértica, ni una casucha, ni personas o animales.

—Por lo que veo, querido Nourbel —observó Hicesio, que se había familiarizado bastante con el oficial—, vuestra ciudad es una verdadera fortaleza. Veo murallas enormes que resistirían el asalto de cualquier ejército. Imagino que los que están encima de las paredes son vuestros soldados.

El oficial asintió con una sonrisa, honrado por el cumplido.

—Sin embargo, debo decirte —continuó el griego— que vuestros polvorientos estandartes desmerecen a una ciudad opulenta.

Por un instante temí que Hicesio hubiera ofendido al oficial, que, en cambio, replicó, confundido:

—Pero ¿de qué estandartes estás hablando, griego?

—Esos de allí, los de encima de las astas de madera. Si fueran de colores vivos, rojo o amarillo, por ejemplo, resaltarían mucho más. Se verían desde lejos.

—¿Esos? ¡Esos no son estandartes! ¡Son los cadáveres de los condenados que han sido empalados y expuestos a la vista de los que entran en nuestra ciudad con malas intenciones! ¿Quieres que pintemos a esas alimañas marchitas, reducidas ahora ya a corambre?

De hecho, al acercarnos vimos que no se parecían en nada a las insignias que a veces se exhiben en los muros: eran auténticos cadáveres humanos de los que asomaban algunos huesos entre los desgarros de la piel. Expuestas al aire seco del desierto, las carroñas se habían endurecido como el nudo de Gordiano, y ya ni siquiera los pájaros encontraban algo que comer en ellos. Sin embargo, unos cuantos pajarillos se resguardaban del sol y del calor en el improvisado lugar de avituallamiento creado por el cuerpo en descomposición que antaño había albergado pulmones y un palpitante corazón; seguramente debía de haber más de un nido entre las costillas.

—Si os quedáis un tiempo en la ciudad, ¡no dudes que veréis alguna ceremonia oficiada por nuestros verdugos! —comentó serio el oficial, con tono de invitación.

Hicesio, nervioso, tragó saliva y mi pensamiento corrió a los papiros enterrados junto al goniómetro de bronce, a escasa profundidad bajo nuestros lechos.

A pesar de que estábamos con uno de sus oficiales, los guardianes de las puertas quisieron revisarlo todo, incluso nos hicieron quitarnos la ropa, y cuando vieron el libro de cuentas de Hicesio, aquel fajo de papeles inútiles que consiguió del tesorero Concesio Félix, negaron con la cabeza y nos llevaron ante uno de sus oficiales.

El oficial Nourbel frunció el ceño:

—Os conducirán ante el noble Yarhay —susurró mientras las arrugas de su rostro se hacían más profundas. Debía tratarse de un oficial de alto rango, sin duda un personaje peliagudo.

Escoltados por seis guardias, nos condujeron a través de estrechos y oscuros pasillos que discurrían por el interior de las espesas murallas y entramos en una especie de cuartel donde fuimos anunciados al noble Yarhay.

Era un hombre alto, imponente, de tez oscura, con barba y pelo peinados y anudados con gruesas cintas, como algunas mujeres de la nobleza. Infundía temor con la mirada, y nada escapaba a sus ojos asesinos, en constante movimiento. Llevaba una de esas corazas hechas de escamas de cuero dispuestas como las de un pez. La tropa mantenía los ojos bajos, los hombres ni siquiera se atrevían a cruzar su mirada imprudentemente. Incluso noté que se movían con insólita celeridad.

Formuló algunas escuetas preguntas, en la incomprensible lengua nabatea, a los guardias y a Nourbel, el cual respondió en un tono timorato, casi servil, sin despegar los ojos del suelo, y, por último, señaló a Hicesio.

—Nunca os habíamos visto por aquí —dijo el noble Yarhay en nuestro idioma, con voz grave y cavernosa—. Los salvoconductos que habéis mostrado no son válidos en Palmira. Nuestra ciudad está abierta al comercio, pero tenemos reglas. Este oficial os llevará ahora a pagar la *tarifa*[22]. Si no conocéis nuestras costumbres preguntadle a él. Os autorizo a quedaros aquí durante dos semanas. Continuad con vuestras actividades comerciales, ¡pero sabed que no se tolerarán transgresiones a las órdenes de mi milicia!

Con la mano abierta nos indicó que podíamos retirarnos. No había sido amenazador, pero el tono de su voz fue suficiente para ponerme los pelos de punta.

Nos condujeron a una oficina donde Hicesio pagó la *tarifa* a un contable encerrado en un banco de madera parecido al de un *argentarius*. Nos pidieron algo menos de uno de nuestros denarios por cada asno y el equivalente a once sestercios por cada esclavo que se pudiera vender en Palmira.

—Deberemos tener cuidado con el jefe de la guardia —me susurró Hicesio al oído en cuanto salimos de la oficina.

El centurión Osterio, a regañadientes, replicó:

—*Rizos negros* no es el oficial de guardia en la aduana. Es un hombre que tiene poder de vida y muerte sobre todos los presentes, ¡por si no lo habíais adivinado! Debe ser uno de sus generales.

—Afortunadamente, aquí ya hemos terminado —concluyó Hicesio—. El centurión Osterio y tú iréis a buscar a un mercader de esclavos para concertar

una visita al caravasar e iniciar la negociación. Os advierto, no vendáis a Eleuterio, está transcribiendo notas importantes para mí. De hecho, Quintilio, si ves algún papiro, compra un buen manojo de hojas en blanco, quiero poner a ese contable bajo presión.

Me dio la impresión de que el griego se metía demasiado en el papel de mercader y propietario de caravanas.

Por la tarde conseguí convencer a un comerciante de esclavos para que nos siguiera hasta el caravasar para ver nuestras mercancías. Era un nabateo de piel oscura, cuyo aspecto desaliñado se asemejaba demasiado a los bandidos encadenados que íbamos a venderle.

De vuelta al caravasar fuimos recibidos por las miradas iracundas de los mercenarios que parecían a punto de amotinarse.

—¿No pensaréis que nos quedaremos aquí como vuestros prisioneros? ¡Somos mercenarios, hombres libres! —se apresuró a explicarnos Rutilio con firmeza, ya que el centurión, ahora disfrazado, no podía valerse de su rango.

—Rutilio, ¡cuidado que conozco el método adecuado para calmarte!

—¡Osterio, no somos niños! Llevamos un mes de marchas, ¡no puedes prohibirnos ir a tomar un vaso de vino!

—El comandante de la guardia no permite que los hombres de la caravana entren en la ciudad. No quiere que se produzcan disturbios, ¡ha sido categórico!

En ese momento también se interpuso el *optio* Bárico, haciéndonos señas de que nos alejáramos de donde estábamos para no ser escuchados:

—Osterio, debemos encontrar una solución. Estos no se detendrán, no son como nuestros legionarios a los que podemos controlar.

—Ya me lo imaginaba, Bárico. Mañana intentaré conseguir un par de mujeres de algún lupanar para traerlas aquí; no puedo hacer nada más.

Mientras los oficiales discutían de los problemas de la tropa, conduje al nabateo a ver a los esclavos, reunidos en un rincón del caravasar bajo el toldo de ramas.

—¿Y os habéis gastado el dinero para alimentar a estos despojos? ¿Para traerlos hasta aquí? —fue su lacónico comentario.

—Son todos hombres sanos Si no lo fueran, seguramente habrían muerto en el viaje.

—Estos solo son escoria, se nota a la legua. ¡Nadie los querrá en su casa! ¿Cuánto pensabas ganar? —preguntó irónico.

—No te voy a negar que estos hombres necesitarán ser dirigidos por alguien mientras aprenden su trabajo, siempre es así cuando se adquiere un nuevo siervo, eso también lo sabes. En Judea por un hombre fuerte no se puede gastar menos de cuatro mil sestercios.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Creo que tendrás que llevártelos de vuelta a Judea!

—He acudido a ti porque me dijeron que eras un experto tratante. Míralos. ¡Ni siquiera los has examinado! En la plaza de Palmira ¿cuánto crees que pueden valer?

El tratante se movió entre los hombres sentados en el suelo, resignados ya a su destino, con la mirada perdida. Utilizando su bastón, levantó alguna túnica para observar un demacrado costado o unas escuálidas piernas.

—Aquí en Palmira, no esperes ganar más de mil, a lo sumo mil quinientos de vuestros sestercios. Tal vez con dos o tres de ellos ganes dos mil, si tienes suerte. No más. Tú también te das cuenta de que no son hombres que puedan servir en los almacenes. Como mucho, alguno podría trabajar en el campo. Te aconsejo que no los lleves al mercado de la ciudad, ¡no venderás ni uno!

—¿Cuánto podrías pagarme por todos?

—¿Por todos ellos? ¡Ni un sestercio! Como mucho puedo preguntar por ahí, ¡pero yo no los quiero!

—Entiendo que tú solo eres un tratante. Hablaré con el dueño de la caravana y ya veremos si puedo visitarte y contarte lo que ha decidido. Para nosotros lo mejor sería venderlos en lote, no podemos quedarnos en esta ciudad para encontrarles un amo uno por uno, no tenemos tiempo. Y de los burros, ¿qué me dices?

—Esos son más fáciles de vender. ¿Tienes una cuarentena?

—Puedo vender treinta y cinco. Necesitamos que algunos vuelvan a Damasco. Son unas bestias hermosas, y están bien cuidadas. Tengo un buen mozo de cuadra que las mantiene bien herradas —hice una señal a Pez para que se acercara.

—Sacarás ochocientos de tus sestercios por cada animal. Estos creo que podré venderlos fácilmente —contestó, mientras Pez levantaba con orgullo la pata del primer burro para mostrar su excelente herraje.

Acompañé al tratante a la salida del caravasar mientras en mi mente se agolpaban mil pensamientos. No podíamos arriesgarnos a llevar a los esclavos de vuelta. La expedición había sido improvisada más mal que bien, con pocos denarios y grandes expectativas, y ahora empezábamos a ver los primeros y escasos resultados. Pero no hay mal que por bien no venga: una negociación difícil me obligaba a entrar y salir de la ciudad varias veces para regatear, y

así tendría más posibilidades de observar cosas interesantes y hacer dibujos de detalles de murallas y fortificaciones.

Me distrajo de mis pensamientos el ruido de una pelea: el centurión Osterio, cansado de discutir en vano, había derribado de un puñetazo al egipcio Obasi, y Bárico le estaba dando un par de porrazos con el nudoso cayado de pastor del que nunca se separaba.

El egipcio, tras haberse llevado lo suyo, se levantó del suelo con la boca ensangrentada. Le oí gruñir algo, el asunto no acabaría ahí.

—Si queréis cobrar al final del trabajo, ¡tendréis que cumplir las órdenes! —dijo el centurión a modo de conclusión de la breve discusión, mientras los demás huéspedes del caravasar, beduinos conductores de camellos y siervos, volvían a sus quehaceres con una sonrisa en el rostro, después de disfrutar con el breve espectáculo de la imprevista pelea.

El primer día de trabajo en Palmira fue fructífero y me brindó importantes resultados: a pesar de las difíciles condiciones en las que tenía que actuar, había conseguido captar la geometría general de la puerta de acceso a la ciudad y de los cuarteles de la aduana y de la guardia. Lo que no podía retener en la mente lo tenía escrito en mi tableta encerada, en forma de líneas borrosas en los bordes del área de escritura, y números dispersos entre las cuentas de la *tarifa*. Aquellas marcas y números eran las medidas que había tomado, en pasos, con el centurión: la longitud del frente de la muralla, entre la puerta y las torres de vigilancia, la anchura y altura de las torres. Nadie sería capaz de interpretar aquellas marcas, y yo mismo tuve que darme prisa y anotar el dibujo antes de que mi memoria me engañara borrando muchos detalles.

En el establo nos habíamos alojado en los minúsculos cuartos que daban al patio, construidos con toscos muros de tierra mezclada con un poco de agua, como era costumbre en esas tierras. El techo, un armazón de palos cubiertos de hojas de palmera, dejaba entrever los últimos colores del cielo antes de la puesta de sol.

Eleuterio se había montado en una esquinita su puesto de trabajo: había colocado en forma ordenada algunos bastos que aún tenían atados cestos de sal y encima había colocado un marco que tal vez, antiguamente, había sido una puerta. Los paquetes de papiros, bien ordenados frente a él, se mantenían en su lugar con piedras, y reconocí algunos cálamos y el frasco de bronce de la tinta de Hicesio.

—Quintilio, se me está acabando la tinta y si el centurión no me ve trabajando es capaz de volver a ponerme con los esclavos. ¿Tienes algo que darme que me sirva para seguir escribiendo?

No sabía cómo había llegado a un acuerdo con Hicesio sobre los papeles que estaba escribiendo. Notas seguramente inútiles, porque ese trabajo se lo había inventado el griego solo para quitarle las cadenas y salvarle la vida. Pero el chipriota se había puesto a trabajar a toda velocidad como si su vida dependiera de esos papiros, lo que, por otra parte, no estaba muy lejos de la realidad.

Le entregué el paquete de hojas en blanco que había comprado en Palmira:

—El griego, el amo quiero decir, me ha encargado de la compra de estas hojas de papiro, pero no me ha dicho nada de la tinta, de lo contrario la habría comprado. ¡Veo que te has instalado bien! Sin embargo, dentro de poco necesitaré este escritorio tuyo. Podrías probar a diluir la última tinta que te queda con un poco de agua y un poco de hollín del hogar. Antes de colarlo, añádele unas gotas de leche de cabra, los beduinos seguro que tienen, ¡y verás cómo tendremos tinta para, al menos, un día más!

Lamentablemente, el problema que yo tenía que resolver no era tan sencillo como el de la tinta. Pronto tendría que desenterrar mis dibujos y convertirlos en algo que no pudieran encontrar los guardias.

XIV.

Hicesio y Arrio regresaron al caravasar por la noche. Me encontraron en la improvisada mesa de trabajo de Eleuterio: a la luz de un candil estaba dibujando un mapa de la puerta de entrada de la ciudad y de los cuarteles adyacentes, sin más medidas que un burdo recuento de pasos.

Estaban charlando sobre las agradables noticias de la jornada y tuve que esperar a que consumieran su rancho e intercambiaran algunas palabras con el centurión y el *optio* Bárico.

Por fin pude apartar al griego.

—Tenemos que deshacernos de los mapas, los que enterramos bajo los camastros. Pero, por desgracia, seguimos necesitando hojas de papiro, ya que no puedo retenerlo todo en mi cabeza.

—Ese es un problema que tendremos que resolver, Quintilio. ¿Crees que podríamos tallar tus mapas en alguna parte? Hoy he visto que aquí venden una especie de toldos que se pueden montar en un camello. Se podrían tallar nuestros mapas en la madera de la estructura, o quizás en el dorso de cuero de una silla de montar.

—¡Si nos pillan nos empalarán, griego! Considera que hay notas que transcribir y muchos dibujos. ¿Acaso no hay una manera de disimular estos papeles entre tus papiros?

—Lo dudo, los nabateos son desconfiados. Se han dado cuenta de que tenemos alguna relación con los romanos y además es la primera vez que nos ven, nadie puede hablar en nuestro favor. Debemos inventar algo que solo tú y yo sepamos, porque no me fío de la tropa. El centurión Osterio me ha repetido hace un rato que podríamos tener problemas con los mercenarios.

—Yo sigo con mis dibujos, mañana buscaré al tratante de esclavos y veré otra parte de la muralla. Pero para mañana por la noche, tenemos que resolver este problema y quemar los papiros con los mapas. ¿Qué tal con el *argentarius*?

—Con el *argentarius* Nabuzab las cosas han empezado bien —respondió radiante—. Es un hombre de avanzada edad, con mucha experiencia en la compra y venta de oro y cosas de valor, y su hijo es un joven con ganas de aprender. Hemos hablado durante buena parte del día, creo que llegaré a un acuerdo con ellos. No te oculto que el problema a resolver es difícil porque el

valor de nuestros bienes es insignificante y, en consecuencia, el oro que podemos obtener es muy poco. Me dijo que los esclavos aquí en Palmira no son muy valiosos, a menos que ya estén capacitados en algún trabajo.

—Sí, así es, el tratante también me lo ha explicado, casi con las mismas palabras. Pero también habíamos visto desde el primer momento que solo son delincuentes que se han librado de la ejecución. Al final, ¿crees que podrás sacar algo de oro de ellos?

—Hoy hemos empezado a hablar del tema. Si no queremos que descubran que esta es una falsa caravana, tendremos que recurrir a algunos trucos y utilizar notas de crédito.

—Estaba seguro de que le darías un buen uso a tus artes. Lo conseguiremos. El general Curvo tendrá que contentarse con dibujos hechos casi totalmente a simple vista, con poquísimas mediciones, pero estoy seguro de que nadie podría hacerlo mejor.

La noche habría transcurrido plácidamente en el caravasar de no ser por el estruendo de los caballos y de los guardias con antorchas que aparecieron ante nuestros alojamientos justo antes del amanecer.

Llamaron a gritos a Hicesio, que tuvo que presentarse medio dormido ante esos hombres; le siguió el centurión Osterio.

A la luz de una antorcha encendida, un hombre cubierto de sangre fue lanzado bruscamente desde un caballo: era uno de los nuestros, el egipcio Masopis, un mercenario taciturno al que había notado más de una vez murmurando a espaldas de los oficiales. Había sido apaleado o azotado, o ambas cosas. Su espalda chorreaba sangre.

Los jinetes estaban al mando del oficial palmireno Nourbel, al que ya conocíamos bien. Nos indicó que fuéramos a hablar lejos de los hombres.

—¡Este hombre vuestro ha sido pillado intentando colarse en la ciudad esta noche! ¡Y al otro que estaba con él lo han matado los guardias!

Hicesio, lejos de comprender lo sucedido, respondió:

—No comprendo, Nourbel. ¿Podrías explicarte mejor?

—¡Si no estuviera seguro de que estás al margen de esto, no habría venido aquí tan tranquilamente! Dos de tus hombres querían entrar en la ciudad. Lo cual os fue prohibido por el noble Yarhay, como bien sabéis. ¡Han tratado de escalar los muros! A este imbécil lo hemos atrapado y le hemos dado lo suyo, el otro ha sido atravesado por una jabalina.

—No tengo ni idea de lo que estaban tramando estos dos, Nourbel. Les expliqué claramente que nadie podía entrar en la ciudad. Quizás hayan escapado del caravasar aprovechando la oscuridad.

—Este que te hemos traído de vuelta, que dice llamarse Masopis, nos ha confesado que querían ir a un lupanar, ¡y beber vino! Estoy seguro de que ha dicho la verdad porque mis hombres consiguen que hablen incluso los mudos. Pero deberás tener cuidado, griego, ¡porque tu caravana ya ha causado demasiados problemas!

Hicesio se quedó sin habla. Osterio aprovechó para preguntar:

—¿Y el otro hombre? ¿Lo habéis matado, has dicho?

—Sí, lo han matado con una lanza. Esta mañana lo pondrán en uno de esos postes que hay en el muro. Por la mañana os esperan en la oficina de la *tarifa*, ¡para pagar una multa por las molestias que han causado vuestros hombres! No dejéis de presentaros, u os arrepentiréis —después de esta advertencia, se dio media vuelta y volvió a montar en su caballo para marcharse.

—¡Idiotas! —gruñó el centurión entre dientes—. ¡Ya sabía yo que me habían asignado una panda de idiotas!

Masopis estaba maltrecho: además de los latigazos, cuya sangre goteaba por su espalda, tenía los huesos de las dos manos rotos y se le habían hinchado. Le confesó al centurión que se los habían roto a propósito y en varios lugares para hacerle hablar.

El *optio* Bárico se adelantó:

—Debemos deshacernos de él, Osterio. No creo que esté en condiciones de marchar, ¡y no podemos dejarlo aquí!

El centurión, pensativo, se pasó una mano por el mentón:

—No haremos nada de eso de momento, Bárico. A ver si mejora. Tú y yo, chupatintas —dijo dirigiéndose a mí—, en cuanto amanezca, nos pondremos manos a la obra con nuestro trabajo, que es lo que quieren los jefes. El griego irá a pagar por las molestias y continuará sus negociaciones. Tú, Arrio, tendrás que conseguir un par de mujeres para estos imbéciles, ¡ya que no podemos darles la somanta que se merecen mientras permanezcamos aquí, entre los nabateos!

—¡Yo nunca he ido a por mujeres para mis conmilitones! —intentó rebelarse Arrio—. ¡Si se corre la voz, todos se reirán de mí mientras viva!

—¡Eres mi *optio* y estás a mis órdenes! ¿Tengo que recordarte lo que es rebelarse contra una orden? ¿Y que estamos bajo la ley de guerra? En cuanto a ti, Bárico, harás que Hairán te ayude a mantener a los mercenarios a raya.

Con las primeras luces del día nos pusimos en marcha hacia la ciudad y los cometidos que nos esperaban. Tuve que salir con el centurión que vigilaba cada uno de mis movimientos porque el éxito de la expedición dependía de mi

trabajo. Estuvimos deambulando durante buena parte de la jornada: visitamos a un tratante de esclavos y uno de asnos, luego un mercado donde encontramos tinta y cálamos y, como un par de haraganes, pudimos curiosear por los barrios que ocupaban la parte occidental de la ciudad. Sin llamar la atención, seguí tomando notas en mi tablilla encerada, fingiendo mirar burros o esclavos y marcar precios. El centurión Osterio se desvivió por ayudarme: aunque era un hombre rudo y tosco, se prestó a contar los pasos conmigo y a hacer un poco de teatro con las bestias de carga mientras yo tomaba notas, fingiendo evaluar las gangas que nos ofrecía el mercado.

Y no es que fueran precauciones inútiles: habíamos notado que un tipo nos seguía, dando unos pasos hacia atrás en cuanto nos deteníamos, fingiendo mirar hacia otro lado de forma tan torpe que suscitaba la hilaridad del centurión.

Poco antes de la puesta de sol empezamos a desandar las pocas millas que nos separaban del caravasar, mientras el espía que nos seguía se detenía en la puerta de la ciudad. Yo estaba ansioso por dibujar todo lo que había visto, ante el temor de que se me escaparan muchas cosas de las que no tenía notas: grosor de las paredes, número de escalones, posición de las ventanas.

El ambiente que encontramos en el caravasar era ahora abiertamente hostil. Los mercenarios querían irse, era evidente incluso antes de que el *optio* Bárico hiciera su informe diario.

—El incendio está a punto de estallar, Osterio —explicó ciñéndose a lo esencial—. Los hombres están hartos de estar encerrados sin hacer nada.

—Ya es cuestión de poco tiempo —le respondió el centurión—. Al anochecer, Arrio se unirá a nosotros con un par de mujeres, espero. Al menos estos idiotas tendrán algo que hacer.

—Durará poco, Osterio. Nos culpan de la muerte de Secundiano. Dicen que la expedición se organizó con demasiada prisa, ¡y refunfuñan diciendo que merecen más dinero de lo que pactaron!

—Estamos avanzando con rapidez, será cuestión de unos días que podamos volver a salir ¡No hay nada más que podamos hacer! ¿Quién lidera el descontento?

—Es Rutilio, como siempre, y el egipcio Obasi le echa una mano. Si no fuera por esos dos, la situación sería menos complicada.

Llevaba suficiente tiempo con el centurión como para adivinar lo que estaba pensando: si hubiera eliminado a uno de los jefes, o quizás a los dos durante la noche, no nos arriesgaríamos a una rebelión en la tierra de los nabateos, que además de provocar el fracaso de la misión sacaría a la luz que

éramos espías. Garantizando una muerte segura para mí, el griego y los oficiales.

Mientras el centurión seguía reflexionando, el *optio* Bárico añadió:

—¡Y eso no es todo, Osterio! Ha habido un gran registro en la caravana que partía, la de los camellos y los beduinos.

En ese momento llegaron Hicesio y Arrio y se acercaron a escuchar. Los acompañaban dos achaparradas mujeres, ya no demasiado jóvenes y aquejadas de cierta obesidad.

Sin embargo, no era este su único defecto y el centurión les preguntó:

—Arrio, pero ¿de dónde demonios has sacado a estos dos desechos?

—No es mi culpa centurión, ¡esto es lo que ofrecen los lupanares del lugar! Si no me cree, ¡puede ir y comprobarlo en persona!

A pesar de que la situación no era nada alegre, las dos mujeres arrancaron una sonrisa al centurión:

—¡A ver qué dicen los hombres! Desde luego, ¡me parece que estas mujeres lucen hermosos bigotes! ¡Y sus cejas también parecen un único arbusto que atraviesa toda la frente!

Arrio estaba bastante afligido:

—¡Estos son los gustos de los nabateos! He visto una docena de prostitutas, ¡son todas así!

Osterio hizo un gesto con la mano para conducirlas hasta los hombres:

—Arrio, cuida de que no las maltraten. Aunque no sean campeonas de la belleza, ¡no quiero problemas con sus amos!

—¿Estabais hablando de un registro? —preguntó Hicesio, que había tomado la palabra.

Bárico continuó con su relato:

—Había seis guardias con uno de sus oficiales. Han revisado todo lo que había en la caravana y, por si era poco, han desmontado hasta el basto de un burro, ¡al sospechar que se estuviesen llevando algo de manera ilícita! A un hombre que tenía unos papiros y no se sabía qué eran, ¡los guardias se lo han llevado como a un ladrón pillado in fraganti!

Hicesio asintió:

—Hoy, en la ciudad, me han dicho que tenga cuidado. El oficial del cuartel me ha advertido de que debía pagar la multa por los dos hombres que intentaron cruzar la muralla. El rey de los nabateos teme que haya espías contrarios a su familia y que se intercambien mensajes. Estos gobernantes son muy desconfiados, y temen ser asesinados.

—¿No te han causado más problemas? —quiso saber el centurión.

—No, no ha pasado nada más. Pero desde luego, hay que salir de aquí lo antes posible.

En ese instante escuchamos los comentarios de la tropa al ver a las mujeres:

—Oye, Arrio, ¿pero estás seguro de que son mujeres?

—¿Por qué lo preguntas, hay alguna diferencia para ti?

A la espera del rancho, me puse a dibujar cuanto había visto durante la jornada transcurrida en la ciudad, y retomé la conversación con Hicesio:

—¿Tienes idea de cómo vamos a sacar de aquí un mapa si ni siquiera podemos conservar un trozo de papiro? Seguramente también nos registrarán a nosotros, ¡y de eso no me cabe duda!

—Llevo mucho tiempo pensándolo, Quintilio, y tal vez sepa cómo podemos hacerlo para los mapas y también para los demás escritos. Pero ciertamente, habrá que trabajar.

—Explícate, Hicesio.

—Utilizaremos una tinta secreta, cuya composición solo yo conozco: es una tinta completamente transparente, pero con un truco que te explicaré más adelante, puede hacerse visible, y los escritos que queramos mantener ocultos, una vez que estemos fuera de esta guarida de espías, pueden copiarse con tinta normal en un nuevo papiro.

—¿La has utilizado ya alguna vez?

—No, nunca la he utilizado, habrá que probarla antes.

—Habrá que ver si funciona. ¿Has pensado que podríamos despertar alguna sospecha si encontraran hojas de papiro en blanco, aún sin escribir? Además, ¿estamos seguros de que aquí no conocen este truco?

—Es un secreto poco conocido que aprendí en Macedonia hace muchos años. No es demasiado complicado y ya tengo los ingredientes: están en aquel zurrón que Arrio llevaba al hombro, y ha dejado en ese rincón. En cuanto a las hojas de papiro en blanco, yo no me preocuparía. Utilizaremos el reverso de mis hojas, en las que escribiré las cuentas de la caravana. Un comerciante que se precie siempre lleva sus libros de cuentas. Encontraremos la manera de escribir las notas que necesitamos y los mapas en el reverso del papiro. También sería posible, creo, utilizar hojas ya escritas para ocultar nuestro texto secreto entre ellas. Pero es cierto que tendremos que hacer alguna prueba como es debido, no querría que todo nuestro trabajo se perdiera.

—Claro, griego, ¡y yo preferiría no acabar empalado!

Me picó la curiosidad y no pude resistirme de ir a ver qué había en el saco que Arrio había colocado en el rincón. Era pesado, no menos de una treintena de libras. Lo abrí: estaba repleto de cebollas.

XV.

—Mucho me temo que corremos el riesgo de una rebelión, chupatintas —murmuró el centurión Osterio mientras íbamos hacia la ciudad—. Esta noche con Bárico y Arrio nos hemos turnado para hacer guardia, no queremos que esos infames mercenarios nos puedan sorprender mientras dormimos…

—¿No podrías explicarles algo más sobre nuestra misión para convencerles de que permanezcan tranquilos unos días más?

—¡No conoces a los mercenarios, joven! Ni siquiera te escuchan, ¡en sus mentes solo cabe despilfarrar sestercios en mujeres y vino! Si pertenecieran a nuestra tropa serían más disciplinados, ¡pero estos son escoria!

—¿No sabían en qué se metían antes de partir?

—Lo sabían y no lo sabían. No se les dijo nada concreto porque el secreto de la misión lo exigía. No son legionarios y aquí incluso estamos fuera del territorio de la república. Saben que es una zona franca, estamos cerca de los partos.

Las palabras del centurión me desconcertaron: era la primera vez que se sinceraba conmigo, nunca habría reconocido algo así en circunstancias normales.

Aquel día completamos los acuerdos para la venta de los esclavos. Los infelices fueron casi regalados con el fin de desembarazarnos de ellos, lo que vació aún más la exigua caja de la caravana. Nos fue mejor con los asnos y decidimos que tanto los esclavos como los animales serían recogidos en el caravasar por sus compradores al día siguiente.

En mi tablilla encerada, mientras tanto, junto a las cuentas de los burros y los esclavos, tomaron forma algunas líneas que nunca le habrían dicho nada a un extraño, y números que se referían a las medidas en pasos que Osterio comprobaba pacientemente conmigo. Conseguimos acercarnos al barrio donde se encontraban el palacio del rey y el mayor de los cuarteles de la ciudad. En ese momento decidimos no seguir más allá para no despertar sospechas en el tipo que nos seguía pacientemente, y nos detuvimos a comer en una taberna cerca del mercado.

—Veo que el griego te obedece —dijo el centurión, sirviéndose una buena cantidad de las excelentes verduras fritas procedentes de los huertos de la ciudad—. Debes convencerlo de que se apresure con el asunto del oro. Si no

nos vamos enseguida, será difícil mantener a los hombres a raya. ¿Cuántos días más crees que necesita?

—No lo sé, Osterio. Lo hablo con él constantemente, pero ya sabes que hemos ganado muy poco con los asnos y los esclavos, por no hablar de la sal, que no vale nada. A duras penas cubriremos los gastos de la expedición y eso salta a la vista. Debemos volver con oro si no queremos que nadie, en esta ciudad de espías, sospeche algo. Sé que el griego está trabajando duro para que alguien acepte las notas de crédito. Pedazos de papiro o de pergamino, ¡porque mercancías de valor no tenemos ninguna!

El centurión murmuró algo incomprensible:

—¡Los mercenarios quieren largarse! Bárico y yo tendremos que darles una lección; esto ya no puede esperar. Debo hablar con el griego antes de que anochezca. ¿Sabes dónde encontrarlo?

—Sí, en el despacho del *argentarius* Nabuzab, Arrio me dijo dónde está.

—Debes decirme cuántos días más quieres quedarte aquí. Tu trabajo está casi hecho, he visto cómo lo haces y hasta dónde has llegado. Queda por visitar la parte oriental de la ciudad, donde están los huertos y el palmeral. Al barrio del palacio real nunca nos dejarán pasar.

—Es cierto, Osterio, pero todavía tengo que transformar mis dibujos en algo que no pueda ser detectado por los guardias durante el registro que seguramente tendremos que pasar al irnos; necesitaré no menos de dos días para esa labor.

—¡No tenemos dos días, joven! Invéntate algo. ¡Te doy uno, aprovéchalo!

Por la noche nos reunimos lejos de la vista de la tropa para algo que a buen derecho podría llamarse consejo de guerra. Yo respondía por Pez, lo conocía desde hacía años y sabía que era un legionario de confianza; lo pusieron de guardia para que nadie viniera a fisgar.

—Ya no controlamos a los hombres, Osterio —explicó el *optio* Bárico—. Se les ha metido en la cabeza que quieren largarse. No les gusta esto y temen que el griego y el chupatintas estén tramando algo que les perjudique. Hoy les he explicado a un par de ellos que si hacen alguna estupidez conseguirán que les maten los nabateos, pero no atienden a razones. Están preocupados de que estemos demasiado cerca de las tierras de los partos, ¡quieren irse, no hay más que decir!

—Tú has estado con ellos estos días, ¿crees que se les puede ofrecer más dinero, un premio?

—No lo sé, Osterio. Son gentuza ignorante, ¡temen estos lugares!

—Pasan caravanas por aquí continuamente. ¿No se han dado cuenta, esos idiotas?

—Ninguno de ellos había estado nunca aquí. Solo tienen miedo, nada más. Se entretuvieron un día con esas dos golfas que les trajiste, pero ahora no sé… ¡Si quieres que matemos a uno de ellos para darles un escarmiento tendrás que ayudarme, no quiero tener problemas!

—¡No podemos mover ni un dedo aquí, Bárico! Estamos bajo la mirada de los guardianes del establo, ¡esos canallas de nabateos que a la primera muestra de desorden llamarán a los guardias! —El centurión se volvió a Hicesio—: Griego, tienes que decidirte de una vez por todas, ¿cuánto tiempo necesitas aún? ¡Tenemos que irnos de aquí!

—Comprendo perfectamente la situación y te aseguro que intento que mi trabajo sea lo más breve posible. Hace ya unos días que el acuerdo está cerrado y el *argentarius* Nabuzab está reuniendo el oro disponible de otros comerciantes y fundiéndolo en lingotes especialmente para nosotros.

—¿Cuantos días, griego?

—Tres días por lo menos.

—Te doy dos. Mañana vienen a recoger los esclavos y los burros.

—Desviando el tema, centurión, quería preguntarte si podía mantener conmigo al esclavo Eleuterio como secretario. Sería realmente un desperdicio venderlo a estos palmirenos que son incapaces de apreciar la importancia de la educación.

Arrio había escuchado la petición y reprimió su risa ocultándola con unas toses falsas.

—¿Quieres quedarte con ese imbécil? ¿Y qué harías con él?

—Será mi secretario. Tan pronto como sea posible, me encargaré de pagar su costo al Mando Militar de Jerusalem.

El centurión negó con la cabeza y el *optio* Bárico escupió al fuego, pero no era el mejor momento para hacer preguntas absurdas sobre un esclavo sin valor.

—¡Dos días, griego! El tercer día, a partir de hoy, tendremos que partir. Y ahora vamos a ver cuántos somos. Quintilio, ¿me aseguras que, si la cosa llega a ponerse fea, Pez estará de nuestro lado?

—Tienes mi palabra, centurión. Es un legionario de confianza, no un mercenario sin patria. ¡Estará con nosotros!

—Entonces somos: Pez, Arrio, tú Bárico, el griego, el chupatintas y yo. ¿Estará Pacaciano de nuestro lado? Lleva toda la vida en la legión, ¡solo que

ahora que tiene la *Honesta Missio* se ha metido a mercenario!

—No cuentes con él, Osterio, ¡Pacaciano es tan imbécil como los demás!

—En nuestro grupo solo somos cuatro capaces de luchar. Ellos eran trece, Secundiano acabó muerto, como el idiota que era, y Masopis está herido. Son once. ¿Podemos atraer a alguien más a nuestro lado?

—También estará de nuestro lado Eleuterio —apuntó Hicesio.

Nadie le respondió, tan valorada era la ayuda del siervo en caso de un enfrentamiento.

Era casi de noche cuando nos metimos en faena con el saco de cebollas. Trabajamos a la débil luz de un par de candiles, pero yo ya había preparado con antelación todo lo que necesitábamos y estaba impaciente por probar la milagrosa tinta invisible alabada por Hicesio.

Había atado a un extremo dos tablitas encontradas en el caravasar y entre ellas empezamos a meter media cebolla a la vez, exprimiéndola lo más fuerte que podíamos hasta que caían unas gotitas de jugo en una diminuta ampolla de cristal, un ungüentario que Hicesio había conseguido ex profeso para este propósito. Le pedí ayuda a Pez para que la operación fuera más fructífera: el legionario disponía de las herramientas que utilizaba para tratar las pezuñas de los animales y pudo mejorar el utensilio de exprimir las hortalizas. A base de apretar y estrujar, y sin dejar nunca de lagrimear, extrajimos unas gotas de jugo de cada cebolla y llenamos la ampolla hasta la mitad.

El griego estudió el progreso de la operación con la atención cautelosa del médico que lidia con un parto difícil:

—Me parece que está demasiado denso, pero siempre podemos diluirlo un poco con agua más tarde —decidió.

—Pero ¿qué quieres hacer con este jugo? —le preguntó Pez, que, aunque nos ayudaba con la mejor de las voluntades, desconocía lo que pretendíamos.

—Verás, Pez —le aclaró el griego, haciendo gala de su erudición—, has de saber que este clima del desierto me provoca ciertas molestias, por así decirlo… ciertas molestias cuando tengo que evacuar. Y sufro fuertes dolores, hasta tal punto que me cuesta sentarme.

—Ah, ¡entiendo, griego! Oí hablar en el cuartel de este problema. ¡Te quema el culo! ¿Crees que es culpa de todo este polvo? ¿O de la arena que se cuela en todas partes?

—No lo sé, Pez, pero un hombre de esta ciudad que cura con hierbas me aconsejó engrasar, por así decirlo, el conducto de evacuación con jugo de

cebolla. Voy a probarlo ahora y mañana verás que estaré mejor, seguro.

Pez se marchó aliviado con una montaña de cebollas picadas para el rancho del día siguiente, y nosotros nos pusimos a ensayar con la tinta prodigiosa.

—¿Qué más tienes que añadir al jugo de cebolla?

—Nada, Quintilio. Está todo aquí dentro, esto es la tinta invisible —me respondió agitando la ampolla—. Ahora ve a buscar una brasa encendida donde el centurión y enciende un pequeño fuego en ese rincón. Toma prestado el caldero de cobre para el rancho, verás cómo en unos instantes estaremos listos para la prueba.

Un fajo de hojas de papiro ya estaba listo sobre la mesa improvisada; Hicesio limpió y enjuagó sus cálamos con agua para que no que dejaran rastro de la tinta habitual, impidiendo así la invisibilidad del jugo de cebolla, y se puso a trazar líneas y fragmentos de texto sobre una hoja en blanco.

—¿Sabes cuál es el problema, Quintilio? No se ve nada de la escritura ya trazada. Corremos el riesgo de reescribir sobre otro texto invisible y hacer que todo el conjunto resulte incomprensible.

—Sí, yo también lo creo —le respondí observando que el jugo de cebolla se secaba con rapidez—. Sin embargo, está demasiado concentrado: aquí ha dejado algo que parece una baba de caracol. Si alguien mira con atención la hoja y ve un reflejo, comprenderá que se ha escrito algo en ella.

Hicesio lo comprobó cuidadosamente, pero la luz de la lámpara de aceite era demasiado débil.

—Quintilio, voy a tratar de diluir el jugo un poco más. ¿Así qué te parece?

—Se ve mucho menos ese rastro como de baba, añade alguna gota más.

Hicimos numerosas pruebas en varias hojas, hasta que llegamos a la consistencia adecuada del líquido que era absorbido por las fibras del papiro sin dejar marcas visibles.

—Ahora estamos listos para hacer reaparecer lo que hemos escrito. Pon el caldero de cobre en el fuego y caliéntalo un poco.

Cuando el caldero vacío se calentó tanto que una gota de saliva chisporroteó y se evaporó de inmediato, colocamos media hoja de papiro en el fondo al rojo vivo, esperando que reapareciera la escritura invisible.

—¡No se ve nada, Hicesio! ¡Solo huele un poco a cebolla!

—Habrá que esperar un rato.

Poco a poco, la hoja de papiro se calentó al contacto con el metal rusiente, pero por mucho que nos dejáramos los ojos, lo escrito no reaparecía.

Transcurrido un rato más, los bordes del papiro comenzaron a ennegrecerse, señal inequívoca de que pronto ardería.

—Algo va mal —dijo el griego negando con la cabeza—. Tira el caldero al suelo, quiero ver mejor el papiro antes de que se queme.

Hice lo que me dijo, aguardamos un instante a que se enfriara la hoja de papiro y, a la tenue luz de la lámpara, la recogimos del suelo.

Y se produjo el milagro: el dibujo de prueba y una línea escrita por Hicesio eran perfectamente visibles en color marrón claro, como si hubiéramos utilizado tinta muy diluida, o sangre rebajada con agua.

—Funciona. Hemos puesto la hoja en el fondo del caldero al revés, por eso no podíamos ver nada.

—Sí, parece que funciona, Hicesio. Hay que calentar bien la hoja y retirarla justo antes de que se prenda fuego. Pero quiero repetir la prueba a la luz del día y volver a comprobar los resultados en una hoja ya escrita por la otra cara con tinta normal.

—Claro, Quintilio, repetiremos la prueba mañana por la mañana, antes de que llegue el tratante de esclavos. También habrá que pensar en cómo transcribir los mapas, porque me he dado cuenta de que en cuanto se hace una marca, esta desaparece y se corre el riesgo de sobrescribir texto y dibujos.

—Mañana haremos las últimas comprobaciones. Tendremos que estar seguros de toda la operación, y, sobre todo, de que nadie note que hay algo escrito. Sabes, me acuerdo continuamente de las astas que se levantan ante las murallas de la ciudad.

Los últimos experimentos, realizados a la luz del día con el fiel Pez montando guardia para que nadie viniera a husmear, dieron excelentes resultados. El jugo de cebolla diluido no dejaba rastros visibles, reapareciendo con cierta nitidez cuando se recalentaba la hoja sobre el rusiente metal del caldero, y la única precaución era asegurarse de que no se quemara. De hecho, los escritos solo se podían leer con claridad cuando el papiro empezaba a chamuscarse por el calor, un instante antes de prenderse. Incluso la presencia de otros textos, escritos en la otra cara de la hoja, no perturbaba la reaparición de los escritos invisibles.

—Quintilio, no sé cómo vamos a escribir textos complicados o dibujos compuestos de muchas líneas, porque cuando la tinta invisible se seca, es inevitable reescribir sobre las marcas ya trazadas.

—Por eso he pensado en una solución, Hicesio: no dibujaremos el mapa terminado, lo haremos cuando tengamos tiempo. Simplemente duplicaremos cada una de mis hojas de notas, tal y como están ahora, y luego las reuniremos para hacer el mapa final lejos de aquí, cuando podamos. Mis hojas son unas treinta, así que tienes que preparar treinta hojas que lleven escritos, en una sola cara, los recuentos de la caravana en tinta negra. Las enumeraremos al lado de tus cuentas y al final obtendremos una copia de las hojas de mis notas tal y como están ahora.

—¿Crees que será suficiente?

—¡Aquí no podemos hacer nada más! Para el mapa que estamos utilizando ahora, con un par de líneas dividiré el dibujo original en cuatro, y utilizaré los cuadrantes como guía. Siempre se hace así cuando se dibujan las estatuas, lo habrás visto hacer otras veces.

Nos pusimos a trabajar frenéticamente; hacia la hora sexta nos interrumpió Arrio: el tratante de esclavos había venido a recoger a los infelices. Eleuterio estaba entre ellos: saludaba a los compañeros con los que había compartido la cadena. Le vi abrazar a un hombre enjuto, seguramente un asesino, hablándole como quien da recomendaciones, cuando fue sorprendido por el *optio* Bárico.

—¡Maldito granuja! —le increpó—. ¿Cuántas veces te he dicho que no hables con los esclavos? —y de un guantazo lo derribó.

Durante días yo había estado ocupado con mis tareas y me había desentendido de lo que ocurría en el campamento, pero no pude pasar por alto que durante la reprimenda los mercenarios nos miraban fijamente, deseosos de iniciar una pelea.

Hicesio acompañó a los esclavos hasta el portón del establo y los vio salir en dirección a la ciudad.

—Quizás encuentren un amo comprensivo —comentó. Era la esperanza en la que habría querido creer—. Estos palmirenos, en el fondo, no son malos, más bien diría que están mal gobernados.

XVI.

A pesar de que ya estaba decidido que partiríamos al día siguiente, las quejas continuaron alrededor del fuego, incluso después del rancho. Al final, una palabra de más hizo saltar la chispa, y el *optio* Bárico, perdiendo la paciencia, atacó a Vero a base de puñetazos y bastonazos, mientras el centurión Osterio y Arrio, con los *gladii* desenvainados, mantenían a raya a los demás.

La violenta pelea terminó en un instante, pero Vero acabó con un brazo roto. La brutalidad desplegada por el *optio* me hizo sospechar que la maniobra había sido concertada con el centurión para dejar fuera de combate a un hombre peligroso bajo la apariencia de una trivial disputa entre soldados. Los mercenarios no brillaban por su iniciativa, no tuvieron tiempo de reaccionar, de modo que esa acción nos habría garantizado poder salir de Palmira sin más problemas. Tuve que estar de acuerdo con que, dado que estábamos bajo la mirada de los guardianes nabateos del establo, no se podía inventar nada más eficaz.

En cuanto los hombres se retiraron a dormir, el griego y yo aprovechamos los últimos rescoldos de la hoguera para quemar todas las hojas de mis peligrosas notas. Las copias escritas con tinta invisible se habían completado y estaban ocultas en el voluminoso paquete de cuentas que Hicesio guardaba celosamente en una carpeta de cuero atada con un cordel. Aproveché la ocasión para deshacerme del ahora inútil goniómetro de bronce, fabricado por el artesano de Jerusalem; al no querer arriesgarme a que lo encontraran durante el registro, lo arrojé al fuego empujándolo con un madero, hasta dejarlo bien hundido en las brasas.

Nuestra última noche en el establo pasó sin más imprevistos y al llegar, por fin, el día de nuestra partida, al amanecer, mientras los hombres cargaban los cinco asnos con forraje y provisiones, Hicesio y yo nos instalamos en la puerta del recinto, mirando a lo lejos por el camino que llevaba a la ciudad.

Solo faltaba que nos entregaran nuestro oro, que, garantizando la sinceridad de la expedición, nos permitiría marcharnos de las tierras de los nabateos sin levantar sospechas.

El asunto se prolongó más de la cuenta: a la hora quinta aún no habían llegado los encargados del *argentarius* Nabuzab, y yo estaba discutiendo con Arrio y Pez que aún estábamos a tiempo de hacer un sacrificio a los dioses para propiciar nuestro regreso sanos y salvos. En ese momento, se presentó a la puerta del caravasar un carro cubierto, seguido por cuatro soldados nabateos al mando de un oficial que llevaba un uniforme con escamas de cuero.

Nos estaban buscando a nosotros, pero sospeché que no se trataba del esperado registro previo a la salida.

El soldado que iba en el carro arrojó al suelo, al polvo, un fardo anudado que debía contener algo de ropa. Luego hizo bajar a una mujer de una treintena de años. Oí que la llamaban Judith, desde luego no era nabatea, por su nombre debía ser de Judea. Ni siquiera pude ver si era una mujer hermosa porque tenía el rostro en parte oculto por su cabello despeinado. Apenas noté sus ojos rojos y una mancha de sangre alrededor de la nariz. Posiblemente por algún manotazo de los soldados.

Nuestros mercenarios se acercaron a estudiarla con la enfermiza curiosidad de hombres acostumbrados a evaluar a las mujeres en los burdeles.

Y las sorpresas aún no habían terminado porque vimos descender a otra mujer del vagón cubierto: parecía una joven de poco más de veinte años que desde el primer vistazo resultó fascinante: sus cejas, hábilmente resaltadas con una línea oscura, le daban un encantador toque oriental.

La vi moverse con elegancia para descender del carro y debió de darse cuenta de mi presencia, porque me dirigió una mirada lánguida que me conmovió hasta la médula. Me di cuenta en un instante de que esa mujer debía tener la capacidad de atraer problemas desde muy lejos. El soldado del carro le tendió su fardo de harapos, llamándola Esther.

Por parte de los mercenarios que observaban la escena, se produjeron grandes elogios al porte de la tal Esther, sobre todo el trasero y el pecho.

El oficial al frente del pequeño grupo, con el típico ceño fruncido de quien está al mando, le hizo una señal a Hicesio, con insolencia:

—¿Eres tú el mercader de esta caravana?

Tras su respuesta afirmativa, continuó, no sin arrogancia:

—El noble Yarhay te ordena que te lleves a estas dos mujeres y las devuelvas a su tierra. Forman parte de tu gente y no hay sitio para ellas en Palmira. El noble Yarhay no quiere que nada perturbe los negocios y el paso tranquilo de las caravanas.

—En realidad soy griego: supongo que estas mujeres son judías, no forman parte de mi pueblo.

—¡Ah!, ¿no? ¡Desde luego no son nabateas! ¿Acaso quieres contravenir las órdenes del noble Yarhay?

Mientras el griego, indeciso, reflexionaba sobre lo que convenía responder, me di cuenta de que las dos mujeres debían haber cometido algo grave, y el noble Yarhay, comandante de la guardia, no quería que nada perturbara la paz de la ciudad salvo sus estrictas órdenes, ni violaciones públicas ni excesos callejeros, y mandó que fueran entregadas a la primera caravana para que se las llevaran lejos de ahí.

El centurión Osterio, con un mal disimulado codazo a Hicesio, respondió al oficial:

—Puedes informar al noble Yarhay de que sus órdenes serán cumplidas. Llevaremos a estas dos mujeres entre su gente.

El oficial, dando por concluida su labor de mensajero, asintió con la cabeza e hizo una señal a los encargados del caravasar para que dieran de beber a sus hombres antes de marcharse.

Cuál era el delito que requería el traslado de las dos mujeres, era algo que desconocíamos, pero ciertamente sin hombres fuertes que las defendieran, forasteras en tierras nabateas, se arriesgaban a ser violadas por una multitud de canallas, esclavizadas e incluso algo peor. A veces, las extranjeras acababan siendo apedreadas hasta la muerte por razones triviales, calumnias o falsas acusaciones por parte de otras mujeres del lugar, que no veían con buenos ojos a las extranjeras entre ellas, quizás por temor a que les arrebataran a sus maridos.

Mirándolo bien, su situación no había mejorado mucho: ahora estaban entre soldados mercenarios, además poco propensos a obedecer las órdenes del centurión, un gran peligro para dos mujeres indefensas.

En cuanto los soldados se marcharon, la más joven de las dos, Esther, empezó a llorar de forma incontrolada, gritando entre sollozos que quería morir y que nadie sería capaz de sacarla de Palmira.

Tampoco hubo forma de que lo dejara mientras se exhibía bajo la mirada de los dos guardias que observaban la escena con perplejidad.

El *optio* Bárico le susurró al centurión:

—¿Quieres que la arrastre a un rincón fuera de la vista y la muela a palos?

—No podemos hacer nada, Bárico, los guardias nos están observando. ¡Todo lo que hagamos será puesto en conocimiento del jefe de la guardia y no quiero más problemas con estos canallas de nabateos! Ahora se la confío al

griego que tiene mucha labia, verás cómo logra calmarla. Debemos tener cuidado, ni siquiera sabemos qué han hecho para que las echaran de la ciudad.

—Tendremos que eliminarlas, Osterio, estas dos solo nos traerán problemas. ¿Has visto cómo las miraban los mercenarios? Sobre todo Obasi y Rutilio. ¡Tendremos problemas!

Las dos mujeres fueron alojadas temporalmente en el cuartito contiguo al nuestro, a Pez se le dejó de guardia en el portón del establo para avisar de la llegada de nuestro oro, y el griego y yo fuimos a presentarnos.

—Podéis dejar de quejaros —les dijo educadamente Hicesio, con el tono de voz más apacible que pudo encontrar—. Nadie os hará daño y estaréis protegidas por los guardias de la caravana. Soy el mercader Hicesio de Thessalonica. ¿Podríais explicarme qué os ha pasado?

Esther continuaba sollozando, y la de más edad, Judith, después de limpiarse el rostro de la sangre con un trozo del vestido, nos los explicó:

—Somos de Nahum[23], un pueblecito en la orilla del mar de Galilea[24]. Mi hermano Ioannes era el marido de Esther. Lo mataron los guardias hace poco más de tres meses.

—¿Qué había hecho?

—¡No había hecho nada! Era un excelente cantero y podía trabajar el mármol con gran maestría. Mi hermano Ioannes y Esther se mudaron aquí hace poco menos de un año, y yo vine con ellos porque no tenía más parientes en Nahum.

—Algo habrá hecho tu hermano, ¿no puedes explicarte mejor?

—Era bueno en su trabajo, esculpía los rostros de las personas para los monumentos funerarios, como es costumbre entre los nabateos. Por eso intentó hacer fortuna aquí. En pocos meses había conseguido que dos jóvenes trabajaran con él, y el negocio iba realmente bien.

—Comprendo —asintió el griego—, ¡habréis despertado envidias! Pero si su marido ha muerto, ¿por qué Esther no quiere irse de Palmira? ¿Dejáis, tal vez, hijos aquí, u otros parientes?

Al oír hablar de marcharse, Esther empezó a chillar como si se hubiera vuelto loca y todos los que estaban en el caravasar la oyeron.

—Por favor, Esther, cálmate y explícanos cómo podemos ayudarte —la tranquilizó el griego.

—Mi hermano, su marido —continuó Judith—, fue colgado en la muralla hace tres meses, y ella no se quiere marchar y abandonarlo aquí.

—Lo entiendo, es muy digno para una esposa llorar a su marido. Pero ¿qué podemos hacer? Nosotros tenemos que irnos de aquí.

Esther comenzó a gritar de nuevo como si le estuvieran arrancando las uñas. Asomé la cabeza del cuartito y vi decenas de ojos preguntándose qué estaba pasando.

Llevé a Hicesio a un rincón y le hablé al oído:

—Escucha, no tenemos mucho tiempo, el *argentarius* estará de camino con tu oro, tal vez ya esté a pocos pasos de aquí y nosotros tenemos que irnos. Esta mujer está histérica o es una demente, dile que sí a todo lo que pida, ¡basta con que nos quitemos de en medio y de la vista de estos fisgones de nabateos!

Los lloriqueos de la mujer se prolongaron un rato más, pero finalmente Hicesio logró tranquilizarla y obtuvimos una tregua.

El griego sudaba abundantemente:

—Quintilio, ¿se ven lo hombres del *argentarius* Nabuzab?

Me acerqué hasta el portón, pero el camino a Palmira estaba desierto como siempre:

—No se ve a nadie, Hicesio. ¿Qué hacemos?

—Tendremos que inventarnos algo. Llama a Arrio, al centurión y a Pez para comprobar que nadie nos escuche.

—Escuchad —comenzó Hicesio—, me temo que pueda haberle sucedido algo al *argentarius*. No podemos irnos sin el oro, solo acentuaríamos las sospechas que ya hemos levantado. Tengo que ir a hablar con el *argentarius*.

En ese preciso momento Pez nos llamó, un hombre se había presentado preguntando por el griego.

—Es el secretario del *argentarius* Nabuzab. ¡Habrá venido a avisarnos que el oro está de camino!

El secretario, un hombre de avanzada edad con una larga barba blanca, se postró para disculparse por el retraso:

—Por desgracia, hemos tenido un accidente. Estábamos fundiendo los lingotes que nos pediste, pero anoche, cuando los hombres terminaban la última fundición, el crisol se rompió, salpicando oro por todas partes. Dos hombres tienen graves quemaduras pero estamos tratando de cumplir con la entrega. Tendrás que esperar otro día. El *argentarius* Nabuzab te da su palabra de que mañana a la hora segunda tendrás aquí lo que has pedido.

El centurión se enteró del nuevo problema, agarró bruscamente a Hicesio por la túnica y lo arrastró a un rincón, diciéndole al oído:

—Griego, ¿es la verdad o es otra excusa?

—No tengo ningún motivo para inventarme excusas, centurión. Me has obligado a trabajar con demasiada prisa, me has quitado un día que te había

pedido, y por desgracia los accidentes pueden ocurrir.

—Griego, ¡te juro por el dios Marte que responderás con tu vida si se producen más retrasos!

Despedimos al secretario del *argentarius* y, en cuanto se perdió de vista, Hicesio levantó tímidamente la mano, con el dedo índice extendido, para llamar nuestra atención:

—Solo nos queda cumplir con un pequeño trámite.

El centurión Osterio ya había fruncido el ceño.

—Para callar a esa mujer tuve que prometerle algo. Parece una loca o una histérica, pero no sabía de qué otra forma callarla y poder así partir sin más contratiempos.

—¿Qué le has prometido? —gruñó Osterio.

—Hasta mañana no tenemos nada que hacer, hasta que llegue mi… mercancía. Quiere que su marido tenga una digna sepultura, fuera de esta ciudad de asesinos.

Arrio, que había estado escuchado con la boca abierta, se puso de puntillas para observar:

—¡Si es el que empalaron en las murallas! ¿Qué quieres, que vayamos y lo descolguemos del poste?

El griego, mirando al centurión que seguía con los ojos como platos, asintió con la cabeza.

XVII.

—Vosotros no tendréis que hacer nada —se preocupó Hicesio de explicarnos a Arrio y a mí, mientras recorríamos, casi corriendo, las cuatro millas que nos separaban de la ciudad para acabar con ese asunto antes del anochecer—. Ofreceré dinero, mi propio dinero, a los guardias para que nos devuelvan el cuerpo de aquel desgraciado.

—¿No corremos el riesgo de empeorar las cosas si aparecemos otra vez ante su general de pelo rizado? —replicó Arrio con cierta preocupación.

—Arrio, ten por seguro que los palmirenos aman el dinero más que un cadáver desecado —le respondió el griego—. Pero, sin embargo, me cuidaré mucho de ofrecer dinero abiertamente: mi oferta podría ser baja y el noble Yarhay podría ofenderse, pero si fuera excesiva, estaríamos tirando el dinero por la ventana. Pero no os preocupéis, sé cómo hacerlo.

Los guardias de la puerta de la ciudad nos dejaron pasar. A estas alturas conocían bien a Hicesio, y a Arrio y a mí ya nos habían examinado muchas veces. En el último momento, el itureo Hairán también se había unido a nosotros; me había pedido que le ayudara a entrar en la ciudad donde quería saludar a un amigo. Se había afeitado el pelo como cualquier otro sirviente y por tal lo hice pasar, y para justificar su presencia le di lo primero que había encontrado para llevar: un gran bloque de sal que alguien había olvidado en el establo.

Apenas superado el control, se fue por su cuenta, y nosotros acudimos a los oficiales en el cuartel adosado a las murallas. La fortuna nos ayudó: el noble Yarhay estaba en su despacho y, tras una breve espera, pudimos hablar con él.

Los saludos debidos al rango solo nos robaron unos instantes, y el oficial, un poco asombrado, nos preguntó:

—¡Se suponía que partíais hoy! ¿Qué hacéis todavía aquí?

—Noble Yarhay, hemos sufrido un retraso en la entrega de nuestra mercancía, y nos gustaría aprovechar tu generosidad, si nos lo permites, para completar tus órdenes.

—¡Tu caravana, griego, ya ha levantado bastante desorden en mi ciudad! ¡Ya os amonesté una vez cuando tus dos imbéciles intentaron entrar en la ciudad saltando las murallas! ¿Qué pasa ahora?

—Es por las dos mujeres que tu oficial nos pidió que lleváramos a Judea. Una de ellas apela, humildemente, a tu clemencia para que el cadáver de su marido tenga una digna sepultura. Como sabes, la religión de los judíos es muy estricta en las ceremonias a realizar por sus muertos, y no querría que esta mujer intentara escapar y volver aquí. Si me lo permites, pagaría con gusto las molestias que causamos a tus hombres y a la ciudad, y nos desharíamos de ese inútil cadáver.

El oficial miró socarronamente a su asistente, golpeó con suavidad la hoja de un puñal sobre la mesa, y luego, con voz profunda y sombría, concluyó:

—¡Esas mujeres no deben quebrantar mis órdenes! ¿Cuánto querías donar a la ciudad?

—No conozco vuestras costumbres porque es la primera vez que vengo aquí, pero me gustaría donar lo necesario para una ceremonia en honor a los dioses que sea de buen augurio para vuestro rey. Si pudieras ayudarme indicando una suma adecuada…

—¿Una ceremonia para el rey? —el noble Yarhay sonrió, había reconocido en aquellas palabras el arte del mercader griego—. ¡Harán falta no menos de cuatrocientas dracmas!

—¡Hoy es mi día de suerte! Tengo conmigo la suma equivalente, solo que en áureos romanos. Pero el oro siempre es oro, y vuestros sacerdotes seguramente no harán un problema de eso.

Y mientras hablaba, Hicesio colocó sobre la mesa una bolsa de cuero que contenía el pequeño, pero pesado capital en monedas de oro.

Arrio había permanecido detrás de mí con la mirada inclinada durante la conversación, pero en ese momento vi que sus ojos se abrían de par en par con asombro.

El noble Yarhay hizo una señal a su ordenanza con dos dedos extendidos y dio su consentimiento con un movimiento de la barbilla.

Respiré aliviado, el asunto se había solucionado y nada más podía pasarnos. Nos inclinamos al salir y cuatro guardias nos acompañaron para llevarnos al glacis, donde tuve la oportunidad de echar una interesante mirada desde arriba a la estructura defensiva de la ciudad y a la posición de las escaleras para subir a las murallas. Lo tendría en cuenta a la hora de preparar el mapa definitivo. A pocos pasos del terraplén nos encontramos con los restos del cantero judío.

Su aspecto no era nada bueno: los brazos y las piernas caían verticalmente y el cadáver se había encogido en el poste de madera; la piel, ahora negra y

dura como un trozo de corteza, se había pegado a los huesos y al poste como una manta húmeda.

La víctima, con un ingenio y habilidad que afortunadamente desconocíamos, había sido ensartada en un asta de algo más de tres metros de largo que sobresalía, inclinada, hacia el exterior de los muros. El asta estaba insertada en un agujero cavado en los bloques de mármol arenoso que formaban el terraplén.

Arrio y yo evaluamos el ligero peso del cadáver, ya seco y vaciado de sus entrañas por las aves, y tratamos de sacar el asta, junto con su inquilino, del agujero en la piedra. Pero era evidente que minúsculos fragmentos de roca habían sido introducidos por el viento, o por el continuo paso de los soldados, en el hueco de la cavidad, y por mucho que lo intentáramos, incluso con la ayuda de dos guardias, no había manera de que pudiéramos desalojar el asta de su asiento.

Pero el cadáver ya era nuestro, e Hicesio les hizo una señal para que nos consiguieran una sierra para cortar el palo atascado. Los guardias que nos acompañaban hablaron brevemente entre sí y uno de ellos, al cabo de unos momentos, nos entregó no una sierra, sino una espada, larga y ancha, con la que nos turnamos para cortar la madera seca.

Cuando habíamos cortado más de la mitad de la madera, mientras yo sostenía el poste y el cadáver con todas mis fuerzas, el poste se partió de repente, y el cuerpo, tras volar desde una altura de veinte pies, tan altas eran las murallas, cayó al suelo levantando una nube de polvo y solo de pura casualidad yo no fui detrás de él.

Devolvimos la espada a los amables guardias, salimos por la puerta de la ciudad, saludando y, una vez fuera, caminando por la base de las murallas, nos hicimos por fin con el cadáver del cantero, que no parecía haber sufrido ningún daño grave.

Intentamos arrancar el cadáver del poste, pero desde el primer intento, estaba claro que Arrio y yo no lo conseguiríamos: el sol y el calor del desierto habían hecho que la sangre y la grasa que habían goteado del muerto se pareciesen a la pegajosa pez. Nadie sería capaz de arrancar al hombre traspasado por el mortal y definitivo abrazo de su asta.

Incluso Hicesio se convenció de ello y para dar por terminado el asunto, mientras los guardias desde lo alto se burlaban de nosotros, concluyó:

—El asta de madera no es importante. Es el cadáver lo que tenemos que devolver a esa demente. Mientras tanto llevemos todo al caravasar, luego ya veremos qué hacer.

Nos pusimos en marcha para volver al camino: yo sujetaba el asta de madera por un extremo y Arrio sujetaba el cadáver por el otro extremo, por el cuello. Fue entonces cuando el griego se dio cuenta de algo:

—Así no vamos a ninguna parte: a este cadáver le falta un pie. ¿No os habíais dado cuenta?

Tanto Arrio como yo negamos con la cabeza:

—No sé si estaba ahí antes… la carcasa está toda ennegrecida, no se ve mucho.

—Se ve que falta un trozo. No quiero que esa chiflada vuelva a desquiciarse —exclamó Hicesio—. Ya que estamos aquí, vamos a volver y buscar por el suelo, donde cayó el cuerpo cuando cortamos el poste. El pie que falta debe de estar ahí a la fuerza.

—Ya, ¿y a dónde quieres se haya ido? —replicó Arrio—. ¿Y si se lo hubiese llevado algún pájaro?

Hurgamos entre el polvo mientras el sol se ponía, y al final, entre la tierra y las piedras, logré encontrar el pie extraviado.

—Lo he encontrado, Hicesio, ¡podemos irnos!

—Déjame ver, Quintilio —dijo Arrio agarrando el pie seco—. ¡Pero esto no es el pie de un hombre muerto! Es un trozo de raíz de esos arbustos que crecen en el desierto. ¡Madera seca! ¿Cómo es posible que no lo veas?

—Arrio, lo ataremos al cadáver con un cordel, y eso será el pie, ¿estamos? ¿Nos vamos o no?

Eran los últimos momentos antes de la puesta de sol cuando nos pusimos en marcha con la insólita carga, y justo entonces a Arrio le surgió una curiosidad:

—Escucha, Hicesio, ahora que estamos fuera de la ciudad tienes que explicármelo: ¿cómo sabías que el oficial, el de los rizos negros, te pediría exactamente cuatrocientas dracmas? ¿Alguien te ha dicho cuánto cuestan aquí los sacrificios de lujo para sus soberanos?

Hicesio ordenó sus pensamientos para dar una respuesta erudita al curioso Arrio, pero antes de que pudiera abrir la boca, en los muros sonó la bocina de alarma y vimos cómo los guardias nabateos corrían a atrancar las puertas con picas para impedir que nadie entrara o saliera. Algo grave debía haber sucedido.

Estábamos a cincuenta pasos de la puerta y pensé que sería bueno recordárselo a mis compañeros:

—Será mejor que nos vayamos lo más rápido posible, estos nabateos son demasiado irritables. ¡Cuando hay algo que no va bien, clavan a la gente en estacas!

—A mí tampoco me ha despertado gran simpatía el noble Yarhay —exclamó Hicesio negando con la cabeza—. Tiene poder de vida y muerte sobre cualquiera, ¡y vete a saber a cuántos habrá empalado solo para demostrarlo!

Continuamos nuestra marcha con la voluminosa carga y el griego, delante de nosotros abriendo camino, aceleró el paso.

En la mañana de nuestra partida, el centurión Osterio se había puesto, al fin, de nuestro lado por un asunto de no poca importancia: Pez se habría contentado con un simple gallo, pero Arrio había señalado que no podíamos abstenernos de sacrificar, al menos, una cabra porque el camino que debíamos recorrer era muy largo.

Fue el propio Osterio quien se esforzó por encontrar una cabra blanca apropiada para la ceremonia. No es que el centurión estuviera demasiado convencido de que fuera necesario sacrificar a los dioses antes de un viaje, pero estaba tan cansado de tantos imprevistos que, a estas alturas, cualquier impío conjuro sería bienvenido.

El *optio* Bárico degolló al animal con su *pugio*, e Hicesio, como todo amo de caravana que se precie, pronunció un breve discurso para recordar la importante función de los mercaderes en nuestra sociedad, y que el intercambio de mercancías es útil a nuestro bienestar. Y concluyó explicando, de una vez por todas, a los ignorantes mercenarios que el enriquecimiento de los mercaderes no estaba, bajo ningún concepto, mal visto por los dioses.

El barullo de la preparación para la salida y la presencia de dos mercenarios heridos parecía haber tranquilizado a los hombres, que asistieron al sacrificio mostrando cierta indiferencia. A la hora tercera la ceremonia había terminado, los burros estaban cargados y solo quedaba, una vez más, esperar la llegada del oro.

Obasi estaba impaciente por marcharse y por eso se había instalado en el portón del establo, escudriñando la vía, y fue él quien dio la señal de que alguien se acercaba. Eran civiles con un asno, escoltados por seis guardias, entre los que reconocí el familiar rostro del oficial Nourbel.

Esta vez el *argentarius* Nabuzab había venido en persona: estrechó ambas manos con Hicesio, haciendo una reverencia para disculparse por su retraso.

Los dos guardaespaldas que le acompañaban descargaron las pesadas bolsas de cuero del basto y, a continuación, el griego y el *argentarius* se retiraron a conferenciar a nuestro cuartito. Los guardaespaldas ocuparon por completo la puerta para que nadie perturbara las últimas formalidades de la entrega.

Fue todo muy breve y, poco después, llamaron a Pez y a Arrio; cada uno salió con una bolsa que colocaron en los cestos que en el viaje de ida habían contenido la sal. La carga se cubrió con una estera y mientras Hicesio y el *argentarius* Nabuzab se saludaban deshaciéndose en interminables reverencias, los guardias palmirenos se adelantaron para hacer sus comprobaciones.

Esta vez observé que incluso los acompañaba un escriba que anotaba todos nuestros nombres, mientras dos de los guardias estudiaban el rostro de cada mercenario como si estuvieran buscando a alguien.

—Se os ve preocupados, Nourbel —dijo Hicesio—. ¿Estáis, tal vez, buscando a alguien en particular?

—¿No sabes nada, griego?

—No, ¿ha pasado algo que debería saber?

—¡Ayer por la noche el noble Yarhay fue asesinado! El rey está furioso. Si no descubrimos quién lo hizo, uno de nosotros acabará empalado en las murallas.

—¿Y lo buscáis, a ese asesino, entre las caravanas?

—Lo buscamos por todas partes. Esos dos hombres míos que están examinando a los guardias de tu caravana han visto la cara del asesino y podrían reconocerlo. Tenía cierto parecido con un mercenario, y no parecía uno de Palmira.

—¡Así que ayer asesinaron a ese buen comandante! ¿Y cuándo ocurrió?

—¡Poco antes de la puesta de sol!

—¡Ah! ¡Fíjate que justo antes de la puesta de sol yo estaba en la ciudad y me reuní precisamente con el noble Yarhay!

—Lo sé, griego, os vieron los hombres que custodiaban la puerta y los secretarios del noble, yo mismo hablé con los que os acompañaron al glacis a por el cadáver del judío. ¿Es al que veo en ese burro?

—Si, es él. Hemos intentado empaquetarlo lo mejor que hemos podido utilizando capas y esteras. Tendrá su ceremonia fúnebre, como lo exige la extraña religión de los judíos.

—¿Cómo es que tienes dos hombres heridos?

—¡Nourbel, uno es al que le rompisteis las manos!

—Ah, sí, ¡el imbécil que quería trepar por las murallas! Se salió con la suya, el otro quedó expuesto en un palo. ¿Y el segundo herido?

—Una pelea entre los hombres… no podían aguantar más en el caravasar, querían ir a emborracharse.

El oficial Nourbel levantó una mano al cielo resoplando, dando a entender que esos problemas le eran de sobra conocidos.

—Terminamos de revisar la carga, griego, luego podréis iros.

Los soldados echaron un vistazo apresurado a las bolsas de los mercenarios, y Nourbel tanteó las dos bolsas de cuero que acababan de cargar en los bastos. El griego y él sabían de sobra lo que contenían, y se sonrieron.

Por último, su lugarteniente revisó el equipaje de Hicesio y en su bolsa encontró también el libro de cuentas, el grueso manojo de hojas de papiro contenidas en un envoltorio de cuero atado con un cordel. El hombre hizo un gesto a Nourbel y comenzó a revisar las hojas, pasándolas una por una. Era evidente que sabía leer.

Estaba a punto de terminar cuando se detuvo a olfatear algo. Después de pasar las últimas hojas, estaba devolviendo el paquete al griego cuando, como si hubiera recordado algo, le asaltó la duda; volvió a olfatear las hojas con recelo y preguntó de forma perentoria:

—¡Tus hojas apestan a cebolla! ¿Qué habéis hecho con ellas?

—¡Ha sido el imbécil de mi criado que se puso a cortar cebollas para la sopa encima de mi libro! ¡Pero las marcas que tiene en la espalda le recordarán durante un buen tiempo que no debe volver a hacerlo!

Yo había dejado de respirar por un instante, pero el guardia no sabía lo que significaba el olor a cebolla, y sacudiendo la cabeza ante la necedad del criado le devolvió el paquete de hojas al griego.

Terminada la inspección, Hicesio le tendió la muñeca a Nourbel y este retiró la mano con algo brillante, probablemente una moneda de oro.

Esperamos a ver a los soldados partiendo, y luego la caravana se puso en fila para salir. Me coloqué en el portón del establo, quería ver a todo el mundo salir y echar un último vistazo.

Los mercenarios parecían más silenciosos que de costumbre, y las dos mujeres, con un gran pañuelo que ocultaba sus rostros, permanecían en silencio detrás del voluminoso equipaje de su difunto.

Cuando Pez, que cerraba la fila de los cinco asnos, estuvo fuera, volví al establo y me asomé al cuartito en el que habíamos estado alojados: no me había olvidado de nada, ni un trozo de papiro, ni nada sospechoso.

Al salir, observé que uno de los guardias del establo rebuscaba con un palo en las cenizas de nuestra hoguera, que ya llevaba horas apagada. Luego alcancé al griego, que dirigía la caravana a caballo como cualquier mercader que se precie, flanqueado por el centurión Osterio a pie.

—¡Eso tenían que ver, y eso han visto! Nuestra expedición ha terminado, Quintilio —me dijo Hicesio con una sonrisa en los labios.

XVIII.

El primer campamento en el camino de regreso lo instalamos a una veintena de millas del caravasar, cerca de un pozo que era muy popular a juzgar por el espesor del estiércol seco que había en sus alrededores. Los días se habían alargado y el sol seguía en alto, pero no tenía sentido avanzar más sin la comodidad del agua. Los mercenarios guardaban un extraño silencio ahora que nos dirigíamos a Damasco, donde recibirían su paga para despilfarrarla en los burdeles y tabernas de la ciudad.

Las dos mujeres también habían estado calladas durante todo el día y la loca no había dado más señales de demencia. Incluso parecía haber recuperado cierta tranquilidad, como que me dedicó una prolongada y tentadora sonrisa. Demasiado tentadora, pensé, ya que ni siquiera nos conocíamos, pero tal vez fuera una forma de agradecerme por haber recuperado el cadáver de su marido.

Esa mirada me recordó que hacía tiempo que no intimaba con una mujer y que tal vez podría intercambiar unas palabras con ella, aunque el hecho de estar mezclado con una tropa de imbéciles mercenarios hacía que no fuera el mejor momento.

Hicesio, atareado en dar órdenes como cualquier contratista caravanero con la ayuda de su nuevo secretario Eleuterio, me llamó para informarme.

—Quintilio, debemos completar las cuentas de la expedición. Tú, Eleuterio, escribe; si alguna cifra se te escapa, detennos y pregunta.

—¿De verdad quieres mantenerlo como tu secretario? —le pregunté asombrado.

—¿Te sorprende? Veamos las cuentas. Así que me dijiste que por veintiséis esclavos te pagaron trescientos cincuenta dracmas[25] cada uno, lo que hace un total de nueve mil cien dracmas y por los cuatro restantes, cuatrocientas dracmas cada uno. Por los burros obtuviste seis mil doscientas dracmas, y mil doscientas por la sal. Así que tenemos en la tesorería dieciocho mil cien dracmas, lo que equivale a… dieciséis mil ochenta y ocho de nuestros denarios. ¿Te sale eso, Eleuterio?

—Correcto, Hicesio.

Me molestó el aire de excesiva familiaridad que Eleuterio exhibía con el griego. Había sido esclavo hasta el día anterior, a riesgo de ser condenado a tirar de una noria[26] junto a un burro ciego, ¡y ahora se hacía pasar por el hombre de confianza del erudito!

—Griego, me gustaría hablar contigo a solas —le dije—, ¡si ese me lo permite, claro!

—Por supuesto, Quintilio, puedes hablar cuanto quieras —respondió Eleuterio con un tono de aparente cortesía, pero que, en el fondo, era de bien poco respeto. Y se fue a controlar cómo marchaba la preparación del rancho.

—Hicesio, quería preguntarte un par de cosillas. ¿Qué sentido tiene llevar las cuentas de la caja de la caravana? ¿No le diste todo lo que tenías a ese *argentarius* de Palmira, al tal Nabuzab?

—No, Quintilio, veo que no tienes buena memoria. Te dije que no teníamos bienes de valor para hacer un intercambio que hiciera creíble esta expedición. Tuve que conseguir oro a cambio de notas de crédito.

—Sí, es verdad, ¡me lo habías dicho! ¿Y cómo los convenciste para que te dieran el oro?

El griego me miró de través:

—Quintilio, ya sabes que tengo vocación por el manejo de grandes sumas —y meneó una campanilla de bronce que no le había visto nunca, a lo que Arrio respondió de inmediato:

—¿Necesitas algo, Hicesio?

—Sí, por favor, acércame las dos bolsas de cuero.

Me hizo un ademán para que fuera con él bajo un toldo que los hombres habían tendido con dos palos, y abrió una de las pesadas bolsas. En cada una había cuatro ladrillos de oro muy pesados. Nunca había visto nada igual.

Por lo general, los lingotes de oro son bastones finísimos, como mucho del tamaño de un cálamo, a menudo mucho más pequeños, lo que permite romperlos y cambiarlos poco a poco, según las necesidades.

—¡No entiendo por qué no te han dado oro en monedas! ¿Qué es toda esta historia? —grité—. ¿Quién puede poseer tanto dinero como para cambiar uno de estos lingotes que pesará no menos de tres libras?

—Shhh, Quintilio. Habla en voz baja, que no nos oigan. Cada uno de estos lingotes pesa exactamente cinco libras, y hay ocho de ellos.

—¿Y por qué motivo te has hecho con estos voluminosos ladrillos de oro que nadie puede cambiar?

—Estos «ladrillos», como tú los llamas, no pueden cambiarse por moneda. Su función es únicamente permitirnos completar la misión.

Incrédulo, sopesé uno de los lingotes: si se me hubiera caído en un pie podría haberme hecho daño.

—¿Y tienes todo esto a cambio las letras, de las hojas de papiro?

—Algunas notas de crédito estaban escritas en trozos de pergamino. ¿Hay algo que no te cuadra? Creo que no lo tienes claro.

—No, Hicesio… es que nunca he visto tanto oro junto. Pero espera, te estaba buscando porque tenía algo que preguntarte. Si arrojo un objeto de bronce al fuego, ¿se funde inmediatamente?

—Esta es una pregunta muy extraña. Seguramente habría que planteárselo a alguien experto en fundir o trabajar con metales. ¿Sabes quién podría saberlo? Pez. Es herrero, está acostumbrado a trabajar el hierro candente, quizá incluso sepa fundir el bronce.

—Tienes razón, griego, ahora mismo voy a preguntárselo. Esconde esas dos bolsas, tienen un efecto extraño en quien ve… su contenido.

Pez estaba aprovechando la última luz del día para echarle un vistazo a los asnos.

—Pez, hoy estaba pensando en una cosa. ¿Tú qué opinas: si tiro un objeto de bronce al fuego, se fundirá enseguida?

—¿Un objeto de bronce? ¿Grande o pequeño?

—Digamos… así de grande —y le indiqué un palmo.

—Para fundir un objeto de ese tamaño, haría falta un crisol de una arcilla especial, poner el bronce en él y colocarlo en medio de brasas de carbón vivo, con un muchacho o un sirviente robusto que no se canse de presionar el fuelle. ¡En un fuego de leña y sin el fuelle nunca podrás fundir el bronce!

Había tirado mi goniómetro en la hoguera del campamento. ¡Posiblemente no se había fundido!

Mientras le daba vueltas al asunto del bronce el centurión me hizo una señal:

—Chupatintas, ¡corre y mantén a raya a tus malditas mujeres! Están poniendo nerviosos a los hombres, ¡y me parece que la misión aún no ha terminado!

—Centurión, esas no son *mis mujeres* —le respondí—. Sabes muy bien que hemos tenido que aceptar llevárnoslas para no armar un escándalo con los guardias del establo que nos miraban, ¡y poder largarnos lo antes posible!

—¿Otra vez me estás liando con tus juegos de palabras? ¿Acaso las he alistado yo? Y ese cadáver rancio, ¿cuándo piensas deshacerte de él? ¿También lo traje yo en la caravana? ¿Pretendes cargarlo hasta Jerusalem?

—Nos desharemos de él esta noche, precisamente ahora lo voy a hablar con las mujeres.

—Bien, espabila de una vez, ¡que los hombres ya murmuran que arrastrar esa carroña trae mala suerte!

En efecto, a mí tampoco me hacía gracia cargar con aquel engorroso equipaje, aunque ni siquiera apestaba después de haberse secado bien al sol del desierto. No me gustaba nada, y decidí comentárselo a las dos mujeres. Estaban en un rincón del campamento y Arrio estaba con ellas, hablando con Esther, la más joven.

Era una verdadera belleza, y cuando sonreía, quizás debido al sol, entornaba los ojos de una manera… especial. No entendí qué le estaba diciendo Arrio, pero me pareció que le estuviese contando alguna anécdota divertida, quizás para animarla ya que había enviudado recientemente.

A breve distancia Obasi, con el rencor dibujado en el rostro, le vigilaba como si esperara su turno para despertar el interés de la joven.

Esther sonreía ante las tonterías de Arrio y en ese momento, los hoyuelos de sus mejillas se acentuaban. No parecía en absoluto loca, tal vez estuviera loco su marido, por llevarla a vivir entre los nabateos.

Pero la joven no tenía tiempo para mí, así que tuve que dirigirme a su cuñada Judith:

—Lamento tener que hablar de esto ahora, pero es necesario que nos ocupemos del entierro de tu hermano. Creo que lo mejor sería hacer una pira aquí, en el desierto, con la maleza seca que tanto abunda por estos parajes, y luego podremos enterrar sus restos y erigir una estela o algo en su recuerdo. ¿Qué te parece?

—Sí, debemos darle paz. Ya ha pasado demasiado tiempo y es hora de que descanse en la tierra.

—¿Podrías hablarlo con Esther?

Ella inclinó la cabeza en señal de asentimiento y yo también hice una señal al *optio* Bárico, que estaba a la espera.

Los mercenarios ya habían recogido un montón de arbustos y raíces secas que abundaban en la zona y los habían apilado en un hoyo.

Terminamos el rancho, luego dos mercenarios depositaron el cadáver en la pila y lo encendieron.

Las dos mujeres observaron cómo el fuego cobraba fuerza y en pocos instantes una gran llamarada se apoderó del marchito cadáver, tan seco que ni siquiera chisporroteó, mientras una nube de humo negro se extendía por el cielo con la ligera brisa de la tarde. Poco a poco, la pila se derrumbó sobre sí

misma y, finalmente, a última hora de la noche, los huesos se dispersaron entre las brasas.

Todavía era noche cerrada cuando de repente algo me despertó. El cielo empezaba a enrojecerse débilmente en el este, y el campamento estaba sumido en el silencio. Arrio e Hicesio, envueltos en sus capas a un paso de mí, dormían plácidamente. Me pareció ver las siluetas de un par de nuestros centinelas en la tranquila penumbra que precede al amanecer.

Un terrible pensamiento me había despertado, un pensamiento que, debido al ajetreo del viaje inminente y del primer día de marcha, aún no había tomado forma concreta en mi mente: cuando salíamos del establo, había visto a los centinelas hurgando en las cenizas de la hoguera del campamento.

Le zarandeé a Hicesio, pues le costaba despertarse:

—Griego —le susurré—, ¿qué crees que pasará si los guardianes del caravasar encuentran mi goniómetro?

—¿Qué…? Ah… el goniómetro. ¿No me habías dicho que lo habías destruido?

—No estoy seguro de haberlo conseguido. Lo arrojé a las brasas de la hoguera la noche antes de partir.

—Ah, el goniómetro de bronce. ¿Para eso querías saber cómo se funde el bronce?

—Sí, por eso, y por lo que me ha explicado Pez, puede ser que en las brasas no se haya fundido.

—Pero no hay razón para preocuparse, Quintilio, nadie irá a buscarlo.

—Tal vez haya motivos para preocuparse: cuando nos íbamos, vi a los guardianes revisando dónde estábamos acampados; uno de ellos estaba hurgando en las cenizas ya frías con un bastón. Creo que estaría buscando si había algo útil, tal vez clavos, o alguna clavija de metal sobrante de un trozo de madera quemada.

Esta vez el griego se espabiló de golpe. Reflexionó durante unos instantes y concluyó:

—¿Se lo has dicho al centurión Osterio?

—No, en el ajetreo de la partida no me había dado cuenta de que podía ser importante.

—Hay que despertarlo y decírselo.

El centurión no se alegró de la noticia:

—¡Desde la primera vez que os vi, supe que erais dos malditos e inútiles civiles! —gritó, despertando a todo el campamento—. ¡Bárico, que se levanten los hombres, partimos ahora mismo!

El *optio* Bárico no podía conocer la razón de la repentina prisa, pero se imaginó que el griego y yo, paralizados y con la mirada baja en la tenue luz que precede al alba, debíamos haber hecho algo grave. Nos dedicó un gesto inequívoco con el pulgar recorriendo su cuello, y al escupir al suelo, casi me da en la pantorrilla. Despertó a los últimos mercenarios con algún que otro bastonazo, gritando:

—Llenad de agua los odres y que los animales beban, ¡debemos largarnos enseguida!

Por un momento me avergoncé de mi ineptitud y al pasar al lado del centurión me sentí obligado a añadir:

—¡No es seguro que hayan encontrado ese goniómetro, o de que hayan averiguado qué es! ¡Y tampoco podemos saber si se lo entregarán a los soldados!

—¡Idiota! ¡Se lanzarán sobre cualquier cosa sospechosa! El comandante de la guardia, el de los rizos negros, ¡fue asesinado la noche que hablasteis con él!

No me alcanzó con el bastón que sustituía al ramo de vid solo porque me lo esperaba y fui muy rápido al apartarme.

Incluso los mercenarios, despertados de golpe, se habían dado cuenta de que yo tenía que ser el responsable de lo que estaba ocurriendo y Rutilio, su cabecilla, me hizo ese gesto con la mano que significa «*¡ya ajustaremos cuentas!*», y mientras uno de los dos heridos, Masopis, el de las manos vendadas, me maldecía.

—¡Marcha rápida! —exclamó el centurión cuando algunos hombres ni siquiera se habían despertado del todo y otros tantos que todavía estaban intentando atarse las cáligas, nos pusimos en camino a buen ritmo hacia poniente.

Estábamos ya a unos centenares de pasos del pozo, cuando apareció detrás de nosotros un caminante solitario yendo a beber al mismo pozo del que acabábamos de salir.

XIX.

Las largas sombras del amanecer nos sorprendieron mientras nos apresurábamos camino a Damasco. Hicesio en su caballo y el centurión Osterio a su lado, a pie, comandaban la pequeña caravana. Yo preferí mantenerme alejado, al final de la columna, para no provocar comentarios airados. Estaba reflexionando sobre el arriesgado escenario que había abierto con esa idiotez de no hacer el goniómetro irreconocible, cuando había tenido la oportunidad.

Le expliqué el asunto a Arrio, que comentó:

—¿Estás seguro de que alguien podría reconocer ese artilugio de bronce? Tal vez se pueda confundir con el arnés de un animal, o con el mango de un *pugio*.

—Me temo que no, Arrio. Tenía números grabados, cualquiera podría deducir que era el instrumento de un agrimensor.

—No necesariamente, Quintilio. Si lo hubiese visto yo, seguro que no habría adivinado para qué sirve.

—Ya, tampoco los guardianes del caravasar entenderán lo qué es. Pero si ese trozo de bronce se lo entregan a los guardias y acaba en manos de un oficial, ¡quizás alguien pueda reconocerlo como lo que verdaderamente es!

—¿Eso crees? Pero considera que acaban de asesinar a *rizos negros*, el jefe de sus guardias, seguro que se ha organizado una de agárrate y no te menees, tendrán mucho que hacer. Y por lo que tengo entendido, todos los soldados de Palmira tienen miedo de acabar como ese imbécil de cantero judío. —De pronto miró a su alrededor sonriendo—. Dicho sea de paso, ¿has visto qué encanto de mujer tenía el cantero por esposa? ¿Has visto sus ojos y cómo sonríe? ¿Y cuándo se ven los hoyuelos de las mejillas?

—Arrio, ¿pero no te ha dado la impresión de que está un poco loca?

—¡No, Quintilio! —sonrió—. Yo también creí que estaba desquiciada al principio, cuando la vi montar semejante berrinche en el establo. Creo que ella es así, de carácter espontáneo. Tal vez caprichoso. ¡Eso es, caprichoso es la palabra correcta! Le agradó mi conversación, ¡y no se esconde detrás del velo como hacen las nabateas!

—¡Me da la impresión de que a los hombres de la tropa les sonríe demasiado!

—¡Es una mujer espontánea! Pero, si tuvieras una flor así en tus manos, ¿de verdad se te hubiera ocurrido venirte hasta aquí, entre estos tiñosos de nabateos?

El caminante solitario que nos seguía tras saciar su sed en el pozo, se encontraba ahora tan solo a pocas decenas de pasos detrás de nosotros. Hizo una señal de saludo levantando la mano y al final le reconocí: era el guía Hairán. Quizás su ayuda fuera justo lo que necesitábamos ahora que estábamos en un verdadero apuro.

Nos saludó con alegría:

—Anoche vi de lejos las llamas de una gran hoguera, imaginé que erais vosotros. ¿Todo bien por aquí?

—Bueno, no todo —le respondí—. Puede que necesitemos tu ayuda. —Y le expliqué la historia del goniómetro en pocas palabras.

Le vi asentir con seriedad:

—Yo también he dejado atrás algunos problemillas, estoy huyendo tan rápido como puedo. Puede que tenga que despedirme de vosotros en breve porque mi presencia podría perjudicaros, ya veremos. En la primera parada celebraremos un consejo con el centurión, ahora es mejor que nos alejemos cuanto antes de la ciudad.

—¿Has podido a ver a tu familia? ¿Y al hombre que buscabas? ¿Lo encontraste?

—Sí, lo encontré —y cortó en seco la conversación.

A la hora séptima hicimos una parada y el centurión me llamó:

—Somos demasiado lentos. Los hombres tendrán que acelerar el ritmo y seguir tirando hasta el anochecer, las mujeres harán lo que puedan, o nos veremos obligados a dejarlas atrás. En el primer barranco nos desharemos de parte de la carga y en uno de los burros colocaremos, por turnos, a una de las mujeres o a uno de los heridos, ya veremos. —Luego cambió de tema—: ¿Estás seguro de todo lo que me has dicho esta mañana? ¿No te habrás dejado llevar exagerando un poco los riesgos que conlleva el descubrimiento de ese instrumento tuyo?

—Me temo que no, centurión Osterio. No pienso en otra cosa desde anoche, y mi temor siempre es el mismo: que, tras unos momentos de perplejidad, los vigilantes, que no saben lo que es un goniómetro, tengan la buena idea de enseñárselo a algún guardia, que a su vez informará a un

oficial. La única duda es el tiempo que puede tardar el instrumento chamuscado en acabar en manos de alguien que lo reconozca.

—¿El griego también está seguro? ¿Piensa lo mismo que tú?

—Sí, él también opina lo mismo que yo.

—Por mucho que podamos acelerar la huida, no somos rival para su caballería. Tendremos que alejarnos muchas millas de la ciudad antes de estar fuera del alcance de su búsqueda.

—Esta mañana nos ha alcanzado el guía Hairán, él también quería hablarte de eso mismo.

—Ya lo vi, ¡a él también debe haberle ido mal en esa ciudad de espías si no se ha quedado con sus parientes! Menuda expedición la nuestra, ¡cada uno hace lo que quiere! Dile que se acerque.

El explorador itureo saludó con familiaridad al centurión.

—Hairán, puede que hayamos dejado algún rastro detrás de nosotros, y debemos alejarnos lo más rápido posible.

—Ya lo veo, Osterio. Los hombres están vertiendo una carga de forraje para burros.

—¿Cuántas millas tendríamos que recorrer para estar fuera del radio de alcance de la caballería?

Hairán sacudió la cabeza:

—Entiendo lo que quieres saber, y podría responderte a setenta u ochenta millas. Pero el caso es que con el asesinato del noble Yarhay la ciudad se ha vuelto loca. ¿Has lanzado alguna vez una piedra a una colmena? Lo mismo ha ocurrido en Palmira. Me temo que nos perseguirán hasta Damasco, o al menos, hasta que haya un control firme de una guarnición romana.

—¡Sin embargo, nosotros no tenemos nada que ver con ese asesinato, Hairán!

Por un instante me pareció que el itureo no estaba cómodo, y al final sugirió:

—Osterio, ¡aceleremos la marcha al máximo! Cuando oscurezca acamparemos lejos de los pozos, en algún barranco, y no tendremos que encender fuegos visibles ¡Estoy seguro de que nos perseguirán!

—Esta noche volveremos a calcular las millas que nos faltan para estar a salvo —y dio la orden de reanudar la marcha.

Por la tarde nos encontramos con una caravana de unos cincuenta camellos cargados hasta los topes, yendo en dirección contraria. Ellos tenían prisa por llegar al pozo y nosotros teníamos prisa por alejarnos de Palmira.

Solo hubo alguna apresurada señal de saludo, pero no pude sino pensar que señalarían nuestra posición a cualquier eventual perseguidor.

El centurión Osterio debió de tener el mismo pensamiento: le oí instar a los hombres a que se apresuraran, mientras el *optio* Bárico intercalaba sus exhortaciones con alguna colorida blasfemia contra los dioses.

Nos detuvimos brevemente a por agua en el pozo en el que, si todo hubiera estado tranquilo, pensábamos acampar por la noche; pero aún faltaban tres horas para la puesta de sol, y en cuanto los animales y los hombres hubieron repostado, reanudamos la marcha a paso rápido.

Demasiado rápido, quizás. Oí a los hombres murmurar y, al pasar por una pendiente que bajaba de la llanura a uno de esos ríos secos, pues la pista continuaba por el otro lado, un asno, tal vez asustado por un tábano, tropezó y cayó estrepitosamente por entre las rocas que había una decena de pies más abajo.

El animal se rompió una pata y, mientras discutíamos si se sacrificaba o no, me di cuenta de que era el que transportaba el oro. La carga se había caído de los cestos fijados al basto y de uno de los sacos sobresalían dos deslumbrantes lingotes, que ahora brillaban entre las rocas.

Yo no había sido el único en ver el tesoro: otros, con los ojos bien abiertos, en un silencio que se había convertido en sepulcral, admiraban incrédulos el seductor resplandor amarillo.

—¡Despertad, sinvergüenzas! ¡Debemos irnos! —graznó la voz del *optio* Bárico, que, sin embargo, a mitad de la exhortación tuvo que detenerse, él también deslumbrado por el oro.

Eleuterio también se había quedado sin habla, y creo que pude verlo incluso babear.

Fueron Arrio y el centurión quienes rompieron el hechizo: el primero recogió las bolsas y volvió a guardar los dos lingotes en su sitio, y el segundo dio órdenes de matar al asno, que lamentablemente se había vuelto inútil.

Las bolsas fueron trasladadas al caballo de Hicesio y tras unos instantes reanudamos la marcha en un silencio que se había vuelto plomizo: ahora los mercenarios sabían lo que transportábamos y nuevas dudas, junto a viejas certezas, se estaban abriendo paso en sus ignorantes mentes.

Acampamos a última hora de la noche. El centurión para apartarnos de la caravanera nos hizo recorrer media milla por un sendero que se adentraba en la llanura del desierto; encontramos una hondonada, atamos los animales y, una vez establecidos los turnos de guardia, encendimos un fuego en un

agujero para hacer la comida. Dos hombres se apostaron sobre unas rocas en dirección a la ruta caravanera.

Obasi, uno de los mercenarios egipcios, fingió toparse casualmente conmigo mientras estaba comiendo:

—No nos habíais dicho que estabais transportando oro.

—¿Cambia algo para vosotros el tipo de carga?

—¡Por supuesto! ¿Acaso no nos estamos jugando el pellejo juntos?

—De estas cosas tenéis que hablar con el centurión, yo estoy en las mismas condiciones que vosotros, estoy cumpliendo las órdenes que me han dado.

Obasi vio al *optio* Bárico que se acercaba, y sosteniendo el plato aún lleno de sopa, se fue.

—Mala señal cuando los hombres se van con el rabo entre las piernas —me indicó el *optio*. Unos instantes después llegaron el centurión, Hicesio y el guía Hairán para hacer balance de la situación y decidir qué haríamos el día siguiente. Nos acomodamos entre unas rocas y Arrio montó guardia para asegurarse de que no hubiera cotillas merodeando.

—¡Solo nos faltaba lo del burro! —comenzó el centurión—. Ahora los mercenarios no tienen otra cosa que hacer que hablar a escondidas del tesoro, ¡fantaseando con ponerle las manos encima! Hairán, ¿a qué distancia estamos de Palmira?

—Creo que estamos a unas cincuenta y cinco millas de distancia.

—Aún estamos demasiado cerca. Y, hasta un lugar seguro, ¿cuánto?

—La primera guarnición cerca de Damasco, donde deberíamos encontrar legionarios romanos, debe de estar a unas ciento veinte millas de aquí.

—Aunque pudiéramos escondernos, sería demasiado fácil para la caballería de Palmira, ¡nos esperarán justo antes de Damasco! ¿Hay otros lugares donde podamos recibir ayuda?

—No hay ninguno, Osterio, ¡esta es la región de los nabateos!, ¡y Damasco es la ciudad más cercana en manos de Roma!

—Escuchad —intervino Hicesio—, este oro no es para lo que se organizó la misión. ¿Podríamos, tal vez, prometerles una parte a estos hombres y ganárnoslos para nuestra causa? Me parecería razonable, si hiciéramos un trato así, que estos soldados estuvieran dispuestos a colaborar para alcanzar nuestra guarnición.

—Griego, ¡lo tuyo es hablar por hablar! ¿No te has dado cuenta de que se trata de ignorantes mercenarios, escoria a la que solo le interesa el vino y las putas?

—Es posible que, si compartiéramos el oro, conseguiríamos cumplir nuestra misión —insistió.

—Este oro le pertenece al ejército y ellos deberían esconderse de por vida. Y, de todos modos, un mercenario no comparte contigo, ¡simplemente se lo lleva todo! Tú ya has cumplido, griego, ahora procura no pensar demasiado, pues pensar demasiado puede ser perjudicial. Mañana tenemos que recorrer no menos de treinta y cinco millas. ¡Largo!

Me acerqué un momento a tranquilizar a las mujeres: las había visto esforzarse al máximo durante el camino, incluso a la más joven. A pesar de lo difícil del día, pude escuchar su risa argentina y la vi sonreír al escuchar alguna ocurrencia de Rutilio. El mercenario era un hombre atractivo y no era de extrañar que hubiera despertado la atención de la joven, ahora con ganas de distraerse del luto por la muerte del marido.

Judith estaba a su lado, preparando el lecho para la noche.

—Me parece que tu cuñada se ha recuperado por completo —le dije—, parece que se divierte con nuestros hombres.

—Sí, ella es así, es capaz de grandes crisis a las que siguen grandes arranques de alegría. Mi hermano se enamoró de ella por su sonrisa cautivadora.

—Ya lo creo, ¡es una mujer hermosísima! Escucha, quería decirte que siento que no haya sido posible completar la tumba de tu hermano como es debido. Por desgracia, nos surgió un imprevisto y tenemos que alejarnos lo antes posible de los nabateos.

—Creo que he oído que te llaman Quintilio.

—Sí, ese es mi nombre.

—Te agradezco que te hayas pasado por aquí para hablar conmigo. Entiendo que ha ocurrido algo grave y las dos haremos todo lo posible para no ser una carga para vosotros. En cuanto a Esther, ten paciencia, es joven, solo tiene dieciocho años. Conocía a su madre, la nuestra es una aldea diminuta, y desde pequeña le decía que no hiciera ojitos a los hombres, pero para ella es como un juego, le gusta sentirse deseada.

—Judith… estos hombres son mercenarios, ¡espero que no haya problemas!

Aunque ya era casi de noche la vi asentir con la cabeza:

—Trataré de ejercer de hermana mayor, Quintilio. Hablaré de nuevo con ella.

Eleuterio estaba absorto preparando el lecho del griego:

—¿Podrías quitarte de en medio por una vez, Eleuterio, que quiero hablar con Hicesio? ¿Tienes que estar siempre molestando?

—No te enfades, Quintilio —intervino Hicesio—. Es un buen muchacho, hace todo lo que puede para agradecerme por salvarle la vida.

—A mí me parece que solo es un imbécil, pero no es eso de lo que quería hablarte. ¿Qué opinas de las decisiones del centurión?

—No sé qué pensar, Quintilio, me parece que nuestra situación se vuelve cada día más complicada. No podemos saber si han surgido sospechas sobre nosotros. Solo lo sabremos si la caballería nos alcanza y entonces, me temo que ya será demasiado tarde. Esperaba que el itureo Hairán pudiera ayudarnos y he hablado con él durante la marcha, pero se ha mostrado muy evasivo. Creo que ha dejado atrás algún problemilla con sus parientes en Palmira, y lo suyo también parece una huida de esa ciudad.

—Tampoco me ha querido contar nada a mí. Me había mencionado que tenía que ver a alguien, pero cuando le pregunté si todo estaba bien, cortó de golpe la conversación. Y, además, tenemos un nuevo problema con la tropa —le susurré.

—Por desgracia, sí. Solo ha sido casualidad si han descubierto el contenido de las bolsas pero me temo que no podemos hacer nada al respecto.

—Oye, la otra noche me estabas diciendo algo que no entendí: ¿por qué nadie podría cambiar esos ladrillos de oro por moneda?

—No pude pensar en ninguna otra forma de salir de Palmira, dando a entender que nuestra misión estaba completa. Comprenderás que nunca podríamos habernos ido con el rabo entre las piernas, por así decirlo, sin haber cerrado algún gran acuerdo.

—Por supuesto, hemos hablado de ello mil veces, ¡la credibilidad de la caravana dependía de ello!

—Puede que no todos se hayan creído que estábamos allí para comerciar.

—Pero los asuntos que teníamos que resolver, los concluimos, ¡incluso vendimos los esclavos y toda la sal!

—Por supuesto, Quintilio, vendimos sal, esclavos y burros, mercancía que no vale nada y por la que nunca se movería una caravana.

—¡Eso es cierto, Hicesio! Pero tú sigues dándole vueltas a algo. ¿Qué es lo que no quieres decirme?

—Tuve que usar las notas de crédito que nos llevamos de Jerusalem: ¡gracias a ellas pude comprar el oro! Al final alguien, ya que todo nabateo es un espía, habrá informado de que nos fuimos con una gran cantidad de metal precioso, y nuestra expedición, por tanto, no ha generado ninguna sospecha.

—Menos mal, Hicesio, me temía que hubiera algún chanchullo en la operación. Si no fuera por mi maldito goniómetro, podríamos volver a Jerusalem con total tranquilidad.

—Total, lo que es total tranquilidad… no sé.

En ese momento nos lanzaron una piedra y oímos un «¡Shhh!» de alguno de los hombres que quería dormir.

No había entendido nada de la confusa alquimia de *argentarius* del griego, y él no estaba de humor para explicarme cómo había conseguido todo ese oro a cambio de papiros gastados y malolientes, pero eso ya no importaba.

Teníamos que llegar lo antes posible a tierras controladas por Roma, eso sí era importante.

XX.

—Esos sinvergüenzas de mercenarios, ¡no hablan más que del oro! —me confesó Arrio.

—Lo sé, me he fijado, se callan en cuanto me acerco a ellos. Anoche discutimos un poco, y yo también estaría a favor de darles oro a nuestros hombres, siempre que hicieran todo lo posible por sacarnos de este aprieto.

—¡No nos ayudarán, Quintilio! Lo que necesitaríamos son caballos, en cambio estamos a pie y aunque nos deshiciéramos de los burros no podríamos ir más rápido.

—Te llevas bien con Hairán. ¿Te ha dicho algo?

—Tuvo sus más y sus menos en Palmira, escapó por la noche para alcanzarnos. Por lo que me ha dicho, saltó las murallas con una pértiga. Pero esta mañana, al amanecer, ha discutido con el centurión Osterio: se han alejado del campamento para hablar, los vi mientras estaba de guardia. En un momento dado, el centurión se ha enfadado y le ha tirado al suelo de un puñetazo. Después han vuelto juntos al campamento, pero si miras a Hairán, verás que tiene una mancha morada en la cara y el labio partido.

El guía nabateo estaba a pocos pasos de nosotros, y efectivamente vi que tenía un moratón en el rostro.

Llegamos al pozo a la hora quinta, y mientras el *optio* Bárico se metía con hombres y animales para que bebieran deprisa, el centurión me llamó aparte para hablar conmigo y con el explorador Hairán.

—Chupatintas, ¡esta es la expedición de los follones! Ya no podemos seguir por este camino hacia Damasco. A estas alturas no cabe duda de que la caballería nos estará esperando al salir de las tierras de los nabateos. Solo tienen dos caminos que vigilar y no tengo ninguna gana de entregarme a ellos. Habla tú, Hairán, explícale qué queremos hacer.

—Quintilio, los soldados nabateos no nos dejarán salir de sus tierras. Es inútil que intentemos escapar siguiendo la ruta caravanera hacia Damasco. Si queremos salvar el pellejo, tendremos que hacerles perder nuestro rastro.

—¿Y cómo quieres hacerlo? ¡No podemos alejarnos de la ruta y de los pozos!

—¿Hiciste un mapa de la región durante la ida?

—Sabes de sobra que el griego y yo lo hicimos, y precisamente a ti te pedimos toda la información.

—¿Puedes sacar ese mapa?

—No, no puedo. Fue dibujado… de una manera particular que me llevaría demasiado tiempo explicar ahora. No queríamos que los guardias pudieran encontrarlo, pero lo recuerdo muy bien, así que puedes preguntarme lo que necesites y te responderé.

Hairán cogió una rama seca y, tras mover un par de piedras con el pie, empezó a marcar en el suelo:

—Estas son las dos vías que desde Palmira conducen a Damasco, casi paralelas. En medio tenemos estas colinas rocosas, áridas y desprovistas de vegetación. Ya estamos por aquí —y colocó dos piedras, una encima de la otra para indicar un punto del camino de poniente—. Tenemos razones para pensar que la caballería recorrerá ambos caminos para tomar posiciones.

—Pero ¿cómo sabes que su caballería está a punto de llegar?

—¡Chupatintas! —estalló el centurión—. ¡Deja ya de preguntar!

—Los últimos centinelas palmirenos se encuentran en estas colinas, más o menos por aquí —Hairán añadió otra piedra—. Anoche pasamos junto a ellos cuando ya era casi de noche, seguramente nos vieron. A partir de aquí no hay nadie que informe de lo que hacemos, así que, si dejamos la ruta, no creo que nadie se dé cuenta.

—Dejaremos las huellas de nuestros asnos, están herrados, las puede ver cualquiera.

—Quintilio, no te preocupes de los burros, son asunto mío —interrumpió el centurión—. Al grano, Hairán, al grano.

—Estate atento, Quintilio: saldremos de la ruta caravanera y nos adentraremos por las áridas colinas. Nadie nos seguirá porque allí no hay pozos. Pero una vez que lleguemos al otro lado, usando tu mapa nos dirigiremos al pozo más cercano que se encuentra en la pista que tomamos en el viaje de ida, que es casi paralela a esta en la que estamos ahora. ¿Crees que podrías encontrar el camino por entre las colinas hasta el primer pozo?

—No debería ser demasiado difícil. Una vez superadas las colinas encontraremos la pista paralela a esta. ¡Basta con recorrer unas millas y llegaremos a un pozo!

Hairán, a pesar de la hinchazón, esbozó una sonrisa.

—¡Ni siquiera él se ha dado cuenta de lo que queremos hacer! —sonrió a su vez el centurión Osterio.

—¡No queremos que nos vean en la ruta! Con tu mapa nos dirigiremos directos al pozo por la noche, cruzaremos la pista y continuaremos por el otro lado, con las provisiones de agua.

—Ah… ¡ahora lo entiendo! Desapareceremos y nadie sabrá dónde estamos. ¿Y luego a dónde iremos?

—¡Por eso no te preocupes, chupatintas! ¿Crees que puedes hacer lo que te pide Hairán?

—Sí, eso creo. Si trabajo en el mapa con Hairán deberíamos conseguir cruzar las colinas y llegar al pozo sin usar la ruta. Pero ¿cuánto tiempo nos llevará cruzar esas colinas desiertas?

—No menos de tres días.

—¿Tres días sin agua?

—Sin agua. Por eso nadie nos seguirá.

—¿Podrán hacerlo los hombres? ¿Y las mujeres?

El centurión zanjó la discusión:

—¡Tenemos una misión que cumplir, chupatintas! Yo pienso hacer todo lo posible por no perder a ninguno de los míos, ¡pero la misión tiene preferencia!

Cuando abandonamos la ruta para dirigirnos hacia levante y hacia las colinas, Arrio se puso a mi lado:

—¡Hairán dice que no hay pistas que atraviesen estas colinas!

—Él y el centurión lo han estudiado todo, Arrio. ¿Te has fijado que nos han sacado de la ruta por la noche?

—¡Ya lo creo que me he dado cuenta! ¿Qué querían? ¿Asegurarse de que sufriríamos más caminando por entre los pedregales?

—A mí me lo han explicado: es para evitar que alguna caravana que esté de paso nos vea dejar el camino principal. Marcharemos hasta altas horas de la noche, y luego, cuando nos adentremos un poco más entre las colinas, nos guareceremos en algún sitio para dormir.

—El griego con su caballo no tiene problemas, pero no sé cómo lo harán los dos heridos. Al que tiene las manos rotas le cuesta avanzar.

El centurión nos hizo parar brevemente en las primeras estribaciones de las colinas para esperar a que saliera la luna y pudiéramos ver algo más, y Hairán, desmintiendo los temores de Arrio, nos condujo por el curso de uno de esos ríos secos que atraviesan la región y en pocas horas, con el tenue

resplandor de la luna y del cielo estrellado, conseguimos recorrer muchas millas.

Durante la tercera vigilia, el centurión creyó haber encontrado, hasta donde se podía ver, una hondonada adecuada para que descansáramos hasta el día siguiente, y nos detuvimos para montar un campamento improvisado. Estábamos todos sin habla del cansancio, comimos un poco de sopa de espelta y en cuanto se dieron los turnos de guardia nos quedamos dormidos.

Nos quedamos en ese campamento hasta la hora sexta, e Hicesio y yo aprovechamos para calentar en la marmita de cobre algunos de los mapas dibujados con tinta invisible. Reaparecieron los dibujos de la ruta oriental de las caravanas que habíamos recorrido cuando íbamos de Traconítide a Palmira, y el griego, para no correr riesgos, quiso repasar las líneas que milagrosamente el calor nos había devuelto con tinta normal, porque con el jugo de cebolla no podíamos estar seguros de su conservación.

En el viaje de ida había realizado muchos relevos de las cimas de las colinas con el goniómetro y ahora estos estudios se pondrían a prueba.

—¿Está todo bien? —preguntó el centurión al vernos manipular los papiros, receloso de todo lo que no controlaba directamente—. Manteneos cerca de ese imbécil de Eleuterio, ¡lo veo reírse y bromear con los mercenarios! No quiero que altere a los hombres, ¡si no se queda en su sitio tendré que darle una dura lección!

—Yo también me ha dado cuenta de que algo se cuece a fuego lento por ahí —susurró el griego en cuanto el centurión se hubo marchado—. Pero no por eso debo sospechar de mi secretario.

—Tu secretario, como tú lo llamas, ¡solo es un charlatán y un imbécil! —le repliqué—. También le he visto hacer migas con Rutilio, ¡que si pudiera nos degollaría a todos al instante, sobre todo después de ver el oro! Pero ya que estamos con el asunto —miré a mi alrededor cuidadosamente para comprobar que nadie nos oyese—, ¿no crees que, si les diéramos algo de oro a estos tipos, nos pondríamos de acuerdo enseguida y se acabarían todos nuestros problemas?

—No lo sé, Quintilio. ¿Qué quieres hacer?

—¡Estos hombres solo creen en el oro! ¿Cuánto te costaría darle un trocito a cada uno?

—Eso es algo que no podemos hacer. Este oro es… peculiar.

Al principio estaba confundido, pero de pronto lo entendí:

—¡Lo sabía! —dije sacudiendo la cabeza—. ¡Has hecho alguna trampa! Para mí eres como un libro abierto, griego. ¡Desde el momento en que

partimos, ya sabía que había gato encerrado!

—Quintilio, por favor, habla despacio, que nadie te oiga. Fue gracias a las notas de crédito.

—¿Eran falsas?

—No exactamente, podemos decir que eran reales. Como recordarás, conseguí que el tesorero del Barís, el concienzudo y meticuloso Concesio Félix, me las diera tras larguísimas negociaciones.

—¡Ahora te reconozco, griego!

—No saques conclusiones equivocadas, Quintilio. Esas notas de crédito son auténticas. Tienen sellos del ejército, las siglas son las auténticas de los oficiales, los sellos lacrados son de verdad, no los he hecho yo. No se trata de verdaderas notas de crédito, sino de bonos que ya habrás visto, aquellos con los que nuestro ejército paga a sus proveedores. Son diferentes de las notas emitidas por los *argentarii*.

—¡Mejor! ¡Confío más en el ejército que en los *argentarii*!

—Conozco tu punto de vista en el asunto, Quintilio. Supongo que recordarás cómo están hechos.

—Sí, conozco los bonos. ¡Como los que usan en el Barís para pagar a ese bribón del contratista Yael! ¡Los usan todos! ¿Cuál sería entonces el problema?

—Esos bonos son reales, solo que ya se han pagado. Si alguien se atreviera a canjearlos por segunda vez, sería arrestado de inmediato.

—¿Qué significa que «son reales», «que ya han sido pagados»?

—Habla en voz baja, por favor. A ver si puedo explicártelo. Esas notas de crédito estaban en la oficina del tesorero de la guarnición de Jerusalem porque ya se han pagado. El tesorero las obtiene de los *argentarii* que, a cambio de esos bonos, adelantan monedas de oro o de plata en nombre del ejército. El tesorero los pide para su cotejo, para anularlos y quemarlos. Ya se han pagado. ¿Lo entiendes ahora?

—Ahora lo entiendo. ¡Tenía que haber alguna trampa! ¿Y qué le pasará al que intente conseguir monedas con esas letras?

—Hum… básicamente, lo que le pasará es lo que le pasa a la gente que intenta gastar dinero falso.

—Entonces, ¿a los *argentarii* de Palmira, los has metido en un buen lío?

—No, no los he metido en ningún lío, hemos llegado a un acuerdo entre *argentarii*, pero ahora veo que tenemos que dejarlo, ya te lo explicaré cuando tengamos tiempo.

Oí el bastón del *optio* Bárico golpeando el suelo:

—Vosotros dos, ¿queréis echar raíces aquí, o qué?

XXI.

Los dos días siguientes fueron terribles tanto para mí como para el resto: primero, el guía Hairán me pidió ayuda para elegir los mejores itinerarios a través de las colinas pedregosas, luego el centurión Osterio me ordenó que lo acompañara alrededor de una milla por delante del grupo en marcha.

El segundo día, el asno que transportaba a Masopis, el mercenario con las manos fracturadas, que tenía fiebre y ya no podía caminar, se cayó sobre un terreno pedregoso y el hombre se cayó también. El pobre animal ya no quería levantarse y caminar, ni siquiera Pez pudo volver a ponerle en pie, entonces le remató cortándole la vena del cuello y acto seguido nos ofreció a todos un odre con la sangre caliente que había extraído del animal moribundo; algunos de los mercenarios lo aprovecharon.

Como era de esperar, durante la noche, alrededor de la hoguera, hablamos de la pésima suerte de la unidad y de las carencias mostradas por el Mando en la preparación de la misión.

—Por supuesto que depositamos nuestra confianza en vosotros y estamos aquí jugándonos la piel —comenzó Rutilio con calma—, pero cuando partimos, nadie nos había dicho que recorreríamos todos estas millas huyendo de los nabateos y fuera del control de Roma.

—¡Tampoco nos habíais dicho que íbamos a buscar oro en una región plagada de bandidos! —exclamó Obasi, manteniéndose fuera del alcance del bastón del *optio* Bárico—. Y nosotros éramos los únicos que no sabíamos lo que estabais transportando, porque hasta los guardias de los nabateos estaban al tanto de ese oro, ¿no es así, Osterio? ¡Intenta negarlo, si te atreves!

—¡El Mando Militar no discute con vosotros los detalles de una misión! —respondió el centurión, no menos tranquilo que ellos para evitar un enfrentamiento que hubiera terminado con el hierro—. ¿Desde cuándo tienen los oficiales que pedir permiso a los soldados para llevar a cabo una operación de guerra? ¿Acaso no sois combatientes honestamente contratados por el ejército? ¿O tiene que venir Marco Antonio y preguntaros si gustáis luchar por él? Ya se os ha dicho que tendréis una recompensa al final de la misión, como es costumbre entre soldados leales.

—Pero sabed —graznó el *optio* Bárico, con el *gladius* desenfundado y apoyado descuidadamente en el costado de su funda—, que aquí, fuera del

territorio de Roma, se aplica la ley de la guerra. Eso ya te lo han dicho, ¿no es así, Obasi?

Incluso Arrio y Pez se habían dado cuenta de que la discusión podía acabar mal y, aunque estaban sentados en el suelo, habían colocado las espadas en sus sombras y parcialmente ocultas bajo la ropa. Pronto saltaría la chispa. Era cuestión de segundos.

—Tráeme el libro de las cuentas, Eleuterio —sonó de pronto la estridente voz del griego Hicesio—. Soy un civil, no formo parte del ejército y, como nuestro brillante comandante el centurión Osterio sabe muy bien, ni siquiera firmé el servicio para la legión.

Eleuterio le entregó el paquete de hojas de papiro y, con gesto teatral, el griego desató la cinta de cuero.

—Soy yo quien pagará el premio, y he de admitir que algunas de vuestras reclamaciones no carecen de fundamento: sin embargo, los altos mandos nunca discuten las operaciones con las tropas.

Fingiendo consultar sus hojas, inútiles declaraciones todas idénticas que Eleuterio había transcrito para evitar la esclavitud, el griego llegó al grano:

—Por lo tanto: de aquí resulta que la tropa ya ha acumulado, además de la indemnización acordada con el ejército… ¿Queda claro? Estamos hablando de otros sestercios, no de los que os van a pagar en el Barís, estos son extra. Así que a lo que íbamos, que hasta hoy habéis acumulado veinte mil sestercios de la tesorería de la caravana. Para la otra parte del premio, tendréis que esperar el recuento que haremos al llegar.

—¿Y de dónde saldrían esos sestercios? —preguntó Proto, famoso por ser el más ignorante de los mercenarios, incapaz incluso de contar el dinero de su propio *stipendium*.

—Os los pagaré yo, soy yo quien está a cargo de la caravana, al menos en la parte comercial, mientras que en la parte militar manda el centurión Osterio. Lo sabíais, ¿no?

Tras unos instantes de desconcertante silencio, una voz preguntó:

—¿Y cuántos serían los restantes sestercios?

—Echaremos cuentas a la llegada —respondió categórico Hicesio—. Y cuando digo «llegada», me refiero a la primera guarnición romana, con legionarios, que encontremos.

—¡Todo esto es la palabrería barata que tanto te gusta! —surgió la voz de Emilio Vero, el del brazo roto—. Este griego, que ni siquiera es un oficial… de hecho, tampoco sabemos qué hace entre nosotros con ese oro…

Vero fue interrumpido al instante por el *optio* Bárico:

—Te advierto que aún tienes un brazo sano, ¡también puedo romperte el otro!

Tres mercenarios, ignorantes e inseguros de lo que les convenía hacer, comenzaron a hacer cálculos confusos sobre cuánto ganarían al final de la expedición y cómo debía repartirse la parte del muerto, el que habían matado al tratar de entrar en Palmira en busca del lupanar.

Al poco tiempo, el cansancio pudo con todos y, tras repartir los turnos de guardia, nos echamos a dormir. El agua se había agotado y durante la noche empezamos a tener sed.

La mañana siguiente no fue mejor: Masopis estaba mal y los asnos, hambrientos y sedientos, no aguantarían mucho tiempo. El caballo de Hicesio parecía llevarlo mejor, el escaso peso del griego era poca cosa para el animal.

Nos pusimos en marcha; Hairán y yo continuamos por delante de los demás, manteniéndonos siempre dentro del cauce de algún antiguo río seco para evitar el árido terreno pedregoso. Nos dejamos los ojos durante todo el día para reconocer los puntos de referencia en las cimas de las colinas.

Por la tarde, una vez acampados para pasar la noche, se distribuyó un poco de carne seca en lugar del rancho, imposible de comer sin nada que beber. Los hombres ya ni siquiera querían discutir, pero Rutilio me maldijo por el lío en el que le habíamos metido.

Con la última luz tras la puesta de sol, vi a Esther hablando con los mercenarios. Había entablado amistad con Rutilio, y no era difícil imaginar que eso también nos traería problemas.

—Tu cuñada ha hecho buenas migas con ese —le dije a Judith—, parece que ha olvidado las escenitas que montó en Palmira.

—Esther es así. Es espontánea en sus cosas, aún es demasiado joven para enfrentarse a los problemas de la vida.

—Mira, Judith, tienes que explicármelo, porque aún no lo pillo. ¿Por qué os echaron?

—¿Por qué? …por maldad. Mi hermano se estaba abriendo camino rápidamente. Era muy hábil esculpiendo estatuas y monumentos funerarios con ese hermoso mármol amarillento con vetas rojas. A los nabateos les gustan mucho porque esos monumentos dan prestigio a las familias. Son gente arrogante, quieren presumir y mi hermano los complacía ganando muchas dracmas. Empezó a despertar los celos de otros canteros, e incluso la gente que vivía cerca de nosotros no veía con buenos ojos que unos extranjeros recién llegados se enriquecieran fácilmente.

—Y fue la envidia de la gente del lugar, ¿la que condenó a muerte a tu hermano?

—Es difícil de explicar… En realidad, no había motivos para temer que Ioannes, mi hermano, les quitara el trabajo a los lugareños. Había mucho trabajo para todos, los nabateos son ricos. Fueron los chismes de las comadres los que iniciaron nuestra desgracia. Una de nuestras vecinas empezó a decir por ahí que éramos espías de los judíos y de tanto repetirlo, una noche, una docena de hombres entraron en nuestra casa para interrogar a mi hermano.

—¿Los guardias del rey?

—No, no eran guardias, sino ciudadanos, ignorantes y envidiosos. Revolvieron toda la casa y cuando encontraron los papiros con las dedicatorias de las estatuas funerarias, uno de ellos empezó a gritar que mi hermano Ioannes era un espía. Ninguno de ellos sabía leer, y las inscripciones eran las dedicatorias que mi hermano iba a tallar en piedra para un santuario privado. ¿Qué puede saber el cantero de lo que los señores quieren escribir en las tumbas de sus muertos?

Se quedó en silencio un momento y me pareció ver una lágrima fugaz.

—Le golpearon en la calle, cada uno de los presentes le dio puñetazos y patadas y… pasó lo que pasó.

Me señaló a Esther que, a pocos pasos de nosotros, estaba sonriendo a Rutilio:

—Fue por su culpa que… ella no se da cuenta… de lo que les hace a los hombres. Fueron las mujeres de nuestros vecinos las que incitaron a sus hombres.

Al amanecer, Hairán y yo creímos reconocer un par de los picos que el mes anterior yo había dibujado en el mapa, cuando había establecido su posición con mediciones con el goniómetro desde distintas perspectivas durante la marcha hacia Palmira.

—¡Como mucho, faltan nueve millas hasta llegar al pozo! —le dije al centurión Osterio mostrándole el mapa.

—No quiero ver ninguno de tus papeles, pero procura no equivocarte porque todos tenemos mucha sed. Nos acercaremos alguna milla más, luego nos esconderemos ¡y solo iremos a por agua hacia el atardecer, cuando estemos seguros de que no hay nadie! Buscad un lugar donde podamos pasar desapercibidos durante unas horas; tendremos que llegar al pozo al anochecer.

Permanecimos ocultos en medio de un grupo de rocas mientras seis hombres de guardia oteaban atentamente el horizonte; uno de ellos se había subido a las rocas más altas que permitían una buena visual del desierto por el que habíamos venido. Desde allí era de donde podían llegar nuestros perseguidores.

La proximidad del agua me había puesto de buen humor, y aproveché para charlar un poco con Hicesio:

—¡Imagínate que no nos estén buscando y que nosotros mismos nos hayamos inventado todo este lío!

—Tal vez sea así, Quintilio. Pero si por casualidad siguen nuestro rastro, no podremos, con esta compañía de mercenarios, oponer una defensa válida a los jinetes nabateos y en ese caso, ¡estaremos condenados!

—¡Y tú perderías tu oro!

—Todos perderíamos la vida, el oro ya no le interesaría a nadie.

—Oye, Hicesio, ¿me dejas tocar uno de esos lingotes? Solo lo he visto de pasada, ¡nunca he tenido un trozo de oro así en mis manos!

El griego, pacientemente, y atento a que nadie nos estuviera observando, abrió la bolsa y me dio un lingote.

Lo sopesé y lo acaricié:

—Es verdaderamente maravilloso ¡A saber cuántas cosas se podrían hacer con este oro! Pero aún no me has dicho qué pasará con esas notas de crédito vencidas.

—No pasará nada, Quintilio. ¿Qué debería pasar?

—Pero ¿cómo que «*¿qué debería pasar?*» ¡Esas letras ya no valen nada! ¡Tú mismo me lo dijiste! Y a cambio has recibido oro. ¿Cómo puedes pensar que no debería pasar nada?

—Quintilio, eres un buen agrimensor, no deberías meter las narices en transacciones financieras tan exigentes.

—¡Operaciones de tramposos, griego!

—Tendrás que guardarte para ti lo que te diga ahora, Quintilio. Le he pagado al *argentarius* de Palmira con notas de crédito incobrables porque ya se habían pagado. Era la única manera de darle credibilidad a la misión, como ya te había explicado. ¿Te ha quedado claro hasta aquí?

Asentí cansinamente mientras el griego rebuscaba en el saco.

—El *argentarius* me pagó con esto, ¿estamos? —Tomó un lingote de cinco libras en la mano—. Ves, Quintilio, este lingote de oro, como el que tú tienes en la mano, es un poco particular.

Ya había tenido la sospecha de que había algo extraño en toda la operación, pero ahora, ese tímido presentimiento se había convertido en algo más y esperé al resto con la boca abierta.

—Como comprenderás, nunca habría podido perjudicar a ese buen *argentarius* de Palmira que tanto se esforzó por nosotros. Así que acordamos hacer este intercambio: yo le di unas notas de crédito vencidas e incobrables, y él me dio estos lingotes de oro falsos.

—¡No puedo creerlo! Pero… ¿qué quiere decir «*falsos*»? ¿No es oro esto?

—No, solo es una caja vacía de finas láminas de oro, elaboradas con el sublime arte de fundidores inigualables. El *argentarius* Nabuzab tiene entre sus siervos a dos hombres originarios de Partia, capturados quizás hace años, o tal vez los consiguió a cambio de otra cosa. Les hace trabajar el oro que viene de regiones lejanas, más allá del Mar de Arabia. Son muy hábiles con el oro que, cuando llega aquí, no tiene una pureza muy elevada: contiene cobre y demás impurezas que disminuyen su valor. Son maestros fundiendo el oro en el crisol y tratándolo con el *natrium*, una sal amarga que tienen en esos lugares.

—Así que tus lingotes no son puros… ¡ahí está la trampa!

—Sigues sin pillarlo, Quintilio, como de costumbre eres hábil con los goniómetros… y punto. Déjame terminar: esos dos sirvientes son buenísimos fundiendo joyas y otros objetos de gran valor que el *argentarius* Nabuzab les vende a los ricos que se lo pueden permitir.

—¿Y estos lingotes…?

—Los dos fundidores son expertos en modelar pequeños objetos con cera, y a partir de esos modelos, una vez sumergidos en arcilla para hacer un molde, hacen copias perfectas de oro. Utilizan una técnica que también se conoce en Roma, la fundición a la cera perdida.

—El lingote que me has dejado tocar, ¡parece oro puro!

—Su exterior es oro purísimo. Los dos fundidores hicieron un molde de arcilla en dos mitades, utilizando como modelo un lingote que habían preparado a tal efecto; luego, tras sacar el original del molde, derramaron en él la cera fundida, vertiéndola antes de que se solidificara por completo, de modo que solo quedó una fina capa en las paredes interiores del molde. El resto, el interior del futuro lingote, lo llenaron de tierra mezclada con agua y arcilla. Yo mismo vi todo el procedimiento.

Le escuché con mucha curiosidad porque nunca había visto ese tipo de operaciones.

—Derritieron la cera con calor y el espacio del fino velo que antes ocupaba la cera, no más grueso que el de una uña, lo ocupó el oro fundido.

—Pero ¡acabas de decir que hay tierra dentro! ¡El lingote pesa muchísimo! ¡Como si fuera de metal sólido!

El griego sonrió:

—Con unos minúsculos utensilios, parecidos a los que utilizan los cirujanos, a través de un agujero desmenuzaron la tierra del relleno interior, lo vaciaron completamente ¡y su espacio fue ocupado por plomo fundido!

—Entonces, ¡el interior de los lingotes es de plomo!

El griego asintió con gravedad:

—Al final de la operación, el orificio por el que se llenó de plomo la cáscara de oro se cerró, soldándolo con una pizca de oro, y desafío a cualquiera a reconocerlo. Nadie en toda la república sería capaz de producir nada parecido.

Me quedé de piedra:

—Pero… el oro del exterior, ¡es oro puro!

—Naturalmente, se necesitaba algo de oro puro, que pagué a Nabuzab utilizando, con el permiso del centurión, parte de los sestercios que teníamos a disposición para la misión.

—Hicesio, ¡esto es una estafa de tomo y lomo! ¡Y le pagaste con vales del ejército ya pagados! ¡Qué retorcidas transacciones financieras! ¡Sois una cuadrilla de estafadores! ¡Si nos encuentran nos crucifican!

—¿Cómo te atreves, Quintilio? Nosotros, los *argentarii*, estamos muy orgullosos de nuestro arte y no somos en absoluto estafadores.

—Claro, no sois estafadores, ¡sois unos ladrones!

—Tus palabras me ofenden, Quintilio, pero puede que no lo hayas comprendido. El *argentarius* Nabuzab sabía que mis notas de depósito estaban vencidas, yo se lo había dicho. Nunca podría dañar a un estimado colega. Honestamente, él me compensó con lingotes de oro falsos, no veo que haya nada reprochable en eso.

Incrédulo, meneé la cabeza: ¡notas vencidas a cambio de lingotes de oro falsos! ¡Era imposible razonar en la esperpéntica lógica del griego!

—Vosotros dos, ¡escuchadme bien! —nos interrumpió el centurión Osterio hablando despacio, con gesto preocupado—. En un par de horas iremos a saciar nuestra sed al pozo. No se ven humaredas de campamentos, deberíamos estar solos y, como dice Hairán, esta pista es poco transitada. Por ahora todo está tranquilo, ya que los hombres están cansados. Después de que se hayan refrescado en el pozo, los mercenarios podrían envalentonarse:

vosotros dos nunca debéis alejaros de Arrio y de mí. Como mucho, tendréis que estar a dos pasos porque pueden saltar chispas. ¿Entendido? ¡Sobre todo tú, griego, con tu maldito oro!

XXII.

El pozo estaba ubicado al pie de unas colinas poco elevadas, formadas en gran parte por afloramientos rocosos que se extendían a veces en capas alargadas que podían seguirse con la vista por cientos y cientos de pasos. Mientras hombres y animales saciaban su sed, el centurión Osterio emplazó centinelas en algunas rocas de mucha altura y aprovechó la parada para refrescarnos la memoria a mí y a Hairán:

—Ahora vosotros dos, como ya hemos establecido, tendréis que encontrar un camino, una pista, algo que nos lleve de vuelta a la vía de Bostra, pero sin pasar por la caravanera que ya hemos recorrido.

—Hairán, tú eres de por aquí. ¿Crees que podrás hallar una vía en esta zona desierta? —le pregunté al explorador itureo.

—Encontraremos una vía, Quintilio. La zona no carece por completo de agua, hay algunos pozos. Tendremos que buscarlos donde veamos manchas verdes, allí encontraremos cabras y pastores, además de agua para nosotros.

Después de beber y mojarnos la cabeza nos sentimos mejor, y estábamos seguros de que habíamos escapado de los nabateos, si es que en algún momento nos habían perseguido. Los asnos y el caballo de Hicesio también se habían recuperado por completo, a pesar de que el forraje se había agotado y no les quedaba más remedio que pastar la escasa y dura hierba que prosperaba alrededor del pozo.

Lo habíamos conseguido e, incluso, se me ocurrió que tal vez la necesidad de huir no fuera más que una invención de nuestras mentes, agotadas tras las pruebas de las últimas semanas.

Se lo dije al centurión, que no era del mismo parecer.

—¡No cuentes con ello, chupatintas! Estos pérfidos nabateos llevan la traición en la sangre, ¡y estoy convencido de que nos están siguiendo!

Nos pusimos en marcha y recorrimos tres o cuatro millas hacia el este mientras caía la noche, abriéndonos paso a través de colinas poco elevadas; el campamento se instaló entre unas rocas, a buen recaudo de miradas extrañas.

El griego y yo aguardábamos con Arrio la llegada del centurión Osterio, que mientras comíamos haría un balance de la situación con nosotros. Sin embargo, de pronto oímos estruendos procedentes de la cabaña de los mercenarios y gritos de dolor del que era fácil reconocer como Eleuterio.

Hicesio se levantó de un salto, se trataba de su secretario, y un momento después vimos al centurión salir de la oscuridad, arrastrando de mala manera por el pelo al pobre siervo.

—¡Le he dicho mil veces que no debe molestar a los hombres! ¿Será posible que no consiga que este imbécil me obedezca?

Con un último tirón, lo lanzó a los pies de Hicesio y le dio una patada bien dada. Nos cuidamos muy bien de preguntar qué había pasado, ni siquiera el griego quiso intervenir en favor de su protegido, sería inútil y de todas formas ya había recibido lo suyo.

—El contable es un peligro para todos —me susurró Arrio al oído—, ¡y el griego no se quiere dar cuenta!

—¿Por qué va a ser peligroso? Si es tonto, será peligroso para él mismo.

Arrio negó con la cabeza:

—Durante los últimos días has estado de avanzadilla con Hairán, pero yo he podido observar lo que está haciendo ese idiota: está tratando de congraciarse con Rutilio, y no es difícil imaginar que le sople todo lo que escucha en nuestras conversaciones.

—¿Y por qué va a hacer algo así? —le pregunté asombrado.

—Quiere hacerse querer por los mercenarios. Se da cuenta de que podemos llegar a un enfrentamiento con ellos. De nuestro lado tiene a Hicesio que le protege, ¡pero también busca amigos en el otro lado!

Arrio notó mi asombro:

—El griego es el único que no se ha dado cuenta de lo que está sucediendo, él vive con la mente en otra parte. Además, Eleuterio no es el único apostando por los mercenarios.

—¡Ah!, ¿no?

—La chica, la guapa Esther, también se ha hecho amiga de Rutilio.

—Sí, de eso ya me había dado cuenta. ¡Y eso que, hace tan solo unos pocos días, parecía una pirada loca por recuperar el cadáver reseco de su marido!

—Es una joven voluble, y está claro que su marido no la domó como debía, con algún que otro azote de vez en cuando. No dijo ni pio cuando, a toda prisa, abandonamos las cenizas del cantero en aquel hoyo porque teníamos que huir.

—Judith, la hermana del muerto, no es así —comenté perplejo.

—Debe tener algún año más. Esther es demasiado guapa, y cuando sonríe entornando un poco los ojos, es un encanto de verdad. Pero es demasiado inestable, es como un junco al viento y le sonríe a todo el mundo. ¡Sin un

hombre que la meta en vereda, causará problemas! Quintilio, ya que estamos juntos vamos a por el rancho, que veo que el griego ya está con el centurión.

La inquietud era evidente en torno al caldero: Eleuterio, de vuelta a las filas tras la reprimenda que se había llevado, estaba acurrucado y pegado a las rocas sorbiendo su cuenco de sopa.

El centurión y Bárico conversaban nerviosamente en voz baja, los vi alejarse del fuego para discutir más libremente. Debió ser una discusión acalorada, Osterio incluso puso su mano amenazadora en la empuñadura del *gladius*.

Un momento después pareció que volaban palabras mayores, y en cuanto Obasi se dirigió hacia ellos dos, Arrio le siguió.

Todo sucedió en un segundo: aunque ya era casi de noche, vimos al centurión esquivando ágilmente el resplandor de una puñalada con la que el *optio* Bárico, a traición, había intentado alcanzarle.

De nuevo en guardia, le oímos exclamar:

—¡De ti no me lo esperaba, Bárico!

—Te lo has buscado —le respondió el *optio* intentando una estocada a ciegas—. ¡Debo pensar en mí, Osterio!

—¡Condenado canalla! —trató de contratacar el centurión con el *gladius* en una mano y el *pugio* en la otra.

La traición debía llevar ya tiempo organizada, porque los mercenarios estaban preparados para ayudar a asesinar al centurión.

Ellos eran diez, unos cobardes en su mayoría. Mientras el griego y yo buscábamos cobijo entre las rocas, Pez me puso un cayado de pastor entre las manos y comenzó a arremeter consiguiendo, en el tumulto, golpear a Cosso, que no esperaba una reacción tan rápida.

—Vamos, imbéciles —gritó el centurión—, acercaos si tenéis valor, ¡yo os daré el oro que os merecéis!

Un grito de dolor se escuchó tras sus palabras, pues había alcanzado a alguien en un muslo, donde termina la cota de malla.

Una mano arrojó algunas ramas al fuego y por un instante, pudimos ver mejor lo que sucedía: un par de mercenarios se habían lanzado, entretanto, sobre las mujeres, pero en lugar de gritos femeninos, oí el grito de un hombre:

—¡Esta *loba*[27] me ha cegado!

Judith había arrojado un puñado de arena a la cara de un atacante; al huir, saltó al lado de Arrio y lanzó una piedra, golpeando a Obasi en la cara, lamentablemente sin efecto alguno porque la fuerza empleada era la de una mujer.

Sin embargo, aprovechando ese momento de confusión el centurión gritó:

—Griego, ¡las bolsas!

Yo tenía las bolsas del oro e Hicesio se apretaba contra el pecho el legajo del libro de cuentas con los mapas, que no soltaba nunca.

El centurión Osterio, rapidísimo, cortó la primera bolsa con su *gladius*, tirando por el suelo los lingotes, que brillaron durante un instante en el tenue resplandor de la hoguera. Tiró la segunda bolsa entre las rocas, sin darse cuenta de que Obasi había aparecido detrás de él sin hacer ruido. El egipcio lanzó una estocada que le habría partido el cráneo, si Arrio no hubiera estado preparado para desviarlo con su *gladius*.

El golpe había sido muy violento: alcanzó a Osterio solo de refilón, en la cabeza, y la hoja se deslizó contra el hierro de Arrio, cuya mano resultó herida.

Los mercenarios se lanzaron a por el oro y Pez tuvo la oportunidad de anotarse un último golpe certero al tocar de nuevo a Cosso, justo cuando estaba cogiendo un lingote.

—Hairán, ¡abre camino! —gritó el centurión.

Aprovechando la oscuridad y la falta de interés de los atacantes, que para entonces ya habían conseguido lo que querían, conseguimos volver hasta los asnos sin que nos lo impidieran. Tanto Hicesio como yo nos las arreglamos para pillar nuestras cosas.

—¡Moveos, imbéciles! ¡Más rápido, Hairán! —dijo en la oscuridad la voz del centurión.

Arrio en cambio se quejaba y arremetía contra el destino y los dioses.

—¿Estás herido, Arrio? —le pregunté mientras nos escapábamos prácticamente a la carrera.

—Me han cortado una mano, ¡no sé cuánto podré continuar!

—¿Estás perdiendo sangre?

—Pues claro, ¿qué iba a perder? ¿Agua?

Oí desgarrar una tela justo detrás de mí: era Judith arrancando una tira de su túnica.

—¡Arrio! —dijo—, quédate cerca de mí, ¡te vendo la herida mientras marchamos! —En la oscuridad y sin detenerse, Judith se las arregló para vendarle la mano, pero fue imposible establecer la gravedad de la herida.

Hairán nos estaba llevando por un escarpado pedregal y, a la débil luz de la luna, vi a mis compañeros caminando a duras penas detrás de mí. El fuego del campamento desapareció de nuestra vista.

Caminamos durante al menos una hora, y solo nos detuvimos cuando estuvimos seguros de que ninguno de los mercenarios nos seguía.

Por fin pudimos contarnos; con el centurión éramos ocho. Además del griego y yo, Arrio, herido en una mano, Pez, Judith, el guía Hairán, así como Eleuterio, que no se había dado cuenta de que el oro había quedado en manos de los mercenarios y nos había creído vencedores.

El centurión también estaba herido: imaginé que su rostro, irreconocible en la oscuridad, fuera una máscara de sangre por el golpe que le había endiñado Obasi.

—¿Llevamos algo de agua? —preguntó Osterio.

—He conseguido cargar con mi odre —le respondió Hairán—, no creo que tengamos nada más con nosotros. ¿Puedes caminar?

—Tengo un corte en la cabeza, la sangre me corre por los ojos, ya veremos cómo es de grave cuando se haga la luz. No podemos huir durante mucho tiempo, tendrás que encontrar un recoveco donde escondernos.

—¿Nos seguirán, centurión? —dijo la voz de Pez.

—No sé… sí, nos seguirán. Mientras estemos vivos, corren un gran peligro. ¡Tratarán de librarse de nosotros! Chupatintas, ¿llevas contigo tus mapas? —añadió de inmediato—. No te habrás olvidado de que tenemos una misión que llevar a cabo, ¿verdad?

—Tenemos los mapas, centurión. ¿Estás perdiendo sangre?

—Sí, sigue goteando, pero no se ve tan mal, aunque me está dando un dolor terrible en el interior de la cabeza. ¡Alguien tendrá que mear en mi herida y luego podrá ir a contarlo por ahí!

No pude evitar una sonrisa.

El itureo Hairán tomó temporalmente el mando del grupito y, sin dejar de recordarnos que pisáramos las piedras sin moverlas, para no dejar huellas, trató de guiarnos por donde resultaba más fácil sin pisar nunca tierra suelta en la que podían quedarse marcadas las pisadas. Me caí un par de veces, al igual que el griego, que era de piernas débiles. Oí a Arrio maldecir un par de veces y, finalmente, después de unas millas, sería la tercera vigilia, Hairán nos detuvo:

—No nos interesa alejarnos más: tal vez necesitemos volver al pozo. Si ellos quieren buscarnos, tendrán que perder mucho tiempo recorriendo estos pedregales. En cuanto claree el día volveré a comprobar si se ven nuestras huellas.

—Tendremos que ocuparnos de Arrio y del centurión. Tengo el eslabón en mi zurrón, ¡pero no podemos encender un fuego!

—¡Por supuesto que no, chupatintas! —exclamó la voz ronca del centurión—. Empezad a lavar las heridas.

Revisé la mano de Arrio, pero por lo poco que se veía, parecía que el tajo se había llevado un par de dedos.

—¿Te duele, Arrio? —le pregunté mientras le orinaba en la mano tratando de limpiar la sangre.

—No me duelen los dedos, me duele la mano entera, como si me la hubieran aplastado.

—Las heridas de la mano a veces producen ese efecto —dijo Judith—. Los ayudantes de mi hermano se lesionaban a menudo en las manos trabajando el mármol, el dolor después de un tiempo se extiende a toda la mano y, a veces, al brazo.

Hairán estaba orinando en la herida de la cabeza del centurión, pero nadie tuvo ganas de comentarlo ni de bromear.

XXIII.

El centurión estaba completamente agotado; durante la marcha en la oscuridad se había caído al suelo varias veces y, aunque gracias a su temple extraordinario siempre se había levantado por sí mismo, me daba la impresión de que le costaba mantener el equilibrio.

Resoplando se detuvo y empezó a estudiar la situación:

—Vamos a escondernos aquí un rato, no sé cómo vamos a apañarnos sin agua. Hairán, ¿tienes alguna idea?

—Ninguna, Osterio. Estas colinas son áridas y no hay ni siquiera un arroyo. Sería mejor encontrar un lugar bien resguardado. Uno de nosotros debería ir a por agua para los demás porque no encontraremos nada entre estas rocas. ¿Alguien tiene algo de comer?

—Tengo un cucurucho de higos —dijo la voz del griego, y le oí a mi lado rebuscar en su bolsa; tanteando en la oscuridad, se le cayó un pesado trozo de metal que aterrizó sobre mi pie.

—¡Maldito seas, Hicesio! Pero ¿qué llevas ahí dentro, el taller del herrero? —pero enseguida me callé porque de repente me imaginé qué podía ser ese objeto pesado e informe por el que me dolía el pie. El griego lo buscó a oscuras en el suelo y lo recogió en silencio.

—Un puñado de higos secos… —concluyó el centurión—. No creo que podamos llegar muy lejos. Quintilio, en dos horas relevarás a Hairán. Comprobaréis el pedregal que hemos cruzado esta noche. No nos seguirán en la oscuridad, pero mañana recordarán lo ocurrido y Bárico les convencerá para que vengan a por nosotros.

—¿No crees que ahora que han conseguido hacerse con el oro podrían seguir con sus asuntos y dejarnos en paz?

—Si solo fueran los mercenarios, creo que lo harían. Pero Bárico, en absoluto. —Resoplando, añadió—: Arrio, ¿podrás continuar?

—Creo que sí. En cuanto tengamos algo de luz, alguno tendrá que ayudarme con esta mano.

El resto de la noche fue terrible. Intentamos descansar entre las piedras, pero no llevábamos capas ni nada para improvisar un lecho. Le di a Judith la túnica

de repuesto que guardaba en mi zurrón para que se protegiera de la humedad de la noche, y el griego, que solo tenía un *subligaculum*[28] entre sus pertenencias, se lo dio al centurión para que pudiera vendarse la cabeza.

Con las primeras luces del día, examinamos la mano de Arrio. Durante su enfrentamiento relámpago, la hoja de Obasi había resbalado en el *gladius* del centurión, y del ímpetu le había entrado en la guardia y le había cortado limpiamente el meñique y casi también el anular.

—Has tenido suerte, Arrio —observó Pez—. Si la hoja hubiera descendido por el otro lado, te habría amputado la mano. Sin embargo el dedo anular nunca se podrá curar, el hueso ha sido cortado, solo un jirón de piel lo mantiene en su lugar…

—Entonces, ¿qué sugieres que hagamos, Pez? —le pregunté al experimentado mulero, muy versado en el cuidado de los animales.

—No hay nada complicado que hacer. Cortarle el dedo, cercenando el jirón de piel que aún queda. Pero después habrá que cauterizar los muñones con un hierro candente, ¡las heridas no pueden quedar abiertas!

—Claro, Pez —replicó Arrio—, ¡como los dedos son míos!

—¿Tú puedes hacer esta… operación? —le pregunté.

—Sí, Quintilio, ¡cuidar las heridas, es algo que hago a menudo con los animales! Pero ¿cómo podemos encender un fuego?

El centurión se había quedado dormido y no respondió.

—Algo de matorral seco hay entre las piedras —aconsejó Hairán—. Podríamos encender un fuego en un agujero aireándole para que no haga humo. Mejor sería esperar hasta la hora quinta o sexta, ya que en estas colinas suele haber algo de viento que dispersaría el olor a quemado. Vosotros ocupaos de los heridos, yo echaré un vistazo por los alrededores y Quintilio vigilará que no se acerque nada sospechoso.

Pez y Judith se ocuparon de los heridos, Eleuterio se quedó de brazos cruzados, perplejo por la descabellada situación en la que se había metido, y yo fui a tomar posición entre las rocas mientras el itureo Hairán bajaba cautelosamente por la ladera.

La situación se estaba volviendo difícil, pensé; era el resultado de una preparación apresurada y de haber contratado estúpidos mercenarios salidos quién sabe de dónde. Y sin agua, no resistiríamos mucho.

Hacia la hora quinta comenzó a soplar una brisa ligera y cálida; en la esplanada subyacente, por el río seco que habíamos recorrido, no se movía nada. A duras penas pude ver a Hairán de vuelta al escondite.

Pez había reunido algo de maleza seca y había reducido en pedazos unas ramas que proporcionarían las pocas brasas necesarias para tratar a los heridos. Arrio entornaba los ojos cada poco, por las punzadas de dolor que le provocaban los dedos cortados.

El centurión, en cambio, seguía dormido.

—Debe tener fiebre —me dijo Judith, a quien interrogué con la mirada.

—¿Le has mirado la herida?

—Sí, no parece tan grave, una parte de piel donde el corte en la cabeza se ha separado y dado la vuelta, se puede arreglar pero claro, habría que coserle la herida, no podemos dejar ese trozo de piel suelto. Un poco de hilo podría sacarlo de mi túnica, pero no tengo una aguja para coserlo.

—Arrio, ¿tú no tienes nada?

—No, Quintilio; llevaba algo en mi bolsa, lo habitual para reparar el acolchado de los cascos, pero se quedó todo en el campamento.

—¿Pez?

Me mostró el afilado hierro en forma de gancho que le había visto utilizar todos los días para limpiar las pezuñas de los animales:

—Solo tengo mi escofina, la llevo siempre en el cinto, no tengo nada más.

—¿Y no se podría quitar un trozo de metal de la funda y utilizarlo para hacer una aguja?

—No, Quintilio, solo son láminas de bronce. Pero… ¡espera! —y sacó el *pugio*—. El mango de mi *pugio* está envuelto en hilo de bronce trenzado, para mejorar el agarre. ¡Podríamos desenvolver un palmo de hilo!

Mientras examinábamos el *pugio* regresó Hairán:

—No hay nadie a la vista en varias millas. Podemos empezar a curar las heridas de estos dos, ¿qué os parece?

—Pez ha recogido algo de maleza, Judith nos dará aire para evitar el humo y nosotros haremos unas brasas. Quemaremos las heridas con la herramienta que tiene Pez, la que utiliza para limpiar las pezuñas de los burros.

—¿Y Osterio?

—No es una herida que haya que quemar —dijo Judith—. Hay que lavarla bien, luego si conseguís hacer una aguja, se la coseré.

Hairán me dirigió una mirada de complicidad, señalando a Hicesio y a Eleuterio con la mirada. Le hice una señal de negación con la cabeza, no podíamos poner de guardia a ninguno de los dos, era mejor que se quedaran cerca de nosotros.

Le di a Pez el eslabón y un poco de yesca y en unos momentos la maleza seca prendió. A base de soplar constantemente, conseguimos que no se levantara humo y al poco tiempo, el hierro para limpiar las pezuñas de los asnos estuvo sobre el pequeño brasero para que se pusiera al rojo vivo.

—¡Tendremos que aplicártela más de una vez, Arrio! —le advirtió Pez—. No podré quemarte los dos muñones a la vez. Ahora prepárate, que te voy a cortar el dedo anular, ya sabes que no se puede salvar.

Tomó prestado el *gladius* del centurión y con unos pocos y hábiles golpes, hoja contra hoja, mejoró el filo de su *pugio*; por último, cuando estuvo satisfecho, me pidió ayuda.

—Quintilio, sujeta firmemente la mano contra el cuero de tu zurrón, es cuestión de un instante.

En efecto, fue un abrir y cerrar de ojos: el dedo, ahora inútil, cayó al suelo entre las piedras y Arrio solo dio un respingo, apretando los dientes.

—¿Quién tiene que orinar? —preguntó Pez, repasando las caras de todos.

Eleuterio dio un paso adelante. Orinó cuidadosamente sobre los dos muñones sanguinolentos hasta que pareció que las heridas estaban bien lavadas.

—Sujeta firmemente la mano de Arrio —me pidió Pez—. Apóyate en esta roca y presta atención: cuando saque la escofina del fuego, lo primero le voy a dar una suave sacudida para que caigan las cenizas, luego la volveré a meter y le daré un último soplo para reavivar las brasas. En un momento la saco de nuevo y la aplico en uno de los muñones. Empecemos por el dedo meñique y veamos cómo sale. Arrio, eres un legionario y sabes que debes mantenerte firme, ¡por mucho que te queme!

Fue cuestión de un instante porque Pez era experto en curar heridas de caballos y asnos que suelen ser menos dóciles que los legionarios. El hierro se aplicó a la velocidad del rayo, chisporroteó en el muñón del dedo meñique y produjo una nube de humo dulzón.

Pez observó con detenimiento el resultado:

—Hay que darle otro calentón, esta hoja es demasiado pequeña y en cuanto la aplico se enfría, pero ya verás cómo saldrá bien, ¡solo es cuestión de un poco de paciencia!

La operación se repitió una segunda vez, y luego Pez pasó a quemar el muñón del dedo anular, con dos calentones más.

Arrio estaba agotado y empapado de sudor, pero la operación había terminado.

—¿Qué te parece, Pez? ¿La mano va a quedar bien? —encontró aliento para preguntar.

—Creo que sí, Arrio, ¡pero da por descontado que no te volverán a crecer los dedos! Debes tener cuidado de no dejar que las heridas sangren. Ahora vamos a lavar las quemaduras un poco más, luego Judith envolverá tu mano en ese trozo de tela. Hicesio, ¿no tienes ganas de orinar?

Con el centurión el asunto fue más complicado.

Mientras se preparaba todos lo necesario, fui a echar un vistazo desde las rocas hasta donde alcanzaba la vista; me quedé media hora observando y cuando estuve seguro de que todo estaba tranquilo, volví al escondite.

Pez había desenrollado un par de palmos del hilo de bronce que adornaba el mango del *pugio* y, trabajándolo hábilmente y aprovechando las brasas, había doblado un extremo en forma de ojal. Enhebrando otro trozo de hilo de bronce a través de él, para mantener el paso abierto, lo estaba remachando cuidadosamente para rebajar el ojo.

Judith había aflojado algunos hilos de la túnica y los estaba trenzando para darles un poco más de aguante.

—Casi he terminado de afilar la aguja, ¡creo que ya podemos despertar al centurión!

Osterio parecía borracho, su voz sonaba cantarina y confusa, pero Arrio y yo le ayudamos a colocarse en la mejor posición posible con la cabeza hacia Judith, que aguardaba con la aguja enhebrada.

—Un poco de paciencia, Osterio —se disculpó Pez—. La aguja no está muy afilada, no teníamos hilo de hierro a disposición. Si no te perfora bien la piel, Judith se detendrá ¡e intentaré afilarla de nuevo!

El centurión balbuceó algo, pues estaba aturdido como consecuencia del golpe en la cabeza. Judith ya había cosido heridos y era diestra en perforar la piel, haciendo girar la aguja sobre sí misma y tirando de la hebra lo suficiente para anudar los dos extremos. Tardó más de una hora mientras el paciente gemía débilmente. Cuando la operación estaba a punto de terminar, volví al puesto de guardia haciéndole una señal a Hairán para que viniera conmigo.

—¿Qué opinas de los heridos?

—Representan un problema, Quintilio. El centurión lo está pasando mal, anoche mientras marchábamos por el pedregal en la oscuridad no parecía tan grave. No sé si podrá caminar, no tanto por los puntos en la herida sino por el

golpe en la cabeza. ¡Si no hubiera sido por Arrio, el maldito Obasi lo habría matado!

—¿Qué hacemos con el agua?

—No podemos volver al pozo del que hemos escapado, al menos en breve. Hay un pozo por el camino que va hacia levante, y otro hacia poniente. Están a veinte o veinticinco millas de aquí. Tendremos que pensar bien lo que queremos hacer, porque solo tenemos mi odre, que es pequeño; además no tenemos nada que comer, y somos ocho.

—Dos de los cuales heridos. Si recorremos veinte millas para ir a buscar agua, y otras veinte para volver, ¡no quedará ni una sola gota cuando lleguemos aquí!

—Si fuéramos nosotros dos, tendríamos que volver con agua para seis personas. Nunca lo conseguiríamos, Quintilio. Habrá que pensar en otra cosa.

Nada se movía en la llanura del desierto hasta donde alcanzaba nuestra mirada.

—No tenemos mucho tiempo para conseguir comida y agua —concluí—. Si estuvieras solo y tuvieras que escapar de estos canallas, ¿qué harías?

El itureo reflexionó durante unos instantes:

—Soy natural de estos lugares, no temo ni el hambre ni la sed. Sois vosotros, los legionarios, los que estáis acostumbrados a comer y beber todos los días. En cuanto pudiese, me iría de aquí.

—¿Caminando de noche?

—Por supuesto, bajaría hasta la carretera y la seguiría hasta el siguiente pozo.

—¿Y si da la casualidad de que los mercenarios están al acecho en alguna parte por la carretera?

—Yo correría el riesgo mientras aún tengamos fuerzas. En dos o a lo sumo tres días, estaremos completamente aniquilados por el hambre y la sed y ya no podremos ir a ninguna parte.

—Pensemos en los pozos. ¿Crees que podríamos engañar a esos canallas de mercenarios yendo al que está en dirección a Palmira, en vez de al que está hacia Damasco?

Hairán negó con la cabeza:

—Al dirigirnos a Palmira, nos arriesgamos a encontrarnos con una de las patrullas que vigilan el desierto.

—¡Pero no puedes estar seguro de eso!

—La milicia nabatea no nos dejará marchar nunca, Quintilio, tienen órdenes de atraparnos, tanto si nos dirigimos a Palmira como a Damasco.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Hairán desvió la mirada, como si estuviera reflexionando:

—Te conté que soy del pueblo de Nazala. No está lejos de aquí. Tuve que irme hace unos años. Un oficial de Palmira, ahijado del noble Yarhay, se había encaprichado de una de mis hermanas. Aquel joven era un auténtico canalla, y mi padre no quería que su hija acabara mal, así que no se la concedió. Como era de esperar, aquel oficial volvió y me la pidió a mí. Tampoco se la concedí, no podía faltar al respeto a mi padre. La cosa fue a mayores y terminamos en una pelea.

Estaba atónito escuchando tan extraña historia.

—El asunto llegó a oídos del noble Yarhay, que no podía tolerar semejante falta de respeto hacia su familia. Mientras tanto, yo había huido del pueblo; si me hubieran encontrado, me habrían matado. Mi hermana se había escondido lejos de ahí, hospedada en casa de unos parientes que vivían junto a la orilla del mar. El propio Yarhay vino a por mí con una patrulla de soldados, y al no encontrarme mataron a mi padre y a uno de mis hermanos.

Se quedó en silencio un instante para recuperar el aliento, y comprendí que el recuerdo seguía vivo en él.

—Ya no podía volver al pueblo. Abgar, el otro guía que ahora nos espera en Damasco, me ayudó a escapar y fue desterrado de la tierra de los nabateos.

—Cuando te uniste a nosotros, no muy lejos del pozo, ¿acababas de escapar de Palmira?

—Sí, tenía que huir.

—Y, ¿aquellos parientes tuyos que tenías que ver?

—Era a Yarhay a quien tenía que ver. Había matado a mi padre y a mi hermano, no podía fingir que no había pasado nada.

—Pero… así que…

—Sí, fui yo. Es a mí a quien buscan. El centurión me explicó la historia de ese instrumento de bronce tuyo: no sé si lo habrán encontrado y si alguien sabrá lo que es, pero seguramente la nuestra fue la última caravana que salió de Palmira. Me están buscando a mí, y no me han encontrado dentro de la ciudad. Ya deben de haber encajado todas las piezas y haberse dado cuenta de que había llegado a Palmira con vosotros.

—¡Es increíble lo que me estás contando! ¿Y lo hiciste todo tú solo?

—Sí, pensé que actuar solo fuera más seguro. Por eso, no quise que me acompañara ni siquiera Abgar.

—Pero ¿cómo lo hiciste?

—Entramos juntos, ¿te acuerdas? En cuanto nos separamos, dejé la sal que llevaba a cuestas en un callejón; justo por detrás del cuartel por el que habíais entrado, noqueé a un guardia para robarle el uniforme. Luego entré en el cuartel con otros soldados y nadie me dirigió ni una sola mirada. De una oficina vacía tomé un paquete de papeles y fingí llevárselo al noble Yarhay. Creo que vosotros acababais de iros, solo quedaba un guardia con él.

—Y lo conseguiste…

—Tiré al guardia al suelo de un empujón, le arrebaté la lanza corta que se usa aquí, y con ella atravesé a Yarhay.

—¿No llevaba puesta la armadura de escamas de cuero?

—Sí, la llevaba puesta, ¡pero cargué todo el peso de mi cuerpo en la lanza y la atravesé fácilmente! Mientras él yacía en el suelo muriéndose, yo huy y me escondí hasta el anochecer entre los soldados de una patrulla que vigilaba la calle de la muralla. En cuanto pude, aprovechando la oscuridad, me subí al andamio de un edificio en obras y, con la ayuda de un largo palo, bajé al exterior.

—¡Es increíble! ¿Y lo hiciste todo tú solo?

—Sí, Quintilio, ¡lo hice yo solo! Te lo he contado porque confío en ti, pero tendrás que guardar silencio porque se trata de un asunto muy peligroso. El centurión también lo sabe. ¡Ahora estamos en la misma situación y tendremos que salir de ella juntos!

XXIV.

Regresamos al escondite cargados de preocupaciones. En unas horas teníamos que decidir qué hacer.

Me senté a la sombra, junto a Hicesio, e hice un descubrimiento sorprendente: como si no tuviéramos bastantes problemas, el griego le estaba contando al necio de Eleuterio una disparatada historia que debía haber sacado de sus libros.

—… Bueno, supongo que Calímaco habrá cambiado, por lo menos, los nombres de las personas —estaba susurrándole con voz ronca por la falta de agua—. No sería respetuoso para con nuestras costumbres divulgar los asuntos privados de personas vivas.

—Entonces, Hicesio, ¿crees que esas elegías se refieren a hechos reales? ¿A personas que realmente existieron? He de confesarte que a mí también me ha surgido la duda —le respondió el siervo.

De pronto sonreí: a su nuevo y complaciente secretario solo le interesaba llenarse la panza, y todos se habían dado cuenta menos Hicesio.

—Es algo que a veces se comenta en esas disertaciones eruditas a las que asisto siempre que puedo. Por supuesto, sería una tontería creerse todo lo que escribió Calímaco. Incluso más de uno es de la opinión de que puede haber cambiado los nombres de los protagonistas para no ser amonestado ni reprochado por ningún patrón de alguna rica familia, pero que los hechos narrados son verdaderos.

—Tiene que ser así, si dices que describe tan hábilmente hechos relacionados con ilustres linajes. Pero ¿podrías darme un ejemplo? —le instó Eleuterio.

—No soy un gran conocedor de los dísticos de Calímaco —empezó el griego, tras darse cuenta de que lo estaba escuchando—, en parte también porque alguien que conozco me involucra con demasiada frecuencia en empresas desesperadas que me distraen del estudio de los importantes papiros que guardo en mi riquísima biblioteca. Sin embargo recuerdo de memoria algunos de ellos. Se cuenta que Aconcio, de camino a las celebraciones de la diosa Artemisa en el santuario de Delos, se enamoró de la sacerdotisa Cidipe, una joven de singular belleza. Este Aconcio tuvo la inspiración de conquistar a la joven con la ayuda de los dioses.

También Judith se había acercado a escuchar esa curiosa historia de la que ni siquiera yo había oído hablar jamás.

—Aconcio recurrió a un original estratagema. Escribió una fórmula especial en la cascara de una manzana: «*Juro por el santuario de Artemisa que me casaré con Aconcio*» y le envió la manzana a la muchacha estando ella sirviendo en el templo. La joven leyó la frase en voz alta y, sin darse cuenta, se encontró con que había hecho un solemne juramento en el templo de Artemisa. Después de eso, el padre de la chica intentó en vano casarla con tres hombres diferentes, pero la diosa siempre se interponía y los matrimonios no podían celebrarse. Finalmente, el padre se enteró del juramento y se resignó a entregársela en matrimonio a Aconcio.

—¿Y dices que es una historia real? —le interrumpió Eleuterio.

—Muchos piensan que sí, aunque los nombres de algunos de los personajes, salvo el de Aconcio, podrían haberse cambiado y algún detalle también. Sin embargo es un hecho conocido por todos que, a partir de ese matrimonio, comenzó el famoso linaje de los Aconcidas, que duró siglos —se acaloró el griego, dominando de pronto al improvisado público—. Y dudo que se pueda describir un hecho inventado tan bien, con tanta precisión…

—Por eso estos dísticos son tan… ¡realistas! ¡Son hechos auténticos! Tal vez tengan siglos de antigüedad, ¡pero los leemos como si acabaran de ocurrir! —fingió sorpresa Eleuterio.

Estábamos muy estrechos y me resultaba imposible alejarme de la inconcluyente palabrería del griego. Pero Eleuterio también poseía el don innato del vaniloquio, algo que, en una gran ciudad, podría abrirle las puertas de alguna familia adinerada para magnificar sus méritos reales o inventados, como hacen los *clientes* incluso en Roma. Había engatusado al griego, cuyos ojos yo no había logrado abrir. Pronto descubriría por las malas que ese secretario no era más que una sanguijuela en busca de un amo para vivir a su costa.

—¡Callad a esos dos imbéciles! —La voz áspera y cavernosa del centurión me devolvió a la realidad, una voz que parecía la de un borracho, por la fiebre.

Por la tarde, Hairán me sustituyó en la guardia, y pude por fin intercambiar unas palabras con Judith.

—No sé si volveremos a ver a Esther.

Ella negó con la cabeza:

—Yo no quería quedarme en manos de esos mercenarios, son hombres malos y aproveché la primera oportunidad.

—¿Esther no trató de escapar contigo?

—No, podría haberlo intentado pero no lo hizo. Creo que ya había pensado en quedarse con Rutilio. Llevaba días hablando y bromeando con él. La conozco bien, le fascinan los hombres que luchan y la desean. Nunca hubiera regresado a nuestro pobre pueblo de Nahum.

—Ha elegido quedarse con unos personajes poco recomendables.

—Sembrará cizaña allá donde vaya, aunque ese soldado esté encaprichado de ella. A mí me daban miedo esos rudos mercenarios; ella, en cambio, se hizo su amiga en cuanto pudo.

Hacia el atardecer, Pez entrevió a lo lejos una nube de polvo, dio un silbido, y Hairán y yo corrimos a ver.

—Es una patrulla de jinetes palmirenos. Son pocos, no más de cuatro a juzgar por el polvo —sentenció el itureo.

—¿No podrían ser camellos con mercancías?

—No, son caballos, se mueven rápido y allí no hay ninguna pista. El escuadrón que nos persigue se ha dividido para peinar mejor el desierto. No saben que nosotros también nos hemos separado. Quizá encuentren las huellas de los mercenarios y las sigan. ¿Habéis decidido qué queréis hacer?

Pez me miró a la cara:

—Arrio puede caminar. ¿Quieres que intentemos poner en pie al centurión?

Partimos con la última luz del crepúsculo. El explorador había estudiado el recorrido desde nuestro observatorio que dominaba la llanura desierta y nos condujo por tramos pedregosos en los que no quedaba rastro de nuestro paso.

Pronto la noche nos engulló y seguimos adelante bajo la tenue luz de la media luna y las estrellas. El ritmo era muy lento debido al centurión que se movía como un borracho y, a pesar de su fuerte temple, avanzaba con dificultad. Tras unas cuantas caídas inexplicables comprendimos que veía muy poco y nos cuidamos de que caminara con una mano en el hombro de quien le precedía. De este modo, mientras Hairán elegía la ruta, muy atento a no pasar nunca por tramos de arena o polvo que hubieran podido conservar las huellas, seguimos adelante durante gran parte de la noche, con la sed y el cansancio aumentando en cada uno de nosotros.

Poco antes del amanecer Hairán se detuvo:

—Somos demasiado lentos. A este ritmo nos llevará todo el día llegar al pozo, creo que aún nos faltan unas diez millas, debe de estar detrás de esa

cresta que se ve en el horizonte. Tenemos que parar en algún sitio, y alguien tendrá que ir a por agua.

—¿Quieres que nos separemos?

—Sí, vamos retrasados y, de todas formas, antes o después tendremos que separarnos. Busquemos refugio entre esas rocas y pensemos cómo hacerlo.

Nos dirigimos hacia un grupo de afiladas rocas que sobresalía del terreno árido, media milla más adelante.

Arrio, con la voz algo cavernosa por la sequedad de su garganta, cuando ya casi estábamos al pie de las rocas reunió aliento suficiente para decirme:

—Quintilio, aún tengo fuerzas para recorrer esas diez millas hasta el pozo y volver. Si te quedas aquí con el centurión, podríamos ir Hairán y yo.

El explorador itureo le había oído y negó con la cabeza:

—No, Arrio, tú te quedarás aquí. Iremos… —se detuvo de repente, se agachó y nos indicó que nos agacháramos también, como si hubiera visto algo sospechoso. Vi con el rabillo del ojo alas revoloteando, nada más, solo eran unos pájaros volando.

—¡Son palomas bravías! —susurró—. ¡Si están aquí tiene que haber agua!

Nos abrimos paso entre los peñascos. En medio del grupo de rocas, Hairán y Pez encontraron una hendidura que se adentraba varios pies en el suelo: a su alrededor, unos arbustos achaparrados, ya casi secos, daban sombra a unas hierbas silvestres, ¡que aún estaban verdes!

En el fondo de la hendidura, marcado por manchas blanquecinas de heces de pájaro, un diminuto charco de agua reflejaba el brillo del cielo. No contenía más que un *congio*[29] de agua pútrida y verdosa.

—Si se la beben los pájaros, ¡nosotros también podemos beberla! —dijo Pez, loco de alegría.

—Deberíamos tener mucho cuidado —le puso en guardia Hicesio—. Esto no es un manantial, solo un charco que se va secando a medida que aumenta la temperatura. Podría ser muy arriesgado beber agua infectada por heces.

Nos alternamos para observar el agua, comprobando que olía a moho y a podrido.

El centurión, exhausto, se había desplomado contra una roca, y Hairán me hizo una señal:

—Ahora me voy al pozo. Yo no me atrevería a beber ese agua, os producirá una diarrea incontrolable y no podremos continuar. Tendré que parar y dormir unas horas, pero volveré a última hora de la noche, o mañana, con agua. Vigila al centurión. ¿Quién se viene conmigo?

—¿Voy yo? —le respondí.

—No, es mejor que te quedes aquí, podrían necesitarte, y además tienes otras cosas que hacer, tengo entendido que serás tú el que informe al Mando.

—Está Eleuterio, que aquí no nos sirve de nada. Puede llevar un odre lleno.

—¡No me fío de ese imbécil! Vendrá Pez, deberemos tener cuidado de que no nos vean, y él es un legionario experimentado.

—¿Temes encontrarte con los mercenarios?

—No podemos saberlo, pero hay jinetes nabateos en los alrededores. Un buen observador puede ver a gente caminando desde una milla de distancia, ¡necesito a alguien espabilado! Vigila la ruta, debe de estar a poco más de una milla al norte de aquí; apostate en lo alto de las rocas y verás el polvo levantarse si pasa alguien.

Unos instantes después, ambos se alejaron cautelosamente. Solo quedaba hacer frente a la sed, solo a ella, ya que con la garganta reseca no teníamos ni ganas de comer.

La jornada se hizo interminable. Intentamos dormitar a la sombra de una roca, pero la sed no nos daba un respiro. En un momento dado, no sé cómo sucedió, alguien comenzó una absurda discusión sobre cenas principescas.

—El que más dinero maneja de todos es Hicesio, ¡sin duda! —dijo Arrio rompiendo el hielo—. Pero, por supuesto, también Quintilio, ¡que es importante en esta misión! Se comprometerán los dos a invitarnos a un suntuoso banquete cuando estemos en Jerusalem.

—Dalo por hecho, Arrio —le respondió el griego—, no rehusaré de tan encomiable deber. Eso sí, ya sabes que, si soy yo el que paga, elegiré lo que nos pondrán en la mesa.

—Esta es la costumbre en toda Judea y Siria —dijo Eleuterio, sintiéndose obligado a ratificarlo—. ¡Lo sabe cualquier contable!

—Y al posadero, ¿qué le pedirás que nos prepare?

—Quintilio, cada cosa a su tiempo. En primer lugar, me comprometería a alquilar todo el lugar para nuestra celebración, que imagino que nos mantendrá ocupados hasta bien entrada la noche. No me gustaría que hubiera extraños alrededor escuchando nuestras conversaciones. Recuerdo que hay una taberna, en el casco antiguo, que nos va a las mil maravillas, la del viejo Cecé…

—Pero ¿qué pondrías en la mesa?

—Desde luego, se trataría de una ocasión importante, y a todos los presentes se les deberá servir algo muy refinado. Se me antoja que le pediría

al hostelero que nos pusiera un avestruz hervido en salsa de pimienta, menta, dátiles y miel[30].

Se hizo un silencio absoluto. Hambrientos y sedientos como estábamos, veíamos mentalmente cómo el tabernero, ayudado por su pinche, llevaba la enorme y pesada bandeja con el gigantesco y humeante animal, relleno de carne picada y verduras. Vi más de una nuez subiendo y bajando mientras, en nuestras mentes, se colocaba la bandeja en el centro de la mesa.

—Está requetebién, Hicesio —rompió el hechizo Arrio—, siempre y cuando no falte la salsa fuerte, la que lleva *garum*, vinagre y vino de pasas; se suele llevar a la mesa en una jarra junto con su pincel, ¡para que cada uno empape la carne a su gusto!

Hicesio asintió, haciendo una señal con el dedo índice, como lo haría toda persona experta en maridar salsas con carnes.

—Hairán podría encargarse de trocear el ave —dijo Eleuterio—. Siempre tiene el *pugio* bien afilado, trocearía las partes del avestruz de forma magistral: ¡cada una con su parte exacta de relleno! En cambio, Pez podría regar todo con pimienta molida, ¡tiene ojo para esas cosas!

Al escucharlos estuve a punto de estornudar imaginando la nube de pimienta de Oriente molida cayendo sobre la sabrosa carne.

—Y no debemos olvidar los vinos —nos llamó al orden Hicesio, moviendo la cabeza con gravedad y aclarándose la garganta seca—. Y os digo ahora mismo, para evitar malentendidos, que no permitiré que nos sirvan falerno: algunos dicen que es el mejor vino, pero en Roma siempre se sirve excesivamente aguado. Creo que me decantaré por los vinos que realmente merecen nuestra confianza, por ejemplo, esos pequeños y honestísimos vinos que se cosechan en las colinas de los alrededores de Roma.

Incluso Judith se había contagiado del agradable ambiente del convite:

—¡El centurión nunca os dejará beber todo ese vino! Sabe que os emborracharíais y no quiere borrachos parlanchines rondando por ahí. ¡Siempre lo dice!

El centurión al oír su nombre se había despertado, tal vez había podido escuchar algo de la delirante charla convival:

—¡Sois unos inútiles! ¡Tenemos que pensar en terminar esta misión antes de hablar de los festejos! Sin embargo, que quede claro que soy el de mayor rango, ¡y tengo derecho a un muslo entero de esa condenada ave!

Pero, por desgracia, mi garganta seca y mis labios agrietados no tardaron en recordarme que nos encontrábamos en aquella región desértica y sin una

gota de agua, y cuando me encaminé hacia los peñascos de la cima para echar un vistazo a los alrededores, Judith me dijo si podía acompañarme.

Una roca partida casi verticalmente ofrecía la sombra suficiente para refugiarse y observar varias millas a la redonda. A medida que avanzaba el día y el suelo se recalentaba, el aire caliente parecía vibrar y los objetos más lejanos se hacían menos reconocibles.

La compañía de una mujer en aquel improvisado observatorio era agradable y, a pesar del calor sofocante y las desgracias de los últimos días, hablamos un poco:

—Y, ¿qué hacías en aquella aldea tuya del Mar de Galilea?

—Vivía con mi hermano Ioannes. Él era mucho más joven que yo, lleno de inventiva y muy habilidoso para trabajar el mármol. Nos quedamos huérfanos hace quince años, yo era su hermana mayor. Siempre estaba ocupada con la casa, cuidando las aves de corral y el huerto.

—¿No has visitado nunca a ninguna otra ciudad, Jerusalem por ejemplo?

—El lugar más lejano en el que he estado, antes de ir a Palmira con Ioannes y Esther, fue la ciudad de Tariquea[31], donde el Mar de Galilea vierte sus aguas en el río Jordán. Ahora está desierta, la gente todavía tiene miedo a vivir allí después de que vosotros, los romanos, hace nueve años, redujisteis a la esclavitud a todos sus habitantes[32].

—Nunca he oído hablar de ese lugar. Hace nueve años… debió ser en el 702.

—Lo siento, no quería faltarte al respeto.

No supe qué responderle porque era cierto que nuestras legiones habían hecho, más de una vez, cosas repugnantes contra poblaciones indefensas. Ahora que la veía bien, Judith no parecía tan mayor; no debía de tener más de treinta años. Si no hubiera estado vestida con harapos y con el cabello enmarañado después de que nos fugáramos, podría haber sido una mujer atractiva.

—¿Has pensado en lo que harás ahora que te has quedado sola?

—No tengo más remedio que regresar a la que fue nuestra casa. Tal vez todavía esté en pie, ha pasado menos de un año desde que nos fuimos. Si el gallinero no ha sido destruido, quizás crie unas gallinas: si no, podría echar una mano a los que secan el pescado.

Aquella cabaña abandonada podría tener nuevos habitantes, pensé, pero por supuesto, guardé silencio.

—¿Crees que podremos volver a Galilea? —añadió poco después.

—Creo que sí. En los últimos años ya me he encontrado en situaciones difíciles y me he convencido de que cuando tienes un buen jefe y un equipo de gente experimentada, las circunstancias se mueven a tu favor. Hairán conoce estos lugares, además el centurión, Pez y Arrio son hombres versados en este tipo de problemas.

Mi optimismo vespertino dio paso a la sequía del desierto. Empezamos a tener dificultades para hablar, y al caer la noche estábamos dispuestos a beber unos sorbos del agua pútrida que se hallaba estancada entre las rocas. Eleuterio estaba ya de camino a la hendidura cuando lo detuvo Arrio:

—Eleuterio, y todos los demás, ni se os ocurra beber de ese charco, os envenenaréis con las heces de los pájaros.

—Pero los pájaros beben ahí, ¡los hemos visto salir volando! —intentó replicar débilmente el siervo.

—Esas son palomas bravías, animales acostumbrados a vivir en esta región. Los oficiales me enseñaron que cuando las cosas se ponen feas de verdad, puedes beber tu propia orina.

—¿No nos envenenaremos bebiendo orina?

—No, ¿no la usamos ya para lavar las heridas?

—¡Hablas por hablar, Arrio! —replicó el necio—. ¿Te gustaría que yo me bebiese tu orina?

—Eleuterio, imbécil, ¡cada uno se beberá su propia orina! ¡Nunca me bebería la tuya! Si se enteraran en el cuartel, ¿qué impresión daría yo, un *optio*, bebiendo la orina de un siervo?

XXV.

Ya me había sucedido antes, encontrarme aislado de mi unidad y obligado a salvar el pellejo mediante argucias, pero entonces estaba con hombres valientes y en condiciones de luchar. Los que ahora se habían convertido en el enemigo, esos canallas de mercenarios, eran hombres peligrosos, si bien no excepcionales, y algunos de ellos estaban heridos. En fin, que podríamos luchar contra ellos, pero teníamos demasiados heridos y hombres que nunca serían capaces de combatir.

Nos acomodamos en la tierra desnuda esperando a Hairán y a Pez, no podíamos hacer otra cosa. Arrio se quejaba menos del dolor de su mano y el centurión parecía sacar provecho del descanso.

Por la mañana monté guardia, cada vez más sediento a pesar de haber bebido algo de orina durante la noche, como lo habían hecho los demás. Alrededor de la hora sexta me pareció ver un poco de polvo por la ruta caravanera, pero no era más que un rastro borroso, quizás producido por animales de carga que se movían lentamente, o tal vez solo fuera polvo movido por el viento.

Llegó la noche, y Pez y Hairán aún no habían aparecido.

Nos distrajeron los gemidos de Eleuterio quien, más que los demás, temía perder la vida por nuestra culpa, en esa región desértica. Le pregunté a Arrio, él también casi incapaz de hablar por la sequedad de su garganta:

—¿Qué hacemos si esos dos no vuelven esta noche?

—No tenemos elección, Quintilio. Mientras podamos caminar, podemos intentar llegar a un pozo, o bien acercarnos a la ruta caravanera y detener a alguien que pase por allí.

Ni siquiera le contesté: tal vez no pasara nadie, y cerca del camino también existía el riesgo de toparse con los mercenarios, cuando no con los jinetes de Palmira.

La noche fue terrible. Poco antes del alba, desperté al centurión:

—Osterio, tenemos que irnos. ¿Podrás caminar?

El centurión jadeó:

—Sí, me las arreglaré. ¿Estamos sin agua?

—Trataremos de llegar a un pozo, pero si no queremos que nos vean, tendremos que mantenernos lejos de la ruta, llegaremos de noche.

—Me temo que me ha pasado algo en la vista, chupatintas. Tengo un terrible dolor de cabeza y lo veo todo borroso.

—Te ayudaremos a caminar.

—¿Estás seguro de que podremos encontrar ese pozo?

No le contesté, no estaba nada seguro de poder encontrarlo. Sin embargo, Hairán me había explicado dónde estaba. Tendríamos que recorrer nueve o diez millas, tal vez alguna más para mantener la distancia con la ruta.

—¿Puede Arrio echarte una mano? —insistió el centurión.

—Arrio en estas laderas es incapaz de guiarnos ni de encontrar agua.

—¡Ni de luchar! Después de todo lo que hemos hecho, ¡la expedición ha acabado en manos de un chupatintas de medio pelo!

—Centurión —tosí con mi garganta reseca, cansado de que me trataran como a un imbécil—, con todos los respetos a tu rango, que nunca me ha parecido tan inútil como hoy, ¿quieres guiarnos tú a fuerza de insultos estúpidos?

—¿Te he ofendido, chupatintas? —El centurión tuvo fuerzas para sonreír, a pesar de que la herida de la cabeza le deformara la piel de la cara, estirándosela hacia un lado. Hicesio y los demás nos oyeron, y no era una buena señal ya que estábamos decidiendo nuestras vidas. El centurión me señaló con el dedo—: ¡Eres un escribano de baja estofa y un cantamañanas, que conste! —repitió con voz sosegada, exenta de todo rencor—. Ser un chupatintas es tu trabajo, como mandar a legionarios imbéciles es el mío. Y en cuanto a lo de gallina, bueno, ¡eso es decisión tuya! No eres capaz de defenderte, pero si quisieras podrías practicar con armas y aprender a enfrentarte a otros hombres, ¡simplemente no lo haces! Pero no es eso lo que quería decirte.

Se limpió una gota de sangre que se le había escapado del vendaje:

—¡Estamos en apuros! Los dos que fueron a por agua no han vuelto, y tú eres el único con suficientes sesos para salir vivo de este lío. No confíes demasiado en Arrio, ¡no es más que un gregario y solo está capacitado para cumplir órdenes!

Me miró con mala cara, pero al observarlo atentamente, me pareció la mirada resignada de una persona muy preocupada, cuyo aspecto sombrío se debía a los puntos del costurón que distorsionaban sus rasgos.

—La misión que tenemos que cumplir es más importante que cualquiera de nosotros. Si no puedo continuar, tendréis que seguir sin mí. Y si es necesario, ¡continuarás sin ninguno de los lastres con los que hemos cargado

hasta ahora! ¿Te queda claro? La misión es mucho más importante. ¡Quieren tu mapa en Roma!

Vio mi perplejidad y, mirándome fijamente a los ojos, concluyó:

—¿Llevarás a cabo esta misión?

Ni siquiera estaba preocupado por sí mismo. Me puso la mano en el hombro y esperó mi respuesta.

—¡Sí, la llevaremos a cabo, centurión!

Recogimos nuestras escasas pertenencias y nos pusimos en marcha. Grabé en mi memoria una colina en el horizonte que mostraba una silueta sinuosa y reflexioné sobre la dirección: si hubiera tomado la dirección hacia el pie de la ladera que llevaba hasta la caravanera, marcharía más o menos paralelamente a la misma pista.

Era importante esconderse a la primera señal de movimiento y les advertí a todos:

—Fijaos bien si veis algo que se mueve delante de nosotros, o hacia nuestra derecha, por donde debería pasar la ruta a poco más de una milla de distancia. Habrá que echarse al suelo y esconderse donde podamos, nos jugamos pellejo, ¿lo comprendéis?

Habíamos recorrido apenas unos centenares de pasos cuando mis pensamientos fueron interrumpidos por Arrio:

—Hay alguien ahí delante, mira tú también.

Alguien caminaba hacia nosotros: eran dos puntitos que se movían lentamente, ¡solo podían ser Pez y Hairán! Recorrí todo el horizonte con la mirada, no se veía nada más.

Un poco más tarde ambos estaban con nosotros. Tenían dos odres de agua y Arrio comprobó que cada uno bebiese su trago.

—Los mercenarios estaban acampados en el pozo —explicó el explorador itureo—, tuvimos que esperar hasta la noche, cuando llegó una caravana con una cincuentena de camellos y se fueron a esconder a una hondonada a una milla de distancia.

—¿Quién te dio el otro odre?

—Los de la caravana. Nos acercamos a ellos y nos quedamos a comer su rancho. Conseguimos unas cuantas libras de espelta —y me mostró un tosco saco—. Por desgracia, no pudimos conseguir también una olla.

—Ya que estamos en camino —reflexioné mientras los hombres saciaban su sed—, nos convendría seguir alguna milla más.

—Sí, será mejor que nos movamos con rapidez y tratemos de mantenernos fuera de su alcance —dijo Hairán—. Los mercenarios no han renunciado a darnos caza, siguen buscándonos.

Algunos tragos de agua no fueron suficientes para saciar la sed de personas que llevaban varios días de marcha, realizando un esfuerzo extraordinario. Todavía no hacía demasiado calor, apenas estábamos en mayo, pero era imperativo llegar al pozo para conseguir más agua.

No eran muchas millas, llegaríamos por la tarde, pero nos tomamos un descanso para llenar un poco el estómago. Pez encontró dos piedras para moler la espelta y Judith pulverizó las semillas hasta convertirlas en una papilla con lo que quedaba de agua.

Nos tragamos un puñado de espelta por cabeza mientras el centurión interrogaba a fondo al explorador:

—¡No podemos equivocarnos, Hairán! En dos horas estaremos en el pozo y deberemos tener cuidado con esos canallas. Estaremos allí el tiempo indispensable. Pero para estar seguros, ¿cuántas millas tendremos que recorrer?

—No puedo responderte con seguridad, centurión. No podemos ir hacia Damasco, es el destino más obvio y en esa dirección nos buscarán tanto los mercenarios como la milicia de los nabateos. Será mejor que perdamos nuestras huellas en esas tierras áridas que están entre nosotros y Traconítide. Por allí no podrán seguirnos.

Esperamos al anochecer para dirigirnos, precavidos, al pozo de la ruta. Hairán marchó el primero, y solo le seguimos al escuchar su señal, un toque de silbato.

Una vez en el pozo nos llenamos de agua como odres y poco después Hairán nos acompañó de nuevo al desierto. Solo podíamos contar, entre pozo y pozo, con dos odres de repuesto.

Recorrimos unas cuantas millas a la luz de la luna y las estrellas; podríamos haber avanzado un poco más, cuando Hairán nos hizo una señal para que nos detuviéramos y no hiciéramos ruido: le parecía haber oído algo, tal vez los cascos de un caballo. Por precaución, hizo que nos escondiéramos en una hondonada, un recodo de un antiguo río seco, en un tramo en el que había erosionado el suelo hasta la base de unas rocas.

Pronto oímos claramente el ruido de los cascos de algunos animales y Pez susurró:

—¡Son nuestros burros y el caballo del griego! ¡Yo los herré! ¡Reconozco su paso!

Permanecimos en silencio pegados a las rocas, completamente invisibles para cualquiera: habrían tenido que asomarse a las rocas con una linterna para encontrarnos.

Me acerqué al centurión:

—¿Intentamos salir de aquí?

—No, ya están demasiado cerca, nos conviene permanecer inmóviles y dejarlos marchar.

Efectivamente, eran nuestros mercenarios, pero no se alejaron demasiado: estaban lo suficientemente lejos de la ruta y acamparon para pasar la noche, como siempre lo habían hecho en circunstancias parecidas. Poco después, asomándome por encima de las rocas, vi el débil resplandor de un fuego que ardía en una oquedad a menos de cien pasos de nosotros.

—Se han instalado para el rancho —susurró Hairán—. Si prestamos atención, quizá podamos escuchar alguna palabra.

Pero estábamos demasiado lejos, solo se oía un susurro ininteligible.

Hicesio me tiró de la túnica para hablarme al oído:

—Quintilio, yo podría hacerte un cono con una hoja de papiro y quizás, poniéndotelo cerca de la oreja, serías capaz de captar algo de su conversación.

En unos instantes enrolló una hoja formando un cono; me lo puse en la oreja y me incliné sobre las rocas tratando de oír algo. En efecto, el zumbido se hizo más nítido, incluso tuve la impresión de reconocer voces, pero estábamos demasiado lejos y no pude captar el sentido de la conversación.

Y mientras estaba escuchando a escondidas gracias a la excelente invención del griego, oí claramente los pasos de alguien: no hacía falta mucha imaginación para intuir que un centinela apostado por el desconfiado Bárico estaba revisando el perímetro del campamento, alejándose de la luz de la hoguera para penetrar mejor en la oscuridad de la noche.

—Viene un centinela, ¡diles que se callen! —susurré al oído a Hairán. Y con la mano hice un gesto a quien se encontraba a mi lado para que se pegara a la pared de piedra.

Me encontré entonces con una larga melena, reconocí a Judith e intenté, con delicadeza, que se acercara a la roca. Sin embargo ella se acercó a mí, asustada, y en la oscuridad me abrazó. Noté, imperceptiblemente, que se estremecía al escuchar los pasos del guardia acercándose.

Probablemente, el mercenario notó, a la tenue luz de la luna, la depresión del río seco; se detuvo un momento cuando estuvo a un par de pasos de las

rocas, y luego siguió, para completar un amplio círculo alrededor de su campamento.

Judith estaba contra mí, sus brazos me rodeaban, podía sentir sus manos en mi espalda. Ni siquiera parecía el abrazo de una mujer asustada, entre otras cosas porque a través de sus ropas podía sentir el calor de su cuerpo.

Me recordó al abrazo de una amante, no pude evitar percibir sus firmes pechos contra mí, y ella debió notar mi excitación. Hundí mi cabeza en su pelo, hacía mucho tiempo que no tenía la oportunidad de oler a una mujer.

Después de un rato, Hairán me zarandeó para susurrarme al oído:

—Nos arriesgamos a ser descubiertos. Ven conmigo y tratemos de desplazarnos por la ribera seca del río: nos mantendremos a cubierto, no nos verán, y tal vez encontremos la forma de alejarnos sin que suene la alarma. Quítate las cáligas.

Vi la hoja del *gladius* desenvainado, Pez me tendió su *pugio*, que introduje en mi cinto. Me quedé con el cono de papiro que me ayudaría a oír los pasos de los centinelas y luego, permaneciendo agachados, caminamos a lo largo de un tramo del río seco, ocultos a la vista por el borde de la antigua orilla.

Nos habíamos alejado bastante del campamento de los mercenarios y quizás hubiéramos llegado a una zona de la que podíamos escapar sin miedo a que nos pillaran, cuando Hairán, poniéndome firmemente una mano en el hombro, me obligó a echarme al suelo.

Un momento después también oí gruñidos, como de un animal haciendo algo. En un abrir y cerrar de ojos lo entendí: ¡eran dos mercenarios dándose placer mutuamente!

Y poco después escuché la inconfundible voz de Obasi:

—Ahora me toca a mí, ¡date la vuelta!

Su compañero debía ser Terah, ya había visto antes que entre ambos existía cierta complicidad.

Tuvimos que esperar a que terminaran, a pocos pasos de nosotros; incluso temí que pudieran percibir nuestro olor, algo poco probable, pues ellos también apestaban como jabalíes, y no menos que nosotros.

No tuvimos que esperar mucho, al final los oímos orinar y poco después se alejaron, regresando hacia el campamento.

—¡Nos ha faltado poco, Quintilio! —susurró Hairán.

Seguimos otra cincuentena de pasos y asomándonos a la ribera del antiguo río, nos encontramos tan cerca de su campamento que me pareció vislumbrar la sombra del caballo de Hicesio.

Hairán me hizo una señal para que escuchara.

Los mercenarios ya habían terminado de tomar el rancho, estaban charlando un poco antes de acostarse y nosotros estábamos lo suficientemente cerca como para entender su conversación.

—… tenemos el oro, ¡ocupémonos de nuestros asuntos! —eso fue lo primero que escuché.

—¡Eres un idiota, Pacaciano! —le respondió la voz áspera de Bárico, que a través del embudo de papiro escuchaba con claridad porque no estaba a más de veinte pasos de mí—: No sabemos cuál era su misión —continuó—. ¡Tampoco sabemos si tienen más oro!

—Una cosa es que desaparezca toda la unidad —exclamó otra voz—, ¡ya hemos oído hablar de operaciones que han acabado mal! Pero si alguno de ellos logra llegar a un puesto avanzado, ¡nos caerá encima el ejército!

—Ni siquiera sabemos si siguen con vida. —Era probablemente la voz de Obasi.

—Pero nosotros huiremos lejos, ¡con ese oro nunca nos encontrarán!

—No deben andar muy lejos, estarán tratando de llegar a Damasco con un mensaje para los oficiales —dijo Bárico.

A estas alturas, ya había escuchado lo suficiente. Al continuar por el río seco noté que la altura de la antigua ribera disminuía y que pronto estaríamos a la vista; le hice una señal a Hairán para que diera la vuelta antes de que el que vigilaba el perímetro se nos echara encima.

Era demasiado arriesgado intentar escapar; no sabíamos ni siquiera dónde estaban colocados los centinelas.

Hairán y yo tuvimos que tomar una decisión: nos escondimos todos juntos contra las rocas sin decir una palabra; el centurión se adormiló y Judith, por su parte, no trató de evitarme; en la oscuridad se quedó cerca de mí y me tomó de la mano, en silencio.

Las horas de la noche se hicieron largas.

Poco antes del amanecer, los mercenarios levantaron el campamento, rumbo a poniente.

No se habían percatado de nuestra presencia.

XXVI.

A pesar de los esfuerzos de la marcha y de las molestias debidas a la escasez de agua y alimentos, todos estábamos en condiciones de marchar: Arrio estaba dolorido por la pérdida de los dedos y la quemazón de sus muñones y el centurión, maltrecho también, pero aún tenía fuerzas. Nos pusimos en marcha y yo fui abriendo camino, junto con Hairán, tratando mantener la dirección que nos habíamos prefijado.

El territorio que atravesábamos era desconocido incluso para el itureo, que buscaba con la mirada indicios de la presencia de pastores de los que pudiéramos obtener comida y agua.

Hacia el atardecer pasamos por una hilera de extrañas rocas que se elevaban del suelo; eran casi completamente verticales, tal vez colocadas por la mano del hombre, pero a juzgar por la forma en que estaban erosionadas por el tiempo debían ser antiquísimas.

Nos miramos a la cara porque el lugar inspiraba temor.

—Estos extraños signos parecen inscripciones —dijo Hicesio, señalando con su mano temblorosa ciertas sombras en las rocas que siglos atrás podrían haber sido palabras escritas en alguna lengua oriental, desde luego no en la nuestra.

—¡Seguramente son maldiciones! —confirmó Eleuterio.

Comenzamos a subir por una pequeña colina apta para un campamento nocturno desde donde podríamos observar la esplanada que teníamos por delante. Cerca de la cima, afiladas astillas de roca casi tan altas como un hombre se elevaban desde el suelo y estaban dispuestas de forma que apuntaban al cielo como las lápidas erigidas en ciertos cementerios.

Nadie podría decir si una mano humana los había tallado o si eran obra de la ingeniosa naturaleza, o de generaciones de espectros que habían vivido aquí, antes que nosotros.

Judith temblaba, yo mismo oí cómo le castañeteaban los dientes, e incluso el centurión había perdido su habitual bravuconería.

—¡Este lugar está hechizado! —se me escapó mientras, como los demás, miraba de vez en cuando a mis espaldas.

—No cabe duda —confirmó el griego—. Y ni siquiera sabemos qué tipo de espectros son. Seguramente serán diferentes a los nuestros porque aquí no

vivían personas parecidas a nosotros. Quizá en otra ocasión se podría intentar leer qué pone en las lápidas.

Eleuterio, con los ojos desorbitados, miraba a derecha e izquierda, temiendo ver aparecer frente a él a algún ser inmundo.

—¡Este es el lugar idóneo para nosotros! —dijo Hairán—. A mí tampoco me gusta estar entre estas lápidas, pero creo que debemos pasar aquí la noche. ¡Nadie se atreverá a venir a buscarnos en un lugar como este!

Nadie durmió aquella noche; no hubo necesidad de despertar a algún compañero para el cambio de guardia porque todos estábamos pendientes de cualquier crujido o ruido del viento observando aquel tramo de desierto que se extendía en la oscuridad, justo a nuestros pies. Permanecimos acurrucados hombro con hombro y a última hora de la noche, Arrio vio algo:

—Mira allí al fondo: en la oscuridad de la noche, de vez en cuando ¡parece que se ve como un destello de fuego!

Miramos todos, aguzando la vista y en efecto sí, se veía algo. Podía tratarse del campamento de los mercenarios, o a lo mejor de los pastores itureos, no podíamos saberlo. Pero también comprobamos a nuestro alrededor, si por casualidad se veía alguna de esas llamas azules que indican la presencia de espectros.

—Chupatintas, ¿cuántos días han pasado desde que nos separamos de los mercenarios? —retumbó la voz del centurión.

Hice un rápido cálculo:

—Ya deben haber pasado cinco días.

—¡No creo que tengamos que preocuparnos ya por esos canallas! Puede que ese traidor de Bárico los haya tenido a raya durante unos días, ¡pero no podrá obligarlos mucho tiempo ahora que tienen el oro en sus manos!

Al alba, Hairán nos puso en el rumbo que debía llevarnos a la ruta caravanera de Damasco, por la que habíamos transitado al salir de la lúgubre región de Traconítide el mes anterior.

Caminamos durante todo el día guiando al centurión, que seguía sufriendo por el golpe en la cabeza y, a veces, todavía se tambaleaba como si estuviera ebrio. Por la tarde llegamos a la ruta caravanera, tal y como nos había prometido el explorador itureo.

Nos detuvimos brevemente en un pozo, cerca del cual se levantaba un túmulo de piedras con una lápida ilegible, seguramente una tumba antiquísima.

Hicesio, no menos agotado que cualquiera de nosotros, me hizo una seña con la mano. Quería decirme algo sin que le oyeran los demás.

—Quintilio, deberías echarme una mano.

—Claro, Hicesio, aquí ya todos necesitamos un poco de ayuda. ¿Qué quieres?

—Quería preguntarte lo siguiente: ¿recuerdas cuando huimos de los mercenarios? Mientras estábamos tratando a Arrio y al centurión en la oscuridad, se te cayó en el pie una pieza de metal.

—Sí, me acuerdo, creo que sé lo que es. Preferí no decir nada.

—Tal vez llegaste a la conclusión de que el bueno de Nabuzab, el *argentarius* de Palmira con el que trabé amistad, me dio un lingote de más.

—Sí, griego, eso pensé. Pero, de todos modos, son todos falsos —le susurré—. ¿Qué quieres que haga?

—Shhh, Quintilio, que no te oigan, es mejor que quede entre nosotros. El *argentarius* Nabuzab me lo regaló para disculparse por haberse retrasado un día en la entrega de los lingotes pactados. Pensaba guardarlo como recuerdo de esta misión. Pero ahora, después de todo este peregrinaje por el desierto y las calamidades que nos ha tocado vivir, he llegado a la conclusión de que es mejor deshacerse de él: este lingote trae mala suerte. Además, pesa mucho y yo estoy agotado.

—A mí también me parece que ya es hora de hacerlo desaparecer. ¿Y si lo enterramos bajo este túmulo?

—Es lo mejor. Lo envuelvo en una hoja de papiro, y si alguno nos ve, fingimos que nos estamos deshaciendo de algunas hojas de mis cuentas.

Aparté algunas piedras del túmulo funerario, y allí enterré cuidadosamente el lingote envuelto en un papiro. Todos sabían de las extravagancias del griego y cansados como estaban, la operación no despertó mucho interés.

Con las primeras sombras del atardecer, agotados y sedientos, llegamos a un pozo cuyo entorno estaba cubierto de estiércol de asnos y camellos por las frecuentes paradas de los viajeros.

Saciamos la sed y llenamos los odres, pero al ver que llegaba una caravana nos quitamos de en medio, y fuimos a levantar el campamento para la noche lejos del camino. Hairán, por su parte, permaneció junto al pozo esperando a tan tardíos viandantes y, ya de noche, vino a buscarnos con farro, carne seca y queso de cabra que había comprado de aquellos mercaderes.

—Los beduinos que me han vendidos estos alimentos os han visto alejaros —nos explicó—. Aquí la gente es muy desconfiada. Si alguien les pregunta, hablarán. No podemos quedarnos aquí. ¡Debemos irnos enseguida!

Recogimos nuestros cuatro bártulos y, masticando la carne, nos adentramos seis o siete millas en aquellas áridas tierras; al final nos vimos obligados a detenernos en una hondonada para dormir alguna hora.

En torno a una pequeña hoguera alimentada con maleza, discutimos la dirección a tomar:

—De momento, lo más importante no es dirigirse directamente al primer puesto romano, sino asegurarse de que hemos borrado nuestro rastro.

—¿Qué sugieres, Hairán? —preguntó el centurión, que de vez en cuando despertaba de su letargo.

—Creo que ya hemos perdido a nuestros perseguidores. Sin embargo, pueden preguntar a caminantes y pastores de la zona, así que daremos una amplia vuelta y pasaremos al este de Traconítide. Dentro de tres o cuatro días volveremos a cruzar esta ruta, pero ya estaremos más allá de Traconítide, no muy lejos de Bostra. ¡Nadie nos buscará allí! A partir de ahí, cualquier puesto avanzado romano servirá para entregarnos.

—¿Corremos aún algún riesgo con los jinetes de Palmira? —le pregunté.

—No lo sé. Rara vez llegan hasta la carretera de Bostra, pero después de lo ocurrido en su ciudad tal vez quieran hacerlo. Atravesaremos el interior de la región, de vez en cuando hay una majada de pastores con un pozo, pero siempre tendremos que mantenernos apartados.

La región estaba completamente desierta y no nos encontramos con ninguna majada. Por mucho que miráramos en todas las direcciones, aprovechando cualquier altura que nos permitiera extender la mirada, la región parecía deshabitada.

Cuando se acabó el agua, decidimos cambiar de dirección. Habíamos cruzado casualmente las huellas dejadas por un pequeño rebaño de cabras, una veintena de animales, y sabiendo que los pastores nunca permiten que se alejen demasiado de pozos y pastos, las seguimos.

Caminamos todo el día, guiándonos por huellas de pezuñas y estiércol, vimos incluso dónde se habían agrupado para pasar la noche. También reconocimos las huellas del tosco calzado de uno de aquellos pastores que se mueven por aquellos inaccesibles parajes. Al anochecer, tras un día de marcha en el que habíamos recorrido pocas millas debido al ritmo demasiado lento del centurión y de Hicesio, no encontramos ningún pozo.

Lo encontramos a la mañana siguiente; estábamos agotados, sin poder hablar, y cada uno de nosotros había recurrido a su propia orina para aguantar un poco más.

Alrededor del pozo, a poca distancia, se hallaban esparcidas una veintena de carcasas de cabras y camellos, muertos de sed y de agotamiento. Arrojamos una piedra al pozo esperando el sonido del agua, luego una segunda, e incluso una tercera.

El pozo estaba seco.

XXVII.

Fuimos salvados por dos pastores que, desde muy lejos, habían visto movimiento alrededor del pozo seco. Una semana nos costó recuperar fuerzas.

Nos acogieron en su destartalada casucha y aceptaron agradecidos las monedas con las que el centurión Osterio pagó el queso de cabra y el pan de farro y cebada que los pastores encontraban quién sabe dónde. Hairán hablaba su lengua y fue fácil acordar con Adlay, el más viejo de los dos, que nos llevaran a un puesto romano situado a unas sesenta millas de distancia.

—¡No sabía que hubiera fuertes de los nuestros en esos lugares! —masculló el centurión, receloso de la inesperada noticia.

—No conozco esos parajes, Osterio —le respondió Hairán—, pero si los dos hermanos hubieran querido matarnos, lo habrían hecho cuando estábamos medio muertos de sed. Están seguros de lo que dicen; ¡me han descrito la armadura con las *phalerae* de los oficiales! No pueden ser ni palmirenos ni de otros ejércitos, seguramente son romanos.

—¿Y cuántos días tendremos que marchar para llegar allí?

—Dice que llegaremos en cuatro días, que conoce los caminos y que no pasaremos sed.

—¿Sabías, Hairán, que estos lugares están llenos de bandidos? Es imposible que no lo sepas, ¡eres de aquí!

—Lo sé muy bien, Osterio, pero Adlay dice que pasaremos por caminos poco transitados por los que nadie nos verá.

—Pregúntales si han visto últimamente por aquí jinetes de Palmira.

—Sí, los conoce. Dice que, alguna vez, han llegado hasta aquí, estuvieron aquí hace unas semanas comprando queso. Son rapidísimos, se mueven por todas partes con sus caballos y conocen cada peñasco de esta región.

—Pero ¿y si en cambio quisiéramos ir a Damasco? —los interrumpí.

—Desde aquí podríamos llegar en cuatro días: Adlay dice que, en dos días, tomando el camino de poniente, se llega a la ruta de Bostra y continuando hacia septentrión, en otros dos días se llega a Damasco.

El pastor añadió algo más que Hairán tradujo:

—En cambio, yendo hacia el sur, se llega a Traconítide.

—Dile que dentro de unos días nos iremos —concluyó el centurión—. Él nos proveerá de lo que necesitemos, ¡y nos conducirá a ese puesto avanzado romano!

La disputa con el griego surgió por una nimiedad, que ni siquiera recuerdo con exactitud; es posible que yo hubiera insultado, una vez más, al necio de su siervo Eleuterio, con el que siempre me tropezaba cuando tenía que hablar con Hicesio, como si tuviera que pasar antes por su ayudante.

—¡No entiendo cómo puedes mantener a semejante imbécil! —se me fue de la boca.

—Quintilio, tus críticas se están pasando de la raya. No he olvidado que, hace unos días, me acusaste veladamente de ser un *argentarius* poco honrado. ¿Acaso no es verdad que en el banco en el que tenemos, juntos, nuestro capital siempre ha estado todo perfectamente calculado, hasta el último as?

—Hicesio, ¿pero no tienes otra cosa en la que pensar que en tus cuentas «*hasta el último as*»? ¿Y quién ha hablado de nuestro banco? Solo estaba señalando que imbéciles como el tal Eleuterio se pueden encontrar en todas partes. Y en cuanto a la honestidad de los *argentarii*, pues que sepas que no puedo evitar reírme siempre que recuerdo el intercambio que montaste con el de Palmira: ¡le diste notas de crédito vencidas que condenarán a la detención o la crucifixión al que sea lo suficientemente ingenuo como para mostrárselas a alguien! Y a cambio, ¡obtuviste lingotes de oro falsos que podrían hacer que nos empalaran a todos! —y se me escapó una estruendosa carcajada—. ¿Cómo le llamarías a ese trueque?

—Es un honesto intercambio comercial, Quintilio. Tengo en estima a mi colega palmireno, y él ha confiado en mí. El comercio se basa, precisamente, en la confianza entre comprador y vendedor. Si no hubiera confianza, no sería posible el intercambio.

—Pero ¡maldito seas, griego! No se te ha ocurrido que, tarde o temprano, alguien acabará mal por esos pergaminos falsos… no, falsos no, caducados si acaso, ¡porque ya han sido pagados! Y en cuanto a tus lingotes de oro llenos de plomo, sobre los que tendré que guardar silencio, no sea que a su vez me acusen a mí y acabe en manos de un verdugo, ¡no me digas que los obtuviste para usarlos de adorno!

—Nunca he engañado a nadie. Y si, a veces, tú y yo, en el pasado, hemos *amañado* algunos permisos, pues bien, fue para salvar nuestras vidas o para cumplir órdenes del Mando, las que te dieron los oficiales porque tú,

imprudentemente, firmaste el reenganche con el ejército por otros cinco años pensando que era una mera formalidad. «Solo para permitirle al tesorero que nos pagara el *stipendium*» me contaste, estas fueron tus palabras exactas. ¿Ya lo has olvidado?

—Puede que yo mismo haya cometido algún error, cualquiera puede cometer algún pequeño error. Pero a propósito de vuestros *honestos intercambios* entre *argentarii*, yo creo que, tarde o temprano, alguien se encontrará con esas notas de crédito y pensará que equivalen a dinero, ¿o pretendes negarlo?

—No tengo que negar nada, Quintilio, ni puedo predecir el futuro.

—¿Acaso pretendes decirme que tu amigo palmireno, el que merece toda tu estima, va a quemar esas notas? ¿Para evitar que alguien se meta en líos?

—¿Es que yo puedo saberlo? Se lo advertí, y creo que yo cumplí por mi parte. Pero como te decía, aunque soy erudito en muchas artes, lo cual es reconocido por todos sin distinción, aún no tengo el don de predecir lo que sucederá en el futuro. Un regalo que, por otra parte, tú no necesitaste, en absoluto, cuando sellaste el nefasto reenganche y me convenciste para que viniera a ayudarte. Ya sabías, entonces, de mi riquísima biblioteca que me espera en Thessalonica, y de todos los rollos de papiro para estudiar, tantos que los dioses nunca me concederán suficientes días. Y yo, para ayudarte con estos desgraciados menesteres tuyos, cada día que pasa renuncio a leer páginas y páginas de ese tesoro.

—Escucha, griego, si te pones así, ¡más vale que te vayas ahora mismo a estudiar tus mohosos papiros! Ya me las arreglaré, haré como todos los que viven sin tu valiosa ayuda, ¡y son muchísimos en las provincias de Roma! Pero, por curiosidad: ¿qué te gustaría hacer? ¿Irte con ese imbécil de contable y compartir con él los problemas en los que es tan experto en meterse?

—Bueno, yo solo soy un liberto, pero como la propia palabra dice, también soy un hombre libre. Eres tú quien insistió en que te ayudara en estas arriesgadas tareas en Judea que nunca se acaban, solo porque no eres lo suficientemente hábil para hacer los cálculos topográficos por ti mismo. Si eres capaz de hacerlo sin mí, bien, me considero libre de toda obligación.

—Griego, esos cálculos los puedo hacer perfectamente yo solo. Eres tú quien se dejó engañar por ese imbécil de Eleuterio que, te recuerdo, solo sembraba problemas allá por donde pasaba, como él mismo nos contó. Si no lo hubiéramos recogido, el centurión lo habría degollado junto al camino como a un perro sarnoso, ¡y quizá eso hubiera sido lo mejor!

—Con tus rencorosas chanzas, no haces más que mostrar tu envidia hacia el honesto joven y entiendo que es porque Eleuterio arde en deseos de aprender y tiene amor por las letras, cosa que tú has evitado con esmero en todos los años que hemos trabajado juntos.

El griego estaba dominado por lo que yo llamaba *obsesiones literarias* y cuando estaba en ese estado, era imposible discutir con él. Pero esta vez estaba realmente furioso, como solo un erudito puede estarlo.

El asunto no podía acabar ahí, y por la tarde Arrio vino a buscarme:

—¡Que el griego está preparando sus cosas para largarse y ya ha hablado con el centurión!

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y el centurión qué le ha dicho?

—¿Qué quieres que le diga? El griego es un civil, solo está aquí porque tú lo pediste como ayudante. Si se quita de en medio, nos está haciendo un favor a todos y, además, ¡ya ha hecho su trabajo!

Me di cuenta de que la situación estaba empeorando y decidí ir a hablar con él.

—Hicesio, estamos en medio de la nada, ¿no querrás irte solo?

—No estaré solo, Quintilio, tendré a Eleuterio conmigo, será mi secretario. Ya lo hemos decidido, iremos a Alexandria. Permaneceremos allí varios meses, quizá un año o más, dependiendo de lo que encontremos.

—Pero ¿estás seguro de poder afrontar un viaje tan duro y sin preparación? ¿Y en compañía de un vago redomado como tu secretario? ¡Sabes que es un inútil! Si te metes en un lío, no estaremos allí para sacarte del apuro…

—Quintilio, será como los dioses quieran. Sin embargo, te rogaría que dejaras de menospreciar a mi secretario de una vez. En cuanto al capital que poseemos en el banco que tenemos en común, que sepas que retiraré para mí veinte mil denarios, el resto te lo dejo a ti, me imagino que lo necesitarás.

—No necesito ese dinero, sabes que nunca lo he usado. Y de todos modos ni siquiera sabría cómo cobrarlo, tú siempre te has ocupado de ese asunto.

—Cuando estés en Roma puedes acudir al honesto *argentarius* Ahran, él te ayudará si quieres monedas u oro y luego podrás hacer con él lo que te plazca.

Negué con la cabeza al escuchar la terca decisión del griego, pero sabía que cuando se empecinaba con algo, era muy difícil hacerle cambiar de opinión.

Arrio había oído la última parte de la trifulca y me separó para hablarme:

—¡Solo se meterá en problemas! El centurión se alegra de haberse librado de esos dos lastres, sobre todo del soplón de Eleuterio.

—Tiene entre ceja y ceja irse con ese imbécil, y esta vez no creo que pueda hacerle cambiar de idea.

—¡Que esos dos se vayan hasta el mismísimo Hades! —oí la áspera voz del centurión retumbando detrás de mí—. En dos días estaremos entre romanos, ¡y no podrán hacer más daño!

Al cabo de un rato, el griego saludó respetuosamente a todos. A mí solo me dedicó una seca reverencia, como se hace con un desconocido.

Eleuterio ya se había alejado una decena de pasos para no arriesgarse a ganarse un último vergajazo.

Los vi andar por el polvoriento camino que lleva hacia la ruta caravanera de Damasco. Los seguí con la mirada y, poco después, desaparecieron de mi vista en una ondulación del terreno.

Me parecía increíble que, por una tonta disputa nacida del agotamiento que las labores de la misión habían provocado en cada uno de nosotros, la amistad que me unía al griego desde hacía años llegara a su fin. Incluso me costó contarlos: nos habíamos conocido en el año 704[33]. Fue él quien me ayudó durante mi primer trabajo, cuando me destinaron a una unidad dedicada a centuriar el campo a lo largo de la Vía Postumia, cerca de Mantua. Ya habían pasado casi siete años.

Probablemente había sido demasiado duro con él, pero el imbécil de su siervo Eleuterio se había interpuesto y había complicado el asunto. Debí haberlos detenido.

Siendo así, me quedaría para siempre con ese pensamiento rondando por mi cabeza y esa última imagen del griego, alejándose por el polvoriento camino hacia Damasco con la cabeza alta, sin volverse atrás ni una sola vez.

Su marcha me dejó una sensación de vacío. Cuando las cosas cambian, por mucho que sepamos que no pueden permanecer iguales para siempre, nunca estamos lo suficientemente preparados.

Sin embargo, me di cuenta de que Arrio también estaba decepcionado por la forma en que había terminado esta tonta discusión.

Estuve todo el día deambulando por el campamento con la esperanza de que, por algún contratiempo inesperado, los dos viajeros solitarios se dieran cuenta de las dificultades a las que iban a enfrentarse y regresaran. Pero no ocurrió nada de eso.

Permanecimos como huéspedes de los pastores durante unos días más, y lo pasé muy mal al no tener ya cerca al amigo con el que había compartido tantas arriesgadas aventuras.

Me distraje transcribiendo algunas notas de nuestro viaje al país de los nabateos con la poca tinta que me quedaba, que tuve que diluir con unas gotas de agua mezclada con hollín del hogar, antes de que los detalles se desvanecieran de mi memoria.

Hicesio me había dejado el voluminoso envoltorio de cuero en el que guardaba las cuentas falsas de nuestra ficticia caravana. En el reverso de algunas de esas hojas, detrás del texto, aún se encontraban, invisibles, mis dibujos de las puertas de la ciudad, de las murallas, de los terraplenes y de los cuarteles, trazados con jugo de cebolla.

Utilicé espacios de las páginas que estaban en blanco para escribir mis notas, pero a medida que los extraños acontecimientos de las últimas semanas volvían a mi memoria, a veces levantaba la cabeza y, con la mente en blanco, buscaba al griego con la mirada para preguntarle algo.

Pero se había ido, y solo los dioses sabían, tal vez, dónde estaba ahora. Iba a correr enormes riesgos viajando con el necio de su secretario, ambos poco habituados a los imprevistos a los que se enfrenta cualquiera que se desplace por provincias desconocidas y mal integradas en los dominios de Roma. Gran parte de la culpa era mía, yo nunca había sido capaz de entender sus argumentos y sus aspiraciones.

Al centurión Osterio le vino de perlas descansar con los pastores. Lo vi dormitar largos ratos a la sombra del seto que bordeaba la majada, con la cabeza envuelta en un paño que había sido un *subligaculum* de Hicesio y que mantenía húmedo para que le refrescara la cabeza. Me dijo que su visión borrosa estaba mejorando; por momentos podía distinguir bien las cosas, al menos con el ojo derecho.

Por las tardes, entristecido por los últimos acontecimientos, me iba yo solo a disfrutar del majestuoso espectáculo de la puesta de sol desde unas rocas que se elevaban unas decenas de pies por encima de la planicie y los matorrales. Una tarde, Judith quiso acompañarme.

Sentados sobre las rocas, observamos el disco solar descendiendo lentamente al horizonte, y sus rayos ir perdiendo luz y calor a medida que avanzaba la oscuridad. El refugio de los pastores estaba a unos cien pasos, podíamos ver la hoguera ardiendo, de la que normalmente era Pez el responsable.

Judith no era fea, en absoluto; era una mujer pobre que acababa de vivir una experiencia difícil en la que se había arriesgado a perder la vida y no tenía nada ni a nadie que la esperase. Había intentado mantenerse aseada durante la huida, pero su andrajosa túnica estaba llena de polvo del desierto, y su cabello había atraído esas semillas llenas de espinas que se adhieren también al vellón de las ovejas. Tenía cierta debilidad por mí, lo pude comprobar por la forma en que me había abrazado cuando nos quedamos escondidos entre las rocas, a pocos pasos de los mercenarios, cuando temíamos que nos descubrieran y acabaran con nosotros.

De pronto me di cuenta de que la estaba acariciando, ella me correspondía y en pocos momentos pasamos de las caricias a un beso apasionado. No dijo ni una palabra, sabía que yo ardía en deseos y ella, también. Se quitó la túnica y la dejó sobre la arena que se había acumulado en un hueco entre las rocas.

Yo sabía que ocurriría, era evidente, como lo sabía ella desde la primera vez que había acercado a mí, sin embargo hasta entonces no se nos había presentado la oportunidad. Incluso sabíamos, sin habérnoslo dicho, que nos daríamos todo el placer que quisiéramos mientras durara ese viaje.

Me quité la túnica yo también y volví a acariciarla y besarla. Sus pechos eran firmes, y sentí que se estremecía.

Judith ardía de deseo, ella también sabía que no había que dejar pasar ninguna oportunidad y sin prisa, saboreando cada momento, su mano me guio.

XXVIII.

Los días de descanso con los pastores itureos nos habían devuelto la salud, y nos pusimos en marcha a buen paso. El centurión había prometido al mayor de los dos hermanos una recompensa, y este se prestó a ser nuestro guía. Conocía cada piedra del sendero que conducía a la ruta caravanera de Damasco; nos hizo parar junto a un sombreado seto de achaparrados sicomoros y llenamos nuestros odres en un minúsculo pozo cubierto por una losa de piedra que un foráneo jamás habría podido encontrar.

Al atardecer del segundo día llegamos a la ruta caravanera de Damasco; yendo hacia el norte, serpenteaba a través de unas lomas casi desprovistas de vegetación y en un par de días llegaba a la ciudad. Era una ruta de la que ya habíamos recorrido unas cuantas millas una decena de días atrás, cuando habíamos salido del desierto de los nabateos, antes de perdernos y acabar en el pozo seco.

El centurión, para no correr ningún riesgo, ya que no sabíamos con quién podríamos toparnos, nos hizo acampar para pasar la noche en un lugar apartado y por la mañana nos dirigimos hacia el sur, en dirección a Bostra.

—¡Ya veremos a dónde nos lleva este pastor! —gruñó el centurión Osterio, preocupado de estar en manos de un pastor itureo—. El general Curvo nunca nos había dicho que hubiese una de nuestras guarniciones en esa zona.

—Osterio, si dice que hay romanos, ¡pues bien, los encontraremos!

Seguimos marchando a buen ritmo, siempre temiendo tener un mal encuentro y no tener tiempo para escondernos. Pero la ruta caravanera estaba prácticamente desierta, nos encontramos con un asnerizo y una docena de animales yendo quién sabe a dónde, tan sospechoso como nosotros, y por la tarde, justo antes de acampar para pasar la noche, vimos a un viajero solitario que iba en la misma dirección que nosotros. Caminaba lentamente, y cuando nos acercamos a él nos dimos cuenta de que se trataba de un pobre mendigo con ropa andrajosa tambaleándose como un borracho o un loco.

Sin embargo, cuando estábamos a punto de adelantarlo, le miré más de cerca y vi que era Hicesio: casi irreconocible, sucio, con el cabello cubierto de polvo y vagando como un caballo ciego que hubiese huido de la rueda de un molino.

Estaba solo, Eleuterio ya no estaba con él. No llevaba nada consigo, ni el zurrón ni el odre de agua, solo un bastón; de hecho, ni siquiera un cayado de pastor, sino una rama seca recogida al borde del camino.

Algo debía haber pasado, pero el griego no tenía ni un rasguño, solo parecía hambriento y sediento. No me dirigió la palabra y tampoco saludó a Arrio ni a los demás.

Le dimos comida y bebida; no se hizo de desear pero no pronunció ni una sola palabra, solo mantuvo la mirada fija en el horizonte.

No quise preguntarle nada y le hice una señal a Arrio para que hiciera lo mismo. Sin embargo, no podía ordenarle al centurión que no le echara la bronca y el centurión, ordinario como siempre, lo azuzó:

—¿Y ahora qué, griego? ¿Has saboreado algo del mundo de los sabios? Pero ya veo que has vuelto al mundo de los pastores ignorantes, ¡los que tienen el agua y este buen queso! Espero que el idiota de tu siervo no se interponga de nuevo en nuestro camino, porque esta vez le voy a dar tal somanta de vergajazos, ¡que se acordará mientras viva!

Hicesio no dio señales de haberle escuchado, bebió como un camello y durmió como un tronco sobre la tierra desnuda.

Al día siguiente fingí que no había pasado nada, como si nunca se hubiera ido, e intenté distraerle sacando a relucir el trabajo que quedaba por terminar:

—Ahora lo más importante es completar el mapa, y tú me echarás una mano. En un día o dos estaremos en un lugar tranquilo, en un puesto avanzado romano. Conseguiremos candiles, nuevos tinteros y tintas, ordenaremos todas nuestras notas y elaboraremos un mapa de la región en condiciones. Lo mejor sería poder encontrar un pergamino, no es imposible, solo se trata de procesar una piel de oveja. Eso sí, habrá que tener mucho cuidado con esas hojas en las que escribimos con jugo de cebolla. No sé si esa tinta invisible durará mucho o se disolverá, haciendo que perdamos todo nuestro trabajo. ¿Qué te parece?

—La tinta invisible durará un poco más —se decidió por fin el griego. Y sacudiéndose el polvo de la andrajosa túnica, añadió—: Supongo que la tinta invisible puede ser sensible a la humedad, pero en estas tierras áridas es un riesgo que no correremos.

—También tendremos que recurrir a la memoria de Hairán. Su ayuda, mientras avanzábamos a ciegas por estos eriales, fue decisiva. Pero pronto estaremos en una guarnición romana y, por fin, ¡nuestra misión habrá terminado!

No respondió nada, ni yo quise preguntarle qué había pasado con el necio de su secretario. Después de un largo rato, dijo:

—Está bien, Quintilio, terminaremos juntos la misión.

Entramos en Traconítide por un camino diferente al que habíamos recorrido un par de meses atrás. Ya estábamos familiarizados con la sombría región, pero no dejamos de observar, con renovado temor, las negras crestas de las montañas y las rocas desiguales y afiladas que asolaban el paisaje hasta donde alcanzaba la vista.

De vez en cuando, el pastor nos guiaba por pequeños cráteres cuya forma recordaba curiosamente la de un anfiteatro. Al fondo había hierba apta para el pastoreo y en un par de ocasiones vimos majadas de pastores. En uno de estos cráteres acampamos para pasar la última noche, porque al día siguiente, el pastor nos prometió que estaríamos entre romanos.

Antes de acomodarnos para dormir, aparté a Hicesio. Seguía con esa actitud de perro apaleado y decidí preguntarle:

—¿Dónde está Eleuterio?

Se le escapó una mueca, pero yo durante el día ya había intuido que ahora sí tenía ganas de narrar lo sucedido.

—Se fue. Me abandonó a un lado del camino, en una hondonada donde habíamos parado para pasar la noche. Por la mañana, cuando me desperté, ya no estaba. Se había ido durante la noche, llevándose mi zurrón con el dinero y lo poco que teníamos para comer.

—¿Y por qué se fue? A estas alturas, contigo era libre de hacer lo que quisiera, lo habrías emancipado ante algún pretor, me imagino.

—Claro, yo lo habría emancipado. —Hizo una breve pausa, llena de pesar—. Ese hombre me ha engañado, Quintilio, y yo me he sentido como un chiquillo que le confía sus secretos a un golfillo de la calle.

—¿Y a dónde habrá podido ir solo?

—¿Recuerdas cuando hace dos o tres semanas, en busca de un pozo, recorrimos un corto tramo de la ruta caravanera hacia Damasco? ¿Dónde encontramos ese montón de piedras con inscripciones, esa tumba?

—Por supuesto, la tumba donde enterramos el lingote. ¡Ah… el lingote! ¡Ahora lo entiendo todo!

—Nunca le había dicho que tenía aquel lingote, pero debió de espiarme y sabía que no todos habían acabado en manos de los mercenarios. Tal vez rebuscó en mi zurrón a escondidas, o lo supo con certeza cuando vio que tú y

yo hurgábamos en aquel montón de piedras. ¿Qué otra cosa podríamos haber enterrado en un momento de grave peligro, cuando incluso una mota de polvo pesaba tanto que parecía la diferencia entre la vida y la muerte?

—¡Pero él no sabía que era falso!

—No, no podía saberlo, solo lo sabíamos tú y yo, aparte del *argentarius* Nabuzab y sus siervos que lo fundieron. Si solo hubiera esperado unas horas, lo habríamos recuperado juntos y se lo habría contado todo, revelándole que no tenía ningún valor. Yo quería conservar ese objeto de metal porque era el recuerdo de la inusual transacción que había llevado a cabo. Me haría recordar para siempre a mi estimado colega *argentarius* Nabuzab, que me lo había regalado como compensación por haberme hecho perder un día de más en el caravasar.

—¿No lo has vuelto a ver?

El griego negó con la cabeza:

—En cuanto me di cuenta de que estaba solo, me puse en marcha y en pocas horas llegué al montón de piedras. Ya era tarde, Eleuterio había rescatado el lingote y había huido en dirección a Damasco. Si hubiera ido en la otra dirección, lo habría visto.

—Qué desilusión cuando descubra… lo que hay dentro.

—Ojalá le hubiera advertido que lo tirara. Ese lingote solo le traerá problemas.

—Y supongo que, si intenta cambiarlo, no lo conseguirá: quien lo corte o lo funda se dará cuenta pronto del engaño.

—Ese joven puede estar arriesgando su vida innecesariamente.

—Tendrá lo que se merece, griego. Contigo, hubiera llevado una vida de lujo.

—Ya lo habías pronosticado: «*un imbécil capaz solo de meterse en líos*». Aunque solo seas un agrimensor, esta vez tenías razón.

Tal y como nos había prometido el pastor Adlay, al día siguiente llegamos a un puesto de guardia, una especie de palomar construido con ramaje del lugar y protegido del sol por una estera de palma. Sin embargo, los dos legionarios que montaban guardia, que nos saludaron con el asombro reflejado en sus rostros, llevaban cotas de malla y cascos de infantería y eran, sin duda, de nuestro ejército.

—Quiero hablar con tu superior —les dijo el centurión—. También somos militares romanos, aunque no llevemos uniforme. ¿Cuál es el nombre de esta

guarnición?

—¡No tiene nombre! —le replicó atónito el legionario—. ¡Deténgase aquí! ¡Mi compañero irá a llamar al centurión!

Esperamos más de una hora: Osterio aprovechó para pagarle al pastor Adlay, que se alegró de emprender el camino de vuelta a su majada.

Por fin, vimos aparecer a un centurión con gesto inquieto y seis legionarios:

—Y vosotros, ¿de dónde venís? —preguntó.

Las explicaciones duraron un buen rato: no teníamos órdenes escritas, nuestra apariencia no guardaba ninguna semejanza con la de legionarios romanos en servicio y la vestimenta, junto a la presencia de civiles y de una mujer, no era propia de un grupo de militares.

Para no correr riesgos, nos quitaron las armas y nos escoltaron durante una milla por un páramo de piedras negras y calcinadas.

Finalmente llegamos a un ensanche entre las rocas, una especie de valle o, más bien, una cuenca más grande que las demás, donde se encontraba una miserable aldea con unas pocas docenas de chozas ensambladas con los materiales disponibles en el lugar.

—De momento os quedaréis aquí dentro —dijo el centurión indicándonos una chabola abandonada—. ¡Ni se os ocurra alejaros! —Ordenó a cuatro hombres que montaran guardia, *gladius* en mano, y llevó al centurión Osterio, escoltado por dos legionarios, a hablar con su superior.

La casucha en la que nos habían metido se parecía a muchas otras que se ven en los lugares pobres de Siria o Judea. Se había levantado con la piedra negra del lugar, pegada con una mezcla de tierra y agua. El techo era de esteras tejidas con hojas de palma, sujetas con unas cuantas piedras sobre una tarima de palos de madera. Un huerto sin cultivar, junto a la casa, indicaba que la vivienda llevaba mucho tiempo deshabitada.

Permanecimos un buen rato de brazos cruzados, vigilados de cerca por los legionarios, luego Judith vio en un rincón una tosca escoba que se había montado atando hojas de palmera y se puso a barrer el suelo de tierra batida. Pez miró sin interés el hogar: las piedras negras, mal fijadas con tierra arcillosa amasada, se habían desprendido por el desuso y el largo descuido y se habían derrumbado en parte por el suelo.

Al cabo de una hora, el centurión Osterio regresó a la casucha; su rostro albergaba más de una duda. El fornido *optio* que le acompañaba nos reunió y con expresión grave nos advirtió:

—Yo soy el *optio* Colatino. El centurión Vulsón, el oficial que acabáis de ver, os ordena que permanezcáis en esta casa. Podéis moveros por la aldea, pero tenéis prohibido salir de ella. Aquí aplicamos las leyes de guerra, ¡así que tenedlo en cuenta!

—¿No somos prisioneros? —preguntó Hairán.

—¡Tenéis órdenes de no salir de los límites de la guarnición! ¡Rigen las leyes de guerra como ya os he dicho! No se tolerarán transgresiones de las órdenes. ¿He sido claro? —sin esperar respuesta, nos dirigió una mirada severa y se volvió por donde había venido.

Para romper el preocupante silencio, Hairán preguntó al centurión Osterio:

—¿Hay algún problema?

—No lo sé, este es un lugar extraño. Me han dicho que es una guarnición especial y que hay que cuidarse de todos.

—¿Dependen de Damasco?

—Tampoco lo sé —susurró—. Son de nuestro ejército, pero por lo poco que he escuchado tengo la impresión de que han estado aislados aquí desde hace algún tiempo. Nunca he estado en un puesto avanzado como este.

Es posible que los hombres de guardia nos oyeran, pero tenían órdenes de no hablarnos y nuestras preguntas quedaron sin respuesta. Hacia el atardecer, un legionario vino y habló con los cuatro que nos vigilaban, luego se fueron todos juntos.

Todavía nos quedaba algo de comida y Pez tomó la iniciativa:

—Voy a ver dónde está el pozo y a amasar un poco de tierra para juntar las piedras del hogar.

Hairán se le sumó:

—¡Voy contigo a buscar un odre de agua para el rancho!

Osterio, lejos de tranquilizarse ante tantas novedades, me explicó, como si hablara consigo mismo:

—Estos legionarios están sirviendo bajo las reglas militares, ¡pero tengo la impresión de que están apartados de los generales del Mando!

—Como los fugitivos de Carras[34] —susurró Hicesio.

Los ojos del centurión se abrieron de par en par y una arruga surcó su ceño. Solo los dioses saben cuántas veces había escuchado el relato de la vergonzosa derrota de las tropas romanas.

—Después de que las legiones de Craso fueran derrotadas por los partos hace doce años —continuó Hicesio—, una o dos de ellas no regresaron del

campo de batalla. Se sabe que no fueron masacradas por los partos, pero se desconoce dónde acabaron.

—Griego, tú que lo sabes todo —le preguntó el centurión— ¿a qué distancia estamos de Carras?

—Habría que hacer algunos cálculos. Palmira está cerca de la frontera con las tierras de los partos, y no creo que Carras esté a más de 200 millas de Palmira. Pero se encuentra al otro lado del Éufrates, ese río que resultó ser una trampa para todos los ejércitos que quisieron cruzarlo.

—Se discutió mucho sobre esa batalla —asintió con la cabeza el centurión —. Se habló de ella durante años entre nosotros, los oficiales. Se dice que Craso intentó esquivar a los partos siguiendo los consejos de un traidor que se había infiltrado en su ejército. En cambio, Casio se retiró a Siria, ¡y salvó a dos legiones de la masacre!

—¿Crees, centurión, que estos son hombres que escaparon de esa carnicería?

El centurión, que aún dudaba, trazaba líneas en el suelo con un palo:

—No lo sé, pero me imagino que quedándonos aquí lo averiguaremos.

—¿Se habrían quedado escondidos aquí, solos, en Traconítide, durante todos estos años? —me aventuré.

Pez, que acababa de volver del pozo, se puso a amasar tierra y agua:

—En el pozo, hace poco, se me han acercado tres legionarios para preguntarme qué está pasando en Siria. No creo que hayan tenido noticias de ello en años. Es extraño, son soldados como nosotros, ¡pero parecen que han permanecido aislados del resto del ejército!

—¿Y tú que les has respondido?

—¡Yo no sé nada de lo que pasa en Siria, Quintilio! Yo cuido caballos y cuadrúpedos. ¡He visto que aquí tienen pozos, algún pequeño huerto, cabras y aves de corral! Tiene que haber también mujeres, quizás familias con niños.

—¡No tengo ni idea de dónde viene esta tropa! —concluyó el centurión Osterio—. ¡Para mí que estos de aquí ya no dependen de nadie! Tú, Quintilio, continúa con tu trabajo, tenemos una misión que cumplir y debes terminar lo que se te ha ordenado. Yo me encargaré del resto. ¡Mañana me presento ante su tribuno!

LOS DESERTORES

XXIX.

A pesar de todos los problemas que me habían acosado en las últimas semanas, de que me había arriesgado a morir de hambre y sed en el desierto y de que ahora era, *de facto*, prisionero, Judith había reavivado en mí ciertos instintos que llevaban demasiado tiempo adormecidos.

Las casuchas de piedra negra de la aldea sin nombre estaban, a veces, adosadas unas a otras, y en otras ocasiones, divididas por franjas de tierra en barbecho, o por algún huerto. Paseando por el pueblo me di cuenta, con asombro, de que no estaba estudiando la zona con el ojo del experto agrimensor que mide los caminos y los lugares adecuados para erigir fortificaciones: la estaba examinando con el ojo del amante que solo busca grupos de arbustos o algún otro refugio apto para escapar de miradas ajenas con la mujer que le da placer.

Cuando el centurión Osterio regresó de su reunión con el tribuno estábamos recogiendo nuestra chabola, nos habíamos convencido de que nos quedaríamos allí por un tiempo. Algo debía de ir mal, el centurión mantenía el ceño fruncido y se mostraba taciturno. Le vimos comer con desgana de su cuenco de sopa, preocupado e inseguro.

Estaba lleno de dudas cuando me confesó:

—Escucha, chupatintas, ¡hay algo que no me convence en este lugar!

Asentí, todos nos habíamos dado cuenta.

—He estado hablando con el tribuno. Es un tal Nigidio Otón, un oficial muy estricto, como los de antaño. Me ha interrogado durante un buen rato: cuántos éramos, qué hacíamos aquí. No le he dicho nada sobre nuestra misión, ya sabéis que debéis guardar silencio. Le dije que volvíamos de una patrulla y que tú, chupatintas, estás midiendo los caminos para mejorarlos. Al tribuno no le importa lo que tengamos que hacer y se ha expresado con pocas palabras: «*¡Aquí mando yo, y a partir de este momento tú estás a mis órdenes!*». ¡Ha sido categórico!

—Lo entiendo, centurión. Y esas órdenes… ¿qué se supone que tienes que hacer?

—De momento no puedo salir de la guarnición y debo asegurarme de que ninguno de vosotros se aleje demasiado. Pez y Hairán están a las órdenes de su centurión desde esta mañana, y creo que ya los ha puesto de guardia. A

Arrio aún le quedan unos días de descanso por la herida de la mano, luego también tendrá que hacer turnos de guardia.

—¿Le has explicado al tribuno que debemos volver a nuestro Mando en Jerusalem?

—Sí, se lo he dicho, pero no puedo presentar órdenes escritas y el tribuno no atiende a razones. Se ha negado a explicarme porqué. ¡Ahora estamos atrapados aquí!

Mientras estábamos escuchando al centurión, Pez y Hairán volvieron.

—Ya hemos ido a por nuestras consignas, empezaremos por la tarde. ¿Queda algo del rancho?

—Pero ¿cómo que si queda algo del rancho? ¿No estáis alojados en el cuartel?

—¿Qué cuartel? Aquí no hay ningún cuartel. También los demás legionarios viven en las casas de la aldea.

—No sé con qué nos hemos topado, ¡pero esto no es un puesto avanzado legionario! —exclamó el centurión.

—¡Hairán! Mañana debes informarte de la procedencia de este puesto avanzado y de la legión a la que pertenece.

—No hace falta que vaya a preguntarlo por ahí, centurión —respondió Pez con prontitud—. Ya sé de qué legión son: la XXXVIII, me lo ha dicho Demetrio, el legionario que me ha pasado las consignas.

—¿La XXXVIII? Es una de las legiones de César que servía en Siria, recuerdo que se juntó con lo que quedaba de las legiones de Pompeyo después de la batalla de Farsalia, hace cinco años[35].

—¡Todo está en regla, centurión! Incluso tienen un legado.

—¡Por supuesto que deben tener un oficial superior! Pero ¿te han explicado en qué consiste su servicio?

—Este puesto avanzado no tiene murallas. Los puestos de guardia se han erigido apilando rocas y poniendo un toldo encima, esteras de hojas de palmera entrelazadas para dar sombra. Desde los puestos es posible observar en la distancia si alguien se acerca. Hasta donde alcanza la vista solo hay rocas negras y alguna hondonada, esos amplios hoyos sin piedras donde los pastores locales pastan sus cabras en la mísera hierba que crece ahí. El legionario que me ha explicado las tareas, el tal Demetrio, se ha explayado en mostrarme lo que tengo que observar: básicamente tengo que vigilar el camino que hemos tomado para llegar hasta aquí.

—¿Y cuántos legionarios de servicio hay que se turnan para hacer guardia?

—Si he entendido bien, debe haber una docena de puestos que controlan todas las direcciones alrededor de la aldea.

—Pero ¿cuántos legionarios hay en toda la guarnición?

Respondió Hairán:

—Hay unos trescientos, más o menos cuatro centurias. Todos están perfectamente equipados y bajo un toldo de esteras he visto incluso algunas máquinas de asedio.

El centurión Osterio ya no sabía qué pensar.

Rebuscó durante un rato entre las brasas con un palo, y al final asintió con la cabeza:

—¡Estos hombres solo pueden ser desertores de la legión de Cecilio Baso! ¡Fue él quien fue sitiado en Apamea hace dos años con la legión XXXVIII! ¡Qué os apostáis a que no se entregaron, y se escondieron en este páramo donde jamás a nadie se les ocurriría buscarlos!

Ciertamente, la situación de esta unidad olvidada entre las rocas negras de Traconítide era peculiar, pero yo también tenía otras cosas en que pensar. Judith y yo estábamos siempre acompañados por nuestros compañeros y el centurión, y no teníamos libertad para hacer lo que quisiéramos: a veces le hacía alguna señal inocente, para que confiara que pronto conseguiríamos estar los dos solos.

En cambio, ella se había ingeniado una forma muy discreta de hacerme saber que me deseaba y que no podía esperar más: a veces, mientras preparaba el rancho o lo servía en la mesa con todos los demás a su alrededor, de pronto se distraía como si se hubiera acordado de algo sin importancia y me lanzaba una mirada de indiferencia, sin más; nadie hubiera podido imaginar que hubiera una razón o que tuviera algún significado.

Solo yo sabía que esa era su señal, y sabía exactamente que estaba pensando en nosotros dos, juntos, y al pensarlo se me retorcían las entrañas.

Nunca supimos cómo se nos había ocurrido esa extraña forma de comunicarnos. A veces los enamorados se lanzan guiños, sonrisas, miradas apenas perceptibles que no significaban mucho para los demás. Sin embargo, ella pasaba junto a mí con esas miradas ausentes, como si estuviese pensando en lo que iba a poner de cena. Pero esas miradas, solo en apariencia inocentes, en realidad tenían el poder de incendiarme.

Fue por una de aquellas miradas que nos encontramos detrás del seto de un huerto abandonado y, apresuradamente, nos quitamos unas ganas que ya

no podían esperar. Regresamos a la casucha llenos de arañazos y magulladuras, Judith con moratones en la espalda por las malditas y afiladas piedras negras que abundaban en Traconítide, y yo incluso con cortes en las rodillas.

Y fue por aquella espantosa incomodidad que me juré a mí mismo que aquella sería la última vez, y que pronto encontraría algún lugar cómodo donde podríamos tener un poco de intimidad.

En la aldea sin nombre, además de los legionarios vivían algunos pastores itureos, y con la ayuda del explorador Hairán, encontré a un joven dispuesto a estirar una piel de cabra curtida en un telar y a rasparla hasta convertirla en un pergamino. El resultado sería una piel sin grandes pretensiones, pero ahora que la misión había terminado no teníamos tiempo que perder. El joven me aseguró que me lo entregaría en un par de días.

Así que me puse manos a la obra, junto con el griego, para conseguir algo de tinta. No sabíamos en manos de quién acabaría nuestro mapa y la buena calidad de la tinta era necesaria para garantizar su conservación.

—Conozco una buena fórmula —dijo Hicesio—. Lo primero que tenemos que buscar es una planta de encina.

La encina no era corriente en Traconítide, donde no conseguía formar árboles altos, sino que generaba arbustos achaparrados cuyas bellotas se comían los animales o los pájaros. Pez había tenido la oportunidad de explorar el asentamiento más que nosotros, y nos mostró dónde podríamos encontrar un seto, al lado de una majada, formado de míseros arbustos de encina medio comidos por los animales.

—¿Recojo las hojas, Hicesio? —le pregunté.

—No, busca entre el follaje, necesitamos algunas agallas.

Yo no sabía qué eran las agallas y en cuanto el griego encontró una, me la enseñó: era una excrecencia parecida a una avellana, del tamaño de una uña, podrida por la presencia de un insecto:

—Estas son las agallas. Debemos encontrar al menos una docena de ellas.

Recogimos un buen puñado y luego fuimos en busca de una planta de nogal. Había una cerca de la cabaña de un legionario que, si bien sorprendido por nuestra petición, no tuvo inconveniente en dejarnos coger algunas raíces.

—Necesitamos otros ingredientes —me explicó el griego—, por ejemplo sal de hierro[36], pero dudo que se pueda encontrar aquí. Rascaremos el óxido

de los clavos viejos, solo necesitamos una tinta que escriba bien, no importa que no sea demasiado refinada.

Mientras tanto, habíamos regresado frente a nuestra vivienda temporal y mientras hablaba recogió del suelo, cerca de la puerta principal, algunos huesos de oveja, restos de alguna comida.

—En la olla de cobre coceremos los huesos, que luego tendremos que moler finamente. Las agallas y la raíz de nogal, en cambio, deben hervir durante medio día. Judith nos echará una mano.

XXX.

Al amanecer llegó un legionario con una orden inesperada:

—¡El tribuno Otón ordena que a la hora quinta se presente ante él el liberto Hicesio!

El centurión Osterio aguzó el oído:

—¿Por qué Hicesio precisamente? ¿Qué querrá el tribuno del griego, al que no conoce ni ha visto nunca?

—Los hombres hablan —respondió Pez—. Ninguno de nosotros se siente libre de no contestar a quien siente curiosidad por saber por qué un puñado de hombres como nosotros se mueve solitario por estas tierras infestadas de peligrosos asaltantes.

—Ya, ¡no es difícil reunir la hoja de servicio de lo que queda de nuestra destartalada unidad! Griego, tenemos que hablar del asunto antes de que vayas.

—Supongo que quieres que reúna información, centurión —se anticipó Hicesio.

—Por supuesto. Aún no sabemos dónde estamos. Debes decirle al tribuno lo menos posible sobre nuestra misión, ya sabes muy bien lo que le he contado: tal vez él no responda a tus preguntas, su actitud es evidente. Debes tratar de… de…

—Trataré de pensar qué es lo que no me dice, y por qué no me lo dice.

—¡Me has leído el pensamiento! El chupatintas irá contigo. Tal vez entre los dos entendáis algo más y, al fin y al cabo, tú estás a su servicio, creo.

El tribuno Otón nos esperaba en una estancia vacía de un edificio rústico levantado con piedras del lugar pegadas con tierra amasada con agua. Era el edificio más grande del pueblo: lo llamaban «*el palacio*», el equivalente al Mando Militar de un destacamento. El olor que se respiraba no dejaba lugar a dudas de que, en otros tiempos, se había utilizado como almacén de aceitunas, o puede que hubiera albergado una almazara.

El tribuno era un cuarentón alto y fornido, serio y con una expresión un tanto inquieta estampada en el rostro. Miraba al griego con curiosidad:

—¿Eres tú el erudito que acompaña a la expedición de los agrimensores?

—Soy el liberto Hicesio, al servicio del agrimensor del Cuerpo de Ingenieros, Fausto Quintilio, aquí presente —y yo también asentí con la cabeza.

—Bien… bien. He oído que tienes algunos hombres heridos contigo. ¿Cómo están?

—Gracias a los dioses están a punto de recuperarse completamente. El centurión Osterio recibió un golpe de refilón en la cabeza que, por pura casualidad, no le rompió el cráneo. Pudimos suturarlo, aunque debo decir que tuvimos que utilizar medios improvisados porque, desgraciadamente, no había ningún cirujano entre nosotros. El golpe que recibió fue tan violento que todavía tiene, de vez en cuando, la visión borrosa, aunque cabe esperar que se recupere por completo.

—Sí, bien, supongo. ¿Y el otro herido?

—El *optio* Arrio perdió dos dedos durante un enfrentamiento con unos bandidos que nos habían atacado, pero conseguimos cauterizar sus heridas y parece estar en vías de recuperación.

—Me alegro. Por lo que me ha dicho uno de los tuyos, gozas de fama de experto en muchas ciencias.

El griego no pudo ocultar una sonrisa de complacencia:

—Tribuno, trabajé durante veinte años con un distinguido arquitecto del que fui secretario y le serví en muchas obras para el Cuerpo de Ingenieros del Ejército, especialmente centuriaciones, carreteras y obras hidráulicas. Pero quizá mi fama sea inmerecida: al fin y al cabo, soy un amante de las letras y las artes y, cada vez que tengo la ocasión, dedico el tiempo que los dioses me conceden a leer obras literarias.

—Ah, ya veo. Creía que eras experto en algún arte médica.

—¡Ay!, no, tribuno. Eso no es lo mío, aunque he tenido que aprender muchas cosas relativas al cuerpo humano. ¿Tal vez pueda serte útil de alguna manera?

—Estoy buscando a alguien que pueda ayudarme con una persona enferma, un oficial de rango, además de un amigo. No sabemos de qué mal padece, pero tememos que le hayan envenenado.

—Envenenado… ¿una serpiente, tal vez?

—No, nada de eso. Creo que le han administrado, quizás en la comida o en el vino, algún veneno por el cual desde hace tres meses ha ido empeorando lentamente.

Hicesio asintió con la cabeza:

—Si bien no soy médico, es posible efectivamente que, a pesar del tiempo transcurrido, su cuerpo no se haya librado del veneno. Después de tres meses creo que hay que pensar en los daños causados por el veneno, cuyos efectos podrían ser progresivos, y matar lentamente.

El tribuno se levantó de su escritorio y dio unos pasos por la estancia, reflexionando. Por último, se detuvo frente a la ventana: una docena de legionarios entrenaban en un terreno desnudo, un patio de armas improvisado.

—Comprendo —respondió—, también habíamos llegado a la misma conclusión. ¿Qué sugieres hacer en este caso?

—A pesar de que ya ha pasado mucho tiempo, podríais buscar en una gran ciudad un especialista en la preparación de venenos. Muchas veces un boticario es capaz de reconocer, por los signos que presenta el enfermo, qué veneno se ha utilizado, y, a veces, conoce los remedios.

El tribuno guardó silencio tamborileando con un cálamo en la mesa, y luego cambió de tema:

—Podéis quedaros en la aldea con mis hombres. Los legionarios que estaban con vosotros ya han sido destinados a la guardia y sabéis que se os ha ordenado no salir. Esta región está llena de incógnitas, os meteríais en problemas innecesariamente, y no hace falta que os recuerde qué fin aguarda a los espías. Si me necesitáis, decídselo al centurión Vulsón, que actúa como mi ayudante.

La entrevista había terminado y no tuve la oportunidad de hacer ninguna de las muchas preguntas que tenía en la cabeza.

Poco después el griego y yo nos presentamos ante el centurión Osterio.

—No es posible equivocarse con las palabras del tribuno —explicó Hicesio—, aquí hay un oficial de alto rango, y solo puede ser ese legado al que se refirió ayer Pez. Ha sido envenenado; no sabemos nada más de momento, salvo que las relaciones entre esta guarnición y el resto de las tropas romanas en Siria parecen haberse interrumpido. Damasco no está lejos, y al ser un oficial importante lo normal sería que hubieran mandado a un médico cuanto antes, o que trasladaran al enfermo hasta allí. Si eso no ha ocurrido, significa que…

—¡Corta el rollo, griego! —cortó en seco el centurión con un amplio gesto de la mano—. ¡Estos son una pandilla de desertores escondidos en esta tierra de nadie para que no los encuentren! ¡No quieren hablar con el ejército porque enviarían tropas para exterminarlos!

En los días siguientes, Hicesio y yo nos pusimos a trabajar en el mapa. La piel era lo suficientemente grande como para dividirla en dos partes con una línea: dibujaríamos la ciudad por un lado, y la ruta caravanera con la ubicación de los pozos y sus características, por el otro.

Comenzamos calentando las hojas de papiro, aquellas en las que habíamos escrito con tinta invisible, en el fondo de una olla colocada sobre las brasas; conseguimos hacer reaparecer todos nuestros bocetos sin perder ni uno solo.

La tinta que habíamos preparado a partir de las agallas también dio buen resultado, y pudimos escribir minuciosas notas sobre las características de la región. El griego me ayudó y compartimos todo lo que recordábamos de nuestro desventurado viaje; Hairán también me echó una mano a situar en el mapa la ruta que habíamos seguido, e incluso marcamos la posición de la colina de los espectros con las horribles lápidas mirando al cielo. Las observaciones más importantes se traducían en breves frases escritas en el pergamino por la segura mano de Hicesio, unidas con un fino trazo de tinta al lugar al que se referían.

Cada cierto tiempo, el centurión Osterio se acercaba a vernos trabajar; su mirada inquieta no podía ocultar lo más mínimo su obsesión: que termináramos rápidamente la misión. Yo me callaba para no iniciar nuevas e inútiles polémicas.

Fue un período casi desprovisto de otros pensamientos. Judith era una amante complaciente, no solíamos perder el tiempo en cháchara y, por otra parte, yo no podía subestimar el hecho de que ya estaba en la treintena. Ella seguramente pensaba lo mismo, aunque quizás fuese algún año más joven.

Habíamos encontrado, en uno de aquellos pequeños cráteres que interrumpían el monótono desorden del negro suelo pedregoso de Traconítide, en las afueras de la aldea, un establo de invierno para ovejas que tenía al lado un diminuto granero hecho de ramas entrelazadas y cubierto con un techo de esteras de hojas de palma. La casucha estaba aparentemente vacía, aunque todavía había algo de heno en el suelo; probablemente se habían llevado las ovejas a pastar a algún otro cráter con más hierba.

Fue visto y no visto y nos apoderamos del lugar. En la cabaña donde estábamos con el resto de la tropa no podíamos aislarnos, pero en este pequeño granero no había nadie que nos molestara. Traje uno de los lienzos de tela encerados del ejército y, a nuestra manera, lo acondicionamos para que resultara cómodo y poder disfrutar en completa libertad.

Yo llevaba mucho tiempo sin una mujer, Judith se había dado cuenta de ello e hizo todo lo que pudo para que pudiera recuperar el tiempo perdido: era

una mujer que se había criado entre la gente del campo, sabía lo suficiente de la vida como para estar segura de que nadie nos devolvería lo que habíamos perdido en tantos años de soledad. Nadie la había tomado como esposa, pero sabía muy bien lo que quería y, desde luego, no le faltaba iniciativa.

En aquel granero hicimos lo mejor que pudimos: cuando veía que yo me distraía, imaginando que estaba pensando de nuevo en los sinsabores de la misión y los problemas con el mapa, se las arreglaba para excitarme de maneras que habrían resucitado a un muerto.

Otras veces, si notaba que el pensamiento me llevaba muy lejos, me decía: «*¿No puedes olvidar tus problemas durante un momento, Quintilio? ¡A ver, toca aquí! ¿Qué sientes?*». Y guiaba mi mano hasta su pecho o entre sus muslos.

Por lo general, se las arreglaba para conseguir que yo hiciera lo que ella quería y descubríamos en los placeres del sexo, en aquella desolada región, lo que la vida nos había negado en otros lugares.

Nos reuníamos en el granero abandonado todos los días. Normalmente íbamos por la tarde: bastaba con su mirada indiferente, desprovista de cualquier atisbo de complicidad, y yo comprendía lo que estaba pensando. Otras veces esa mirada, aparentemente inofensiva, me alcanzaba cuando aún estábamos comiendo y surgía alguna discusión acalorada sobre los legionarios, sobre los bandidos itureos o asuntos relacionados con Traconítide.

Al terminar de comer ella salía la primera, generalmente para ir al pozo, decía, a veces para ocuparse de algo fuera de la casucha.

Al cabo de un rato yo comentaba que iba a echar una cabezada, algo que nadie se creía después de fijarse en la ausencia de Judith y que daba lugar a chistes bastante pícaros que ella, con la mirada clavada en el suelo y completamente colorada, fingía no escuchar.

Pero en los asuntos serios, Judith se había hecho un hueco entre nosotros: después de ayudar a curar a Arrio y al centurión, nadie cuestionaba su habilidad y gozaba del respeto de todos al prepararnos la comida y comprender nuestras necesidades, como lo haría una auténtica ama de casa. También obtuvo cierta consideración por ser ahora considerada como mi mujer, y las bromas y chanzas nunca sobrepasaron lo debido.

Arrio le agradeció las numerosas curas realizadas en su mano, que podría haberse infectado de no haber recibido esos cuidados. Sabía que los legionarios morían a menudo por heridas mal curadas.

Un día, al anochecer, me encontré con el centurión Osterio en la puerta de nuestra chabola; miraba hacia el horizonte lejano, pero pude ver que estaba preocupado. Fue él el que comenzó a hablar:

—Quintilio, no has olvidado lo que tenemos que hacer, ¿verdad?

—¿Cómo podría olvidarlo, Osterio? ¿No ves que el griego y yo estamos todo el día encima de ese maldito mapa?

—¡A mí me parece que estás todo el día encima de esa dichosa mujer!

—Ya no falta mucho, en cuestión de poco tiempo el mapa estará terminado.

—Ya, ¡pues ese es el problema! El tribuno Otón no quiere que nos vayamos. Tendremos que encontrar alguna otra forma de salirnos con la nuestra.

—¡Nunca nos dejarán salir de aquí, Osterio! Esta gente tiene miedo de que enviemos al ejército para acabar con ellos.

—Estoy pensando en huir por la noche.

—No lo conseguiremos. ¿No te has dado cuenta de que tienen torres de señalización?

—Sí, lo sé, Arrio ha estado de guardia en una de esas torretas. También las usan para enviar señales a los centinelas que tienen apostados más adelante. Deben de tener centinelas desde las afueras de Traconítide. No pueden arriesgarse a que les sorprendan, ¡y mantienen toda la región controlada!

—Entonces no hay modo de huir.

—Puede que no, Quintilio, pero tendremos que intentarlo como sea, además teniendo en cuenta que el tribuno Otón es un oficial que sabe lo que se hace. En cuanto se percaten de que hemos huido, tratarán de atraparnos. Harán señales desde una de esas torretas e intentarán capturarnos antes de que salgamos de Traconítide. Cuando Cecilio Baso estaba al mando en Apamea, hace dos años, el ejército tuvo que enviar cinco legiones para desanidarlos. Saben hacer su trabajo, conocen bien estas tierras y nosotros somos pocos.

A la hora sexta Hicesio fue llamado a *palacio*.

No fui con él, esa tarde había salido con Judith a comprar huevos y terminamos el día retozando y holgazaneando en el granero.

El griego regresó tarde, cuando ya habíamos dado cuenta de nuestra frugal cena. Estaba muy nervioso y me hizo señas para que le siguiera. Me llevó bajo unos sicomoros que estaban justo al lado del huerto de la casa. No podía

mantener las manos quietas y antes de hablar echó un vistazo cuidadoso a su alrededor.

—Quintilio, me temo que nos esperan nuevos y graves problemas.

—¡No me cabe duda, Hicesio, de que esto aún no ha acabado! ¿Qué más te han dicho?

—He pasado todo el día con el tribuno Nigidio Otón. Es un oficial muy inteligente, y aunque razona de forma bastante esquemática como cualquier oficial, no le falta cierta inventiva.

—¿Y de qué habéis hablado? ¡Desde luego no de dípticos, supongo!

—Ya me has entendido, hay novedades graves. —Tomó aire antes de continuar—. El legado, el hombre que fue envenenado, no es otro que el General Cecilio Baso.

—El centurión nos habló de él, es aquel famoso general que se había rebelado contra César y que desapareció hace un par de años. Se dice por ahí que ha muerto.

—Pues no, no está muerto. Al menos, todavía no. Hace años intentó crear su propio reino independiente de nuestra república, dentro de Siria. Consiguió eliminar al gobernador legítimo, Sexto César, primo de nuestro César, designado por Roma. Ha corrompido a su legión, la XXXVIII de la que proceden estos hombres. Cecilio Baso es un hombre muy hábil, según dicen: se nombró a sí mismo pretor y aliándose con los jefes locales itureos, e incluso con los partos, puso en jaque a nuestro ejército.

—¿Tenía una legión? ¿Y qué fue de ella? ¡Aquí no hay más que unas pocas centurias!

—Déjame explicar, Quintilio, ya llegaré a eso. Cecilio Baso es el amo de Traconítide porque conoce y posee cada una de sus piedras gracias a los jefes de las tribus locales.

—¿Y ahora estamos en sus manos?

—Más o menos. En realidad, ya no puede mandar, está muy grave y se teme que pueda morir. Estamos en manos de sus fieles partidarios, tropas de élite que siguen contando con el apoyo incondicional de las tribus del desierto, incluidos itureos y nabateos de Palmira.

—Entonces estamos metidos en un buen lío. ¿Se lo has contado al centurión?

—No, aún no, antes quería hablar contigo porque he visto que últimamente has podido razonar con ese burdo oficial.

El griego se la guardaba por el maltrato que Osterio había infligido al desleal secretario Eleuterio.

—Hicesio, ya me has asustado bastante. ¿Qué posibilidades tenemos de salir de esta?

—Todavía no lo sé. Pero mañana tendré que volver a hablar con el tribuno Otón, y también estará presente su ayudante, el centurión Vulsón. También podrías venir tú, creo que tendremos que llegar a un acuerdo con ellos, algún tipo de arreglo que les convenga tanto a ellos como a nosotros. Mientras tanto, debemos tranquilizar al centurión Osterio, para que no cometa ninguna imprudencia. Estos legionarios son unos exaltados, mejor será no meterse con ellos.

—Te acompañaré encantado, pero ¿qué posibilidades tenemos de llegar a un acuerdo? ¡Si temen a nuestro ejército, nunca nos dejarán salir de aquí!

—Tendremos que hacer que comprendan por qué nos tenemos que ir. Contar con el consentimiento del tribuno Otón equivale a asegurarse la cooperación de los itureos de la región, y nosotros podríamos regresar al territorio de Roma sin más problemas. No tenemos otra opción. Si seguimos aquí prisioneros durante mucho tiempo, el ejército podría intervenir, y sin duda lo hará, tarde o temprano. Esta región será rastreada con minuciosidad y no tendremos a nadie que nos ayude a salvar el pellejo.

El complicado discurso del griego había suscitado en mí cierta inquietud, y cuando nos volvíamos para salir de nuestro escondite y regresar con los demás, vi al centurión observándonos con desconfianza.

Cuando pasé delante de él, tuve la prueba, por su mirada inquieta, de que había escuchado algo de nuestra charla. No pude ignorarle y le dije secamente:

—Osterio, ya sé lo que quieres decirme: ¡la misión es lo primero! ¡Mañana por la mañana iré a hablar con el tribuno para encontrar la manera de salir de aquí!

Su mirada rapaz no me sugirió nada bueno.

XXXI.

A la hora señalada nos presentamos, Hicesio y yo, en el «*palacio*». Esta vez observé con más detenimiento el destartalado edificio: no era una obra romana, tal vez había sido reacondicionado, no sin un esfuerzo considerable, para algún cabecilla de bandidos itureos antes de servir de comandancia para las tropas de Cecilio Baso.

El tribuno Otón y su ayudante, el centurión Vulsón, un cincuentón fornido con barba y cabello de donde ya asomaban unas cuantas canas, nos recibieron con modales afectados que, por muy cordiales que fueran, no podían engañar a nadie ya que éramos sus prisioneros. Hicesio, más que yo, intuyó por las miradas que se intercambiaban que algo iba mal.

Un ordenanza sirvió tazas con leche de cabra, y mientras los dos oficiales daban instrucciones a un legionario para los turnos de los centinelas, el griego encontró la manera de advertirme, susurrándome al oído:

—Ten cuidado, algo va mal, supongo que quieren pedirnos información.

En cuanto nos sentamos en la misma mesa, el tribuno no se anduvo por las ramas:

—Tu centurión me dijo que tienes que entregar unos dibujos al Mando Militar de Jerusalem.

—Es cierto, debo entregar a los oficiales del Cuerpo de Ingenieros un estudio del camino que desde Bostra conduce a Damasco, porque tarde o temprano debe comenzar la construcción de una carretera en condiciones para el tránsito de nuestras legiones. —Era lo que había acordado con el griego, e incluso habíamos invertido algo de tiempo haciendo inútiles garabatos en hojas de papiro que haríamos pasar por apuntes de nuestro trabajo, si fuera necesario.

—E imagino que nuestro ejército pretende reforzar su presencia en la parte oriental de Siria, una región que nunca perteneció realmente a Roma, por mucho que algunos oficiales se jacten de ello —razonó el tribuno—. Cierto es que el trabajo de mejora de una carretera no es algo que se realice de la noche a la mañana.

—Muchos tramos tendrán que construirse *ex novo*, sin duda llevará años, tribuno. Los agrimensores, somos los primeros en acudir y tomar medidas,

luego intervienen los hombres del Cuerpo de Ingenieros, y, finalmente, cuando se necesita la fuerza de muchos brazos, se recurre a los legionarios.

—Por supuesto, así se hizo en todas las provincias. Con tus dibujos, ¡los planes del Mando darán un paso adelante! —Le vi hacer una pelota con una hoja de papiro que había sobre la mesa. El centurión Vulsón escuchaba receloso y aún no había dicho ni una sola palabra.

—Cecilio Baso está mal —dijo por fin el tribuno—. Somos incapaces de curarlo. Ya nadie es capaz de curarlo. Algunos de nuestros hombres ya han pedido despedirse de él por última vez. Cecilio se alegra de ver a sus fieles partidarios, y no ha podido negárselo —e hizo una señal a Vulsón con dos dedos, cediéndole la palabra.

—Vosotros ya sois conscientes de lo complicada que es nuestra posición en esta árida tierra de nadie —el centurión Vulsón no era precisamente un orador y tuvo que reflexionar unos instantes antes de explicar su punto de vista—. Os encontráis aquí, con nosotros, estáis disfrutando de la seguridad que os ofrecen estos lugares aislados, y gracias a nosotros tenéis la protección de itureos y nabateos. Seguramente os habrán dicho, antes de emprender vuestra misión, que estas tierras pueden encerrar muchos peligros.

No comprendimos adónde quería llegar el centurión, e Hicesio le respondió amablemente:

—Centurión, te agradecemos que nos hayáis ayudado, y comprenderás que nuestro trabajo es un simple reconocimiento. El agrimensor es un civil y yo un liberto. Nuestros hombres, que perecieron durante el enfrentamiento con los bandidos que infestan la región, eran los mercenarios más baratos de Jerusalem.

—Sabemos perfectamente quiénes sois —le interrumpió el tribuno Otón —. Os vimos hace un mes cuando cruzasteis Traconítide, sabemos que recibisteis un grupo de esclavos y que fuisteis a la región de los nabateos por el camino de Palmira. Ahora bien, a nosotros no nos importa lo que fuisteis a hacer allí, ¡seguramente alguno de esos chanchullos en los que Marco Antonio siempre anda metido!

Aparentemente impasible, el griego palideció de pronto a mi lado y tal vez se me notó la nuez subiendo y bajando, por mucho que intentara reprimirme.

—¡Vuestros negocios carecen de cualquier interés para mí! —replicó el tribuno clavándonos la mirada—. ¡Tenemos otros asuntos que atender! Hace dos años, Cecilio Baso obtuvo el perdón del mismo Cayo Casio Longino. ¡Y públicamente! Cuando entregamos Apamea a las cinco legiones que César había enviado contra nosotros, ¡nadie osó tocarnos! Claro que una cosa es el

perdón y otra el olvido. Por eso encontraron el modo de envenenarlo. ¡Temen que tarde o temprano Cecilio salga de aquí y vuelva a dar de que hablar!

Permanecimos en silencio escuchando y finalmente me decidí a responder:

—Tribuno, te agradecemos tus explicaciones. No sabíamos nada de este asunto. ¡El nombre de Cecilio Baso lo escuché por primera vez cuando los pastores nos trajeron aquí!

El tribuno sonrió:

—Te creo, agrimensor, de haber querido venir aquí y comprobar cuántos hombres tiene Cecilio de su parte, jamás habrían enviado a un grupo de harapientos como el tuyo. Y para colmo, venís de Jerusalem, ¡enviados por esa panda de liantes y rufianes del Barís!

Incluso el centurión Vulsón se sonrió frente a nuestra ineptitud.

—¡Sé que sois espías! —se detuvo un instante para saborear los efectos de su revelación—. ¡No me habéis engañado ni un solo momento! Reconozco que sois muy hábiles en vuestro trabajo, ¡por mucho que os comportéis como verdaderos imbéciles! Los nabateos os buscan y aún no saben que estáis aquí. Me contaron que el día que partisteis de Palmira la mano derecha del rey, el noble Yarhay, fue asesinado. ¿Creíais que podríais saliros con la vuestra?

No necesitábamos más acicates para aumentar nuestros temores, pero Hicesio se dio cuenta de que había algo más y levantó el brazo tímidamente, con la mano extendida, como un criado pidiendo la palabra. El tribuno le hizo un gesto para que hablara.

—Nosotros os agradecemos la acogida que nos habéis dispensado y sabemos que os debemos eterna gratitud. No te hemos ocultado que fuimos enviados por los altos mandos de Jerusalem, y quizás tenéis razón, nuestra situación es difícil. Desde luego no menos que la vuestra, ya que lleváis dos años encerrados en este agujero desolado y no sabéis cómo salir de él.

Ensanché los ojos y desde debajo de la mesa le di una patada en la espinilla al griego, que estaba provocando innecesariamente al tribuno. Pero se hizo el tonto y continuó hablando:

—Pide directamente sin rodeos, tribuno, ¿cómo podemos ayudarte entonces?

—¡Lo ves, no me había equivocado! ¡Me gusta la gente que habla claro! —dijo haciéndole una señal de asentimiento al centurión—: Tus jefes saben que estamos aquí. No saben cuántos hombres tenemos, pero deduzco que no van a gastar tiempo ni hombres para dar caza a unas centurias, e incluso el hecho de que hayáis pasado por Traconítide me sugiere que no le quitamos el

sueño a nadie. La cuestión es que debo pensar en estos hombres. Cecilio Baso teme no triunfar en su batalla contra el veneno y me ha dado órdenes para asegurar que sus hombres no tengan que ser exterminados innecesariamente por haberle obedecido en su día. Son legionarios fieles y valerosos que han dado su palabra y cumplirán las órdenes hasta el último hombre, pero no hay razón para que deban morir de forma humillante e inútil luchando contra nuestras propias legiones.

—Lo entiendo, tribuno —asentí—. Si fallece vuestro comandante, no podéis, simplemente, entregaros a alguna legión para que os readmitan.

El centurión Vulsón fue rotundo:

—Nos separamos de la legión hace dos años. Cuando nuestros compañeros se rindieron y se pasaron a Cayo Casio Longino, nosotros seguimos a nuestro comandante, Cecilio Baso. La legión podría aceptar a buena parte de estos hombres, podrían hacerles jurar de nuevo, ¡pero nadie les salvaría de una *decimatio*[37]! Los oficiales, en cambio, no podríamos escapar a la pena de muerte porque nos considerarían desertores o traidores.

Mi cara debió delatarme: me sentí decepcionado porque seguía sin poder imaginar cómo el griego y yo podríamos serles útiles. El tribuno Otón intuyó mis dudas y continuó:

—Mis hombres son combatientes, y los combatientes siguen órdenes, no inventan nuevas estrategias. El único modo de evitar una *decimatio*, o algo peor, es marcharse de aquí y refugiarse en alguna de esas colonias situadas a las afueras de nuestras provincias orientales: allí los combatientes son bienvenidos. Sois hábiles espías y capaces de moveros pasando desapercibidos; ¡lo habéis demostrado burlando a los palmirenos! Ahora estáis a mis órdenes: ¡os daré hombres y me ayudaréis a encontrar el modo y el camino para irnos de Siria!

Hicesio y yo nos quedamos con los ojos de par en par, pero la idea del tribuno era tan absurda que no se nos ocurrió ninguna respuesta que darle.

XXXII.

El centurión, en cuanto escuchó nuestro relato de la reunión, estalló como una de esas ventiscas que siguen al bochorno de agosto.

Ni siquiera pudimos terminar de explicarle cómo estaban las cosas cuando empezó a gritar:

—¡Maldito sea el destino! ¿No bastaba con el imbécil de Bárico y esos traidores de mercenarios? ¿Ahora estos desertores también se interponen en nuestro camino?

Tuve que tirar de la confianza que no tenía para hacer frente a tan peligroso estallido de ira:

—Osterio, cuando te hayas calmado tendremos que pensar en cómo cumplir nuestra misión. Tenemos que llevarla a cabo, ¿no pretenderás que hayamos dibujado los mapas jugándonos el pellejo para nada?

—¡Nos iremos cuanto antes mejor! —estalló como una furia—. ¡No podemos seguir con estos desertores como si nada!

—Sin duda tienes razón, Osterio. Pero antes debemos elaborar un plan. Escucha atentamente cómo están las cosas, y luego hablaremos de qué nos conviene hacer.

Nos pusimos manos a la obra, Hicesio y yo, y al final, a altas horas de la noche el centurión pareció empezar a razonar:

—Pero ¿creéis que es posible hacer lo que piden? ¿Estudiar un recorrido para salir de las provincias de la república? ¿Y para ir a dónde, dicho sea de paso?

—Por lo que he entendido, el tribuno contempla ofrecer sus servicios a algunas de las antiguas colonias griegas en la costa del Ponto[38] —respondió Hicesio—. Es una expedición que no tiene ninguna posibilidad de éxito, no solo por los cientos y cientos de millas que hay que recorrer, sino también por las escarpadas cordilleras que hay que superar y las poblaciones hostiles que viven en esos lugares perdidos. Pero el principal obstáculo para ese viaje es que nadie, ni romanos ni bárbaros, verían con buenos ojos a soldados en armas cruzando sus tierras.

—Y te has olvidado de que son trescientos hombres que comen y beben: si esperan vivir de correrías sin el apoyo del ejército, desencadenarán

enfrentamientos por donde quiera que pasen. Salvo que tengan dinero para dar y repartir, pero no creo que las finanzas de los legionarios de Cecilio sean demasiado prósperas.

—Entonces, en vuestra opinión, si es una empresa inviable, ¿por qué quieren emprenderla? ¿Son imbéciles o qué?

—No son imbéciles, Osterio. Son tropas de élite, expertas en el combate, ¡pero nunca han intentado antes cruzar un territorio hostil! El tribuno Otón es un oficial que procede de las filas de una legión, es hábil entrenando a sus hombres para el combate, pero trasladar centurias armadas en distancias tan considerables, ¡es una labor muy distinta!

—Y, ¿no podríamos intentar explicárselo? ¿Y quitarnos de en medio?

Hicesio movió el dedo índice en el aire, como para indicar que tenía algo importante que decir:

—Se trata de soldados que siempre han puesto toda su confianza en su general, el tal Cecilio Baso. Nos han dicho que se está muriendo, me imagino que no le quedará mucho tiempo, y tanto los legionarios como los oficiales se enfrentan a opciones peligrosas y a hazañas completamente nuevas. Luego está la cuestión del aislamiento: durante dos años esta gente no ha hablado con nadie, ni siquiera saben lo que está sucediendo en el resto de la república. Creo que, de tanto hablar entre ellos, muchas cosas improbables han tomado apariencia de realidad.

—¡Eso es cierto, griego! —le interrumpió el centurión—. Ya he visto situaciones como esta: los que permanecen durante años en puestos avanzados en las fronteras de las provincias, especialmente en lugares inaccesibles y aislados del resto del mundo, ¡piensan de forma extraña! ¡Como si vivieran en una isla! Así que, en definitiva, ¿qué pensáis hacer?

Yo no tenía ni idea de cómo podríamos oponernos a las absurdas pretensiones del tribuno Otón, pero Hicesio se encargó de dar una respuesta tranquilizadora:

—Centurión, de momento debemos terminar nuestro mapa. Todavía quedan muchas cosas por transcribir que nos llevarán días. Considera por tanto que lo del tribuno, hasta ahora, solo ha sido teoría y mucha fantasía. La situación solo puede evolucionar tras la muerte de su jefe Cecilio Baso. Además, durante un tiempo nadie se atreverá a hacer nada en contra de estas centurias, porque significaría contradecir la palabra de Cayo Casio Longino que concedió el perdón a la legión XXXVIII y a Baso. Veamos qué ocurre.

—¡Correcto! Vosotros dos, ¡terminad de garabatear vuestros mapitas, que yo prepararé todo lo que vamos a necesitar para escabullirnos!

—Me temo que va a ser inútil, centurión —le señaló Hicesio con el mayor tacto posible.

—Será inútil para ti, griego, si eres un gallina por naturaleza, ¡que te conozco! ¿No querrás tú también ponerte a dar la lata, ahora?

—No, centurión. Todos queremos irnos y volver a Jerusalem, pero hasta que no lleguemos a un acuerdo con el tribuno Otón, intentar la fuga es una hazaña que se volverá contra nosotros. Ellos controlan a los bandidos itureos que viven en Traconítide, por eso no nos han puesto guardias. No hace falta.

—¡Han dado órdenes de matarnos! —nos interrumpió Hairán y se hizo el silencio. Y repitió, con calma—: Han dado órdenes de matarnos por ser espías si intentamos largarnos. Quien nos encuentre fuera del perímetro de los centinelas, ya sean legionarios o aliados itureos, tiene la orden de eliminarnos. Me he enterado esta mañana por uno de los legionarios.

Al día siguiente, el griego Hicesio y yo encontramos la tranquilidad adecuada para estudiar el modo de regresar a Jerusalem. Fuimos a meter la cabeza en el agua de un abrevadero para cabras, un objeto de mármol que quizá había sido el arca funeraria de algún ricachón.

Las abluciones de agua fría, como es consabido, estimulan los pensamientos más audaces, y fue allí donde llegué a una conclusión:

—Si no conseguimos escapar de la locura en la que quiere embarcarse el tribuno Otón, ¡esta vez sí que perderemos el pellejo!

—Aunque solo seas un agrimensor, es posible que tengas razón; por otra parte, estamos hablando de hazañas imposibles a lo largo de caminos, que son lo tuyo. El tribuno se apoya para esta descabellada idea en su centurión, ese Vulsón tan desagradable al que vería mejor atado a un remo o en una muela de molino.

—La experiencia en viajes de esos dos se limita a mover legiones cuando todo está ya organizado de antemano. No tienen ni idea de lo que supone abrirse paso por una carretera, esconderse de todo el mundo y encontrar comida y bebida, un arte que nosotros hemos perfeccionado, a nuestra costa, en los últimos años. ¿No sería posible apartarlos de esta idea, proponiéndoles, tal vez, alguna alternativa?

—Llevo toda la noche pensando en una posible alternativa, Quintilio. De algo estoy seguro: no podemos resolver su problema intentando trasladar a los trescientos que son, a otro lugar. Ni siquiera merece la pena enumerar todas las dificultades a las que nos enfrentaríamos y de las que tú y yo cargaríamos

la culpa. Te lo digo claro, porque debes saber que, aunque ya me acerco a los sesenta años, aún no me siento preparado para enfrentarme a la muerte. Cuando era joven estaba convencido de que a los cincuenta ya no me quedaría nada que hacer de lo que me gustaba y no lamentaría tenerme que ir. Pero, mientras tanto, he encontrado otras muchas cosas que me gustan.

—Hablando por hablar, Hicesio, y recordando todas las traiciones de las que nos hemos ido enterando en los últimos años, ¿no crees que sería posible que estos hombres se compraran la libertad con dinero?

—Puede que algunos oficiales puedan rehacer sus vidas fuera del ejército si tienen mucho dinero, pero los legionarios nunca lo conseguirían. Por otro lado, trescientos son demasiados, tendrían que dispersarse en ciudades distintas para no ser reconocibles. Y, además, a los legionarios los reconoces inmediatamente por lo que son. ¿Ves a alguno de estos hombres convertido en agricultor o quesero? Ni siquiera saben lo que es trabajar la tierra.

—Eso no es del todo cierto, Hicesio. Cuando los legionarios, al final de su servicio, reciben su *honesta missio,* a menudo reciben también un terreno y se adaptan a ser agricultores.

—¿Eso crees? Sé de muchos que se quedaron sin tierra y sin un sestercio en un par de años. Es típico de los que sirven en el ejército no pensar en el futuro.

—Ya… de vez en cuando se oye de alguien así y eso es lo que le pasó a Pacaciano, aquel mercenario nuestro. Mira, ¿y si pensamos en el lugar más cercano y menos concurrido donde puedan desaparecer?

—¿Otro lugar como Traconítide, Quintilio? ¿Unas tierras miserables que a Roma no le interesan lo más mínimo? Vivirían como aquí, en poco tiempo se convertirían en bandidos o se venderían como mercenarios. El ejército se vería obligado a intervenir para exterminarlos.

—¿Sabes si alguien ha intentado alguna vez trasladar a grupos de refugiados a grandes distancias?

—Sí, alguien lo intentó. Y fueron, precisamente, compatriotas míos, hace muchos años: diez mil hombres al servicio de un tal Jenofonte. Intentaron llegar a tierras que estaban bajo el control griego. Venían de Partia, donde habían sido contratados como mercenarios.

—Me parece que he oído hablar de esa historia.

—Tuvo una enorme resonancia, se habló de ello durante décadas, y su comandante, aquel Jenofonte del que te hablo, un hombre culto, llegó a escribir un libro sobre aquella extraordinaria hazaña para que no se perdiera

su recuerdo, porque muchos ni siquiera lo creían posible. Su obra se titula Anábasis.

—Sí, ¡la Anábasis! ¡Ya me acuerdo! Cuando era un crío, tenía un tutor que nos leía algunas páginas de vez en cuando. No era una historia muy bonita: ¡muertes por hambre, traiciones, soldados empalados! Te has explicado con creces, Hicesio, y das por seguro que nunca volveríamos vivos.

—Tendremos que buscar otra solución, porque por si no te habías dado cuenta, Quintilio, esta gente nos la ha jugado. Nunca nos dejarán ir. Si lográramos escapar, podríamos decirle al ejército cómo llegar hasta aquí para exterminarlos. A estas alturas hemos visto de sobra cómo se organizan —suspiró, mientras seguía cambiando de sitio a tres nueces en la mesa, como si jugara a *latrunculi*—. Tendremos que inventar una solución diferente, y creo que solo tenemos dos posibilidades: la primera es que encontremos la manera de que estos trescientos hombres vuelvan a formar parte de una legión, sin violencia ni ejecuciones.

—¿Y la segunda?

—La segunda es que nos compremos nuestra libertad con dinero. En la práctica, tendríamos que comprarnos a nosotros mismos.

—Pero… ¿con qué dinero?

—Quintilio, tú y yo somos riquísimos. A menudo lo olvidas, pero en el banco tenemos algo más de cien mil denarios, que es como decir cuatrocientos mil sestercios.

—Sí, pero sigue siendo dinero que circula en hojas de papiro o trozos de pergamino, no es como el oro.

—Conozco bien tu opinión sobre las notas de crédito, y me parece increíble que aún no haya podido convencerte de que son lo mismo.

No quería involucrarme una vez más, en aquella inútil discusión:

—¿Quieres comprar nuestra libertad usando unos trozos de apestoso pergamino?

—¿Por qué no? Si acabáramos perdiendo el pellejo en algún camino polvoriento de Oriente o muriéndonos de sed como nos arriesgamos a que nos pasara hace unas semanas, ¿cambiaría de algo si siguiéramos teniendo ese tesoro?

—No, griego. Y, de todos modos, para mí ese dinero escrito no vale como el *stipendium* que nos dan en el cuartel, el que está hecho de monedas. Pero desde luego, si podemos utilizarlo en nuestro beneficio, ¡entonces, gastémoslo!

Era tan evidente la imposibilidad de ayudar al tribuno Otón en sus fabulosos planes de traslado de las tropas que, para adelantarnos, enseguida empezamos a preparar nuestra huida.

Nos dividimos las tareas: Arrio y Hairán, con diversas excusas, registraron poco a poco el exterior del pueblo hasta el perímetro de los guardias, apuntando datos que traduje en un mapa con los caminos de entrada y salida además de todos los puestos de guardia.

Hairán me llamó la atención sobre las majadas que había en los alrededores, todas ellas de pastores itureos dispuestos a convertirse en bandidos o asaltantes, a los que podríamos considerar muy bien como enemigos desde el principio. Mientras tanto, el mapa que teníamos que entregar al Mando, el de Palmira, estaba completo: además del dibujo de la ruta caravanera y los pozos, había también un plano de la ciudad y los bordes estaban llenos de notas muy tupidas. Carecíamos de tinta de diferentes colores, pero desde el primer vistazo nadie podría dudar de la calidad del trabajo. Lo sellamos y lo cosimos en un envoltorio, también de pergamino, que lo protegería del agua.

El mismo día que cerramos el pliego, empezamos a dibujar en hojas nuevas las zonas que rodeaban el pueblo sin nombre y que estaban llenas de peligros para los que, como nosotros, intentaban salir de Traconítide.

Arrio mientras tanto empezaba a utilizar de nuevo la mano herida, en la que aún llevaba un guante de cuero que Judith le había cosido para proteger sus pequeños muñones. Practicaba con el *gladius* junto a Pez, pero el arma ya no se mantenía firme en su mano tras la pérdida de los dos dedos y de vez en cuando se le escapaba. A Pez se le ocurrió una idea: partiendo de una herradura y utilizando el hogar como fragua, formó una empuñadura que envolvía la mano de Arrio casi hasta la muñeca, consiguiendo un buen agarre incluso a pesar de su lesión.

Probaron una y otra vez durante todo un día antes de encontrar la forma exacta que debía tener aquella guarda, desmontando la empuñadura del *gladius* decenas de veces y aportando ligeras modificaciones, hasta que Arrio logró sujetar el arma con una confianza parecida a la que tenía antes.

El centurión Osterio, que al principio parecía desesperado por los nuevos obstáculos que dificultaban nuestro regreso a Jerusalem, pareció animarse al vernos trabajar en el plan de fuga. Le hicimos partícipe de todo lo que se nos iba ocurriendo, y no le ocultamos ninguna de las informaciones que conseguíamos. Parecía que nuestra conspiración lo había tranquilizado.

Discutí con Hicesio sobre sus extraños altibajos:

—¿Crees que el golpe en la cabeza, además de la vista, puede haberle dejado alguna secuela?

—Es posible, Quintilio. La cabeza del hombre está llena de esa sustancia gris que nadie sabe para qué sirve y que todo médico concienzudo se cuida mucho de no tratar, tanto que los que reciben heridas en la cabeza suelen morir. ¿Me lo preguntas por esas extrañas melancolías que lo embargan de vez en cuando?

—Sí, casi no lo reconozco. ¿Recuerdas el carácter que tenía cuando salimos del Barís? ¿Cómo despotricaba contra los dioses, mientras que a nosotros nos cubría de insultos? Esta mañana lo he visto incluso escuchando la cháchara de Judith.

El griego sonrió:

—Ha cumplido con su tarea, Quintilio, ese es su problema: ya no tiene nada útil que hacer, salvo ayudarte a volver a Jerusalem con el mapa. Ha sido traicionado por la tropa e incluso por su *optio*, ahora ni su rango ni su capacidad de mando sobre los hombres tienen ya ningún significado. Puede que no te hayas dado cuenta, pero ahora estás tú al mando de la expedición.

—¿Qué quieres decir, griego? ¿Qué novedad es esta?

—Para cada uno de nosotros, tomados de uno en uno, lo que importa es salvar el pellejo —sonrió—. Cada uno hará lo que pueda: los que hemos escapado del desierto de Palmira estamos unidos por un destino común. Pero si pensamos en nuestra misión y en cómo llevarla a cabo, la única persona importante eres tú. Tú tienes el mapa, tú estás en condiciones de dar explicaciones porque tú lo has dibujado a tu manera, en definitiva, tú eres la persona a la que el general Curvo espera en el Barís. El resto, ya no somos tan importantes.

Ese descubrimiento me dejó atónito, nunca había pensado en nuestra unidad, y en el regreso, en esos términos. El griego continuó:

—¿No te has dado cuenta de que antes de hacer nada, Arrio, Pez y Hairán vienen a preguntarte a ti si está bien?

No quise darles demasiada importancia a las palabras del griego; estar al frente de nuestro grupito de fugitivos me asustaba y lo corté en seco:

—Hicesio, procura no ir demasiado lejos con esa cháchara tuya. Contentémonos, por el momento, con que Judith guarde algo de comida siempre que pueda, y que cada uno de nosotros, turnándonos, vigile a Osterio sin llamar mucho la atención. ¡No me gustaría que hiciera alguna locura por su cuenta!

—¿Lo ves? Ya estás dando órdenes.

Pez prestaba servicio en un puesto no muy lejos del «*palacio*» y nos mantenía al tanto de los movimientos de los que iban y venían. Cuando, una decena de días después, informó de que a menudo se veían entrando y saliendo legionarios, nos imaginamos que Cecilio Baso, que estaba alojado allí, estuviera cada vez peor.

Aquel difícil día tenía que llegar y, finalmente, Hicesio, el centurión Osterio y yo nos encerramos en la casucha a ver si por fin podíamos tomar una decisión. Debíamos hablar de escapar, así que Arrio y Hairán se pusieron de guardia para que no viniera nadie a husmear.

—Hairán lo tiene muy claro —resumió Hicesio—. Conoce a esta gente y dice que se ha desarrollado una extraña relación entre los líderes de los itureos de la región que han estado conspirando junto con Cecilio Baso durante años y estos refugiados, o traidores si lo prefieres. Básicamente, los itureos colaboran con ellos, sus jefes tribales se aliaron con Cecilio Baso que, no debemos olvidarlo, incluso tuvo a los partos de su parte cuando hace dos años derrotó a Cayo Antistio Veto, enviado por César. A cada uno de los que viven en esta pobre región le llega una gota del dinero de estas centurias, y los pastores son sus ojos y oídos, desde Damasco hasta el desierto más allá del cual está Palmira. Toda Traconítide es su tierra y nosotros jamás podremos, mientras estemos en estas tierras, escondernos de ellos.

—¡Griego, cada vez que abres la boca, tu voz parece la del dios de la mala suerte! —gruñó Osterio.

—¿Y qué harías tú, centurión? —le pregunté sin rodeos.

—Aún no lo sé, solo digo que ¡no podemos quedarnos para siempre con estos traidores! Si nos encuentran con ellos también nos matarán, pero no es eso lo que nos tiene que preocupar ahora. Tenemos una tarea: completar nuestra misión rápidamente, ¡y tú has terminado el mapa! Ahora ese envoltorio debe llegar al general Curvo. ¡Y tendremos que asegurarnos de que así sea!

—Sí, eso lo entiendo, centurión, pero, en definitiva, ¿qué querrías hacer?

—Podríamos robar algunos caballos y salir a toda velocidad. Tal vez alguno de nosotros resulte herido en el camino, pero tú podrás seguir hasta Jerusalem. Arrio, Hairán, Pez y yo podemos abrirte camino si nos topamos con esos pastores. En una veintena de millas, estarías fuera de Traconítide.

—No es tan fácil, centurión —lo frenó Hicesio—. Esos pastores son asaltantes experimentados, ya sabes que no nos atacaron a la ida solo porque nos presentamos como un grupo armado con mercenarios como escolta.

Ahora se les ha ordenado matar a cualquiera que intente escapar de Traconítide, según dijo Hairán.

—¡Solo hay veinte millas para salir de esta cueva de ladrones! Con un solo caballo, Quintilio puede llegar en medio día, ¡y nosotros le cubriremos la retaguardia! —replicó el centurión.

Negué con la cabeza porque no me gustaba nada esa idea:

—Osterio, ¿no oíste cuando Hairán nos explicó que esos asaltantes se hacen señales entre ellos, con fuegos o con el reflejo del sol en las hojas de sus espadas? Me capturarían o matarían antes de poder salir de esta región y, sea como sea, somos pocos para intentar cualquier resistencia. La única posibilidad sería cruzar Traconítide sin ser observado.

—Quintilio, ¡tú también eres un gallina de civil como el griego! ¡Habrá que correr algún riesgo!

La discusión continuó hasta bien entrada la noche. El centurión Osterio no cedió ni un ápice de su posición, aunque sabía que estaba solo: nadie, ni Arrio ni ningún otro, le apoyaría en una fuga que no tenía ninguna posibilidad de éxito.

—¡Escribano de pacotilla! —fueron sus últimas palabras—. Os obligaré a cumplir las órdenes, ¡nunca me convenceréis a rendirme ante estos traidores y abandonar la misión!

XXXIII.

Periódicamente, o bien Hicesio o bien yo, a veces ambos, éramos llamados a presentarnos ante el tribuno Otón. A menudo presenciaba estos encuentros también su lugarteniente, el desconfiado centurión Vulsón. Las conversaciones solían ser aburridas y sin novedad, ya que el general Cecilio Baso seguía estando muy grave, o eso suponíamos.

Los dos oficiales, maniatados por la agobiante sombra de su caudillo, no podían encontrar la manera de desenredar la maraña, ni querían tomar iniciativas que hubieran parecido, no solo poco oportunas, sino también de mal augurio. Más de una vez, nos dejaron claro con vagas amenazas que estaban esperando a que encontráramos una solución para la reubicación de los hombres.

Éramos prisioneros. No teníamos guardias en la puerta, pero no habríamos podido llegar muy lejos sin que saltara la alarma.

Pasamos casi un mes en aquel extraño limbo, sin que nadie emprendiera nada que sirviera de algo o tuviera una buena idea.

Entonces, una mañana, Pez volvió antes de lo habitual.

—¡Debe haber ocurrido algo en el *palacio*! Todos los hombres se han reunido en silencio en el pequeño patio de armas que hay frente a la entrada. ¿Podría ser este un buen momento para largarnos?

No hacía falta mucha imaginación para adivinar lo qué había pasado. Hairán estaba con nosotros, en la casucha; le miré inquisitivamente y él respondió negando con la cabeza:

—No conseguiríamos alejarnos lo suficiente, y mucho menos salir de Traconítide. Están esperando a que el griego y tú hagáis lo que os han ordenado.

Hicesio negó con la cabeza:

—Me temo que el tiempo de las vacilaciones ha terminado.

Incluso el centurión guardó silencio.

Permanecimos en la casucha hasta la tarde; al caer el sol llegó un legionario con una orden:

—El tribuno Otón ordena que todos asistan a la solemne ceremonia fúnebre de mañana por la tarde.

—¿Habrá una pira?

—Sí, será un funeral militar.

En cuanto el legionario se marchó, Hicesio me dijo:

—Es cuestión de poco tiempo, luego el tribuno enviará a buscarnos. Tú y yo tendremos que convencerle de que su plan es inviable y hacerle otra propuesta.

Fue un funeral militar, similar a otros a los que había asistido en el pasado.

Se había construido una pira de la altura de un hombre con madera seleccionada y rescatada de la demolición de las máquinas de asedio, ya que Traconítide carece de árboles de valor. Cecilio Baso, ataviado con su armadura de alto oficial, fue colocado en lo alto de la pira y adornado con frondas verdes. Su rostro, singularmente pálido y esquelético, estaba ceñido con una corona de laurel.

Por primera vez los vi a todos juntos, los hombres alineados y los oficiales con sus armaduras. Los legionarios las llevaban relucientes, recién limpiadas con arena: el metal lanzaba siniestros destellos bajo el sol del atardecer, y aquel pequeño ejército, perfectamente conformado con hombres de aspecto decidido, no podía dejar de inspirar una especie de frío temor.

Eran soldados un poco diferentes de aquellos con los que había compartido el dormitorio o la cantina en el Barís de Jerusalem: estos, los que habían seguido a Cecilio Baso a su exilio voluntario en Traconítide eran, la mayoría de ellos, fanáticos, leales hasta la muerte a su jefe y dispuestos a cumplir cualquier orden.

Y fue justo durante la ceremonia cuando comprendí la razón por la que el ejército nunca podría olvidar a estas centurias de voluntarios: eran hombres valientes y peligrosos, impulsados por profundas convicciones y decididos a no rendirse. Pompeyanos convencidos, todavía podrían ser un problema serio para Roma.

El tribuno Otón se preparó para pronunciar un breve discurso ante las centurias desplegadas.

Llevaba una lorica de batalla en la que destacaban seis *phalerae* de metales de diferentes colores: bronce, plata y oro, seguramente ganadas en peligrosas gestas de guerra.

No era un gran orador y se presentó en el estrado, debidamente preparado, con una hoja que leyó con voz firme y que todos escucharon sin un solo susurro ni un chasquido de las armaduras.

La vida de nuestro caudillo, Cecilio Baso, ha terminado honorablemente, y me ha encargado que os dé su último mensaje, que he transcrito aquí para que sus palabras os lleguen sin faltas o errores de pronunciación.

«*¡Mis hombres son el capital que le quité a César y por el que nunca me perdonó!*».

Esto me lo dijo Cecilio hace unos días, pidiéndome que os lo repitiera.

«*Mi buena suerte se debe a estos hombres que no me abandonaron, ni siquiera cuando tuvimos que ceder ante la fuerza de las cinco legiones que lanzaron contra nosotros en Apamea. Pues bien, esa temible fuerza, como si César tuviera que declarar la guerra a los partos, da la medida del poder de mis hombres.*

»*Nadie podrá decir jamás que los voluntarios de Cecilio Baso se detuvieron ante nada, ni que se rindieron ante nadie.*

»*Recuérdale a cada uno de mis hombres que tienen mi eterno agradecimiento por la firmeza y el valor que siempre han mostrado en toda ocasión.*

»*¡Cuida de ellos!*».

El tribuno Otón dobló lentamente la hoja y recorrió con la mirada las filas de hombres desplegados; alguno tenía los ojos rojos. Con estudiada lentitud bajó del estrado, deteniéndose para hacer una señal a los hombres que sostenían las antorchas.

Cuando las primeras llamas se apoderaron del montón de leña seca, desenfundó su *gladius*, se lo mostró a la pira y todos los demás hicieron lo mismo mientras el grito de guerra sacudía la tierra.

Las llamas se apoderaron rápidamente de la pira, y el humo negro se elevó, girando en lentos remolinos en el aire quieto del atardecer.

El centurión Vulsón se había fijado en nosotros, a pesar de que habíamos asistido a la ceremonia permaneciendo detrás de los legionarios y, cuando las filas se rompieron, se nos acercó con paso decidido:

—Presentaos mañana por la mañana a la hora tercera en el *palacio,* habrá consejo.

En el *palacio* no había antecámaras, de hecho, no había nada, y nos dejaron en el patio esperando mientras los oficiales celebraban su consejo de guerra.

Seis guardias vigilaban el edificio y no podíamos ni siquiera acercarnos a fisgonear.

A la hora sexta nadie nos había invitado a entrar todavía; en cambio, Pez vino a ver cómo iban las cosas. Llevaba consigo un fardo, un trozo de tela anudado por las cuatro esquinas: Judith conseguía, de vez en cuando, encontrar algo de trigo y había hecho pan; junto con el pan encontramos también un trozo de queso.

A la hora séptima salieron del consejo una quincena de hombres, entre ellos centuriones, algún *optio* y otros oficiales, y tras una breve espera nos dejaron entrar.

El tribuno permitió que nos sentáramos en un banco, pero fue directamente al grano:

—Debemos pensar en nuestra gente. ¿Tenéis alguna propuesta para sacarnos de esta provincia?

Hicesio había transcrito algunos buenos argumentos en un trozo de papiro y empezó a exponer tranquilamente las enormes dificultades que entrañaba el traslado de centurias de hombres a través de zonas controladas por el ejército.

Vulsón, el ayudante del tribuno, escuchaba con la cabeza gacha.

Le dejaron hablar, a Hicesio, hasta que llegó al final de la primera de sus seis hojas; cuando intentó pasar la página, la mano del tribuno sujetó las hojas contra la mesa.

—Veo a dónde quieres llegar, griego, y me imagino lo que has escrito. Son cosas que sabemos. Otros antes que tú han tratado de disuadirme de iniciar esta aventura. Lo que pasa es que no tengo ninguna otra opción, ¿te ha quedado claro?

El griego permaneció mudo, con los ojos bien abiertos.

—Cuento con vosotros dos, a pesar del informe que queréis leerme. Habéis conseguido ir y volver de Palmira sin inconveniente. Nosotros somos combatientes de primera línea: vosotros, en cambio, estáis acostumbrados a ingeniároslas, a haceros pasar por otros, ¡y ese es un arte que nos vais a enseñar!

El discurso estaba tomando un feo cariz, así que decidí responder a los dos oficiales sin remilgos:

—Nuestra expedición fue preparada por el ejército. Si queréis ir y volver de Palmira disfrazados de mercaderes como hicimos nosotros, puede hacerse con una decena de hombres, tal vez juntos podríamos hacerlo de nuevo. Pero no es posible pensar en trasladar a trescientos hombres, recorriendo quinientas o seiscientas millas por provincias controladas por nuestro ejército. Alguien

ya lo intentó hace muchos años, la expedición del griego Jenofonte consiguió escapar de los partos y llegó al mar Euxino. Pero por entonces ¡no había un control tan escrupuloso sobre esas regiones como el de nuestro ejército!

Al tribuno se le escapó una sonrisa discreta cuando le apuntó a su centurión:

—¡Ya lo sabía yo, Vulsón, estos dos, bajo la apariencia de inocentes corderitos, son perros viejos!

—Quizá tengas razón, tribuno, o quizá estés exagerando nuestros méritos. Pero es cierto, hemos emprendido más de una expedición en territorio enemigo para hacer mapas para nuestro ejército. Precisamente por eso, podemos responderle con el conocimiento de que trescientos hombres nunca podrán pasar desapercibidos. Una decena de ellos podría, con un buen jefe al mando y mucho dinero a su disposición.

El tribuno se levantó de la mesa y se acercó a la ventana para observar en la distancia.

—Tengo pensado hacer algo así para los hombres que no pueden arriesgarse a ser capturados por el ejército, los oficiales, los suboficiales y alguno más. Pero también debo encontrar una solución para los legionarios. La noticia de la muerte de Cecilio no tardará en difundirse, y no estamos protegidos por el indulto de Cayo Casio Longino. Nuestro ejército nos considera traidores.

Hicesio decidió hablar:

—Tribuno, ¿tenéis oro o cosas de valor con vosotros?

—¿Propones comprar nuestro regreso al ejército?

—Es algo que valdría la pena tomar en consideración, ya que por lo visto debemos descartar las otras opciones.

—Lo habíamos pensado, pero supongo que se necesitaría mucho dinero porque tendríamos que sobornar a gente de alto nivel.

—Pero ¿todavía tienes a alguien con quien puedas hablar en algún mando? ¿En Damasco o en Cesarea?

—Sí, todavía tengo un par de colegas con los que combatí y que no me van a traicionar. ¿Se te ocurre a alguien que pueda actuar como mediador?

—Creo que no nos queda más remedio —replicó tranquilamente Hicesio, cambiando de posición por enésima vez a unas nueces que había cogido de una bandeja.

El tribuno, afectado por nuestras respuestas, que sabía proceder de alguien que conoce el arte de arreglárselas en tierra enemiga, era presa de la inseguridad. Tocó una campanilla de bronce y le mandó a su ordenanza, que

enseguida apareció por la puerta, que trajera bebidas. Pronto en la mesa tuvimos agua, leche de cabra e incluso una tinaja de vino.

—Griego, no somos capaces de reunir una cantidad razonable. Cuando salimos de Apamea no pudimos cargar gran cosa con nosotros, y llevamos dos años viviendo de esos fondos. Para algo como lo que estás pensando, se necesita una montaña de dinero.

—Eso es cierto, tribuno. Pero no solo eso: para conseguir que tus hombres vuelvan al ejército alguien tendrá que crear la oportunidad adecuada, por ejemplo, montar un simulacro y convencer a quien tenga manos en el asunto que necesita trescientos feroces legionarios perfectamente entrenados para moverse a su aire en estos páramos semidesérticos. Ni auxiliares ni hombres cedidos por otras legiones, sino hombres como los tuyos: exploradores. Habrá que inventarse alguna tarea de la nada.

Vulsón sonrió:

—En Siria, ¿quién no necesita a hombres? En todas partes hay tareas que llevar a cabo. ¡Cualquiera podría llevárselos, pero no queremos que sean diezmados o reciban cualquier otro castigo indigno por haber obedecido a Cecilio Baso!

—Déjalo hablar, Vulsón, el griego tiene algo en mente, y ahora nos lo explicará.

Lo habíamos hablado entre nosotros en infinidad de ocasiones, pero no me quedaba del todo claro hacia dónde quería conducirles Hicesio, ni qué quería hacerles creer. Tal vez tampoco tuviera un plan claro en mente. Pero conociéndolo bien, imaginé que estuviera pensando en algo que podría convenirnos. Y casi seguramente sería algo ilícito.

—¿Tenéis a alguien aquí que se ocupe de las cuentas de la unidad, un tesorero o algo por el estilo?

—Yo conozco las cuentas de la unidad, pero, claro está, tenemos a nuestro contable, Lactancio, que toma nota de los gastos hasta el último sestercio.

—¿Podría, si no es mucho pedir, hacerle alguna pregunta?

En la razonable petición del griego reconocí el tono apacible del preceptor que está a punto de introducir a ignorantes jovencitos en los enmarañados misterios de la aritmética.

XXXIV

—¿Va a llevar mucho tiempo? —fue lo primero que quiso saber Osterio en cuanto empezamos a explicarle lo que teníamos entre manos.

—No creo —le respondí—, pero tú, a partir de ahora, tendrás que vigilar que tengan todos muchísimo cuidado, que no se vayan de la lengua y sobre todo que nadie meta las narices en nuestra chabola. Pediré que Arrio y Pez sean trasladados aquí para hacer guardia y echarte una mano.

—¿Judith tampoco podrá entrar?

—Judith sí que podrá entrar, debe hacer la comida y además no sabe leer.

—Claro, ¡y luego tú te ocupas de mantenerla a raya, cómo no!

—Aquí dentro, vamos a tener que preparar algunas… cosas raras. Nadie debe saber en qué estamos trabajando.

—¿Tenéis que hacer alguno de vuestros chanchullos? ¿Algún montaje ficticio como el que hicisteis en Palmira?

—Puede que fueran montajes ficticios, Osterio, pero gracias a ellos pude cumplir la misión.

—¡No has cumplido nada, chupatintas! Por si no te habías dado cuenta estamos atrapados aquí, la misión terminará cuando el general Curvo tenga tu pergamino en la mano, ¡y me parece que aún estamos muy lejos de Jerusalem!

Estaba agotado del regateo que durante todos aquellos meses me había visto obligado a actuar con todo el mundo, oficiales, palmirenos, mercenarios… y esta vez, perdí los estribos:

—¡Maldito seas, centurión de letrina! ¿Es posible que no puedas entender que para llegar a Jerusalem primero debemos salir vivos de aquí? ¡Nunca conseguiremos irnos si ellos no nos dejan!

En ese instante entró Pez, y con los ojos como platos nos indicó con las palmas de las manos que bajáramos la voz:

—¡Hay soldados! ¡Os van a oír!

Continuamos discutiendo entre dientes, y el centurión terminó por mostrarme su enorme puño a tres dedos de la cara:

—¡Eres un inútil, un cantamañanas y se te va la fuerza por la boca! ¡Te lo has pensado un mes hasta para tirarte a esa media sierva que llevamos a cuestas!

Judith, al oír su nombre, pensó que lo mejor era poner tierra de por medio, y se retiró al huerto abandonado que había cerca de la chabola.

—¡Sin mí olvídate de tu misión, oficial de desfile! ¡Hasta tu *optio* te ha traicionado!

Herido en su orgullo, Osterio intentó darme un guantazo, pero ya sea por el golpe en la cabeza y lo poco que veía, o porque yo me lo esperaba, conseguí esquivarle y largarme.

Unas horas más tarde, ya de noche, cuando parecía que su malaleche se había calmado, Hicesio y yo pudimos dedicarnos a echar cuentas.

—Según Lactancio, estos fugitivos no pueden reunir más de cien mil denarios. Con el poco oro que tienen, tal vez lleguen a ciento cuarenta mil. Una cantidad ridícula para repartir entre trescientos hombres.

—Ya nos habían dicho que no pudieron llevarse casi nada de Apamea y que durante dos años han estado comprando comida de los itureos y las caravanas de paso.

—Ya lo sé, Quintilio. Pero vayamos por partes. En primer lugar, nos han pedido que nos ocupemos de que esa veintena de hombres que se dispersarán por Siria, Judea y otras provincias por cuenta propia, aquellos cuyos rostros son demasiado conocidos y no pueden reincorporarse a la legión, tengan lo suficiente para vivir o, al menos, dispongan de fondos suficientes para comenzar alguna actividad que los mantenga alejados de problemas. Un legionario que obtiene la *honesta missio* al final de su servicio se lleva unos veinte mil sestercios, veinte años de *stipendium*. Me parece justo que al menos se les compense con una suma similar.

—Veinte mil sestercios son cinco mil denarios… ¡casi todos los fondos del tribuno Otón se gastarán para estos hombres!

—Me temo que sí, Quintilio. Para sobornar a algún oficial y conseguir que los demás legionarios vuelvan a la tropa regular, no nos quedaría nada. Tendremos que inventarnos alguna operación financiera original —concluyó sonriendo y frotándose las manos con satisfacción.

—¡Maldita sea, griego!, ¡encima parece que lo disfrutas! ¿No piensas en los riesgos que corremos?

—No es casualidad si esta operación ha acabado en mis manos, estoy seguro. ¿Podría el destino haber encontrado a alguien más adecuado que yo, en esta provincia, perdida en los confines de la república?

La falsa modestia del griego no dejaba de sorprenderme y, como no me lo esperaba, ni siquiera fui capaz de recordarle cómo había resultado su anterior especulación, la de los lingotes de oro.

—Para resolver este enredado asunto, esta vez tendremos que pensar a lo grande, y tendremos que imaginar algo adecuado para financiar una empresa tan colosal como corrupta. Esto no es un asunto del nivel de un *argentarius*, es más bien algo que podría compararse con la caja de un procurador de provincia.

—Pero bueno, Hicesio, vamos al grano: ¿cuánto dinero crees que necesitaremos para sobornar a algún funcionario importante?

—Habrá muchos gastos en este trabajo. Los que acepten nuestro dinero, tendrán a su vez que comprar la ayuda y el silencio de sus subordinados, y para eso hará falta más dinero. No bastará con comprar a un tribuno, deberemos tener de nuestra parte por lo menos a un legado.

—¿Y entonces? ¿Cuánto podría costar?

—Supongo que no menos de dos millones de sestercios.

—¡Esa es una suma inmensa!

—No, Quintilio, este legado se quedará con la mitad, como mucho, el resto tendrá que repartirlo entre aquellos que le ayudarán a mantener oculto el chanchullo. Estas son las sumas que escuché una vez en Roma para servicios así.

—¿Y de dónde los vamos a sacar?

—Ese es el problema, pero como siempre planteaste la pregunta de forma, me atrevo a decir, un poco vulgar. Como un agrimensor. Pero, desde luego, no es eso de lo que debemos preocuparnos ahora.

—¡Ah!, ¿no?

Dos días más tarde, se celebró en el *palacio* otra reunión de la que el griego había denominado «Comisión para la reubicación de la tropa».

—Me parece bien lo que has pensado para los hombres que se irán por su cuenta —convino el tribuno Otón—. Les reconoceremos una equitativa *honesta missio* y será su deber reubicarse en algún lugar para vivir dentro de la ley. Sin embargo les obligaré a que se separen, a que no se agrupen, algo que podría llevarlos en breve a ofrecerse como mercenarios.

El centurión Vulsón asintió ante la sensatez de la propuesta.

—Ahora volvamos al punto de partida: ¿qué piensas ofrecer a los que nos van a ayudar, griego?

Vi al otro lado de la mesa una sonrisa irónica y mal disimulada en el rostro de Lactancio, el contable de la unidad, que conocía muy bien el precario estado financiero de la guarnición. Sin embargo, claro está, no

conocía a Hicesio tan bien como yo, y no podía imaginar de qué cosas era capaz.

—Verás, tribuno, me gustaría considerar el asunto, solo por un momento si me lo consientes, desde otra perspectiva: sería interesante tener una idea de las expectativas de quien nos vaya a ayudar en esta operación. Y otra cosa en la que debemos centrar nuestra atención es en lo que piensa hacer con la suma que va a recibir.

—¿Que qué hará con ese dinero, griego? ¡Pues hará lo que quiera! Una vez que le hayamos pagado, suponiendo que alguna vez podamos reunir una suma suficiente, no tendremos ninguna posibilidad de saber dónde acabará ese dinero.

—Pues es muy importante, tribuno. ¿Tendrá pagar de inmediato a las otras personas que le ayuden? ¿O quizás ese dinero acabe en un cofre junto con otras riquezas?

—Tal y como me lo planteas, ¡supongo que le quieres pagar mediante algún engaño! —exclamó el centurión Vulsón, con gesto apagado—. Cuidado, griego, ¡que nos estamos jugando la vida de mis hombres!

—Vulsón, déjale que siga —intervino el tribuno—. Planea algo, y a mí me interesa saber qué nos va a contar ahora. ¡Si a estos dos aún no les han cortado la cabeza, es porque no son, precisamente, unos aprendices en este tipo de chanchullos!

Hicesio no se inmutó lo más mínimo ante tales insinuaciones y continuó impertérrito:

—Es importante que podamos fundamentar sobre el recorrido que tomará el capital: en resumidas cuentas, dónde acabarán el oro o los sestercios.

El tribuno se tomó unos instantes para sopesar la respuesta:

—Estamos todos juntos en esto, ¡y ni siquiera vosotros dos podréis escapar si algo sale mal! Por lo tanto, creo que puedo fiarme de vosotros, y os confesaré que tengo un amigo con el que me he carteado durante estos dos años. Está de servicio en Tiro y podremos reunirnos con él. A través de él espero que me presenten a un legado, pues solo un alto oficial puede aceptar nuevas tropas.

—¿Sabes si este legado es muy rico?

—Sé quién es el legado, viene de una familia noble, y es rico. Seguramente tendrá que compartirlo con sus oficiales, pero no creo que tenga que gastar ese dinero de inmediato.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta, cuarenta y cinco a lo sumo. Sin embargo, ahora que te he contestado, quiero que te des cuenta de que, si hubiera repercusiones, nuestros hombres ya estarán en sus manos. ¿Cómo piensas evitar que corran algún riesgo?

—Tribuno, has comprendido que necesitamos dos millones de sestercios, y no los tenemos. Puede que nunca consigamos reunirlos. Y te preocupas, con razón, de que no se produzca ninguna venganza contra tus hombres.

El tribuno y el centurión asintieron, serios y con el ceño fruncido.

—La premisa es que necesitaremos una cantidad nada despreciable de dinero contante y sonante, oro o plata, para hilvanar la operación. Mejor, oro anónimo. Sin eso, difícilmente podremos superar la primera fase de las negociaciones. En cuanto a tus hombres, imagino que puede presentarse una situación especial. —El griego tomó aire, recorrió la sala con la mirada como si buscara alguna señal, y por fin se explicó—: Ponte, por un momento, en la piel de un oficial que ha recibido un montón de sestercios por esta operación que, en definitiva, no le cuesta ningún esfuerzo y le permite adquirir hombres experimentados como consumados exploradores. Este oficial recibe parte de su recompensa en oro contante y sonante y el resto, de alguna otra manera.

—¿Una promesa de pago?

—Algo por el estilo. El ejército siempre ha distribuido diplomas que, a su debido tiempo, se convertían en dinero. Incluso César lo hizo cuando celebró los triunfos.

—Sí, César lo hizo, pero era César, y nosotros no lo somos. ¡Ese oficial se pondrá furioso en cuanto se dé cuenta de que le han engañado!

—Si ha transcurrido mucho tiempo desde que cobró, y tal vez dilapidó, la cantidad de oro que le dimos, su furia será menor.

—No entiendo…

—¡Pues yo lo he entendido muy bien! —asintió el centurión Vulsón, un hombre de más edad y buen conocedor de los defectos de los militares—. Otón, si ese oficial ya se ha gastado la primera parte de lo que quería, y es un dinero caído del cielo, ¿con quién quieres que se meta, después de un año o más?

—Vulsón, ¿qué estás diciendo? ¡Tendrá a nuestros hombres en sus manos!

—Piénsalo un instante, Otón. Lo que está diciendo el griego es que nadie puede quejarse de que ha recibido oro ilícito de unos traidores, ni siquiera cuando aún le queda una parte por cobrar. ¡Se estaría jugando la decapitación!

A Hicesio se le escapó una mesurada sonrisa de preceptor.

—Debemos pensar mejor en lo que queremos hacer —negó con la cabeza el tribuno, aún escéptico—. ¡Cuando nuestros hombres se hayan entregado, el asunto ya no estará en nuestras manos!

—Quedaría algo por aclarar, tribuno —intervine—. En los últimos días hemos hablado mucho, Hicesio y yo, de los riesgos que correrán tus hombres. Hemos llegado a la conclusión de que es necesario crear en el ejército la necesidad de un cuerpo de exploradores capaz de moverse por los confines de la provincia.

—Hay una necesidad constante de exploradores en las áreas fronterizas —respondió Vulsón—. Ya os dije que ¡nunca tienen suficientes hombres!

—Eso es también lo que nosotros pensamos. Los hombres experimentados valen mucho para el ejército, y si hubiera alguna emergencia y de pronto necesitara más exploradores en zonas desérticas, a nadie se le ocurriría iniciar una *decimatio* u otro castigo, para no arriesgarse a una sublevación de sus compañeros.

—Bastaría con un escueto informe de las zonas fronterizas —susurró Hicesio, que ya había empezado a guardar sus papeles para marcharse—. Algo que hable de rearmes de los itureos o de los palmirenos. Quizás bastaría con el avistamiento de un resplandor metálico al otro lado del Éufrates. Ahora que lo pienso, creo recordar haber oído hablar de algunos disturbios en aquellas tierras…

El tribuno Otón y el centurión Vulsón abrieron los ojos de par en par, y un instante después se les escapó una sonrisa.

XXXV.

Cuando nos dirigimos a Tiro, tuvimos al *optio* Colatino y dos legionarios de aspecto poco tranquilizador siempre detrás de nosotros. Para *protegernos*, había explicado el centurión Vulsón.

Entramos en la ciudad a pie, llevando los caballos por las riendas, como es costumbre cuando se atraviesan las puertas de cualquier ciudad. Estábamos sucios, después de haber recorrido cien polvorientas millas. Mostré el grasiento papiro del permiso de viaje que el centurión Osterio había sellado para mí cinco días antes, pero los guardias no nos dedicaron ni una mirada y, justo al otro lado de las murallas, nos colamos en la primera taberna dispuestos a comer, para variar, como es debido.

Fue allí donde Hicesio consiguió enfurecer al tribuno, cuando le explicó ciertos detalles de la operación que se había guardado para el final.

—¿Quieres garantías de mi parte? Griego, ¿te has vuelto loco? —estalló el tribuno Otón cuando aún estábamos sentados en la mesa de la equívoca taberna. El posadero se volvió al oír que se alzaban voces, temiendo que estuviera a punto de estallar una trifulca entre clientes. Quizá estuvo reconsiderando su decisión: imaginando que éramos ignorantes viajeros, nos había dado permiso para dormir en el rústico establo detrás de la taberna.

—Es necesario para lo que tenemos que hacer, tribuno —se apresuró a susurrarle en voz baja.

Hicesio me había confiado durante el viaje que la labor de persuasión del tribuno Otón podía encerrar dificultades, y que estaba aplicando la regla que se utilizaba para los medicamentos potentes: su administración en pequeñas dosis.

Ahora había llegado al toque final: todos los grandes médicos de la antigüedad, así estaba escrito en sus libros, al menos en los que él recordaba, sugerían administrar al paciente los fármacos peligrosos solo en el último momento, cuando el moribundo ya no es capaz de sopesar la eficacia de la medicina. Algo muy útil, se había esforzado en explicarme, también para disimular cualquier posible error por parte del médico.

—Tribuno, supongo que ya tienes bien claro que nunca podremos reunir la desorbitada cantidad de dinero que necesitas solo con palabras —dijo un sosegado Hicesio.

—¡Por supuesto, no hemos hablado de otra cosa estos días! Pero ¿qué debo garantizarte?

—Me dijiste que provienes de una familia rica. Si quieres obtener este préstamo tendrás que darnos algo como garantía.

—¿Un préstamo? ¿Qué préstamo?

—El préstamo que debe representar la parte monetaria del rescate de tus hombres: las monedas de oro, para decirlo claro. La parte de papel que constituirá el resto de la cantidad necesaria para completar la operación se encontrará de otra manera. Ya te expliqué en los últimos días de este largo viaje a Tiro que era esencial, precisamente, para conseguir el oro necesario para iniciar esta difícil negociación.

El centurión Vulsón que entretanto estaba escuchando, vestido como nosotros, con los harapos típicos de los que viajan por esas calurosas regiones, se sacudió la túnica levantando un poco de polvo: se negaba a entender los inasequibles planteamientos del griego.

—¡Nunca me hablaste de un préstamo! —repuso el tribuno, añadiendo con un susurro que solo nosotros pudimos oír—: ¿Y dónde piensas encontrar a un imbécil que me fiara a mí, un oficial buscado por el ejército, dinero?

—Soy yo quien te prestará ese dinero, tribuno. Me firmarás una carta en la que reconoces que me debes cien mil denarios, y yo me encargaré de que esa suma te sea entregada dentro de unos días. Estamos aquí, precisamente, para llevar a cabo las gestiones necesarias con el *argentarius*.

—¿Tú tienes cien mil denarios?

—Puedo conseguirlos, tribuno.

Otón se quedó boquiabierto, pero para entonces los últimos clientes también se habían marchado y una vieja se puso a barrer el suelo de tierra para limpiarlo de restos de comida, huesos y otras inmundicias, mientras un par de perros callejeros se acercaban, audaces, a comprobar si había algo apropiado para saciar su hambre.

Nos retiramos al establo donde, además de nosotros y nuestros caballos, había un par de asnos. Hicesio sacó de su bolsa una tabla encerada de generosas dimensiones y, con el tono de quien está a punto de desvelar los misterios de la geometría a un jovenzuelo ignorante, se ensañó con el tribuno con su última y decisiva sorpresa:

—Ahora le describiré, lo mejor que pueda, las cuentas de su unidad, y podrá ver sin sombra de duda, cuán justo, además de inevitable, es mi razonamiento.

Estilo en mano, estiró el cuello para comprobar que no había fisgones alrededor y se puso a marcar números sobre la cera, aprovechando la última claridad del crepúsculo:

—Tus necesidades, tribuno, son estas: medio millón de denarios para su ignaro legado, que se enriquecerá sin hacer ningún esfuerzo. Luego necesitas ciento veinte mil denarios para conceder a tus hombres que no pueden presentarse ante la legión, una *honesta missio* razonable.

El tribuno asintió mientras el centurión Vulsón, que se había arrimado, le advertía:

—¡Nuestros hombres deben tener dinero contante y sonante, nada de trampas o palabrería!

—Y así será, centurión. Pero en cuanto a las cuentas de la unidad, el tribuno necesita, al final, seiscientos veinte mil denarios, o lo que es lo mismo, dos millones cuatrocientos ochenta mil sestercios.

El tribuno asintió e Hicesio continuó:

—Para completar la operación ya tenemos ciento dos mil denarios, como nos ha recordado vuestro incorruptible contable Lactancio, y el equivalente de treinta y cinco mil denarios en oro y plata que trajisteis de Apamea.

Hizo un rápido cálculo en la tablilla encerada y concluyó:

—Faltan cuatrocientos ochenta y tres mil denarios. Supliremos esta carencia con cien mil denarios que me pedirás prestados y que te comprometes a devolverme, con los intereses habituales entre los *argentarius*…

—¿Un interés?

—Por supuesto, tribuno, su uso es generalizado. Este servicio te costará cuatro sestercios y medio por cada diez que te preste. Sin embargo, aún faltan trescientos ochenta y tres mil denarios. Y los conseguiremos con… bueno, tendré que explicártelo con detalle más adelante, porque es una operación muy complicada. ¿He sido claro?

—No, ¡no has sido nada claro! —exclamó el tribuno, nervioso, negando con la cabeza—. ¡Tengo la impresión de que estás jugando con fuego! ¡Y ni siquiera es la primera vez!

—Soy consciente de que la operación presenta cierta complejidad financiera. Pero lo que importa es que te quede claro, tribuno, que cuando terminemos la reunión para la que hemos venido a Tiro, dispondrás de tus ciento dos mil denarios, más tus treinta y cinco mil denarios, más mis cien mil denarios. En total, doscientos treinta y siete mil denarios, de los cuales utilizarás ciento veinte mil para dar la *honesta missio* a tus hombres. Todavía

te quedarán ciento diecisiete mil denarios en oro para discutir con el legado el regreso de tus hombres a la legión. Repito: en oro —y mientras hablaba, tamborileaba con su cálamo sobre la tablilla encerada que contenía la verdad incontrovertible.

La oscuridad cayó de manera providencial para confundir las cuentas y las explicaciones terminaron, finalmente.

La ciudad de Tiro estaba en manos de nuestro ejército y las patrullas militares vigilaban los edificios importantes del centro de la ciudad. Pero estábamos lo suficientemente sucios y malolientes como para mezclarnos con los lugareños y evitando las calles abiertas, donde nos arriesgábamos a encontrarnos con alguna ronda, nos escabullimos por ciertos callejones estrechos cuyo pavimento de bloques de mármol se había alisado con el paso de millones de pies. Allí empezamos a preguntar por el *argentarius* Jacob.

Un chavalín de la zona se prestó a guiarnos por el laberinto y, al final, nos plantamos ante los tres escalones que conducían a la anónima puerta de madera de una vivienda.

—Es el decano de los *argentarii* judíos de Tiro —le explicó Hicesio al centurión Vulsón que no dejaba de mirar a su alrededor.

—¿Estáis buscando a mi abuelo? —preguntó un joven de dieciséis o diecisiete años que se había asomado a la puerta.

—Soy Hicesio de Thessalonica, me manda el *argentarius* Aquísar de Jerusalem.

Nos hizo pasar a una minúscula estancia con un banco donde hubieran podido sentarse como mucho dos personas pero, al cabo de unos instantes, vimos un brazo salir por una puerta para indicarnos que siguiéramos adelante.

Un hombre mayor, seguramente de más de setenta años, con barba y cabello blanquecinos, estaba sentado al otro lado de un mostrador de *argentarius*, defendido por listones de madera cruzados para evitar que algún cliente aprovechara un instante de distracción y alargara la mano.

—He oído que os manda mi colega Aquísar.

—Sí, es amigo mío desde hace mucho tiempo. Me habló de tu banco y me dijo que eres el decano de los *argentarii* judíos de Tiro, y ahora que me encuentro en tu hermosa ciudad he pensado en venir a visitarte para realizar un interesante negocio que te permita obtener un justo beneficio.

—Tú eres griego, ¿eh? ¿Y te dijeron que yo era el decano? Es cierto, ¡pero con gusto cambiaría este puesto inútil por algún año menos! ¿Qué haces

en Tiro?

—El comercio me obliga a viajar e ir donde la adquisición de mercancías es más favorable.

—¿Y estos son tus socios?

—Sí, Jacob. Debes disculparnos si nos presentamos ante ti mal vestidos, pero el viaje que hemos realizado ha sido largo y difícil, y aún no hemos tenido tiempo de adquirir ropa nueva, más acorde con nuestro rango.

—Lo entiendo, griego. Que sepas que soy ya viejo, y que he aprendido a no juzgar a los que se acercan a mi mostrador por la ropa que visten. ¿En qué puedo servirte?

—Te lo explicaré en un instante: junto a estos colegas míos, tengo que realizar una importante adquisición para la que no he podido acordar el pago mediante notas de crédito, como es habitual entre *argentarii* cuando se trata de grandes cantidades. Necesito que me prestes el equivalente, en moneda de oro, a cuatrocientos mil sestercios.

—Entiendo, griego. Es una cantidad importante. ¿Lo tienen depositado en un *argentarius* al que pueda dirigirme?

—Por supuesto. Pero no es un capital depositado aquí, en Siria. Te he preparado una carta con la que el *argentarius* Aquísar de Jerusalem, al que seguramente conoces muy bien, actuará como garante.

—Sí, conozco a Aquísar, no tendré ninguna dificultad en pedirle una garantía en tu nombre. Desde luego, la cantidad es elevada, y además quieres oro, convendrás en que es necesario pagar nuestros gastos.

—No dudé ni un momento de que tu trabajo debe ser remunerado, como es costumbre. ¿Cuánto pides por este servicio?

—Bueno, lo primero habrá que ver qué responde Aquísar, porque si hay cualquier duda sobre la operación no podré entregarte ni un sestercio. Si todo va bien, te pediré dos sestercios y dos ases de comisión por cada cien. Este cambio te costará, por tanto, mil sestercios. Es posible que haya otros pequeños gastos que asumir, como el de los mensajeros o el de los artesanos que trabajan el oro. ¿Está bien para ti?

—El precio que tú me propones merece ser discutido más a fondo, pero comprendo que estás negociando conmigo y que hasta ahora soy para ti un desconocido, además te estoy pidiendo oro fino. ¿Cuánto tiempo necesitas para darme una respuesta?

—Déjame ver la carta.

Hicesio le entregó una hoja de papiro doblada en cuatro, el anciano *argentarius* la abrió y comenzó a leer.

El argentarius Hicesio de Tesalónica
saluda al argentarius Aquísar de Jerusalem.

Estimado colega, me encuentro en la ciudad de Tiro para una importante transacción por la que debo pagar la suma de cien mil denarios. He recurrido a nuestro estimado colega Jacob, que trabaja en esta ciudad, el que tú me dijiste que conoces bien.

Como bien sabes, la suma en cuestión está disponible en mi banco de Thessalonica, en Macedonia, y como fiador de esta también puede actuar tu sobrino Ahran, que ejerce la misma profesión que nosotros en Roma.

Por medio de esta carta me comprometo a pagarle a él, en Roma, dentro de seis meses a partir de hoy, los cien mil denarios en cuestión, incrementados por la comisión en uso, para lo cual te pido que le des una garantía a nuestro colega Jacobo de Tiro, quien me los adelantará.

La transacción que estoy tratando es de la máxima importancia, y te pido que respondas con prontitud a nuestro colega que te transmite esta carta en mi nombre.

Tu colega y amigo Hicesio de Thessalonica te envía saludos, desde Tiro, VI ad Id Iul DCCXI[39]

—Entonces, ¿también eres un *argentarius*?

—Sí, me inscribí hace unos años en el *collegium* de Rávena, Italia. Pero mi banco, como has leído, se halla en Thessalonica, Macedonia. Sin embargo, también disfruto de un discreto crédito en Judea.

—Tardaré no menos de veinte días en obtener la respuesta, mi querido colega. Y, además, estamos hablando de un talento[40] de oro fino, deberás tener un poco de paciencia. Pero hay muchos *argentarii* en Tiro, y lo conseguiremos. Me llevará unos días más. ¿Lo necesitas en monedas o en lingotes?

—Casi todo monetizado. Dracmas griegas o áureos romanos, estateros o moneda parta.

—Es una buena elección, no tendremos costes de fundición ni pérdidas debidas al proceso de elaboración.

—Una pequeña parte, el equivalente aproximado a doscientos cincuenta áureos romanos, tendrá que ser fundida en un solo lingote.

—¡Difícilmente encontrarás a alguien que pueda cambiarlo por otra moneda!

—Lo sé, pero se requiere para la transacción que nos ha traído aquí.

—Lo entiendo. Voy a retener tu carta y me pondré en contacto con nuestro colega de Jerusalem. ¿Cómo podemos comunicarnos?

—No sé si podré recoger la mercancía en persona, es más probable que venga este colega mío, que se llama Aulo Vulsón —Hicesio empujó al centurión ante el mostrador del *argentarius* para que se vieran bien las caras—. Te entregará mi acuse de recibo donde declaro que hemos retirado el oro y que tú has completado tu servicio quedándote con tu justa merced.

El *argentarius* negó con la cabeza:

—Es necesario que vengas en persona. Supongo que tendrás que firmar algunos papeles para nuestro colega Aquísar. Y, de todas formas, ¡no antes de veinte días, mi estimado colega! Y te aconsejo que te presentes con guardias de confianza. Es una cantidad considerable y, aunque actúo con el máximo secreto, no se puede descartar que alguien se entere de dicho transporte. ¡Se trata de un talento de oro!

XXXVI.

Habíamos encontrado alojamiento, para no llamar demasiado la atención, en una pequeña estancia de la parte trasera de una mugrienta posada que ni siquiera tenía puerta, haciéndonos pasar por tratantes de caballos.

—Este asunto debe concluir lo antes posible, no estoy seguro de que Arrio pueda mantener a raya al centurión Osterio durante mucho tiempo —le recordé a Hicesio.

—Tendrá que mantener la calma, Quintilio —susurró el griego dando alguna patada al lecho, un saco lleno de heno—. No tiene otra opción. A estas alturas se ha dado cuenta de que la misión no puede completarse a menos que consigamos que estos legionarios vuelvan a la legión.

—Desde que recibió ese golpe en la cabeza, razona de forma extraña. Le he explicado mil veces que no nos queda otra si queremos salir de Traconítide y seguir por nuestro camino.

Hicesio sonrió:

—Eres tú el que manda ahora, como ya te dije. El centurión no intentará ningún golpe de mano. Al menos mientras no hayas regresado a la aldea en Traconítide.

—No lo sé, Hicesio. Cada vez que se hablaba de volver a Jerusalem, Osterio parecía perder la cabeza. ¿Igual que los machos cabríos en celo, sabes?

—Lo sé, Quintilio, lo sé. Completar la misión lo es todo para él. Debes aceptar que el general Curvo y el tribuno Condiano han encontrado en él a la persona adecuada para este trabajo.

—Tal vez. En cualquier caso, Arrio y Hairán tienen órdenes de mantenerlo bajo control y detenerlo antes de que dé problemas, aunque sea dándole un golpe en la cabeza. Los hombres de Cecilio Baso tienen órdenes estrictas y son unos fanáticos. ¡Podrían matarlo sin pensárselo dos veces!

—Fuiste previsor, Quintilio, pero yo también le di instrucciones a Judith que le sirva, junto a la comida, un poco de esa resina de adormidera que proviene de la tierra de los partos y que tiene efectos milagrosos sobre los dementes, calmándolos al instante. Encontré un poco en la aldea.

—¡Lo que son las cosas! ¡Le encargué a Pez que buscara flores de cáñamo para echárselas en su infusión de hojas de menta!

Preferimos terminar nuestra charla ahí, porque el *optio* Colatino, el musculoso treintañero que ejercía de ayudante del centurión Vulsón y que tenía órdenes de no perdernos nunca de vista, entró en la pequeña estancia y no nos agradaba que supiera demasiado de nuestras andanzas.

El día en que el tribuno Otón se reunió con su colega, un tal Sexto Pulicio, preferimos quedarnos a descansar en nuestro alojamiento. Tiro podía ser un lugar peligroso para Otón: si alguien le hubiera reconocido, sería capturado y condenado a muerte. De un plumazo, perdería cualquier posibilidad de darles un futuro a sus hombres, además de su vida; nuestra misión también habría terminado, porque nos tocaría la misma suerte. Habíamos adivinado, aunque nunca nos habían dicho nada, que el optio Colatino y los dos legionarios que lo acompañaban tenían órdenes de eliminarnos si algo salía mal…

El tribuno regresó tarde en la noche:

—Mi colega Sexto Pulicio está de acuerdo conmigo y nos ayudará. El legado Gneo Potito Voluso se fía y vendrá a la reunión de mañana. La reunión se ha organizado en el almacén de un complaciente mercader de alfombras, un tal Kalev —miró fijamente a Hicesio por un instante—: mañana ¡necesitaré tu palabrería, griego!

—Estoy seguro de ello, tribuno. En estas peligrosas operaciones, el que recibe el dinero desea creer que el desconocido que ha planeado la operación es un maestro en estos asuntos, un experto en lo que hace. Para aumentar mi credibilidad nunca deberás decirle a nadie mi verdadero nombre, pero si alguien quiere saberlo deberás presentarme como el rico *argentarius* oriental Menet que hacía negocios con Cecilio Baso, y tratarme con afectación.

—Tú iniciarás la conversación. Si me dejara ver, pondría en apuros al legado, que estaría obligado por su cargo a arrestarme. Me mantendré cerca sin mostrarme e intervendré solo si fuera necesario.

Los preparativos comenzaron al amanecer: el centurión Vulsón y el *optio* Sexto Colatino registraron todo el almacén y eligieron para la reunión la mesa de los mercaderes, donde se servía a los compradores importantes, sentados cómodamente en triclinios, una infusión caliente de menta.

Hicesio se engalanó con una rica túnica adornada con brillantes escamas de metal y se untó abundantemente con aceite el poco cabello que le quedaba, asumiendo el aspecto típico de los orientales adinerados y de sus soberanos. A mí, en cambio, me afeitó un torpe barbero para poder presentarme, con mis miserables ropas de todos los días, como un sirviente o un escriba.

—Si es preciso, me dirigiré a ti llamándote Admeto —me explicó Hicesio, en absoluto amedrentado por el peligroso trabajo que le esperaba—. Nunca debemos revelar nuestros verdaderos nombres. «Admeto» les dio suerte a los protagonistas de una de las tragedias de Eurípides, y no dejará de darnos suerte igualmente a nosotros.

—¡Admeto! Lo recordaré.

El centurión Vulsón y el *optio* Colatino, que fingían ser los sirvientes del mercader, vestidos con sucias túnicas de sirviente, permanecieron a poca distancia, fingiendo cargar y descargar un carro de muebles viejos y apolillados estacionado en la calle y pudieron comprobar que no se acercaba nadie sospechoso.

A la hora cuarta, un silbido nos avisó de que el legado estaba al llegar. Iba acompañado de su escolta, seis legionarios de porte altivo que se detuvieron ante la puerta del almacén.

El legado Gneo Potito Voluso, vestido de paisano, era un cuarentón con un claro indicio de obesidad y un rostro paliducho enmarcado por un cabello negro y liso. Le acompañaron a la mesa donde Hicesio le esperaba con su nuevo atuendo lleno de oropeles, como le corresponde a un rico oriental.

—Es un placer para mí poder conocer a un famoso oficial de Roma —dijo inclinándose en una reverencia afectada.

—¿Eres tú el que ha pedido hablar conmigo? —preguntó el legado, mirando a su alrededor con curiosidad.

—Sí, legado, soy el *argentarius* Menet —asintió el griego con una amplia sonrisa, como si durante toda su vida no hubiera hecho otra cosa que interpretar comedias—. Por favor, pónte cómodo. Tu tiempo es valioso y trataré de no desperdiciarlo. Te explicaré por qué he pedido reunirme contigo. Hace unos años, conocí en persona a un famoso general y tuve el honor de negociar algunas transacciones para él, ciertamente antes de los desafortunados acontecimientos de Apamea —y al pronunciar estas palabras, me hizo una seña para que sirviera la infusión de menta caliente que, ataviado como un criado, había traído a la mesa.

—Aquel noble general se preocupaba mucho por sus hombres.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y cómo se llamaba?

—Era Cecilio Baso. —El legado ni se inmutó, sabía de sobra de qué se iba a hablar.

—En una larga carta, dicho general me encargó que te hiciera llegar una petición de perdón para algunos de sus hombres que no se mancharon de

ningún crimen contra Roma, sino que simplemente cumplieron las órdenes de sus oficiales.

—¡Todo eso no son más que habladurías, *argentarius* Menet! Esos hombres no han regresado a sus puestos, ¡les espera la pena de muerte! ¿Sabes que también podrías arriesgarte a ser empalado solo por atreverte a hablar de aquel traidor?

—A veces los hombres se equivocan por ignorancia, pero es cierto que esos legionarios nunca se alzaron en armas contra tus legiones, de eso me he informado en persona.

—Puede que los legionarios ignorasen cómo estaban las cosas. ¡Ciertamente, no sus oficiales!

—Sí, así es, legado, eso me han contado —asintió con rostro serio—. Porque no estoy aquí para defender la causa de los oficiales; ya se sabe que aquellos jamás podrán ser indultados y reincorporarse al ejército. Se me ha pedido que te hable de trescientos legionarios de vuestra infantería, hombres experimentados que, durante los últimos dos años, permaneciendo en zonas desérticas y lejanas, han aprendido todo lo que necesita saber un explorador que se desplaza por las tierras de los nabateos o de los partos.

—Al grano, *argentarius*. ¿Qué quieren esos?

—Esos, como tú dices, piden ser perdonados por su ignorancia, y quieren demostrar que son legionarios honestos entregándose en tus manos. Para que su deseo no pueda confundirse con otros sentimientos, renunciarán voluntariamente al premio que Cecilio Baso les prometió.

—¡Ah!, ¿sí? ¡De eso deberíais hablar con el tesorero de la legión, a todo caso! ¿Por qué deberían importarme las promesas que ese traidor de Baso les hizo?

Atareado con un inmenso montón de alfombras cerca de la puerta de entrada, el tribuno Otón, que entre su mugrienta ropa escondía el *pugio*, estiraba el cuello dispuesto a intervenir si la conversación tomaba un rumbo desfavorable.

—Nosotros, que vivimos en estas áridas regiones poco generosas de los frutos de la tierra —siguió Hicesio, esta vez con el tono sosegado de un preceptor—, estamos acostumbrados a ser prácticos incluso cuando elegir es difícil. A menudo, para simplificar, nos contentamos de razonar sobre el valor de las cosas. Te pido, legado, mientras disfrutas de esta excelente bebida, que me escuches durante un momento: ¿cuánto te costará en efectivos desalojar a esos ignorantes legionarios de las regiones cercanas a los confines partos? O, si lo prefieres, ¿cuántos de tus hombres morirán al hacerlo, sin aportar un solo

sestercio a tus arcas? Son legionarios experimentados, hábiles en el combate y muy decididos, nada de auxiliares o simples reclutas.

El griego se detuvo un momento a soplar la infusión para enfriarla, dándole al legado un poco de tiempo para reflexionar antes de continuar:

—Yo creo que un legionario experimentado, o un hábil explorador, hoy en día no vale para el ejército menos de cinco mil de vuestros denarios, y me he informado bien. Así que este grupo de ignorantes legionarios, o exploradores, no vale menos de un millón y medio de denarios. ¿No sería más interesante para todos reutilizarlos?

El tribuno, indeciso, negó con la cabeza:

—Entiendo que hayas querido hablar conmigo para hacerme una propuesta, ¡así que vamos al grano!

—Bastaría con distribuir estos hombres entre las tropas que mantienes en los puestos fronterizos. Son legionarios inteligentes, algunos de ellos han aprendido la lengua de los nabateos o de los itureos, y son capaces de moverse en esas regiones. Me dicen que siempre se necesitan soldados así.

—Tal vez. ¡Pero deberían ser identificados uno a uno, y prestar juramento de nuevo! Es posible que alguien en las altas esferas pida cabezas, ¡porque hay de por medio una traición!

—La tuya es, sin duda, una opinión acertada, tribuno. Pero si alguien difundiera la noticia de que las tropas nabateas están en movimiento, o que algo brilla en las llanuras, más allá del Éufrates, ¿no crees que la necesidad de un castigo ejemplar pasaría a un segundo plano? ¿No sería más importante tener exploradores preparados, y capaces de moverse en lugares tan hostiles?

—¡Has preparado bien tu discurso, *argentarius*! Entiendo por qué ese canalla de Baso te ha asignado esta tarea. Sea como sea, es cierto, esos hombres pueden valer dinero para el ejército. Pero que puedan reintegrarse es otra cuestión totalmente distinta.

—Precisamente por eso he recibido un mandato para pagar a tu guarnición, o a ti si quieres, dos millones de sestercios, que no son de parte de Cecilio Baso, que quede claro, sino de nuestros *argentarii*.

De pronto se hizo el silencio en el almacén: se oían claramente los cascos de un asno y las voces de hombres y mujeres de la calle.

El griego saboreó su bebida y el legado se tomó su tiempo para meditar sobre los dos millones de sestercios, fingiendo examinar las alfombras enrolladas. Reflexionaba sobre el hecho de que los *argentarii* de Tiro, famosos prestamistas sin rivales en las demás provincias, no hacían donaciones al ejército de Roma. Esos denarios, al fin y al cabo, tenían algo

que ver con Cecilio Baso. Aceptarlos significaba dejarse sobornar: equivalía a alta traición.

Unos instantes después, el legado concluyó:

—He comprendido muy bien lo que me estás ofreciendo, pero, claro está, ¡algún oficial poco amigable podría ver en todo esto un intento de soborno!

—¿Y por qué? Es algo provechoso para el ejército que ahorrará dinero y hombres. Imagínate, más bien, que alguien se enterara de que has renunciado a la posibilidad de neutralizar a esos trescientos peligrosos exploradores, excelentes conocedores del desierto. Si no los reintegras a la legión, podrían acabar como mercenarios, quién sabe dónde, incluso alistados contra ti, tal vez entre los nabateos o incluso a sueldo de los partos. Y no sería la primera vez.

El legado, esforzándose por encontrar una respuesta adecuada, se levantó del banquillo y pasó con desgana al almacén fingiendo sopesar la calidad de las alfombras.

—Has sido claro, *argentarius* —concluyó—. De hecho, tu punto de vista podría ser, en parte, también el mío, y yo correría riesgos innecesarios si tuviera que luchar en el campo de batalla contra esos hombres que ahora están desorganizados. Para traerlos de vuelta, habría que inventar una forma de evitar la *decimatio*, lo que sin duda desencadenaría una revuelta. Debería hablarlo con mis oficiales y ver si están dispuestos a aceptar a esa chusma. Debería darles una recompensa, como es habitual cuando se requiere una cooperación extraordinaria. No sería mala idea considerar su distribución, como exploradores, entre nuestras guarniciones de vanguardia. Eso sí, dividiéndolos con sumo cuidado. Que no puedan agruparse. Mis centuriones pedirían examinarlos uno por uno, supongo.

El griego asintió añadiendo:

—Tus centuriones harán lo que les ordenes.

El legado estaba reflexionando:

—Sea como sea, creo que es difícil organizar una operación como esta. Nunca se podría garantizar el secreto necesario. En Roma, nunca aceptarían un pacto así.

—Los legionarios de Baso no saben nada de mi intervención, ni lo sabrán nunca. Así que no hablarán. Solo Cecilio Baso, tú y yo lo sabemos. Como te he dicho, legado, se trata de que trescientos hombres valientes y experimentados dejen de constituir un peligro y evitar que terminen engrosando las tropas mercenarias para no arriesgarnos a tenerlos en contra, quizás dentro de unos pocos meses. Ya estoy trabajando para reunir los dos

millones de sestercios. No es nada sencillo conseguir de los *argentarii* esa cantidad de dinero en oro.

—¿En oro?

Cuando me acerqué a retirar los vasos de la mesa, no tuve más remedio que observar que el legado se había quedado con la boca abierta.

—En oro, por supuesto. Oro anónimo e imposible de rastrear —le respondió muy serio Hicesio—. Ya hemos recaudado una gran parte, pero estamos agotando la disponibilidad de la plaza de Tiro y, para el resto, tendremos que recurrir a las arcas del ejército.

—¿Del ejército? ¿De qué ejército?

—Del ejército de Roma, por supuesto. ¿Cuántos ejércitos hay en Siria?

XXXVII.

En la ciudad de Tiro, Hicesio encontró todo lo que necesitaba: recorrió los mercados en compañía del *optio* Colatino y compró varios tipos de cálamos, lacre y otros trastos que suelen utilizar los *argentarii* para imprimir sellos. También compró unos cuantos paquetes de hojas de fino papiro egipcio, similar al que utiliza nuestro ejército.

Tardamos cinco días en volver a la aldea de Cecilio Baso, descansamos medio día y nos pusimos a trabajar.

Un rincón de nuestra casucha fue resguardado con un biombo de hojas de palmera, y en ese estudio improvisado pero bien iluminado por su única ventana, en una mesa destartalada el griego y yo nos pusimos manos a la obra.

—Así que, Quintilio —me anticipó el griego—, hemos dejado claro que tenemos que suplir la falta de trescientos sesenta y tres mil denarios. Una cifra imponente, podrías pensar según tu vara de medir, pero en esencia, no es más que la paga anual de trescientos legionarios.

—Pues claro, Hicesio, una suma ridícula que podemos reunir con un poquito de esfuerzo trabajando a escondidas en esta casucha y como mucho, si las cosas acaban mal, nos empalarán.

—Ya sé que eres reacio a participar en mis aventuras financieras, pero con toda franqueza, no veo ninguna razón para ello: siempre hemos conseguido el resultado que nos habíamos propuesto. Pero volviendo al tema que nos ocupa, a este escabroso servicio de soborno, el buen legado Gneo Potito Voluso tendrá que sobornar a su vez a sus cuatro tribunos. Me imagino que les cerrará la boca con cincuenta mil denarios a cada uno.

—Yo también estuve en la reunión con el legado Potito Voluso, Hicesio, y no me pareció de los que se gastan doscientos mil denarios en gratificaciones. Sus subordinados ni siquiera se imaginan el trato que recibe toda la operación. ¡Tomarán lo que el legado les dé y guardarán silencio!

—Eso también puede ser. Pero, por supuesto, el tuyo es tan solo el punto de vista de un… agrimensor.

Y creo que estuvo a punto de decir *ignorante agrimensor*.

—Sin embargo, no se puede descartar que sea cierto. ¿Qué les podría dar el legado a esos hombres para comprar su silencio?

—Te voy a decir yo lo que hará, griego: les dará algún ascenso o les concederá un buen traslado, cosas que esos oficiales desean y que a él no le cuesta nada. Y para sellar el pacto, les dará un objeto precioso y llamativo, un collar de oro o una torques, ya sabes que César solía hacer eso con sus oficiales.

—Ya… tal vez. Podría salirse con la suya con unos mil denarios por cabeza. Puede que tengas razón. Esto simplificaría nuestro trabajo porque de ser así todas las cartas de crédito quedarían en sus manos. Podría ser suficiente preparar solo una veintena de esas cartas.

El griego jamás me agradecería mi buen consejo; se me escapó una sonrisa, lo conocía de sobra.

—No tendremos que hacerlas todas iguales —razonó—. De hecho, en su mayor parte deberían ser distintas. Tomaremos como modelo los bonos del ejército. Tendré que metérselo en la cabeza al tribuno Otón, y para ello también necesitaré tu ayuda. Es un hombre rígido, hostil a aceptar el progreso, las nuevas ideas, y no sé por qué.

—Básicamente, tenemos que escribir una veintena de bonos, ¿no es así?

—Sí, solo una veintena.

—Pero ¿no será arriesgado hacer solo bonos militares?

—No tenemos elección. Nadie aceptaría ser sobornado para recibir a cambio bonos anónimos garantizados por un *argentarius*. Y, de todas formas, sería sospechoso que el poder de Roma no tuviera nada que ver con semejante mercado, ¿no crees?

—Lo que yo pueda creer no tiene importancia, griego, ya lo sabes. ¿Qué vamos a utilizar como modelo?

—De aquellos interesantes bonos que me había cedido el tesorero Concesio Félix, ya no tengo ninguno. Pero el contable Lactancio tiene muchos documentos procedentes de Apamea, seguro que entre ellos hay algunos con sellos de cera en buen estado y las siglas de los oficiales.

Faltaban dos semanas para el día en que recogeríamos el oro en el banco del *argentarius* de Tiro y las pasamos trabajando en nuestro taller de falsificación.

Lactancio, el pálido y desconfiado escribano, nos proporcionó varios documentos que se remontaban a la estancia de la legión en Apamea. Nos los prestó de mala gana, como si estuviera celoso de ser el custodio de aquellos papiros que atestiguaban cómo se había producido la rendición de Cecilio

Baso. Esos documentos nos fueron muy útiles para copiar la letra de tesoreros de cuarteles y las rúbricas de los oficiales, ajenos todos a que se inmortalizaban en bonos que, solo en teoría, podrían canjearse, un día. Lo que sin duda nunca sucedería porque antes de pagar esas sumas, que a nosotros solo nos costaron un trazo de pluma, cualquier contable comprobaría que el dinero equivalente hubiese sido depositado.

El griego frenó mis prisas por transcribir los documentos, prisas que dependían de unas miradas absolutamente impasibles de Judith, en absoluto sugerentes. En cambio, me obligó a examinar cuidadosamente no solo la caligrafía de aquellos oscuros oficiales, sino también esos pequeños indicios de sus personalidades que se podían deducir de los propios trazos y letras. Había muchos detalles que dejaban intuir algo del carácter de las personas que habían redactado esos documentos: manchas de comida o de vino, dedadas grasientas, manchas de tinta y trazos escritos con cálamos mal afilados o partidos; a veces la letra diminuta de un preciso literato, otras veces la letra incierta con caracteres grandes, típica de los oficiales acostumbrados a manejar el *gladius* más que el cálamo. Incluso textos redactados con la mano zurda. Todo nos serviría para recrear el ambiente exacto de la oficina de un tesorero y la imagen de un funcionario.

Trabajamos de buena gana durante una semana, el griego y yo, y como él sostenía que en tales ocasiones era *melius abundare quam deficere*, al final escribimos bonos equivalentes a más de cuatrocientos mil denarios. En nuestro taller también escribimos tortuosos atestados de depósitos en la tesorería de la legión, cartas de tesoreros preocupados de ser imputados en algún descubierto, notas de pago rubricadas por algún tribuno manirroto o mensajes de oficiales solicitando el *stipendium*.

Con la arcilla que se utiliza para tornear vasijas, copiamos los sellos de las antiguas cartas del contable Lactancio y con tintas de colores y cálamos de diferentes formas y tamaños, reprodujimos los certificados que eran la base de los pagos de las legiones. Finalmente, con mucha paciencia, los envejecimos uno a uno: formamos dobleces aparentemente debidos a un almacenamiento cuidadoso, manchas de tinta como las que dejan ciertos escribas inexpertos, marcas de polvo, grasa de dedos e incluso, en algunos, rastros de comida.

Hicesio era un maestro inimitable en este arte: trataba las hojas de papiro una por una, de modo que el envejecimiento de cada una fuera distinto y, al mismo tiempo, parecido al de la hoja que, en esa ocasión, habíamos utilizado como modelo.

Hábilmente, creó algunas manchas «accidentales», algunas de las cuales rascó para dar la impresión de un intento de corrección. Incluso me enseñó a introducir olores en las hojas de papiro, tanto para eliminar el olor a papiro fresco como, sobre todo, para ayudar al lector a imaginarse al escriba que había redactado el documento. Me hizo usar de todo: vino, tierra, grasa de oveja, sudor fétido que sacábamos de los sobacos de Arrio, incluso orina ácida y rancia, recogida del hoyo situado al final del huerto y que servía de letrina.

Mientras creábamos aquel capital legionario, nadie consiguió traspasar la barrera protectora en puerta y ventana garantizada por Pez, Arrio y el centurión Osterio, que ahora sí estaba seguro, por fin, de que el resultado de su misión dependía de estos trabajos de última hora.

Incluso Lactancio, un hombre curioso que había intuido que estábamos maquinando algo importante, tuvo que resignarse y volver al *palacio* porque las excusas que esgrimía no fueron suficientes para dejarle entrar.

El último documento fue una extraña carta que escribimos varias veces, hasta alcanzar un borrador satisfactorio.

> *Tu hermano Neshè te desea buena salud y que tu caballo se mantenga alejado del mal de ojo.*
>
> *Se ha dispuesto que nos reunamos en el recodo de los tres caballos, donde el gran río Éufrates permite descargar los barcos sin peligro.*
>
> *El día XIII del mes de Abu se te entregarán las dos mil pieles de vaca y treinta talentos de hierro que tu señor ha pedido.*
>
> *Tus hombres irán vestidos como los beduinos de la caravana.*
>
> *Recibe los saludos de mi señor.*

—Hicesio, ¿qué significa eso de que el caballo se mantenga alejado del mal de ojo?

—Es una forma de saludo que los partos y los nabateos utilizan habitualmente.

—¿Y qué pasa con todos estos borrones? ¿Quieres dejarlos así?

—Tiene que ser la traducción de un oscuro texto en la lengua de los nabateos, corregido varias veces para intentar alcanzar un significado correcto.

—Pero… griego, ¡no lo hemos traducido de ninguna carta!

—Claro, Quintilio, pero el tribuno Otón me ha dicho que tiene un hombre que sabe leer y escribir en la lengua de los nabateos. Así que haremos que

escriba esta carta en nabateo, aunque ya la hayamos traducido. ¿Te queda claro de qué se trata?

—Sí, está claro: es una entrega de mercancías a través del río Éufrates. Se trata de una operación de nabateos.

—O igual de partos. ¿Y qué te sugiere un intercambio semejante, de tantas pieles y de treinta talentos de hierro en un solo lote?

Debían de ser los últimos días de julio cuando Hicesio y yo pedimos hablar con el tribuno Otón para definir los detalles del traslado a Tiro de los legionarios y del capital que garantizaba sus vidas.

Encontramos al tribuno más nervioso que de costumbre por la proximidad de la fecha fatídica, y a su ayudante, el centurión Vulsón, de mal humor.

—¡Preferiría entrar en batalla contra tropas romanas que resignarme a estas bajezas en las que vosotros dos me habéis metido! No es más que un modo vil y propio de ladrones de poner fin a las carreras de honorables oficiales y valientes soldados. ¿Sabéis que si algo sale mal seréis los primeros en pagarlo?

—No tenemos la menor duda al respecto, tribuno, y precisamente por eso hemos cuidado todos los detalles en la preparación de los certificados.

Dicho esto, Hicesio extendió sobre la mesa las hojas terminadas, casi todas disímiles en su forma, escritura, color y envejecimiento, abriéndolas, una a una, hasta ocupar todo el espacio disponible sobre la mesa.

El tribuno comenzó a examinarlas:

—¿Los habéis hecho vosotros? A mí me parecen los bonos que usábamos en Apamea. Pero… ¡estas son las siglas de nuestro caudillo Cecilio Baso! ¡Y esas son las del legado Gneo Calvino! Murió durante los últimos días del asedio. ¿Cómo habéis conseguido estos bonos?

—Los hicieron ellos, Otón —dijo sacudiendo la cabeza el centurión Vulsón que, cauteloso, los repasaba examinando cada detalle como si buscase pulgas—. Desde luego, parece increíble, pero estas son realmente las siglas de Calvino, lo recuerdo bien, ¡estuve allí un montón de veces mientras ponía esta rúbrica! ¡Y las manchas en los documentos del tesorero Escribonio! Era un chapucero, ¡se reconocen sus documentos porque siempre tienen un montón de manchas! Veo que en el reverso de cada bono hay dos o tres cartas cosidas…

—Todo tesorero que se precie sigue esta estricta regla, para no confundir su contabilidad —el griego sonrió sereno, sorbiendo con afectada lentitud la

infusión de menta que un ordenanza había traído a la mesa.

—Sin embargo, ¡yo temo por mis hombres! Cuando nos presentemos en Tiro, ¿no crees que el legado Gneo Potito Voluso encargará a un experto que compruebe estos papiros?

—Sin duda lo hará, tribuno, pero deberá tener mucho cuidado de no mostrarlos demasiado, porque podrían provenir del asedio de Apamea. Cualquiera podría sospechar y pensar que ha robado la tesorería del ejército de la ciudad. Tendrá que intentar blanquearlos a través de un *argentarius* anónimo, y para eso también tendrá que sobornar a algunos funcionarios. Le llevará mucho tiempo y tus hombres ya habrán sido desplegados en otras guarniciones, lejos de Tiro.

—¿Qué crees que pasará cuando muestre uno de estos bonos por ahí?

—El legado Potito Voluso tendrá que confiar en un *argentarius* irreprensible, aquí en Tiro hay varios que gozan de cierta fama de rectitud y honradez.

Para Hicesio todos los *argentarii* eran un ejemplo de honradez.

—Un *argentarius* importante suele tener relaciones preferentes con vuestros funcionarios, puede hablar con ellos, por así decirlo, *en privado* y ciertas confidencias se quedan ahí. Este *argentarius* se enterará de que estos vales no pueden ser pagados porque, aunque reconozca las siglas de los funcionarios, nadie podrá rastrear lo ocurrido en Apamea, en el asedio de hace dos años.

—¿Así que el legado se quedará con estas hojas que no valen nada?

—Pues sí, tribuno, y empezará a pensar que, más que falsos, sean bonos imposibles de cobrar. Pasarán años mientras se realizan las investigaciones necesarias. Nadie podrá demostrar que son falsificaciones, pero al final, nadie podrá encontrar tampoco las notas en los libros de la legión que demostrarían la existencia de la suma a pagar.

—Sí, pero, y el legado ¿qué hará?

—El legado no hará nada. Para entonces se habrá guardado en su cofre un buen montón de oro, un talento más o menos, y con el tiempo estos papiros serán cada vez menos importantes para él.

—¿Podría tomársela con uno de los míos?

—¿Y por qué iba a hacer eso? Tus legionarios desconocen por completo este asunto. ¿Quién pondría en conocimiento de los soldados un episodio de corrupción de esta envergadura?

—Sí, ¡corrupción! ¡De eso se trata! ¡El legado sabe perfectamente que ha aceptado ser sobornado! ¡Y para entonces ya habrá cobrado su oro!

—Exactamente, tribuno, no podrá levantar la voz. Tampoco podrá hacer que nos busquen. Solo tú y yo correremos los riesgos, pues las nuestras son las caras que se han visto en este asunto.

—Ya, ahora te has explicado. A veces me cuesta identificarme con esta situación.

—¡Nunca nos sobornaron por oro, Otón! —le recordó el centurión Vulsón.

El tribuno tamborileó con la mano sobre la mesa y al final concluyó:

—Iremos a Tiro dentro de diez días con la primera centuria. Vulsón se quedará aquí a la espera de mis mensajes y, si todo marcha bien, en cuanto hayan enviado a los soldados a sus nuevas guarniciones, enviará otra. Creo que en dos o tres semanas habremos dispersado a nuestros hombres por Siria o Judea y nadie los volverá a ver.

—Sin duda alguna, así será, tribuno. Pero ahora le pido que confirme que, una vez estemos en Tiro, nosotros también seremos libres de partir y completar nuestra misión para la guarnición de Jerusalem.

—Antes deberás completar el pago. El legado te vio la primera vez, y es justo que seas tú quien lo complete. En cuanto se haya llevado el oro, estará comprometido y podré entregar la primera centuria a mi colega, el tribuno Sexto Pulicio. Entonces podrás irte, y nadie podrá retenerte. Tendrás que guardar silencio sobre todo este asunto; no necesito explicarte por qué.

—Tienes mi palabra, tribuno.

—La operación avanza rápidamente: Lactancio ya está liquidando una *honesta missio* a cada uno de los oficiales.

La conversación había terminado, pero el centurión Vulsón, preocupado, tenía algo más que preguntar:

—¿Estás seguro de que pasará tanto tiempo como dices antes de que el legado comprenda qué ha sucedido?

—Sí, estoy completamente seguro —confirmó Hicesio—. Este tipo de transacciones deben realizarse de forma discreta, sin caldear el ambiente, utilizando intermediarios ficticios que se presten y tengan las amistades adecuadas. Pasará mucho tiempo, y el legado ni siquiera estará seguro de haber caído en una trampa.

Al ver a los dos oficiales pensativos, concluyó explicándoles la más pérfida de sus artimañas:

—Lo más importante, y que aún no me habéis preguntado, es lo siguiente: ¿en qué momento el legado querrá investigar al tal Menet, el *argentarius* que le dio el oro? Sin embargo nadie podrá decirle dónde encontrarlo. Se quedará

con la duda de quién era ese testigo incómodo de su traición y tendrá que callar, contentándose con el oro que ya está en su poder que, dicho sea de paso, no será poco.

Un par de días más tarde, un legionario vino a buscarnos, pero afortunadamente Pez, que estaba de guardia, lo detuvo en la puerta, porque las mesas seguían abarrotadas de papiros comprometedores.

Traía un mensaje para mí:

—A la hora duodécima de la tarde de hoy, el tribuno Otón hablará a la tropa. Me envía para deciros que, si queréis, también podéis asistir el griego y tú.

Ya me imaginaba de qué se trataba y acudí a Hicesio.

A la hora señalada, la tropa estaba alineada en perfecto orden frente a la entrada del *palacio*. Tan pronto como se hizo el silencio, el tribuno salió del Mando y, de pie sobre los tres escalones de la entrada para que todos pudieran verle, comenzó su discurso.

Hablaba en un tono coloquial que no parecía el discurso de un oficial, normalmente cargado de énfasis, sino más bien un diálogo entre conmilitones.

—Ya podéis imaginar porque estamos aquí hoy. Debo cumplir los últimos deseos de nuestro comandante, Cecilio Baso. ¡Tanto vosotros como yo, le juramos cumplir todas sus órdenes!

Calló un instante para observar la reacción de los hombres. Más de uno bajó la mirada.

—A Cecilio le importabais mucho. Pero vuestra tarea ha terminado, ya no hay ninguna guerra que librar bajo su liderazgo, y yo estoy preparando vuestra reincorporación a la legión. ¡Ya os puedo adelantar que nadie será castigado ni se enfrentará a condenas deshonrosas por cumplir las órdenes de sus superiores!

Se habían filtrado muchos rumores sobre la mediación que se estaba llevando a cabo con el ejército, y el hecho de que una solución estuviera cerca ya no era noticia.

—Como todos sabéis, la situación es peliaguda, porque el indulto de Cayo Casio Longino se refería a nuestro caudillo y, faltando él, podrían considerarnos traidores o desertores. Por esta razón, se os distribuirá entre las guarniciones de Siria y Judea que operan en zonas cercanas a las fronteras. Cada uno de vosotros obtendrá el rango equivalente a explorador. El acuerdo ya se ha cerrado, pero se requiere precaución por parte de todos. No quiero

entrar en más detalles, pero tendréis que evitar aceptar provocaciones y no debéis traicionar nunca, mientras viváis, el hecho de que provenís del último manípulo de Cecilio Baso. Dirán que os han trasladado de otras guarniciones; os harán jurar lealtad a una nueva legión y vuestros nuevos centuriones querrán veros la cara. ¡Cumplid con vuestro deber y no habrá dificultades! No desperdicies esta oportunidad que Cecilio quería para vosotros, pero recordad: ¡quien cometa un desliz, no solo arriesga su propia vida, sino también la de sus compañeros! Eso es todo. Vuestros oficiales responderán a las preguntas, si hay alguna.

XXXVIII.

Los oficiales y todos los que no podían regresar a la legión se fueron en tropel. Imaginé que el contable Lactancio les hubiera entregado, a cada uno de ellos, una suma suficiente para permitirles rehacer su vida sin verse obligados a venderse a cualquier *contubernium* de mercenarios. Los vimos despedirse por última vez de sus compañeros cuando, al amanecer, en pequeños grupos de tres o cuatro personas vestidas de paisano y con los *gladii* escondidos en sus zurrones, partieron hacia poniente y la costa guiados por un pastor itureo, buen conocedor de la zona.

También se acercaba el momento de que nuestro grupito se despidiera de Traconítide, solo faltaba la orden del tribuno Otón. Eran los últimos días que Judith y yo podíamos pasar juntos, no sabíamos qué nos depararía el destino.

Sus miradas indiferentes, como si estuviera pensando en ir a sacar agua del pozo, ya no engañaban a nadie, pero nadie nos culpaba.

El griego, de vez en cuando, acudía al *palacio* para enterarse de las últimas noticias, y al centurión Osterio le carcomía la espera. Judith y yo solíamos pasar tardes enteras en aquel minúsculo granero que poco a poco se había convertido de alguna manera en nuestro hogar. Habíamos colgado una estera para que hiciera de puerta y nunca faltaba una tinaja con agua y vino.

Cuando no la veía, ya sabía dónde encontrarla: estaba allí esperándome. Cuando yo llegaba ella no decía ni una palabra, solo se quitaba la ropa esperando que yo hiciera lo mismo.

Las últimas noches las pasamos juntos allí, y ni siquiera el centurión se opuso, ya que había completado mi tarea. Solo de vez en cuando, enviaba a Arrio o a Pez a echar un vistazo por los alrededores, a ver si no había extraños rondando por ahí.

Judith y yo hablábamos poco; normalmente cuando alguien habla, es porque tiene proyectos que se concluirán a ser posible más tarde, en el futuro; sin embargo, nosotros no teníamos un futuro. En su lugar, pensábamos en darnos placer hasta la extenuación.

En Traconítide prácticamente no llovía, pero en una extraña jornada de finales de julio las nubes ocultaron el sol y, tras los relámpagos y los truenos, cayeron unas gotas de lluvia tibia. Llegó justo cuando nos tomábamos un

descanso porque estábamos sin aliento, debido al bochorno del verano. Fue una de las pocas veces que encontramos tiempo para hablar.

—Tú no eres como esos hombres que solo quieren la guerra o el oro —dijo—. Me lo he preguntado muchas veces: ¿no tienes a nadie que te quiera en el lugar de dónde vienes?

—No, Judith, no tengo a nadie. Tuve una mujer que me amaba… murió hace dos años y me quedé solo.

—Pero ¿no te gustaría tener tu casa?

Era algo que nunca me había cuestionado, tuve que pensarlo un instante:

—No lo sé, hace años que hago este trabajo y me muevo por las provincias del imperio.

—Yo creo que volveré a Nahum, a orillas del mar de Galilea. Me pregunto si la casa de mi hermano Ioannes seguirá allí.

—¿Dónde vivías antes de ir a Palmira?

—Sí, toda mi vida la he pasado allí, con mi padre y mi madre, a orillas del mar de Galilea. Cuando murieron, crie a Ioannes y luego viví con él y con Esther.

De vez en cuando echaba una ojeada al exterior a través de las numerosas grietas del granero, más por la costumbre que por otra cosa, porque todo estaba tranquilo en la aldea. ¿Sería posible algún día también para mí, establecerme en algún lugar y vivir de algún trabajo normal, como hacía la mayoría de la gente? No pude dar una respuesta.

—¿Qué habrá sido de Esther? —dijo poco después.

—Tal vez siga aún con los mercenarios. La noche que estuvimos escondidos entre las rocas, cuando los mercenarios acamparon a pocos pasos de nosotros sin vernos, Hairán y yo fuimos a escuchar sus conversaciones. Tal vez Esther estuviera con ellos, pero yo no la vi ni oí su voz. A lo mejor ya estaba dormida.

—Esther es hermosa, conseguirá que ese Rutilio haga lo que ella quiera. Le deseo que sea feliz, pero me alegro de haber podido escapar con vosotros.

—Esther no encontrará nada bueno entre esa gente; son unos desalmados, peligrosos, y no respetan nada ni a nadie.

—¡No conoces a Esther! Siempre consigue que los hombres hagan lo que ella quiere —se le escapó con una sonrisa entrecortada, lo justo para insinuar los hoyuelos de sus mejillas—: ¿No recuerdas todo lo que hizo para que le recuperarais el cuerpo de Ioannes? Se comportó como una histérica, ¡y no tuvisteis más remedio que hacer lo que ella pretendía!

—¡Qué remedio! Los guardias del establo nos vigilaban, ¡no podíamos contravenir las órdenes de sus oficiales!

—Exactamente, y Esther lo había comprendido —calló un instante, recordando a Ioannes—. Me alegro de que lo quitarais de allí, no se merecía terminar así.

—¿Y dices que esa mujer podría hacer carrera incluso de los mercenarios? ¡Me cuesta creerlo!

—¡Tú no la conoces! ¡Que se quede con ellos, me alegro de haberme escapado contigo! Si me hubiera quedado con aquellos hombres, tarde o temprano alguno de ellos me hubiera violado y convertido en su sierva. Yo no soy joven y hermosa como Esther: cuando se hubieran cansado de mí me habrían vendido a algún lupanar, o a los beduinos, tal vez por una tinaja de vino. Ya sé cómo funcionan estas cosas, no es la primera vez que oigo hablar de algo así. También ocurría en Palmira y ocurre en cualquier lugar al que lleguen los romanos o cualquier otro ejército.

—De todos modos, me parece que tú también sabes hacerte valer —sonreí—, y como bien dices, ¡tú no eres como Esther!

Permanecimos un rato más escuchando el sonido seco de las escasas gotas de agua tibia golpeando la estera de palma en el techo, y después de unas suaves caricias y algún que otro beso, comenzó a acariciarme para ver si aún tenía ganas y poco después empezamos de nuevo.

Cuando llegó la orden, todos los del grupito de Palmira recogimos las pocas cosas que teníamos y nos preparamos para salir al amanecer.

Fue una noche extraña, llena de preocupaciones. En aquella casucha, después de haber convivido durante un tiempo, habíamos conseguido cierta tranquilidad y aquellas paredes de toscas piedras negras se habían convertido en una especie de hogar.

El centurión Osterio estaba furioso y no le faltaba razón: el tribuno Otón, para estar seguro de que lo diéramos todo de nuestra parte y no intentáramos escapar, había enviado al centurión Vulsón con cuatro hombres a confiscar mi mapa.

Sabía que sin el mapa no intentaríamos huir, y que el que peor se lo habría tomado era el propio centurión Osterio, que una vez más veía cómo se alejaba su meta.

Estaba removiendo las brasas con una vara, tenía que echarle la culpa a alguien de lo que estaba ocurriendo y, cuando pasé junto a él, dejó escapar:

—¡Vosotros, los civiles, solo sois un puñado de críos imberbes! ¡No me fiaría de vosotros ni para ir a robar huevos a un gallinero!

—Claro que sí, Osterio —le repliqué, cansado de las críticas gratuitas con las que llevaba meses acribillándome—. Estoy seguro de que tú puedes hacerlo mejor, ¡solo recuerda los excelentes resultados que has conseguido con tu tropa!

—¡Chupatintas imbécil! Sabes muy bien que esos eran mercenarios contratados, ladrones callejeros elegidos en la plaza entre los que menos costaban. Esta es la broma que nos gastó el tribuno Condiano, ¡mercenarios baratos en lugar de buenos legionarios! —Destrozó la vara y la arrojó al fuego —. ¿Has pensado en cómo escaparéis el griego y tú después de entregar el oro al legado?

—Sí, estamos en ello. Sabemos que en cuanto se haga con el oro, el griego y yo ya no seremos necesarios; ¡puede que su intención sea de hacernos desaparecer porque seríamos testigos de su traición!

—¿Y qué haréis para escabulliros?

—En cuanto el legado se haya ido, Hicesio se quitará el disfraz y desapareceremos por las callejuelas de Tiro.

—¿Lo ves? ¡Te tengo dicho que eres un escribano de tres al cuarto! La última vez me dijiste que el legado se había presentado con seis guardias. Esta vez no creo que venga solo, ¿no?

—Supongo que tienes razón. Esos son sus guardaespaldas, hombres seguros en los que confía.

—Yo sé cómo funcionan estas cosas, he pasado por esto —e imaginé que ya le habían ordenado matar a alguien a sangre fría—. Los oficiales nunca se manchan de sangre. Lo sé muy bien. Hacen que sus hombres se encarguen, normalmente sus guardaespaldas. El griego y tú, al hacer ese pago, ¡os arriesgáis a no salir vivos del almacén de alfombras!

—Ah, ¿eso crees?

—Sí, ¡eso es lo que creo, chupatintas! Cuando el legado salga por la puerta del almacén, hará una señal a sus hombres, ¡y un par de ellos se encargarán de degollaros! Y no es que se necesite mucha tropa, ¡bastaría con un veterano medio ciego!

—Entonces, ya que eres tan experto en estas operaciones gloriosas, ¿por qué no nos echas una mano para llevar a cabo tu maldita misión y de paso salvarnos el pellejo?

—¡No te saldrás con la tuya solo con tu cháchara, joven! ¡Y tampoco el griego! Tendremos que pensar bien en cómo hacerlo, porque el tribuno Otón

nos vigilará.

—El centurión Vulsón nos aseguró que el envoltorio con el mapa para el general Curvo no será abierto, y nos será devuelto en cuanto hayamos completado el pago del legado.

—¡Claro!, ¡cómo no! Nosotros debemos creerle, ¡pero él no se fía de nosotros! ¿No se te ha ocurrido que el tribuno Otón, que tanto valora la vida de sus hombres, podría verse obligado a garantizar su seguridad quitándonos de en medio?

El centurión observó que me había quedado boquiabierto.

No había pensado en eso.

Pero solo fue un instante y le respondí:

—El tribuno Otón es un oficial de palabra ¡Nunca se comportaría así!

Osterio soltó una carcajada:

—Puede, ¡pero tampoco estés tan seguro! Y no puedes poner la mano en el fuego por el centurión Vulsón, o por su *optio* Colatino, que a mí me parece más un sicario que un *optio*. ¿Puedes estar seguro de que no hay un solo fanático entre esta gente que preferiría vernos desaparecer bajo un palmo de tierra?

Tal vez el centurión tuviera razón, sabía cómo funciona la mente militar.

—Saca mecha de la lámpara, que se vea algo más, y llama al griego. ¡Todavía estamos lejos de Jerusalem y del final de nuestra misión!

Discutimos durante mucho tiempo y en un momento dado, Pez, Arrio y Hairán también se acercaron porque hablábamos de la vida de todos.

Debía ser la mitad de la segunda vigilia cuando Judith, viendo el giro que había tomado la acalorada discusión, nos sirvió una infusión de menta caliente.

—El problema, al final, gira en torno a la confiscación del mapa —trató de resumir Hicesio—. Si intentáramos escapar, nos enfrentaríamos a grandes dificultades y no podríamos volver al Mando de Jerusalem con lo que nos pidieron.

—Siendo así no podremos evitar involucrar a Cecilio Baso y a sus hombres —comenté.

—Pero ¿a nosotros qué nos importa? ¡Son unos traidores! Lo que tenemos que hacer, en cambio, ¡es recuperar ese mapa!

—Qué fácil lo ves, centurión. No sabemos quién lo tiene en su poder y, como nos indicaste, tampoco podemos estar del todo seguros de que nos lo devolverán.

—Lo único que podemos hacer es poner en aprietos al tribuno Otón —replicó el griego—. Solo hay una manera de hacerlo, y la persona clave en esta misión eres tú, Quintilio. Mientras se concluye el trato con el legado debes desaparecer. Cualquier venganza que Otón quisiera tomar contra nosotros en ese momento sería inútil, además de peligrosa, porque podrías revelar todos sus planes para que sus hombres vuelvan a la legión. A partir de ahí, para el tribuno será mejor mantener su palabra.

Judith no había entendido todo lo que se discutía, pero por el tono de las voces adivinó que la discusión continuaría y decidió cocer unos huevos en las brasas que aún ardían del hogar.

—¡Griego, tienes una auténtica vocación para el engaño! —asintió el centurión—. Debe ser algo que los macedonios lleváis dentro desde que nacéis. Pero desde luego la mayor parte de lo que has dicho es cierto: si uno de nosotros consigue escapar, al tribuno Otón ya no le interesa intentar eliminarnos. Primero tendría que volver a capturar al fugitivo. Tendría los hombres necesarios, pero no puede moverlos fácilmente por la costa de Siria sin llamar la atención del ejército.

—Y entonces, en tu opinión, ¿cuándo crees que sería un buen momento para huir?

—Creo que deberías desaparecer justo cuando la entrega del oro tenga lugar.

XXXIX.

Al amanecer nos reunimos con los cerca de ochenta hombres de la primera centuria dispuestos para la marcha, y nos preparamos a recorrer una vez más la agotadora sucesión de caminos polvorientos que conducían a Tiro.

A los civiles nos habían asignado dos caballos, esqueléticos jamelgos alimentados con la mísera hierba de Traconítide y, de vez en cuando, conseguí que también Judith se montara.

Las cien millas de áridas y desoladas tierras, de colinas pedregosas y resecas que daban acceso a la costa parecían interminables.

El tribuno envió a un par de exploradores vestidos de pastores a una milla por delante de nosotros para que dieran la alarma si aparecían tropas romanas; nos hizo avanzar por pistas secundarias y nunca pisamos el camino principal entre Damasco y Tiro, donde podríamos habernos topado con soldados o jinetes del ejército. Antes de la ciudad de Paneas hicimos una larga parada para rodearla durante la noche y pasar desapercibidos.

El quinto día, los legionarios acamparon en un pueblo pesquero de la costa a poca distancia de Tiro, un lugar de difícil acceso por tierra, y se quedaron a la espera de la conclusión definitiva del pacto con el ejército.

Nosotros seguimos adelante y entramos en la ciudad. Nos presentamos ante el *argentarius* Jacob, con una escolta de cuatro legionarios de aspecto feroz y disfrazados de paisanos.

—¡Mi querido colega de Thessalonica! —nos recibió, inclinando la cabeza en señal de deferencia. Observé al tribuno Otón, con su descuidada y polvorienta vestimenta de viajero, respirando aliviado ante tan cordial acogida. Nunca se había fiado por completo de las afirmaciones de Hicesio porque no había comprendido del todo las intrigas financieras que la mente del griego había sido capaz de urdir.

El *argentarius* tocó una campanilla de bronce y tres robustos jóvenes de mirada resuelta acudieron a ayudarle en la operación.

Hicesio se retiró a conversar con Jacob en voz baja y vimos al viejo *argentarius* asentir de vez en cuando, jugueteando nerviosamente con su larga barba blanca; al cabo de casi una hora parecían haberse solucionado las últimas dificultades y los documentos fueron revisados una docena de veces.

Por último, el *argentarius* mandó servir los tradicionales vasos de infusión de menta silvestre caliente para sellar el trato.

El griego Hicesio, ufano por el negocio concluido, sonreía a todos, sin disimular cierto orgullo.

Y fue justamente con los vasos de la bebida en la mano, cuando el *argentarius* añadió el resto:

—Sin duda, estarás de acuerdo en que la suma es impresionante, no todos los días se negocian montones de oro como este. Ya sabes que entre nosotros los *argentarii* es costumbre ser precavidos, porque de nuestras operaciones depende el destino de muchas personas, ¡a veces incluso de ciudades enteras!

—Te entiendo perfectamente, querido colega —le respondió Hicesio, cuyo tono de voz era ahora un poco menos seguro, porque parecía que el preámbulo del sirio preludiaba algo más—. En Thessalonica también debemos informarnos muy bien antes de realizar cualquier pago.

—Me alegro de que me lo confirmes. Debes saber que nuestro estimado cofrade, el *argentarius* Aquísar de Jerusalem, me ha pedido que siga cuidadosamente sus instrucciones para la entrega del oro. Me ha enviado dos sobres para que tú y yo los abramos juntos. Aquí los puedes ver, este es su sello, y este es el primer sobre que leeremos juntos para descubrir qué es lo que nos pide.

El tribuno Otón, ahora ya con el rostro blanquecino, sudaba, y yo tampoco estaba nada tranquilo.

El *argentarius* rompió los sellos y, junto al griego, leyó el texto.

El argentarius Aquísar de Jerusalem
saluda al cofrade Jacob de Tiro
y al amigo y colega Hicesio de Thessalonica.

Me alegra poder serviros en un negocio de esta importancia, y sabed que, por la comisión adecuada, garantizaré con mi banco el importe total de la transacción.

No sería un digno colega vuestro, si no verificara la identidad de aquel a quien se le entrega el oro, como ha sido nuestra tradición durante siglos. Hallándome en Jerusalem y no pudiendo, por razones de edad, afrontar el viaje para reunirme con vosotros, le pido a mi querido colega Hicesio que responda a una simple pregunta, cuya solución está en el interior del segundo sobre.

Que declare, entonces, Hicesio, cuál es el nombre de mi bisnieta más joven que vive en Roma.

Si la pregunta es respondida correctamente, mi cofrade Jacob está autorizado a entregar la cantidad acordada en monedas de oro.

Aquísar, argentarius en Jerusalem,

V ad Id Aug DCCXI[41]

El tribuno Otón, cada vez más nervioso e incómodo, se estremeció ligeramente; los tres recios ayudantes del *argentarius*, mientras tanto, custodiaban firmemente la puerta sin perdernos de vista.

Hicesio mientras tanto se había serenado y bebió un dedo de la infusión de hierbas antes de responder con tranquilidad:

—Conozco muy bien al nieto del *argentarius* Aquísar, que ejerce en Roma. Es un distinguido colega nuestro y tiene una tienda en la Vía Sacra. También conozco a su joven bisnieta, que ya estará en edad de casarse. Y es su nombre el que quiere nuestro colega Aquísar: se llama Tharah.

Nadie hablaba en la pequeña estancia; los forzudos se habían vuelto hacia nosotros a la espera de la conclusión del negocio y el *argentarius* rompió los sellos del segundo sobre. Abrió la hoja, leyó en silencio la única palabra escrita en ella y se la mostró a Hicesio:

Tharah

Hicesio asintió por cortesía y en el silencio que siguió, oí a mi lado el suspiro de liberación del tribuno Otón, e incluso me pareció captar, mientras se relajaba, el sonido de una ventosidad reprimida durante demasiado tiempo.

El encuentro con el legado Gneo Potito Voluso se realizaría a la mañana siguiente.

El complaciente mercader sirio, generosamente pagado por su servicio, dejó su almacén a nuestra disposición, así que pasamos la noche entre las alfombras vigilando el voluminoso y pesado cajón de madera que no era prudente arriesgarse a transportar de aquí para allá a la vista de todo el mundo.

Fue una noche de intenso trabajo. Pez y Hairán aprovecharon para montar un cerrojo de hierro en una puerta de pesadas tablas de madera que conducía a la parte trasera y por último movieron montones de alfombras para crear un pasaje apenas visible hasta la puerta.

Se dispuso un segundo pasaje que me permitiría escapar a hurtadillas retirando dos tablones que daban paso a una taberna cercana, concretamente a

un sótano donde había ánforas de sardinas en salazón.

A primera hora de la mañana, Hicesio se puso la chillona túnica oriental, se dio potingues en el cabello y se roció de perfume como una prostituta en un lupanar; yo, con mi habitual túnica raída y sucia, no tuve problemas para meterme en el papel de Admeto, el criado del *argentarius*.

El legado llegó puntualmente a la cita. Esta vez, sin embargo, entró en el almacén con todos los hombres de su escolta, que rebuscaron por todas partes con los *gladii* en la mano como si estuvieran buscando a alguien oculto.

El tribuno Otón, ataviado como un operario, esperaba al otro lado de la calle y, prudentemente, se quitó de en medio. Los guardias registraron al mercader, al *argentarius* oriental con sus lujosas ropas y a su sirviente Admeto, temiendo que tuvieran armas ocultas bajo la túnica. El legado hizo una señal, indicando con un gesto de la barbilla que también debían revisar entre las pilas de alfombras y detrás del escritorio donde Hicesio ya había tomado asiento.

Un legionario quiso abrir la caja de madera que ocupaba la mesa, pero el griego puso la mano sobre la tapa diciéndole:

—El contenido de este cajón solo nos concierne a tu amo y a mí.

El legado Potito Voluso asintió con la cabeza y los hombres, una vez terminada su tarea, fueron a vigilar la puerta del almacén que daba a la calle.

—Es oportuno ser prudente, legado, en los tiempos que corren no se puede confiar en el primero que pasa por la calle —aprobó Hicesio.

—Por supuesto, ya no se puede fiar uno de nadie. La confianza debe otorgarse a quienes puedan demostrar que la merecen.

Me acerqué a la mesa para servir dos vasos de infusión de menta silvestre endulzada con miel justo cuando Hicesio, abriéndose en una radiante sonrisa, le decía:

—Afortunadamente, legado, hoy estoy aquí con un testimonio de confianza válido. —Y le ofreció sin más la llave de hierro del cofre.

El oficial, todavía receloso y lleno de dudas porque sabía que con el soborno se estaba entregando de lleno en nuestras manos, quiso dar un último paseo por el almacén antes de hacerse con la llave, mirando entre los montones de alfombras como si buscara alguna para ponerla en su propia casa.

Pero no había ningún espía escondido en el almacén y por fin, se decidió a abrir la caja.

¡El oro lo deslumbró! Era un talento aproximadamente, en su mayoría en áureos romanos, pero también en dramas griegos y egipcios e incluso varios

antiguos estateros.

Durante un instante se quedó paralizado, antes de meter la mano y coger unos cuantos puñados de pesadas monedas; algunas de ellas las estudió detenidamente.

—Son todas auténticas, legado —confirmó tranquilamente Hicesio, asintiendo—. Me encargué de que los numulares las revisaran una por una.

—¡Yo no puedo contar todas estas monedas! —protestó el legado—. ¿Cuántas son?

El griego sacó un papelito:

—Son, exactamente, el equivalente en oro a cuatrocientos sesenta y ocho mil sestercios.

—¿Qué quieres decir? ¡Habíamos hablado de una cantidad completamente distinta!

—Cierto tribuno, pero en esta ciudad los talentos de oro no son fáciles de reunir. He vaciado las arcas de los *argentarii* de Tiro y no he querido levantar sospechas yendo a buscar más oro a las ciudades costeras. Sabes muy bien que, primero Pompeyo y luego vuestros impuestos, han vaciado los bolsillos de esta gente.

—¡Eso son habladurías! ¿Dónde está el resto?

—Está aquí, legado —Hicesio abrió la cartera de cuero y extrajo cuidadosamente el paquete de notas que habíamos escrito juntos unos días antes.

—Pero ¿qué es esta historia?

—Ya te lo había dicho la última vez que nos vimos, legado, tuve que recurrir a vuestro ejército para reunir esta cifra. ¿No lo recuerdas?

El oficial, con el cofre aún abierto sobre la mesa, no ocultó su contrariedad y murmuró algo mientras repasaba las notas una por una. Vio la letra de los tesoreros militares, observó las rúbricas de los oficiales que habían dado el visto bueno al pago y se detuvo en algunas de ellas. Seguramente se trataba de oficiales que conocía, o de los que había oído hablar.

Rumiaba sus dudas cuando se le escapó:

—No me habías dicho el lío que estabas montando —pero lo dijo sin acritud, quizás ya había calculado cuánto podían pesar dos millones de sestercios en oro.

Y continuó:

—Estos son bonos del ejército, los que usamos para pagar los suministros a la legión. ¡Yo no puedo cambiarlos!

—No lo pongo en duda, desde luego habrá que recurrir a intermediarios de confianza.

—Pero ¿podré canjear alguna vez estos bonos? ¿Me darán oro?

—¡Por supuesto, legado! Yo lo he hecho, ¿qué crees que he dado a cambio de este cofre? —mintió con soltura el griego, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

—¡No puedo aceptar algo así! ¿Quién me ayudará a convertirlos?

—Tendrás un *argentarius* de tu confianza, supongo. Te llevará algún tiempo, como me llevó a mí reunir este talento de oro. ¡Un hombre acomodado de tu rango no tendrá necesidad de cambiar estos bonos de la noche a la mañana!

—¿Y estas cartas? ¿Por qué están cosidas junto con los bonos?

—Debes saber, legado, que a veces hay desconfianza en el pago de notas de esta magnitud. Por eso se conserva la documentación que permitió al tesorero redactar el bono y presentarlo al sello de sus superiores.

Negó con la cabeza, todavía insatisfecho:

—¿Y esta carta? Ni siquiera está en nuestro idioma. ¿Qué se supone que debo hacer con ella?

—Te aconsejo que leas la traducción, está en el papel cosido por detrás.

El legado, perplejo, apartó la primera hoja escrita en nabateo y comenzó a leer: «*… que tu caballo se mantenga alejado del mal de ojo*», ¿qué significa eso?

Hicesio esperó a que llegase al final de las pocas líneas.

—¿Dos mil pieles de vaca? ¿Y esto que quiere decir?

—Correcto, legado. ¿Qué podrían hacer a orillas del Éufrates con dos mil pieles de vaca en una sola entrega? ¿Acaso hacer corazas con ellas? ¿O escudos? ¿Y de veinticinco talentos de hierro?

Tras unos instantes de silencio, añadió:

—Ese mensaje le costó muy caro a un espía que remitió una copia al hombre al que iba dirigido.

El legado, frunciendo el ceño, asintió:

—Comprendo… ¡ya lo creo que comprendo lo que significa! —y un instante después, dividido entre interés e insatisfacción—: ¡Pues me has hecho una buena, mercader! ¡Bonos del ejército!

—Legado, yo no podía gastar más tiempo en la conversión de estos bonos. Los hombres que han de reincorporarse a la legión ya están aquí; no podían quedarse esperando en las fronteras de las tierras de los partos.

—¡Ah!, ¿ya están aquí? ¿Y dónde están?

—Están acampados en una aldea costera no muy lejos de Tiro. Solo están esperando tu orden para presentarse en el cuartel.

—¿Cuántos son?

—Una centuria. Las otras tres centurias seguirán en las próximas semanas, para no causar revuelo en el cuartel.

—Sí, has hecho bien. Pero ¿tienen su propio equipo o son unos desarrapados? ¿No serán tan desaliñados como los mercenarios?

—Solo los he visto una vez, legado, y te aseguro que son la flor y nata de las tropas de Cecilio Baso. Sus uniformes, armas y cascos estaban impecables, y no temo ser desmentido diciéndote que cuando los veas, te convencerás de que están en mejores condiciones que tu tropa.

—Me gustaría creerte, pero desde luego, ¡has armado un gran embrollo con estos bonos! ¿Cómo voy a salir yo de esta? ¿Tienes un listado de control?

—Claro legado, aquí está —y diciendo esto, le presentó una hoja llena de números mientras el legado mostraba todo su descontento por la forma en que se había llevado a cabo el acuerdo.

—Los bonos son estos: en total, trescientos ochenta y tres mil denarios. Las monedas de oro son estas: ciento diecisiete mil denarios. Ah, bueno, se me olvidaba, me lo han entregado esta misma mañana —mintió descaradamente el griego, sacando de un cajón un lingote de oro de tamaño más generoso que los de Palmira y, a diferencia de aquellos, de oro puro en su totalidad. Lo había preparado el *argentarius* Jacob para disipar cualquier duda de última hora.

Se lo entregó al legado, que tuvo que usar las dos manos por miedo a que se le cayera al suelo. Le vi abrir la boca y dejar caer la mandíbula.

—Los legionarios, legado, ¿pueden presentarse en el cuartel esta noche?

El oficial ni siquiera le escuchaba, sus ojos estaban cautivados por la magnífica pieza de oro. Hicesio tuvo que repetir la pregunta por segunda vez.

Y le costó unos instantes más el responder, con voz ensimismada:

—Diles que se presenten al tribuno Sexto Pulicio.

XL.

Según Osterio, no corríamos ningún riesgo mientras el legado Potito Voluso permaneciera con nosotros en el almacén. El peligro, si es que lo había, podría manifestarse cuando este saliera por la puerta con el cofre de las monedas de oro. Ese era el momento adecuado, si así lo deseaba, de hacer una señal a sus guardaespaldas para que entraran al almacén y liquidaran al mediador y al testigo de la operación.

Lo habíamos discutido largo y tendido, llegando a la conclusión de que debíamos quitarnos de en medio en cuanto el cofre, una vez levantado de la mesa, tomara la dirección de la calle o cuando el legado, levantándose del triclinio, diera el primer paso hacia la salida del almacén.

El que más arriesgaba era Hicesio; la escena de su salida la habíamos discutido y ensayado mil veces, incluso la noche anterior en el mismo almacén de alfombras, simulando cada movimiento como hacen los actores en el teatro. La desaparición del *argentarius* Menet, alias Hicesio, no debía parecer una fuga, por más que fuera necesario quitarle la iniciativa al legado.

Mientras yo meditaba todo esto, la negociación había concluido y se llamó a dos de los guardaespaldas para que se hicieran cargo del cofre. En el momento exacto en que el legado Potito Voluso se levantó del triclinio, el plan trazado con el centurión Osterio se disparó como una piedra de una honda: Hicesio se inclinó a modo de saludo y, cuando el oficial le dio la espalda, en un abrir y cerrar de ojos desapareció tras la pila de alfombras que ocultaba la salida secundaria.

En el mismo instante recogí mi zurrón, moví los dos tablones de madera que delimitaban la taberna cercana y me escurrí en la bodega de las ánforas con pescado en salazón. Pasé por una cocina apestosa en la que dos mujeres empeñadas en freír pescado me miraron con curiosidad y salí a un callejón.

Osterio me había dado suficiente dinero para regresar a Jerusalem, en el caso de que no pudiéramos volver a encontrarnos, y me había entregado su salvoconducto.

Si algo hubiera ido mal, al menos yo habría informado al general Curvo.

No perdí el tiempo en los callejones de la ciudad y me dirigí a las murallas y a la puerta que daba al sur.

La cita con el centurión y los demás se había fijado en un miliario de la carretera de Cesarea que habíamos visto al llegar a Tiro. Llegué a la ahora undécima[42] y me acomodé cerca de él, dispuesto a esperar todo lo que hiciera falta.

Para no levantar sospechas, Judith se había quedado con el grupo y compartiría así su destino.

Me sentí como si la hubiera traicionado mientras, escondido entre un grupo de rocas a una treintena de pasos de la carretera, escudriñaba a todos los transeúntes.

Al caer la tarde el movimiento se redujo, para cesar por completo al caer la noche. Llevaba conmigo una pequeña bota de vino con algo de agua y un trozo de queso. La espera iba a ser larga. Cualquier cosa podría haber pasado, sin embargo no tuve más remedio que acurrucarme en mi capa.

Habíamos acordado que si no nos encontrábamos, yo no volvería a la ciudad ni intentaría saber nada de los demás. Osterio me lo había hecho jurar.

Al amanecer se reanudó el tránsito. Salí solo para ir a una fuente media milla más adelante, sin dejar de mirar por encima del hombro porque existía la posibilidad de que intentaran volver a capturarme.

A lo largo del día, pasaron decenas y decenas de personas, carretas, rebaños de ovejas, mensajeros, incluso una centuria de legionarios trasladándose. Hacia el atardecer empecé a temer lo peor; no podía imaginar ninguna razón sensata por la que Osterio y los demás pudieran tardar tanto.

Poco después de la puesta de sol, cuando ya estaba preguntándome indeciso qué debía hacer y los últimos transeúntes habían desaparecido de la carretera, vi dos caballos avanzando a paso de tortuga, seguidos por algunas personas a pie. En el último resplandor antes de la oscuridad, reconocí la inconfundible silueta cuadrada del centurión y el porte seguro de Hairán. Judith estaba con ellos.

—¿Salió todo bien? ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Todo salió bien, Quintilio —contestó Hicesio desde lo alto de su caballo—, pero será mejor que pongamos algunas millas entre nosotros y esta ciudad. Tenemos el mapa, el tribuno Otón cumplió su palabra.

—¿Tenías miedo, eh, chupatintas? —prosiguió el centurión—. Ya verás cómo siguiendo los consejos del viejo Osterio llegarás al final de tu misión, ¡aunque ni tú mismo te lo creas!

Aceleramos el paso. Ya era de noche, pero no tuvimos ninguna dificultad en avanzar, siguiendo el tenue resplandor de la carretera de grava; me quedé al lado de Arrio para obtener alguna noticia.

—¡Todo ha ido como la seda! —me contó—. Pez y yo le esperamos al griego justo al lado de la puertita del almacén, y cuando salió tiramos del pestillo y apuntalamos la puerta con los dos travesaños que habíamos guardado a un lado.

—No había ninguna señal… ¿nada sospechoso?

—¡No podemos saberlo! Salimos disparados por las callejuelas de la ciudad vieja. Judith fue rápida como un rayo: ayudó al griego a deshacerse de la abultada túnica oriental y con un trapo y algo de tierra, ¡lo convirtió de nuevo en un sirviente! El tribuno Otón, el *optio* Colatino y los dos legionarios nos protegieron durante nuestra huida. Mientras corrían, sujetaban con las manos los *gladii* que golpeaban sus túnicas. Osterio se quedó en la retaguardia porque no sabíamos qué nos aguardaba.

—¿Nadie se interpuso en vuestro camino?

—¡Nadie! Después de media milla, el tribuno Otón nos hizo parar en el patio de un comerciante de marmitas y loza. Fue allí donde se dio cuenta de que habías desaparecido. Se le escaparon algunos improperios porque lo entendió todo al instante, pero estaba más preocupado por Hicesio, porque su salida no hubiera pasado por una huida.

—¿Y no fue así?

—No, el griego dice que se retiró saludando respetuosamente al legado, muy formal. Desde luego, si alguien volvió a buscarlo, un instante después ya no estaba.

—Pero al legado se le pagó, ¿no? Cuando escapé, creo que los dos guardias salían con el cofre.

—No tenemos ninguna pista de que nos estén buscando y creo que todo ha ido bien porque la centuria de los rebeldes de Cecilio Baso fue recibida como estaba previsto en el cuartel. Tuvimos que esperar hasta que el tribuno Otón estuvo seguro de que no había ningún problema para sus hombres, y alrededor de la hora sexta devolvió tu pergamino al griego.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—El tribuno nos mantuvo en la posada porque la calle estaba vigilada por nuestros legionarios y era mejor no encontrarse con ellos. Debían ser de la vigilancia normal, pero ya sabes cómo es eso, la prudencia nunca está de más. A la hora del rancho, volvieron al cuartel y nos pusimos en marcha.

Marchamos veloces durante buena parte de la noche. En un momento dado, me encontré con Judith a mi lado, que me cogió de la mano. Estaba feliz de que siguiéramos juntos. Con las primeras luces antes del amanecer, el

centurión encontró un lugar adecuado, a unas decenas de pasos de la carretera, y nos instalamos allí a dormir durante unas horas.

Y a pesar de que Judith dormía casi encima de mí, el centurión no tuvo ninguna consideración de despertarnos a patadas:

—¡A ver si nos movemos, que el Barís está todavía lejos!

Comimos unos huevos duros y, por fin, tuve tiempo de intercambiar unas palabras con Hicesio:

—¿Fue difícil arreglar el asunto de mi fuga con el tribuno Otón?

—Hum, bueno… Estaba concentrado en la operación, no se lo esperaba. Le calmé con el relato de la entrega del oro al legado, explicándole que todo había salido como queríamos, a pesar de la pequeña licencia que nos tomamos con esos bonos del ejército que tan bien conoces. Pero he de confesártelo, Quintilio, llegar a acuerdos con serpientes venenosas siempre es difícil porque te arriesgas a que te muerdan en el último instante.

—¿Otón no te preguntó nada más sobre mí?

—No, comprendió de inmediato que habías huido como nuestra garantía, al igual que él había retenido tu envoltorio con el pergamino. Debo decirte que incluso el centurión Osterio se enfrentó al tribuno. En cuanto nos devolvieron el pergamino, insistió en que comprobara cuidadosamente nuestros sellos. Nadie lo había abierto.

—¿Qué le dijo Osterio al tribuno?

—Yo estaba allí escuchando, y le dijo simplemente, hablando como un viejo soldado: «*Te hemos servido lealmente, Otón*». Se lo dijo con voz firme, pero su mirada y una ligera negación con la cabeza, sin embargo, decían resueltamente otra cosa: «*¡No intentes nada contra nosotros!*». Ese era el verdadero mensaje.

—¡Se hizo valer!

—Y eso no fue todo, porque Otón le replicó: «*¡Me he dado cuenta de que sois unos auténticos pícaros! ¡Quien os envió aquí, os eligió cuidadosamente!*». Creo que después de vernos trabajando temía que tuviéramos algo guardado para causarle problemas, y no quería ponernos a prueba.

—¿Crees que habría intentado algo contra nosotros?

—No lo creo —negó con la cabeza el griego—. Pero no se puede descartar que en sus planes iniciales tuviera la intención de mantenernos

como rehenes hasta que se completara la reincorporación de todos sus legionarios.

—¡Más rápido, par de chismosas! —nos llegó de la voz ronca del centurión, e Hicesio montó en su caballo para no ralentizar la marcha.

XLI.

Viajamos por la carretera de la costa hasta Tolemaida, desde allí tomamos la que conducía hacia el interior y en la tarde del tercer día, al pasar por un alto del camino vimos, a unas pocas millas delante de nosotros, el azulado Mar de Galilea.

No había hablado mucho con Judith en los últimos días. Nos habíamos acostumbrado a estar juntos y, al igual que ella, yo estaba un poco preocupado por la inminente separación.

No había querido imponerme y obligarla a venirse conmigo, pero tenía curiosidad por saber qué opinaba. Así que me metí un poco con ella con absurdos pretextos, y Judith, que solía ser de pocas palabras, finalmente lo soltó todo, sin olvidarse de nada.

—No quiero ir contigo a Jerusalem, ya lo sabes. Crecí en un pueblo pequeño, allí me encuentro a gusto. Ya estoy harta de vivir entre gente envidiosa que no sabe ocuparse de sus propios asuntos. Al recordar el año que pasé en Palmira, me di cuenta de que, al proceder de un pueblo pobre, nunca tuvimos la oportunidad de vivir a gusto allí.

—Jerusalem es una gran ciudad, no dudo de que habrá gente envidiosa, pero también hay gente buena con la que te llevarías bien.

—¡Hay demasiada gente, en todas partes, y un mercado en cada callejón! Quiero vivir en un lugar tranquilo, cuidando de mis gallinas y no repetiré el error que cometió mi hermano Ioannes.

Estaba decidida, se detuvo un momento para recordar y siguió:

—Mi hermano era bueno en su trabajo, pero no le importaba lo que ocurría a su alrededor. Ahora que todo ha terminado, y que ya no corro peligro de acabar lapidada en alguna plaza, he comprendido que, si no por los celos que Esther suscitaba en otras mujeres, habría sido por cualquier otra cosa. Los palmirenos son gente cerrada y mentirosa, pérfidos con los que no pertenecen a su tribu. Pero incluso entre ellos, a menudo, se odian. Demasiada riqueza se le ha subido a la cabeza. Los judíos somos diferentes y nos cuesta convivir con ellos. Si hubieras visto los monumentos que construían para sus muertos, ¡no te quiero ni contar! Me lo dijo Ioannes, eran monumentos que solo se construían para el prestigio de los que quedaban y para la vanidad de la familia, aunque a veces el muerto era un canalla.

Se le escapó una sonrisa que provocó que aparecieran sus hoyuelos:

—Le hacían escribir en la dedicatoria: «*Ay de nosotros, los afligidos hijos de… tal padre*» y quizás, a ese padre, lo habían envenenado la semana anterior, ¡para quitárselo de en medio! Y luego recuerdo otra: «*Anímate, nadie es inmortal*». Ioannes la había esculpido en la tumba de un tipo al que todos conocían por ser un usurero y un violador de niños.

—¿No te gustaría ver Jerusalem? Nunca has estado allí, ¿cómo puedes decir que no te gusta?

Judith negó con la cabeza, era una mujer práctica y me cortó en seco:

—Estuviste conmigo solo porque no había otra mujer. ¿Me habrías buscado en Jerusalem?

No tenía respuesta para contestar a esa candente pregunta.

Ella se dio cuenta de mi desconcierto, pero era algo que llevaba arrastrando demasiado tiempo y quería llegar al fondo del asunto:

—Soy una mujer ignorante, ningún hombre pidió mi mano en mi pueblo y permanecí demasiados años en casa de mi hermano de sirvienta. He estado bien contigo mientras duró y, estas últimas semanas, incluso había creído que podríamos estar juntos para siempre, porque fuiste honesto conmigo. Pero no aguantarías mucho viviendo con una mujer pobre e ignorante que no sabe ni leer ni escribir. Eres un hombre importante, incluso el centurión te obedecía. Yo solo sé alimentar a mis pollos. Cada vez que estuviéramos juntos en público —y tú te codeas con personas importantes, ni pescadores ni pastores de ovejas— te avergonzarías de mí… Y yo me avergonzaría de mí misma, y no podría soportarlo. —Guardó silencio un instante para recuperar el aliento.

—He sido feliz contigo, he sido más feliz estando a tu lado en el pajar de esa aldea sin nombre, que en todos los años que he vivido aquí, siendo la hermana mayor de Ioannes. Y me diste todo el placer que pudiste, cada vez que nos apetecía, y con lealtad. Pero ahora ya te lo he contado todo, y tú lo has entendido…

Vi cómo se le saltaban un par de lágrimas, se dio la vuelta y no añadió nada más.

Llegamos a Nahum por la tarde y lo primero que hicimos fue zambullirnos en las aguas claras del Mar de Galilea.

Judith esperó pacientemente a que nos refrescáramos, lavándonos someramente y abrevando a los caballos, y luego nos guio, inquieta, a la que había sido su casucha y la de su hermano.

No sabía aún qué iba a encontrar, podía muy bien estar ocupada por otra gente. Cuando llegamos frente a ella, se detuvo para observar su estado: tenía algunos desperfectos, pero seguía en pie y nadie la había ocupado. Era una cabaña ordinaria como muchas de las aldeas judías: muros de piedra unidos con una mezcla de tierra y agua, y un encañado cubierto con hojas de palmera como techo.

El tejado se había derrumbado en parte, y saltaba a la vista que algún mendigo había estado viviendo ahí ocasionalmente. La suciedad, algo de estiércol por el suelo y el polvo arrastrado por el viento se habían apoderado de la barraca.

—¡Has tenido suerte, Judith! —comentó Arrio—. Nadie se ha apoderado de tu casa y puedes volver a vivir en ella. Solo hay que hacerle algunas obras menores.

—Mi pobre casa no le interesa a nadie, ¡alrededor del mar de Galilea se encuentran casas abandonadas por doquier!

Judith ya me había comunicado su decisión, y lo mejor que yo podía hacer era echarle una mano para que la casucha volviera a ser habitable.

Mientras los hombres, en un claro entre las casas que antaño había sido una huerta, preparaban un campamento provisional para pasar la noche, junto con Judith intenté arreglar el techo. Un par de palos se habían roto, bastaría con sustituirlos y volver a poner en su lugar las piedras que sujetaban las esteras de hojas de palmera. Empecé apuntalando lo que quedaba del techo para que el resto no se derrumbara, luego retiré las piedras que se habían caído dentro de vivienda.

Un par de curiosos se acercaron a ver quiénes éramos: conocían a Judith y se abrazaron alegrándose de volver a verla. Los vi bajar la mirada mientras la mujer hablaba, me imaginé que le estaría contando el triste final de su hermano Ioannes.

Arrio había empezado a apreciar a Judith cuando le había cuidado la mano y la había visto trabajar duro para todos durante nuestras andanzas. Cuando me vio atareado, él también vino a ayudar; trajo un pilote largo para sustituir uno de los que estaban rotos. Al cabo de un rato, Pez también llegó con el segundo pilote:

—Los hemos encontrado en una casa derrumbada aquí cerca —se justificó—. ¡Ya no los necesitaba nadie!

El centurión Osterio se había dado cuenta de que yo no iba a dejar a Judith sin un techo; probablemente temía que yo pudiera retrasar el cumplimiento de su misión unas horas más, o un día. Incluso le oí despotricar contra Hairán:

—¡A ver si espabilas, itureo! ¡No querrás que perdamos otro mes para volver a poner en pie un gallinero!

Con la última luz del crepúsculo terminamos de sellar unas cuantas grietas en los muros con una mezcla de tierra y agua, y Hairán, que era el más ligero de todos, deslizándose por el tejado como un gato, colocó las piedras bloqueando las esteras de palmera. El gallinero también estaba ya arreglado, con un refugio para las gallinas y la valla de ramas entretejidas, impecable como si nunca hubiera sido derribada.

Antes de que la oscuridad nos detuviera, vinieron dos mujeres del pueblo y nos trajeron un enorme plato de pescado frito crujiente y suficiente verdura para todos. Conocían bien a Judith y se alegraban de tenerla de nuevo cerca. Pensé que quizás no se había equivocado al elegir quedarse entre su gente.

Fue una cena triste. Después de todo lo que habíamos pasado juntos, Judith formaba parte de nuestra unidad y todos tuvieron palabras amables para ella.

Fui a lavarme a las aguas del lago. Era una noche tranquila con un poco de luna y estrellas; un tenue resplandor iluminaba las plácidas aguas del Mar de Galilea, alguna luz lejana señalaba una barca de pesca. Al cabo de un rato me encontré con Judith y juntos nos dimos un baño; incluso conseguí hacerla reír de nuevo. Cuando nos besamos apasionadamente, parecía imposible que todo terminara así, prácticamente sin una razón.

Los dos ardíamos de deseo y lo aprovechamos por última vez, en el agua, como jóvenes amantes que descubren el amor, y ella no escatimó en darme placer como lo había hecho en anteriores ocasiones.

—Debes continuar tu camino, Quintilio —me dijo mientras aún estábamos abrazados en el agua poco profunda—. Si me necesitas, yo estaré aquí, en Nahum, ya sabes que no quiero ir a ningún otro lugar.

Con las primeras luces del día, mientras el centurión preparaba los caballos examiné, junto con Arrio y Pez, el trabajo del día anterior: las reparaciones se habían hecho a toda prisa, pero la minúscula casita era perfectamente habitable. Le faltaban algunos muebles y vajilla, robados por los transeúntes, pero eso era algo a lo que Judith remediaría fácilmente.

Mientras revisaba el techo, ella se acercó a mí:

—La mujer que trajo anoche el pescado frito, Miryam, me dijo que su marido está buscando mujeres para salar el pescado. Podré trabajar con ella y

echarle una mano en su casa, tiene cuatro hijos y un par de ancianos que cuidar. Encontraré gallinas para criar, no estaré sola.

—¿Queréis espabilar de una vez? —exclamó la voz ronca de Osterio que ya estaba a caballo.

La besé por última vez y monté en mi caballo.

Cuando estuve lejos, a un centenar de pasos por la carretera que conducía a Jerusalem, me detuve para darme la vuelta. Vi dos siluetas, pero el rostro de Judith ya no se distinguía; Arrio se había quedado atrás y seguía hablando con ella; le había encargado una última tarea, algo de lo que yo no quería ocuparme.

Le estaba entregando una cantidad de dinero que le ayudaría en los momentos difíciles, para que no se arriesgara a tener que vivir de limosnas. Me había inventado que era un premio del centurión. Hicesio y yo ya no teníamos ni un solo as de cobre, y había tenido que pedirle un préstamo a Osterio, que me lo había concedido sin rechistar.

Por último, vi a Arrio subir a su caballo y en unos instantes se reunió con nosotros.

Me hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

XLII.

La casualidad quiso que nos cruzáramos con un mensajero del ejército junto a un manantial, donde los escasos transeúntes se detenían para que los animales abrevasen. Era un joven delgado con el uniforme rojo adornado con los típicos rayos y se dirigía a Jerusalem.

—¿Deberíamos avisar al general Curvo de que estamos llegando? —le pregunté a Osterio—. Este correo seguramente llegará al Mando antes que nosotros.

—Sí, sería conveniente avisarle. Quiere que le entreguemos los resultados sin causar revuelo. Me ha repetido varias veces que no debo dejar que nadie sepa dónde hemos estado.

Hicesio se apresuró a componer unas líneas en nombre del centurión.

El centurión Cayo Osterio
saluda al legado Emilio Curvo, vale.

Nuestra misión ha concluido y estamos en camino de regreso a Jerusalem.

En cumplimiento de tus órdenes, los resultados solo se te entregarán en persona.

Cayo Osterio centurión en Jerusalem.

XIII ad Kal Sep DCCXI[43]

Al anochecer habíamos recorrido una veintena de millas y decidimos detenernos para pasar la noche en Scythopolis[44], una población donde podríamos haber sido hospedados por una guarnición del ejército. Pero el centurión Osterio era reacio a pedir favores a sus colegas:

—La nuestra es una misión de la que no puedo presentar órdenes, ¡además, ni siquiera tengo el uniforme! Estoy seguro de que querrían saber muchas cosas, en primer lugar de dónde venimos y quién nos ordenó que fuéramos allí. Solo nos quedan dos o tres noches y será mejor que nos conformemos con dormir en un establo o en alguna de las posadas que encontremos por el camino.

En realidad, era por el mapa que llevábamos con nosotros que el centurión ya no se fiaba de nada ni de nadie.

Encontramos alojamiento en una rústica posada que disponía de una gran estancia donde los viajeros podían dejar sus pertenencias y detenerse para pasar la noche. No había ninguna comodidad, uno dormía en el suelo encima su equipaje y estaba codo a codo con los demás viandantes.

Cuando oscureció, el posadero pasó por allí y encendió una lámpara que arrojaba una mísera luz rojiza desde un estante, lo justo para divisar las siluetas de los clientes dormidos, no fuera que cuando alguien saliera a orinar pisoteara a sus vecinos. Pero esa luz no fue suficiente para Hicesio que, durante la noche, caminando casi a oscuras, tropezó y se me cayó encima.

—¿Qué demonios estás haciendo, griego? —le pregunté irritado.

—Shh, Quintilio, ese de ahí no para de roncar como un león, solo quería alejarme de él, perdona si te he molestado.

Al otro lado escuché las protestas insomnes de Arrio y Pez.

El destino, sin embargo, ya había decidido que esa noche no podríamos dormir y, poco después, cuando ni siquiera había retomado el sueño, Arrio me sacudió para susurrarme al oído:

—Quintilio, ¡no hagas ruido y coge el puñal! ¡Hay ladrones! ¡Están registrando a los que duermen!

No había terminado de hablar cuando oímos un grito desgarrador y los ruidos de una persona herida de muerte. Unas siluetas oscuras se movían en la penumbra y los gritos agudos ya habían despertado a todos los clientes.

Pero el centurión Osterio no dormía ni mucho menos, ya se había puesto en pie con el *gladius* en la mano y Pez, Hairán y Arrio estaban a su lado.

—No es el griego, maldición… ¡Encontradlo! —oí graznar en la penumbra de la inconfundible voz del *optio* Bárico. La habría reconocido entre mil.

A la tenue luz de la lámpara, arrollando a la gente que aún estaba pasando del sueño al terror, me agazapé en un rincón sin apartar la mirada del brillo de las hojas.

—Le arrancaremos la piel a ese griego… —oí de nuevo al *optio*.

—¡Traidor bastardo! —le respondió la voz firme del centurión Osterio.

Los atacantes habían perdido la ventaja de la sorpresa y ahora estaban siendo empujados hacia la puerta por la que habían venido; oímos el grito de un herido, y los aterrorizados clientes se acurrucaron aún más en un rincón, junto con Hicesio y conmigo. Otro grito y una blasfemia contra los dioses señalaron que la lucha se había trasladado al exterior, luego vino el silencio.

En un instante se encendieron más lámparas: el centurión y Arrio revisaron uno a uno a los aterrorizados clientes mientras Hairán y Pez vigilaban la puerta con sus *gladii* desenvainados.

Dos hombres yacían en el suelo en un lago de sangre, uno de ellos gimiendo débilmente. El centurión Osterio quiso ver quién era y le acercó una lámpara a la cara: era Pacaciano, el veterano que había formado parte de nuestro grupito de mercenarios.

—Pacaciano, ¡eres un auténtico imbécil! ¿Qué has venido a hacer aquí?

El hombre estaba gravemente herido en el costado y le costaba hablar. Apenas le sacamos unas pocas palabras:

—Osterio, nuestros compañeros han muerto… ¿No habrías hecho tú lo mismo?

En ese momento vi que el centurión sangraba por un codo: debía estar herido en el brazo.

Pacaciano comenzó a gemir y a escupir sangre por la boca. No tardaría en reunirse con los dioses.

—¡Era Bárico! —farfulló el centurión, no menos sorprendido que nosotros—. ¡También me parece haber reconocido el hocico de ese canalla de Obasi!

Le respondió Pez:

—A mí también me parece que fuera Obasi, pero estaba detrás de los demás, ni siquiera se ha acercado para luchar.

—En la trifulca, creo que he herido a Bárico —dijo Hairán.

—¿Estás seguro?

—Le he alcanzado en el vientre, ¡no irá lejos!

—Quizá fuera Obasi, apenas se veía nada, creo que eran cuatro —dijo Arrio.

—¡Me ha salpicado con su sangre! Claro que estábamos el uno encima del otro, ¡y esta no es mi sangre! —Hairán se volvió para mostrarnos grandes manchas de sangre negruzca que teñían su pecho.

En ese instante me percaté de que Hicesio estaba detrás de mí: estaba encogido y tartamudeando, o tal vez le castañeasen los dientes del susto.

El segundo hombre en el suelo, inmóvil en su propia sangre, era un desafortunado cliente de la taberna, prácticamente destripado mientras dormía.

El centurión comprendió inmediatamente qué había sucedido:

—Este no sé quién es, pero seguro que se lo han cargado en lugar del griego, ¡he oído muy bien las palabras de Bárico! —luego, mirándome de

manera inquisitiva, añadió—: ¡Buscaban a tu amigo, sin duda! —y señaló al griego con el *gladius* chorreando sangre.

El centurión había sufrido un corte en el brazo, pero no parecía grave y el posadero encontró aguja e hilo para coserlo. Fue un poco antes del amanecer, se le lavó la herida con vino y vinagre y con las primeras luces el propio posadero, con la mano firme de quien está acostumbrado a manejar carne en la cocina, le cosió la herida a la altura de un hábil cirujano.

—Ahora completaremos la misión —dijo el centurión, señalándonos a mí y al griego con el dedo índice mientras el posadero terminaba de anudar los últimos hilos—, ¡y luego hablaremos de esta noche!

Arrio me susurró al oído:

—Pacaciano, antes de morir, ha dicho que sus compañeros están muertos. Vete a saber qué quería decir.

—No tengo ni idea, Arrio, pero será mejor que te calles y que hagamos lo posible por acabar la misión, ¡que ya se ha convertido en una verdadera tragedia!

Después de un último lavado de la herida cosida con vino y vinagre, el brazo del centurión fue vendado; Arrio y Pez sacaron los caballos de los establos, pero antes de montar Osterio nos dio las órdenes del día:

—¡Como todos sabéis, nuestra misión solo podrá darse por hecha cuando estemos dentro del Barís! A partir de ahora me quedaré en la retaguardia, Arrio y Hairán tomarán la delantera. Tú, Pez, cuidarás del griego y del chupatintas. Puede que le hayamos dado a Bárico un buen escarmiento, pero aún tendréis que estar atentos a cada espesura, arbusto o pasaje estrecho que se nos presente.

Partimos con cautela hacia Jerusalem. A la hora sexta, cuando ya habíamos recorrido varias millas, vimos a dos campesinos junto al camino removiendo tierra con unas palas. El centurión hizo una señal a Arrio, que montado en su caballo avanzó un centenar de pasos para echar un vistazo, aunque no hubiera nada sospechoso a la vista.

Y sin siquiera bajarse del caballo, Osterio les preguntó a los dos:

—¿Qué estáis haciendo?

—Hemos enterrado a un tipo que ha aparecido aquí muerto esta mañana, al lado de la carretera.

—¿Y de qué había muerto?

—Ah, eso está claro, ¡lo han atravesado con una lanza o un *gladius*! ¡Sangraba por el vientre!

—¿Calzaba las cáligas del ejército? —Era la señal más segura para reconocer a Bárico.

—No llevaba nada, estaba desnudo como un gusano, ya le habían despojado de todo. Por la carretera pasa gente pobre, y sabes cómo es esto.

—¿Qué hacemos, centurión? ¿Lo desenterramos? —le pregunté a Osterio.

Lo vi indeciso, pero bastó un instante y negó con la cabeza:

—No, no perdamos más tiempo por esta carretera. ¡Quizás sea Bárico, como dice Hairán, pero sea quien sea, no debemos bajar la guardia hasta que estemos dentro del Barís! —y nos hizo una señal para que continuáramos sin más demora.

Un poco más adelante me acerqué al centurión:

—Tenemos que pensar qué vamos a decir a los oficiales cuando regresemos al Mando. Los mercenarios les dan igual, pero Bárico era suboficial y querrán saber cómo murió.

—Habrá que callar todo el asunto del tribuno Otón y los hombres de Cecilio Baso, no quisiera que el griego acabara mal, ya sabes, por culpa de los bonos. Todos corremos peligro, ¡sobornar a un alto cargo es un asunto muy serio, algo que el ejército no perdona! Diremos que Bárico fue asesinado durante un enfrentamiento con bandidos itureos, eso se lo creerán.

—Haremos lo que digas, Osterio, y nuestros hombres se callarán porque todos tenemos mucho que perder en este asunto.

Durante los tres días siguientes nos desplazamos con prudencia, como si fuéramos desertores en fuga. No nos detuvimos en ninguna de las aldeas por las que pasaba la carretera, hicimos campamentos nocturnos en lugares ocultos y nos tocó hacer guardia incluso cuando nos detuvimos en recovecos donde nadie se hubiera atrevido a tendernos una emboscada.

Al anochecer del tercer día tras al asalto sufrido en Scythopolis, aún nos encontrábamos a una veintena de millas de Jerusalem. El centurión no se fiaba de que nos detuviéramos a comer en una aldea polvorienta, justo después del Jordán, en un establo que a veces utilizaba el ejército. En cambio, montamos un campamento disimulado en un palmeral, invisible desde la carretera, y mientras Pez cocinaba un poco de sopa legionaria, el centurión Osterio quiso hablarnos a todos:

—Ahora es necesario que nos pongamos todos de acuerdo. No podemos decir nada a los oficiales de lo que ha pasado, lo sabéis muy bien. Sería difícil explicar la muerte de Bárico y los meses que hemos perdido en Traconítide. Si a uno de vosotros se le escapa una sola palabra, pronto se sabrá todo y acabaremos bajo el hacha del verdugo. ¿Me entendéis?

Y miró a los ojos de cada uno de nosotros antes de añadir:

—¿Estamos todos de acuerdo? ¿Estamos seguros de que nadie se va a equivocar contando una historia diferente?

Hicesio también quiso añadir algo de su propia cosecha:

—Antes de nuestra partida, ya se nos había mencionado algo sobre el peligro de que esos lugares estuvieran infestados de esas bandas de asaltantes. Sin embargo, quiero aprovechar esta oportunidad para recordar que tal vez sea mejor que ni siquiera mencionemos las discrepancias habidas con los palmirenos.

—No te preocupes, griego. ¡Ninguno de nosotros quiere saber nada de tus trapicheos con los nabateos! Si no sabemos nada, nadie contará nada, ¿no te parece?

El griego asintió susurrándome al oído:

—Eso lo dice por los bonos que me había prestado nuestro tesorero Concesio Félix y que tanto le preocupaban, ya sabes lo meticuloso que es con sus cosas.

—Ya lo creo, es meticuloso hasta con el último as de nuestro *stipendium*.

Acordamos los detalles de un enfrentamiento trivial con unos asaltantes; normalmente las historias más sencillas son las más ciertas, o al menos las que uno es más proclive a creer, y el centurión confirmó que los interrogatorios serían muy someros.

—Recordad que nuestros compañeros del cuartel son habladores e imbéciles redomados —añadió Arrio—, nadie mencionará jamás lo sucedido. ¿Te parece bien, Pez?

—Estoy con vosotros. A veces, hay que olvidar ciertas cosas.

A Hairán y a mí ni siquiera nos hizo falta confirmárselo al centurión, teníamos muchas cosas que ocultar.

Y ante el fuego lo juramos.

Era noche cerrada, pero estábamos cansados de nuestras andanzas y el centurión Osterio aceptó nuestra decisión de recorrer, aunque fuera a oscuras, las últimas veinte millas hasta Jerusalem.

No tuvo ninguna dificultad en que nos dejaran entrar por la puerta de las murallas de la ciudad porque, a todos los efectos, estábamos de viaje de

servicio, y a la cuarta vigilia nos presentamos ante el Barís, de donde habíamos partido más de cinco meses atrás.

XLIII.

El general Curvo no estaba en el Barís, y a primera hora de la mañana nos presentamos ante el centurión Labieno.

—Veo que os habéis tomado vuestro tiempo. Desde luego, los del Cuerpo de Ingenieros vais por donde queréis y no rendís cuentas a nadie. ¡Creíamos que estabais muertos! —nos comentó el oficial, anotando nuestros nombres en el registro de desplazamientos del cuartel—. ¡Tened cuidado porque tenemos un nuevo comandante! El tribuno Condiano ha sido trasladado, en pocos días partirá hacia Roma.

—Y el nuevo tribuno ¿cómo es? —le di cuerda al centurión.

—¿El tribuno Antonio Varial? Bueno, si lo han puesto al mando debe haber una razón. Lo conozco poco, dicen que es un hombre meticuloso, no debe ser un guerrero. Ya veréis cómo os llama, quiere hablar con todos en persona.

—¿Y nadie sabe cuándo volverá el general Curvo? ¡Debemos informarle!

—Está recorriendo Judea. Nunca se queda quieto, corre de un lado a otro. Vosotros habéis vuelto con mi colega Cayo Osterio. Él será uno de los primeros en ser llamado por el general Curvo. Poneos de acuerdo con él.

En la práctica, no teníamos nada que hacer hasta que nos presentáramos ante el general, así que el griego y yo pasamos unos días tranquilos, retomando la vida habitual regulada por los ritmos del cuartel.

Perdí de vista a Arrio, Pez y Hairán, que fueron absorbidos casi de inmediato por las actividades ordinarias de la guarnición, y todo parecía haber vuelto a su sitio como antes de nuestra partida.

Pero una de aquellas noches, Arrio asomó la cabeza dentro de mi cubículo:

—Quintilio, ¿estás ahí? —susurró, no pudiendo ver nada en la oscuridad.

—Sí, aquí estoy, espera; voy a encender la lámpara.

—No, escucha, debo hablarte a solas, baja al patio conmigo.

—Estoy solo, Arrio —le respondí rascando el chispero—. Al griego le han invitado a una cena de sabios en casa de una familia rica de la ciudad, yo no he querido ir, ¡imagínate por qué!

Por fin el candil se encendió y una tenue luz amarillenta iluminó la pequeña habitación.

—¿Te has metido en algún lío nuevo, Arrio? —Debía ser alrededor de la mitad de la segunda vigilia: con Arrio había entrado a la habitación el hedor a taberna y a vino barato.

—Quería que supieras una cosa, aunque sea ya entrada la noche, Quintilio, ¿recuerdas que cuando el *optio* Bárico nos atacó, el centurión dijo que creía haber reconocido al bribón de Obasi?

—Sí, recuerdo que se habló de ello. Ese hombre es un pusilánime y durante la emboscada se quedó atrás y no nos atacó, de lo contrario no estaríamos aquí hoy.

—¡Pues sí que estaba con Bárico! ¡No tuvo el valor de cruzar el hierro con nosotros porque siempre fue un cobarde! En fin, que está vivo y ha tenido el valor de volver a Jerusalem. ¡Me lo he encontrado hace poco, frente a frente en una taberna! Acto seguido nos enzarzamos en una pelea, lo habría matado de buena gana, pero estaba con unos colegas que habían bebido mucho. Al final, para no tener problemas, los legionarios nos desarmaron y nos calmaron. ¡Incluso nos obligaron a hacer las paces!

—¡Obasi es un villano, siempre dispuesto a apuñalar por la espalda!

—Los mercenarios son unos canallas, no lo dudes, Quintilio, ¡llevan la traición en la sangre!

—Y se marchó sin más… ¿cómo había venido?

—No pude atizarle como quería y al final hasta hemos acabado intercambiando algunas palabras, y es cuando me habló de Eleuterio.

—¡El imbécil de Eleuterio! ¿Qué ha sido de él?

—¡Ha terminado mal! ¡Lo capturaron en Damasco intentando vender un lingote de oro! Obasi dijo que ellos, los mercenarios, también estaban encarcelados en Damasco por culpa de los lingotes. Los de Hicesio, supongo, ¡no creo que hubiera otros!

—¿Nuestros mercenarios en la cárcel?

—Sí, fueron atrapados en Damasco tratando de engañar a un *argentarius*. Los lingotes eran todos falsos, no eran de oro. ¡Algunos fueron crucificados de inmediato! Incluso Emilio Vero, ¿recuerdas que tenía el brazo roto? El pretor de Damasco los consideró *latrones*… ¡ya sabes que eso se pena con la cruz!

—¡Crucificados! —un escalofrío recorrió todo mi cuerpo—. ¡Un mal final, sin duda! ¿Incluso Masopis, el de las manos machacadas?

—¡Yo también se lo he preguntado! Masopis ya se había ido al inframundo antes: estaba mal, lo habían abandonado en medio del desierto.

—Y Obasi, en cambio, ¿escapó?

—Sí, Obasi, Nisan, Pacaciano y el *optio* Bárico por lo visto estaban en una celda esperando su turno para ser crucificados. Al día siguiente les tocaba a ellos. Mientras esperaban, trajeron a Eleuterio. Una hora después fue entregado al verdugo. Lo llevaron a la plaza pública, lo ataron a los postes de ejecución, ¡y lo desollaron vivo delante de la multitud!

Enmudecí al oír la terrible narración.

—¿Tú sabías que los lingotes eran falsos? —susurró Arrio.

—Sí —respondí asintiendo—, solo lo sabíamos Hicesio y yo. El asunto debía mantenerse en secreto por las repercusiones que podría tener en la expedición, y tú tampoco deberías contárselo a nadie.

Hicesio tenía toda la razón cuando temía por la vida de Eleuterio después de que se hiciera con ese último lingote.

—Yo también sospechaba que aquel asunto de Palmira y todos los tratos del griego fueran ficticios. ¡Operaciones que no se sostenían! Supuse que formaban parte de la misión, ¡aunque no sé qué chanchullos habréis tramado vosotros dos!

—Mejor que no lo sepas nunca, Arrio. Escucha, querría pedirte un favor.

—¡Habla, Quintilio!

—No le cuentes nada al griego de Eleuterio.

—Por supuesto, te lo he dicho porque somos hermanos de la cárcel Mamertina, pero jamás se me ocurriría contarle al griego su trágico final. Sé que le tenía cariño aunque fuera un imbécil redomado, es mejor dejar las cosas como están.

—Gracias Arrio, eres un amigo. Pero… ¡espera! ¿Cómo salieron esos sinvergüenzas de la cárcel, y luego nos atacaron?

—¡Lograron escapar! El *optio* Bárico engañó a los guardias mientras distribuían el rancho en las celdas: ¡mató a uno de ellos y los cuatro lograron huir y salir de Damasco!

—¿El cuarto que me has dicho era Nisan? ¡Durante la emboscada no lo visteis!

—Eran cuatro hombres, ¡no tres como pensábamos! Tal vez fuera el que los campesinos estaban enterrando por la mañana después de la emboscada.

El terrible final del joven Eleuterio me llenó de tristeza. No sentía ninguna simpatía hacia él, incluso habíamos temido que nos traicionara, pero juntos habíamos compartido días felices y días tristes, y mi amigo lo había elegido su compañero para ir a Alexandria.

Me lo guardé todo para mí, no le mencioné ni una palabra a Hicesio.

XLIV.

El griego y yo pasamos esos días paseando por Jerusalem y curioseando por mercados y librerías. Nos habían pagado nuestro *stipendium* y el escribano de las pagas nos había prometido que pronto tendríamos quinientos sestercios cada uno como recompensa. Teníamos dinero para gastar y nos deleitamos con lo mejor que ofrecían las tabernas locales.

Casi todos los días íbamos a comer a una taberna de la ciudad vieja regentada por un veterano itálico llamado Postumio: allí se cocinaban muchas especialidades romanas y muchos clientes hablaban nuestro idioma. El posadero ya nos conocía, sabía que queríamos comer como si estuviéramos en Roma a orillas del Tíber y que teníamos dinero para gastar. Ese día nos encontramos ante uno de los platos más tradicionales del *Latium*: una pieza humeante de jabalí al horno espolvoreada con pimienta molida y marinada con miel, *garum*, vino dulce y vino de pasas[45]. Un joven sirviente vino a traernos el cuenco de salsa de pimienta, la fuerte, la que lleva comino, silfio, orégano y mostaza[46].

Entre tajada y tajada del exquisito jabalí, acabamos hablando del mapa que teníamos que entregar al general:

—Al final ¿te has enterado de lo qué quieren hacer con nuestro mapa?

El griego sonrió:

—Muchas cosas las entendí durante la misión, y otras muchas las intuí. Las pistas que conducen al propósito de nuestra misión también las escuchaste, pero quizás no pensaste en atar cabos.

Y mientras hablaba, untó cuidadosamente un trozo de carne magra con la salsa picante.

—La misión no nació aquí, en Judea. Nació en Roma, lo dice la presencia del general Curvo, que vino expresamente para ello. El tribuno Condiano, que en su momento lo sabía todo sobre lo que ocurría en Jerusalem, no sabía nada de nuestra misión. ¿Recuerdas que cuando hablaste con él por primera vez, parecía que no estaba preparado para organizarla?

—Sí, me acuerdo, por entonces ya había algo que no me convencía.

—El tribuno Condiano y la guarnición de Jerusalem solo prestaron el apoyo necesario para poner en marcha la operación. Ni siquiera ellos

conocían su finalidad. Todo estaba en manos del general Curvo, quien, para mantener el mayor secreto posible, vino en persona a darnos las verdaderas órdenes cuando nos detuvimos tres días después de salir de Traconítide.

—El secretismo del general me pareció exagerado. Después de todo, el ejército de Roma es uno. ¿Crees que puede haber envidias entre oficiales?

—No, Quintilio —negó con la cabeza el griego—, creo que la razón es bien distinta: Antípatro era idumeo, procedía de una región del sur de Judea, pero has de saber que tomó como esposa a una reina de los nabateos que procedía de Petra. Y sin duda lo hizo para reforzar su poder, ya que gran parte de Siria está poblada de nabateos. Herodes, su hijo que ahora gobierna Judea, es por tanto medio nabateo. Si corriera la voz de dónde hemos estado y cuáles eran nuestras órdenes, podría haber graves repercusiones en la relación entre Roma y Judea.

—Sí, Hicesio, eso es cierto, he oído hablar de esa reina nabatea. Eso justifica el secretismo. Pero, en resumidas cuentas, el hecho de que nos mandaran hacer esos estudios de las murallas y sus cuarteles, ¿a ti, a quién te parece que le beneficia?

—Nuestra misión no fue ordenada por el general Curvo, sino por quien le da las órdenes. ¿Sabes quién es?

—¿… Marco Antonio? —susurré abriendo los ojos.

El griego, sin hablar, asintió, mostrando un gesto muy serio.

—Es él quien manda en Roma, y él fue quien ordenó al general que viniera a Siria con ese mapa que nos mostró, tomado de la oficina de mapas del Mando de la Urbe.

—¡Quiere declarar la guerra a los partos!

—Yo también lo había pensado. Pero si así fuera, nos habría pedido que reuniéramos información al menos hasta el Éufrates, cien millas más allá de Palmira. En cambio, estoy convencido de que nuestra misión tiene que ver con algo mucho más sencillo. Y lo comprendí cuando nos pidieron una información meticulosa sobre los pozos de la ruta caravanera que conduce a Palmira.

—Eso es obvio, ¡cualquier ejército en movimiento necesita muchísima agua!

—El general te pidió que marcaras en el mapa la capacidad de los pozos. No quieren estar mucho tiempo alrededor de un pozo: quieren abrevar y continuar, ¿comprendes?

—Sí, abrevar y continuar. ¡Eso significa caballería en marcha! Animales veloces que hacen paradas cortas. Ahora que lo mencionas, nosotros podemos

mover enormes unidades a caballo, podríamos arrasar su caballería en un instante.

El griego negó con la cabeza:

—No creo que *Él* quiera imponerse sobre su exigua caballería. Creo que quiere tomar la ciudad antes de que los jinetes que patrullan el desierto den la alarma. Para vencerlos se necesita un caballería rapidísima y pozos repletos de agua.

—Y ¿qué haría con esa ciudad? ¿Dejaría allí una legión para clavar una espina en el costado de los partos?

Hicesio sonrió:

—¿Y yo qué he estado haciendo en Palmira?

—¿Engañar al *argentarius*?

—No, Quintilio, fui a buscar oro. Palmira está llena de oro, es una ciudad riquísima. Marco Antonio sabe que está operación se recompensará generosamente con el oro de Palmira. Quiere llegar hasta el pie de las murallas tan rápido como pueda, utilizando la caballería para evitar que la alarma se extienda y que los nabateos se encierren en el interior de la ciudad o huyan al otro lado del Éufrates para refugiarse entre los partos. Pero incluso si consiguieran atrincherarse en la ciudad, tú le has hecho el diseño de las fortificaciones y los detalles de las puertas. Tú le has indicado la forma más fácil de quebrar rápidamente cualquier resistencia.

Un par de días después, el centurión Osterio fue detenido. Se trataba de una detención formal, no fue encerrado en una celda porque no había nada contra él, pero tuvo que permanecer confinado en su pequeño cuarto y pusieron dos centinelas vigilando la puerta.

Aquel mismo día, cuando Hicesio y yo volvimos al Barís después de haber malgastado buena parte del día paseando por la ciudad, el oficial de guardia me hizo una seña:

—¡Eh, vosotros dos! ¡El tesorero Marcio Rufo os quiere ver! ¡Está en su despacho!

Sabíamos muy bien dónde estaba la oficina del tesorero, pero no conocíamos al tal Marcio Rufo. Había sustituido a Concesio Félix, que había sido trasladado a otro puesto y ya no estaba ni siquiera en Judea.

El nuevo tesorero nos recibió con una mirada de fuego:

—Tengo que hablar con vosotros dos de un asunto que no me gusta en absoluto —comenzó con gesto serio—. ¡Quiero saber qué habéis hecho con

las notas de pago que os dio Concesio Félix! ¡Tengo entendido que os las entregaron con la condición de que no las hicierais circular! —esperó unos instantes para observar nuestras miradas incrédulas—. Aquí está la nota que me dejó Concesio Félix a propósito, ¡para que no pudiera equivocarme con este asunto! —Y mostró una hoja de papiro con la minuciosa letra del tesorero.

—Bueno, tal vez sea así, pero será mejor que te explique exactamente lo que pasó —comenzó a explicar el griego, sopesando cada palabra porque el ceño fruncido del tesorero no era en absoluto amigable—. Le comenté al tesorero Concesio que esos bonos servían para darle credibilidad a un mercader que se desplazaba a tierras extranjeras, esa era la finalidad para la que se me encomendaron esas notas o bonos. Comprenderás que puede ocurrir, como nos ocurrió a nosotros, que para ganar credibilidad haya que gastar esos bonos, precisamente para demostrar la propia fortaleza económica.

—Se me ha mencionado que debíais cumplir una misión, y no es que conozca los detalles, ¡pero a mí tu palabrería me tiene sin cuidado! ¡Yo estoy aquí para dar cuenta de cada sestercio! ¿Te autorizó Concesio Félix a que hicieras circular esos bonos, sí o no?

—Tribuno, entiendo que tu labor es vigilar sobre los gastos de la guarnición, pero debes saber que nos dieron fondos insuficientes para la misión, y Concesio Félix…

—Concesio Félix solo le dio veinte mil denarios al centurión Osterio, ¡y se emplearon todos prácticamente en la tropa! —intervine quitándole la palabra a Hicesio, que parecía demasiado indeciso exponiendo nuestros argumentos—. ¡Una cifra insignificante para una caravana de mercancías! Es más, incluso quisieron ahorrarse los legionarios: nos dieron una docena de mercenarios ¡que seguramente serían los más baratos en la plaza, aquí en Jerusalem!

—¡Agrimensor! —tronó Marcio Rufo—. ¡Tú eres solo un civil! ¡Cómo te atreves! ¡Conmigo tienes que medir las palabras si no quieres que te encierre en las mazmorras! —Recuperando el aliento, continuó—: ¡Vosotros dos erais los responsables de esos bonos! Ya me ha quedado claro que carecíais de toda justificación para ponerlos en circulación por segunda vez. ¡Esto es un engaño de tomo y lomo, tendréis que responder por ello! —y nos indicó la puerta.

—¡Esta historia no se acaba aquí, me temo! —comenté nada más salir al patio.

—Quintilio, era completamente innecesario que tú, con tus mordaces explicaciones, le sacaras de sus casillas al tesorero. En efecto, Concesio Félix

me había recomendado que no hiciera circular esos bonos, pero ciertamente no podía imaginar que los encontraríamos aquí, a nuestro regreso.

—Griego, cada vez que pones en movimiento dinero y papiros, nos crecen los enanos. ¿Has visto lo que ha conseguido tu honestísimo *argentarius* Nabuzab? ¡Ese sinvergüenza de nabateo! Afortunadamente podemos contar con la ayuda del general Curvo, que sin duda nos apoyará. Desde luego, tendremos que explicarle lo que ha pasado. ¿Qué te parece si preparamos una carta hoy y se la enviamos por correo militar?

Hicesio, disgustado, mascculló algo incomprensible.

—Y, por cierto, Concesio Félix siempre me ha dado la impresión de que es un amante del lujo y de la buena mesa, ¡siempre dispuesto a limarnos un poquito de cada uno de nuestros sestercios!

XLV.

—¿A qué se arriesga ahora el centurión Osterio? —le pregunté a Arrio, que conocía el reglamento militar bastante mejor que yo.

—Bueno, depende de cómo se tomen el asunto. Si se enteran de todo lo sucedido, seguramente será castigado con la degradación, tal vez decapitado.

—Pero Arrio, ¿qué me estás diciendo? ¿Podía el centurión Osterio haberlo hecho mejor?

—Solo lo decía por ponerte un ejemplo, en realidad el centurión no se arriesga a nada si ninguno de nosotros habla. Ha declarado que Bárico murió en un enfrentamiento con bandidos, y el Mando Militar siempre quiere ver las cosas bien claras cuando hay por medio oficiales muertos en actos de servicio. Pero de momento solo es un paripé, durará unos días y luego volverán a destinarlo a su trabajo habitual.

—¿Y nosotros, que somo civiles, también tendremos que testificar?

—Puede que sí, pero vuestras palabras no tendrán mucha importancia. Tendrá que intervenir su superior; en esta misión vosotros dependíais del general Curvo, el mismo que sacará a Osterio del apuro, ¡no te preocupes!

Aquella noche en nuestro cubículo, a la tenue luz del candil, discutí extensamente con Hicesio de la extraña injusticia por la que nosotros, que habíamos arriesgado nuestras vidas para cumplir la misión, una vez más nos encontrábamos atrapados en los asfixiantes procedimientos del ejército.

—Es la estructura de vuestro ejército que ha sido concebida así —me explicó Hicesio, remarcando con aquel «*vuestro*» que él no formaba parte del mismo mundo que nosotros, como si no hubiera vivido en Italia desde hacía más de treinta años.

—Sí, lo comprendo, pero realizamos misiones de gran importancia y cuando logramos buenos resultados, sea como sea tenemos que lidiar con imbéciles del calibre del nuevo tesorero Marcio Rufo.

El griego sonrió:

—Te olvidas de otra cosa, Quintilio: a nosotros, al ser civiles, nos consideran incluso más cortitos de entendederas que el más estúpido de los legionarios de esta guarnición.

—¡Claro! ¡Incluso bajo las mejores circunstancias, nos consideran inferiores solo porque no llevamos uniforme como ellos!

—Nos movemos fuera de su jerarquía, no siempre estamos sometidos a su rígida disciplina, de vez en cuando hablamos directamente con oficiales y, de este modo, un soldado ya no entiende cuál es nuestro lugar.

—Pero en última instancia, griego, no entiendo por qué no es posible razonar y explicarse con estos oficiales: toma, por ejemplo, al tal Rufo: ¡era evidente desde sus primeras palabras que ya era hostil para con nosotros!

Desde joven y durante décadas, el griego había sido preceptor de niños, y su sonrisa parecía, precisamente, la del maestro que lidia con imbéciles jovencitos.

—Tú y yo —respondió sosegadamente—, hemos tenido la suerte de poder discutir de la misión con el general Curvo y recibir las órdenes de él. A través del general, es como si hubiéramos dialogado con los más altos mandos de Roma, saltándonos a los burócratas que componen el ejército. Los soldados que vemos aquí en el Barís, no solo los legionarios, sino también los oficiales, forman parte de la masa informe de la legión.

—Pero con Marcio Rufo… ¿cómo vamos a solucionar ese asunto?

—El tesorero Rufo está preocupado por cuadrar las cuentas: esos bonos que le han llegado de vuelta equivalen, más o menos, a un millón de sestercios. Pero eso es algo que resolverá el general Curvo. Sabía muy bien que habría costes que asumir; no quiso darnos el dinero cuando nos fuimos, pues bien, pagará el precio ahora que tiene los resultados en mano. Con el general llegaremos a un acuerdo, haremos que él intervenga. Nosotros nunca podremos entendernos con los oficiales de esta guarnición.

—¿Y qué pasa con nuestro préstamo?

—No sé si recuperaremos algo —susurró el griego—. El tribuno Otón es un hombre de altos principios, pero ahora estará lidiando con la necesidad de recrear su vida fuera del ejército.

—Sabíamos que era difícil, Hicesio, lo habíamos hablado varias veces antes de proponérselo. ¿Teníamos otra salida?

—No, me temo que no, Quintilio.

—Hay una cosa que no he comprendido, griego, y siempre se me olvida preguntártelo: ¿era realmente necesario que le propusieras al tribuno Otón un interés de usurero para prestarle nuestro dinero? Corríamos el riesgo de perder tanto el capital como los intereses, así que ¿para qué molestarse?

—No podía hacer otra cosa: que un liberto le preste dinero a un tribuno es una situación un poco inusual: si no le hubiera dado la oportunidad de dejar que me colocara su pie en el cuello, el oficial se hubiera sentido humillado. Le di una razón para despotricar contra nosotros, los *argentarii*, y la cuestión

se desenredó en un instante: él salvó las apariencias y la operación se pudo concluir. Sin embargo, no es seguro que nuestro dinero se haya perdido. Otón es un hombre de honor y su familia en Roma posee grandes fincas. Si quiere y en cuanto encuentre una solución para una vida digna, podrá recuperar su honor encargándose de saldar su deuda.

Las predicciones de Arrio se hicieron realidad: unos días después, vieron al centurión tomando de nuevo posesión del cubículo que utilizaba como despacho. Le asignaron un nuevo *optio*, un tal Cayo Centón que se había ganado una sólida reputación de absoluto inútil durante sus años en el Barís. Era un cuarentón de aspecto aún lozano, amante de la buena cocina, como declaraban las dos mitades metálicas de su armadura, que ya no cerraban y estaban atajadas con cordeles. Yo le había visto forcejear cual pez fuera del agua cada vez que había algo fatigoso que hacer.

Mientras tanto, la máquina del ejército avanzaba tan lenta e imperturbable como las estaciones del año, y nosotros dos, que seguíamos formalmente a las órdenes del centurión Osterio, recibimos la orden de presentarnos ante él para poner al día el estado de los trabajos.

Nos saludó refunfuñando, como era su costumbre:

—¿Y qué queréis de mí? ¿Reanudar aquellos miserables trabajos en el camino a Jaffa? ¿Qué debo hacer? ¿Me lo dices tú, chupatintas? Pero ¿habéis visto a quién me han asignado como *optio* para ser mi ayudante?

—Osterio, debes resignarte a que vosotros, los oficiales, gozáis de un gran respeto, ¡pero tenéis una jerarquía a la que obedecer!

—¿Qué pretendes, chupatintas, pasarte de listo conmigo? ¿Quieres hablarme a mí de jerarquía, que te he sacado de la mierda cada vez que ha sido necesario? Tu arrogancia se está convirtiendo en un hábito. ¡Y también va por ti, escondido ahí atrás, erudito de medio pelo!

El centurión, tras su regreso al Barís y la conclusión de la misión volvía a estar realmente en forma, como todos le recordábamos. La larga sutura que Judith le había hecho en el cuero cabelludo había contribuido a darle una expresión torva, de inaudita ferocidad, incluso cuando sonreía. Y el corte en el brazo que se había ganado durante la accidentada noche en la taberna de Scythopolis se estaba curando y ya no era motivo de preocupación.

E incluso el olor a comida rancia y a sudor que se respiraba en su despacho ya no era tan desagradable como de costumbre y nos entretuvimos hablando de las cosas que nos interesaban.

Naturalmente, del trabajo que quedaba por hacer en la carretera de Jaffa no se habló en absoluto, sino que pasó a primer plano el asunto pendiente en la taberna del tal Cecé, el del avestruz: la cena se había pospuesto porque nuestra misión no podría considerarse concluida hasta la entrega de los resultados al general Curvo.

XLVI.

Que la vida de la guarnición no conocía descansos nos lo demostró el joven ordenanza que vino a buscarnos para avisarnos de que, a la hora undécima, debíamos acudir al Mando y presentarnos ante el tribuno Antonio Varial, el oficial que había sustituido al tribuno Condiano al mando del Barís.

No lo conocíamos y nos presentamos un poco antes de la hora señalada frente a su despacho.

—Vosotros dos sois los civiles que fueron a hacer el reconocimiento con el centurión Cayo Osterio —nos dijo al recibirnos, sin esperar respuesta—. Sentaos en el banco, debo terminar esta carta.

El tribuno Varial era un cincuentón de aspecto todavía saludable pero ya mostraba señales de obesidad; parecía uno de esos mediocres que remueven los papeles sin conseguir nunca nada, de los que siempre dan respuestas genéricas y aproximadas para no equivocarse. Pero le habían puesto al mando del Barís y algún mérito debía tener. Terminó de escribir, releyó y se volvió hacia el escriba:

—¡Cópiala, luego pondré mis siglas y el sello! —Luego se volvió hacia nosotros—. ¡Vosotros sois los que prestaron aquel servicio para el general Curvo! Me dejó una nota, la tengo aquí en vuestro expediente. Debe de estar en alguna parte. Vamos a ver si podemos daros algo de trabajo. ¿Qué sabéis hacer?

Respondí por los dos:

—Sirvo como agrimensor civil para el Cuerpo de Ingenieros. Siempre me he ocupado de centuriaciones y del trabajo en las vías consulares. A veces me han pedido mapas de zonas poco conocidas y el liberto que me acompaña me ayuda con los cálculos.

—¡Bien! Hablaré con vuestro centurión para encontrar dónde emplearos. Judea es grande y al Cuerpo de Ingenieros no le falta trabajo.

Hicesio y yo intercambiamos una mirada furtiva: este tribuno parecía haberse caído del guindo, no tenía ni idea de los hombres que tenía en la guarnición.

—Sí, ahora me acuerdo —dijo finalmente, rebuscando entre los papiros que cubrían su mesa—. Fuisteis a Damasco a tomar medidas para el legado Curvo. Pero hubo un muerto, según me han dicho. Aquí dice: «*El optio Celio*

Bárico pereció durante la misión luchando contra un grupo de asaltantes nabateos». ¡Hum, esta historia no me gusta! No podemos escribir en el registro de la guarnición algo así. Escucharé a mis oficiales, y luego ellos os llamarán a vosotros. Seguramente necesitaremos testigos, un *optio* no puede desaparecer así.

Tocó una campanilla para llamar al escriba y comprendí que la entrevista había terminado. Vio que me demoraba y me preguntó amablemente:

—¿Querías hablarme de algo más, agrimensor?

—Cierto, tribuno, si me lo permites quería preguntar por mi servicio. Cuando hablé con el oficial de reclutamiento se habló de que mi misión en Judea iba a ser breve, y ya llevo aquí año y medio…

—Pero ¿qué es exactamente lo que acordaste con ese oficial?

—¡Firmé la carta indicando que estoy en el Cuerpo de Ingenieros del Ejército!

—¿Y en el papel en el que firmaste no decía cuánto tiempo duraba tu servicio?

—Sí, tribuno, ponía que era por cinco años, pero se dijo que era solo una formalidad, ¡para permitir que el tesorero nos pagara el *stipendium*! Se había hablado de que se trataba de una misión breve.

No pude dejar de observar el rostro severo del tribuno y las arrugas que adornaban su frente.

—¡Agrimensor! Sí tú en uno de tus dibujos me escribes que una parcela de terreno son cinco yugadas[47], ¿qué tengo que pensar yo? ¿Qué es una yugada?

No supe qué responderle. Con la mirada, busqué a Hicesio que estaba detrás de mí, y me estaba observando con ojos severos, negando de forma imperceptible con la cabeza.

El escriba que estaba a un lado de la mesa, esperaba las órdenes del oficial, que le entregó un pliego:

—Pasa esta nota al centurión Labieno, que recoja el testimonio de estos dos y que actualice los registros. ¡Toma también este otro papel!

El último papiro había llamado su atención:

—¿Qué es esto? ¿Un *optio* denuncia que el agrimensor Fausto Quintilio y el liberto Hicesio han sido acusados de fraude por el contratista Yael? «*El contratista declaró que los dos querían extorsionarle un porcentaje de los trabajos que estaban realizando en la carretera que de Jerusalem conduce a Jaffa*».

El tribuno nos miró con ojos encendidos:

—¡Bueno, parece que tendréis que responder de esta acusación!

—Se trata de una vergonzosa mentira, tribuno —me exculpé con vehemencia antes de que la acusación tomara cuerpo en su mente—. En realidad, somos nosotros los que le pillamos robando, ¡y de ahí viene su acusación! Quiere arrastrarnos a un fraude, a sabiendas de que ha sido descubierto.

Pero el tribuno estaba leyendo por el reverso de la hoja de papiro:

—… la nota está sellada, ¡por el *optio* Celio Bárico! ¿El mismo del que vais a testificar sobre su muerte? —Tomó la campanilla de bronce, la agitó rabiosamente, y no la dejó hasta que el legionario de guardia entró jadeante por la puerta—. Estos dos no pueden salir del Barís, ¡bajo ningún concepto! Ve con el escriba a entregar estos papiros al centurión Labieno y transmítele mi orden, ¡y que disponga! ¡Luego le hablaré yo! Y vosotros dos… ¡Largo! —y no indicó la puerta con el brazo extendido.

En cuanto estuvimos en el patio, le dije al griego:

—¡Pero no ha dicho ni mu de que tenga que cumplir los cinco años de servicio que firmé!

Negó con la cabeza, mirándome de soslayo:

—Es inútil que me mires a mí. Yo soy un liberto y no he sellado ningún reenganche con el Cuerpo de Ingenieros.

Desde luego, el asunto no había terminado en absoluto, y por la noche un joven ordenanza vino con la última novedad:

—Eres el agrimensor Fausto Quintilio, ¿verdad? Debes presentarte, mañana por la mañana a la hora quinta en la sala de oficiales.

—¿Sabes de qué se trata?

—Sí, es por lo del *optio* muerto en Siria. También he avisado a todos los demás que se tienen que presentar a la investigación.

En el papel que tenía en la mano leí los nombres de Pez, Arrio y Hairán; el centurión ya había dado su testimonio unos días antes. Hicesio no había sido convocado, pero por otro lado resultaba como mi ayudante, así que mi testimonio sería suficiente.

Por la noche nos reunimos todos y, como habíamos acordado antes de llegar a Jerusalem, reiteramos que nunca sacaríamos a relucir la traición de los mercenarios ni los problemas surgidos con el tribuno Otón y las desdichadas centurias de Cecilio Baso.

Si uno solo de nosotros hubiese abierto un solo resquicio en todo el asunto, era fácil imaginar que todo acabaría saliendo a la luz: desde las notas utilizadas indebidamente por Hicesio, hasta los lingotes falsificados que

acabaron en Damasco, pasando por el fraude con los bonos del ejército falsificados utilizados en Tiro, hasta la corrupción del legado Gneo Potito Voluso y la reincorporación de los legionarios de Cecilio Baso a la legión.

Nos llamaron uno a uno a la sala de oficiales donde, delante de los altos mandos Pez, Hairán y Arrio narraron «*cómo se habían desarrollado los hechos*», confirmando lo que ya había declarado el centurión Osterio.

Se quedaron dentro unos instantes cada uno, el tiempo suficiente para que un escriba anotara sus nombres y rangos y la confirmación de lo declarado.

Después de Arrio, me llamaron a mí.

—Tú eres el agrimensor Fausto Quintilio y fuiste enviado al este de Siria para medir los caminos, ¿verdad? —preguntó el tribuno Varial, que sin duda no había olvidado aquella hoja de papiro por la que me había interrogado el día anterior—. ¿Cómo murió el *optio* Bárico?

—Fue alcanzado en el vientre durante un enfrentamiento con los asaltantes itureos que infestan la región, por la carretera que une Damasco con Bostra. —A estas alturas, ya había repetido la historia de memoria mil veces.

Fuimos interrumpidos por el sonido metálico de los guardias en las puertas saludando a alguien: entró en la sala el tribuno Publio Condiano, el oficial que había estado al mando del Barís antes del tribuno Varial y que durante nuestra ausencia había sido ascendido a un puesto más importante. Supuse que estaba en el cuartel y que se había pasado a saludar a sus compañeros.

Se intercambiaron sonrisas y algunas palabras sobre los últimos acontecimientos del gobierno de Judea, como es habitual cuando un oficial superior se digna a hacernos una visita.

—Ahora con Herodes es otra historia —exclamó el tribuno Condiano, quizás refiriéndose a una cuestión conocida por todos los oficiales—. ¡Estaba harto de enfrentarme con los jerarcas de Antípatro por cualquier cosa! Pero no me gustaría distraeros de vuestro trabajo, ¡veo que estáis ocupados!

Al pasar junto a todos los presentes para saludarlos, me reconoció y se detuvo un instante:

—Eres el agrimensor de Curvo, ¡ya me acuerdo de ti! Hace unos meses hablamos de un trabajo en la alta Siria.

—Sí, tribuno, hace poco que he vuelto de esa misión —respondí respetuoso.

—Un *optio* y algunos mercenarios de la escolta fueron asesinados por bandidos itureos —añadió el tribuno Varial—. Precisamente estamos recogiendo los testimonios para dejar constancia de todo y cerrar el asunto.

El tribuno Condiano asintió:

—Sí, me acuerdo, ¡se trataba de marchar hasta las tierras de los nabateos! ¡Lugares infestados solo de ladrones y asesinos! —La historia debió recordarle algo, y quiso decir unas palabras—: ¡Lo habíamos hablado antes de que partiesen! Por cierto, agrimensor, ¿qué dicen en esa región de Cecilio Baso?

—No lo sé, tribuno. —Me esperaba esta pregunta, a estas alturas ya había mentido tantas veces que ni siquiera me estremecí—. Recuerdo que me advertiste contra los rebeldes. Pero esos lugares son inmensos y solo hemos visto pastores viviendo allí. Gente ignorante, mal gobernada por sus astutos jefes tribales; a veces asaltan las caravanas que se dirigen a Palmira y a las tierras de los partos.

—¡Sí, así es! Todos los que han estado allí han hablado mal de región, pero no solo por los bandidos, sino también por la falta de forraje para los animales, ¡y de agua para beber!

—Te lo puedo confirmar, tribuno, nosotros lo hemos sufrido en nuestras propias carnes. ¡Y más de una vez para sobrevivir nos vimos obligados a beber nuestra propia orina!, tal y como nos habían enseñado quienes habían estado en la región antes que nosotros.

El tribuno asintió:

—Tarde o temprano, tendremos que decidirnos a enviar una legión hasta allí para arrasar ese lugar. No solo los asaltantes, sino también los desertores de Cecilio Baso que se esconden en esos lugares desiertos con la esperanza de que Roma se olvide de ellos. Desde luego, me sorprende que hayas estado en esa región, ¡y no hayas oído hablar de ellos!

—Nunca hablamos con nadie, tribuno. Teníamos un guía que nos llevaba por lugares inaccesibles para evitar ser vistos.

—¿Quieres decir que nadie te ordenó abrir las orejas allí? ¡Era una buena oportunidad para obtener noticias de los rebeldes!

Los demás oficiales asintieron enérgicamente.

—¿Y ninguno de tus compañeros escuchó nada sobre los fugitivos romanos… los desertores?

—Siempre estábamos solos, tribuno, escondidos como ratas en las grietas de las rocas o en los lechos de los ríos secos, esperando el momento adecuado para huir a Bostra y alcanzar el valle del Jordán. Ninguno de nosotros tuvo la oportunidad de hablar con ningún lugareño, si es que lo había.

El tribuno, sin ocultar su irritación, resopló:

—¡Tú tienes que ser un imbécil o un soberano mentiroso! ¡No es posible que ninguno de vosotros, que acabáis de regresar de esos lugares, haya oído hablar de los desertores de Cecilio Baso, que desde hace años se refugian en Traconítide!

Volvió su mirada hacia el resto de los oficiales, negando gravemente con la cabeza:

—¿Lo veis? Cuando se realizan misiones en los confines de la república hay que enviar a gente despierta, ¡que sepa usar la cabeza y escuchar! ¿Qué resultados creéis que pueden conseguir unos ineptos?

Guardé silencio mientras miraba al frente porque una sola palabra de más me habría llevado a la cárcel. Si el tribuno Condiano hubiera recogido alguna noticia reciente sobre aquellos desertores, habría gozado de un instante de fama, tal vez contándolo en un banquete.

—Os dejo con vuestro trabajo —concluyó—, ¡tengo que ir a ver al prefecto antes de partir hacia Roma! —Y salió sin dignarse a mirarme.

Los oficiales le saludaron con deferencia, y luego me miraron con ojeriza por la demostración de incompetencia que acababa de dar ante toda la guarnición.

—¿Has escrito todo? —le preguntó el tribuno Varial al escriba. Tras recibir un gesto afirmativo, me echó con la mano, como si quisiera ahuyentar un tábano.

Salí al patio, disgustado por los métodos del ejército y por los modales afectados y falsos de los oficiales. También estaba disgustado conmigo mismo porque no estaba habituado a mentir.

Me senté en los bancos de mármol de la entrada del cuartel: un inmenso hastío se había apoderado de mí; solo quería ir a algún lugar lejos del ejército y no pensar en nada.

Pediría un permiso. Podría ir al Mar de Galilea durante unos días. El lugar era hermoso, me había encantado desde la primera vez que lo vi, cuando al otro lado de las colinas nos habíamos encontrado con aquella extensión azul.

Y ¿qué estaría haciendo Judith? Una vez me había comentado que cuando encontraba harina hacía la masa del pan e iba a cocerla en un pequeño horno que estaba a disposición de todas las mujeres del pueblo. A lo mejor yo había pasado por delante de ese horno y no le había dado ninguna importancia.

Por supuesto, no es que el horno de pan fuera importante, pero Judith había demostrado su sentido común al querer quedarse allí.

Podría haberme quedado con ella durante unos días, hablando de simplezas, de las que nunca habíamos tenido tiempo de hablar.

Pero los días de la fuga de la tierra de los nabateos habían terminado, yo no le había pedido nada y ella había preferido la vida que conocía en el pueblo donde había nacido. Sabía que si hubiera ido a visitarla encontraría a una mujer diferente, que ya no estaba asustada por el temor a perder la vida entre gente desconocida.

XLVII.

Terminó como me había imaginado: el tribuno Varial, para no complicarse, nos devolvió a Hicesio y a mí a nuestro antiguo y odioso trabajo en la carretera de Jaffa, lo que él entendía que era nuestro último trabajo antes de partir para la misión en las tierras de los nabateos. Para aclarar mi dudosa situación, estábamos a la espera de un encuentro con el general Curvo, que seguía de viaje por Judea y nadie sabía con exactitud cuándo iba a regresar.

Cuando Hicesio y yo volvimos a la obra reconocimos de lejos la pequeña silueta del contratista Yael, que nos esperaba al lado de la carretera a la sombra de un gran conjunto de adelfas.

—Quintilio, vamos a tener que encontrar un acuerdo con este sinvergüenza —gimoteó Hicesio caminando cansinamente detrás de mí—. No podemos arriesgarnos a que otra vez se vaya de la lengua en el cuartel…

—¡Lo sé, griego! Estaré callado y trataré de mantenerlo tranquilo. Yo también estoy cansado de tantas dificultades y me gustaría tomarme unos días de permiso para mí, a solas.

A Yael, en cambio, no parecía preocuparle en absoluto que volviéramos a la obra, pues seguramente ya le habían informado de que Hicesio y yo nos haríamos cargo del trabajo.

Se pavoneaba dándole vueltas a un silbato que tenía atado a una cuerda, e incluso me pareció que se había vuelto más bajito y pendenciero que de costumbre.

Nos miró resentido:

—¡Ya era hora de que os decidierais los dos! ¡Estoy harto de aguantar los insultos en vuestro lugar! ¿Qué os creéis, que sois los únicos que tenéis asuntos propios que atender?

El griego y yo, asombrados, nos miramos a los ojos.

De pronto entre los escombros que los sirvientes habían amontonado a un lado del camino, me fijé en un palo nudoso.

Me agaché para cogerlo, esta vez había perdido la paciencia.

Pero el empresario era de mente rápida y no le hacía falta ser un vidente para predecir que se arriesgaba a recibir una buena tunda.

De pronto saltó al otro lado de la zanja que bordeaba el camino y se adentró en la espesura de las adelfas. Yo también salté para perseguirlo, pero

justo cuando acababa de saltar, ¡delante de mí apareció el *optio* Bárico!

No había sido herido en Scythopolis ni enterrado en la carretera. ¡Era él el cuarto hombre!

Hicesio ya había emprendido la huida en dirección a Jerusalem, y yo me fui detrás de él porque no podía atreverme a hacer frente a Bárico que empuñaba su *gladius*. Llevábamos unos cuantos pasos de ventaja, pero Bárico estaba en buena forma e Hicesio era un pésimo corredor.

Oí su voz áspera resoplando detrás de mí:

—¡Estaba buscando justo a vosotros dos, canallas, queríais verme muerto!

Me arriesgué a coger una piedra del suelo, sin detenerme, y lanzársela: le di en el pecho, pero la piedra era pequeña y él, enfurecido como estaba, ni se inmutó.

Jadeaba mientras iba ganando terreno, y yo tampoco podía empujarle a Hicesio, que ya estaba al límite de sus fuerzas y habría acabado en el suelo.

Estaba casi encima de nosotros, y no tardaría en degollarnos como si fuéramos un par de cabritillos.

Sin embargo, de la esquina de una de las casuchas que bordeaban el camino surgió de repente el centurión Osterio con el *gladius* en la mano, y se interpuso entre nosotros y Bárico.

—¿Sigues vivo, cobarde? —tronó, y luego oímos chocar las hojas.

Ambos eran hábiles luchadores, expertos en todas las argucias y cada uno conocía bien los movimientos del otro, solo ellos sabrían cuántas veces habían practicado juntos. Mientras pensaba en cómo ayudar al centurión, Bárico le arrojó un puñado de tierra a la cara. Osterio le respondió con una patada en la entrepierna que lo tiró al suelo, y luego se enzarzaron en el polvo, con los *gladii* prácticamente inservibles. Vi volar uno a tres pasos de distancia: era el de Osterio, que había sido desarmado.

Siguió un grito de dolor y los dos se separaron. El *optio* Bárico se llevó las manos al pecho, de donde sobresalía el mango de un *pugio*.

—… Canallas… —Apenas le dio tiempo a un último insulto antes de desplomarse sobre el polvoriento suelo y sufrir la última sacudida.

—¡Traidor! —le respondió Osterio: demasiado tarde, porque el *optio* ya no podía oírle. Mientras el polvo se depositaba en el suelo, de la cabaña junto a la carretera surgió el *optio* Cayo Centón, el barrigón, que se había mantenido bien al margen por temor a tener que luchar; las dos bandas metálicas de su coraza estaban entreabiertas, como de costumbre, y atadas con un cordel.

Hicesio y yo resoplábamos como fuelles por la corta carrera y el espanto. Los ocasionales viandantes que hace un momento, al ver las armas desenvainadas, se habían largado a toda prisa, volvían ahora para ver qué había pasado.

—¡Centurión! —chillé—, si hubieras llegado un momento más tarde, ¡nos habrías encontrado destripados en medio de la carretera!

—¡Por supuesto, capullo! ¿Cuántas veces te he dicho que debes hacer ejercicio, al menos para aprender a defenderte?

—Osterio —murmuré entre dientes, para que no me oyeran los transeúntes apiñados en torno al muerto—, ¿qué hacemos ahora? ¡Ya declaramos ante los oficiales que Bárico fue asesinado por unos bandidos!

—¿Que qué hacemos ahora? ¡Diremos que nos equivocamos!

—¡No podemos, Osterio! ¿Cómo justificaríamos el hecho de que haya ocurrido este duelo? ¡No podremos ocultar que nos buscaba para matarnos!

—¡Lo haremos desaparecer! Cogeremos a un par de sirvientes de los que trabajan en la carretera y haremos que caven un hoyo aquí al lado. Diremos que era un bandido callejero que intentó robaros ¡y en cambio me encontró a mí!

—No sé si nos creerán, Osterio… ¡Ese sinvergüenza del contratista Yael nos ha visto y estaba conchabado con Bárico!

—Vosotros dos no sois más que un par de gandules de mierda y ¡siempre tenéis que quejaros de algo! ¡Dos pajarracos de mal agüero! ¡No me equivoqué la primera vez que os vi! —Y un instante después añadió—: ¡Encontraremos la manera de que se calle! ¡No sabe cuán conscientes somos de sus chanchullos, ni cuántos desean plantarle un *pugio* entre las costillas!

—Pero… ¿y qué pasa con tu *optio*? ¿Cayo Centón?

Ni me contestó. Trasladamos el cadáver a un lado de la carretera y mientras Hicesio, jadeante, se sentaba en el guardacantón para recuperar el aliento, el centurión y yo nos fuimos a llamar a los sirvientes que esperaban en la obra, un poco más allá.

En menos de una hora el cadáver del *optio* Celio Bárico acabó bajo un metro de tierra a la vera de la carretera, como es costumbre con bandidos y desconocidos. El tráfico de los viandantes y algunos carros se había reanudado y nadie parecía preocuparse por el hoyo recién cubierto.

Por último, me decidí a preguntarle al centurión:

—Pero ¿cómo es que estabas aquí?

—Tengo que vigilar esta obra.

Me pareció extraño que al centurión Osterio le importaran los baches de la carretera de Jaffa, y notó mi desconcierto:

—¡Es por la denuncia que os puso vuestro contratista, ese Yael que he visto escapar, si no me equivoco!

—¿Te han ordenado que nos investigues?

—Claro chupatintas, ¡esto es el ejército! ¿Qué crees que somos? ¿Comadreros de paseo por el mercado? Siempre supe que el contratista compartía dinero con Bárico, y que también le daban algo al tesorero Concesio Félix para que hiciera la vista gorda. ¡Pero estos chanchullos no me gustan nada!

Hicesio, apoyado en el guardacantón con ambas manos, aún se estaba recuperando:

—¡Tus sospechas han sido providenciales y parece que tenemos que agradecértelo, centurión!

—¿Tú qué opinas, sabelotodo? ¡No pienso conformarme con un mísero muslo de avestruz!

El griego y yo solo pudimos reflexionar ya de noche, y darnos cuenta de la magnitud de lo sucedido. La presencia del centurión, un oficial con el que habíamos compartido los últimos y peligrosos meses, había conseguido que la mortífera lucha con el *optio* Bárico pareciera casi algo conforme a la ley, algo normal.

Pero no había nada legal, ni normal: en Jerusalem no estábamos en el desierto entre los infames nabateos; aquí imperaban la ley y el control del ejército. Y la euforia de haber salvado el pellejo, casi por casualidad, estuvo a punto de hacernos olvidar la lista de cosas que teníamos que ocultar.

—El problema no es que el *optio* Bárico quisiera matarnos —razoné con el griego—, sino el hecho de que declaramos a los oficiales que ya había muerto hacía meses en un asalto de unos bandidos.

La tenue luz amarillenta de la lámpara de aceite no me impidió verle resoplar:

—Por supuesto, es un hecho bien conocido, Quintilio, que un *optio*, por muy miserable que sea, solo puede morir una vez. Estaba pensando en una extraña circunstancia: *ubi societas, ibi ius*[48], todo el mundo sabe lo que significa. Si hubiese muerto en el desierto, al margen de nuestra sociedad, allí no hay leyes, por lo tanto…

—Esta vez hay demasiados testigos —le interrumpí—. En primer lugar, está ese *optio*, Cayo Centón, al que no conocemos de nada y ni siquiera sabemos cómo razona. Podría ser un gallina dispuesto a denunciarnos para no correr riesgos. Luego está ese bribón, el contratista Yael: el centurión Osterio está seguro de que le callará por las buenas o por las malas. Pero también hay decenas y decenas de transeúntes que han presenciado el duelo por la carretera y pueden testificar que había un centurión y un *optio*, y me temo que estos oficiales son fáciles de identificar.

—Los sirvientes que enterraron a Bárico no hablarán, y no se meterán donde no les llamen, Quintilio. Pero la situación podría complicarse, claro está. La mejor solución sería que el general Curvo regresara lo antes posible a Jerusalem. Con tal de tener los resultados de la misión, estará muy dispuesto a olvidar, y a hacer que olviden también los demás, alguna pequeña licencia que nuestro grupito se haya concedido durante la misión.

Discutimos un buen rato sin llegar a ninguna parte, como era habitual, y al día siguiente no pudimos hacer nada más que estar pendientes del movimiento en el cuartel, las idas y venidas de los oficiales, de los guardias y del centurión Osterio, algo de lo que tampoco obtuvimos ninguna información, ni buena ni mala.

—Si el tiempo pasa sin que ocurra nada, irá en nuestro favor —concluyó Hicesio hacia el atardecer, notando mi inquietud, en un intento de tranquilizarme. Incluso ese «*nuestro*» no me convenció en absoluto: él era un liberto a mis órdenes, un ayudante, no tenía que cumplir un contrato firmado con el Cuerpo de Ingenieros. En caso de problemas, me tocaría pagar a mí.

XLVIII.

Al anochecer, viendo que no había ocurrido nada raro, fuimos a la cantina y, tras encontrar un rincón libre, fingimos consumir serenamente el rancho habitual. Pez, que debía de haber acabado su turno, vino a sentarse, sonriente, junto a nosotros. El legionario no era muy hablador y la sonrisa artificial que lucía en el rostro no se ajustaba a su carácter. Me di cuenta de que me tendía algo por debajo de la mesa.

Era una nota con unas pocas palabras, y pude leerla sin que se viera.

Debes huir. *Haz que el griego desaparezca*.
Me encontrarás en la taberna de Cecé.

No venía firmada, pero la caligrafía, tosca y pesada, era la de Osterio. Le susurré entre dientes a Hicesio:

—Ha ocurrido algo, quizás el centurión Osterio haya escapado. Debes desaparecer. De inmediato. Encuentra un escondite en Jerusalem.

El griego, a menudo lento en los asuntos prácticos, a veces era un relámpago; dejó caer la cuchara y murmuró al levantarse:

—Me esconderé en casa del *argentarius* Aquísar. Puedes enviarme mensajes allí.

Y como si nada hubiera pasado, se fue junto con los que ya habían cenado.

En ese mismo momento entró en la cantina el *optio* Cayo Centón, y detrás venía el centurión Terencio. Buscaban a alguien, y estiraban el cuello a derecha e izquierda.

Afortunadamente el comedor, dispuesto para permitir el flujo continuo de legionarios, tenía dos entradas y, manteniéndome agachado, logré salir por la otra puerta sin que me vieran.

Tenía que esconderme, como seguramente ya había hecho el centurión Osterio. Pero no podía huir y dejar abandonado en el cuartel el envoltorio de pergamino con el mapa por el que, durante meses, habíamos arriesgado nuestras vidas. Lo había escondido bajo la manta, en el catre.

Puede que no me quedara mucho tiempo; pero entregar el pergamino al mismísimo general Curvo era la última oportunidad que me quedaba para

arreglar las cosas.

Bajé las escaleras atento a cualquier signo sospechoso, pero no noté nada raro. En la primera planta tomé el pasillo desierto y me deslicé con rapidez hasta el cuartito que compartía con el griego.

Nada más cruzar el umbral, y para mi asombro, me topé con dos legionarios que me estaban esperando.

—¡Te están buscando por todo el cuartel! Debes venir con nosotros a ver al tribuno Varial, debe hacerte algunas preguntas.

Se dieron cuenta de mi sorpresa y uno de los dos añadió:

—O vienes por las buenas, o si no…

No podía enfrentarme a ellos, solo me quedaba responderles:

—Estoy a vuestras órdenes.

El tribuno Varial, comandante del Barís, me recibió con el ceño fruncido:

—¿Qué es esta historia? ¿Me lo quieres explicar?

Los dos legionarios se habían colocado uno a cada lado, y era inútil que intentara disculparme, el oficial había sido muy hostil desde la primera vez que me había hablado.

—Supongo, tribuno, que te refieres a la pelea que ha tenido lugar esta mañana.

—¿Una pelea? ¡No, aquí no estamos hablando de una pelea! —dio una palmada sobre la mesa, frunciendo el ceño—. ¡Estamos hablando del *optio*, del que jurasteis delante de los oficiales que estaba muerto desde hacía dos meses! Y lo enterrasteis, no… qué digo enterrasteis, ¡si hoy os lo habéis cargado sin decir ni una palabra a nadie!

—¡Yo al *optio* ni siquiera le he tocado! ¡Creía que estaba muerto!

—Ya, ¡habrá resucitado! —continuó golpeando con su mano sobre la mesa.

En el sepulcral silencio que siguió, incluso los dos legionarios que estaban a mi lado, tal vez incómodos con el siniestro diálogo, miraban fijamente el vacío que tenían delante.

—¡Ahora quiero la verdad! —y tocó la campanilla de bronce hasta que el legionario de guardia en el atrio entró y se puso en posición de firmes—. Entonces, ¿viene el centurión Osterio?

—Lo están buscando, tribuno, tal vez haya salido del cuartel. En la garita tienen órdenes de enviarlo aquí tan pronto como regrese.

—Claro, siempre pasa lo mismo cuando se busca a alguien… Que llamen al tesorero Marcio Rufo. —Y estuvo tamborileando con un cálamo sobre la mesa, mirándome rencorosamente hasta que entró el tesorero.

—Rufo, estos dos, el agrimensor y el centurión Osterio, a quien están buscando, partieron en una misión para el legado Curvo. Pero su misión la pagamos nosotros, ¡los del Barís! ¡Quiero saber qué cometidos tenían, sobre todo el *optio* Celio Bárico!

—Ya sabía que me llamarías, tribuno. He comprobado las cuentas de Concesio Félix: entregamos veinte mil denarios al centurión Osterio. Al *optio* Celio Bárico no lo conozco, nunca lo he visto y no aparece en los registros de Concesio Félix.

—¡Ese *optio* ha muerto! O mejor dicho, estaba muerto, pero de repente ha resucitado, ¡y el centurión lo ha matado acto seguido! —exclamó, provocador.

—Me lo han comunicado hace un momento. Como te insisto, ese *optio* no tenía nada que ver con mi administración. Pero ya que has planteado la cuestión, de esta misión tengo sobre la mesa este grave déficit del que también te hablé hace unos días: es casi un millón de sestercios que mi oficina ha tenido que pagar, ya que era imposible saber que se trataba de cantidades ya cobradas. Los bonos, que ya habíamos pagado una primera vez, se los habíamos confiado con la orden expresa de no volver a usarlos, aún tengo la carta escrita de puño y letra del propio Concesio Félix. ¡A mí aún no me ha llegado ninguna explicación!

—¿Es eso verdad, agrimensor?

—Es verdad, tribuno. Esos bonos se usaron para pagos realizados a los nabateos durante la misión.

—¿Un millón de sestercios? ¿Pero qué misión era?

—Se trata de la misión que había ordenado el general Curvo. Teníamos que adentrarnos en tierras nabateas para medir algunos caminos.

—¿Y os gastasteis un millón de sestercios?

—Hubo muchos gastos en esa misión, especialmente con los nabateos. Nunca recurrimos a guarniciones del ejército y éramos veinte, en parte mercenarios reclutados aquí, en Jerusalem.

—Si Concesio Félix te dio veinte mil denarios, y un millón de sestercios pedisteis adelantados con esos bonos de nuestro ejército, al final, ¡despilfarrasteis un millón ochenta mil sestercios! ¿Dónde los habéis metido? ¿No me digas que con ellos pagasteis a los veinte mercenarios?

El tesorero Rufo le interrumpió:

—He de corregirte, tribuno. ¡Los mercenarios están pendientes de pago! ¡En el registro de Concesio Félix pone que se les pagaría a su regreso!

El asunto estaba tomando un cariz muy feo, me encontraba solo y en dificultades para responder a los dos oficiales, pero podía aclararles una cosa:

—Esos mercenarios no recibirán nada, murieron todos durante la misión.

—¿También murieron ellos? —el tribuno dio un manotazo teatral sobre la mesa—. ¿Y ellos también van a resucitar? Debes enseñarme tus órdenes, agrimensor, de lo contrario vas a acabar mal, muy mal.

—No tengo órdenes escritas, tribuno. Todo lo relativo a la misión nos lo ordenó, de palabra, el general Curvo, que puede confirmar cada una de las cosas que os he dicho.

—Pero ¡el general Curvo no está ahora aquí! Es la primera vez que interrogo a un subordinado, y civil para colmo, que gasta el dinero del ejército sin que un oficial le dedique siquiera dos líneas selladas. Te la estás jugando, agrimensor. ¿Tampoco tienes una relación de tu misión?

Entonces me asusté. Ni siquiera se había mencionado al muerto y ya estaba hasta el cuello de problemas. No podía entregar el mapa y las notas que habíamos escrito durante la misión. El general Curvo me lo había prohibido: la información que habíamos reunido se volvería, tarde o temprano, contra los nabateos y nadie en Jerusalem debía saberlo. Herodes, el procurador de Judea, era medio nabateo, me había explicado Hicesio. No podía dejarme escapar ninguna información con el tribuno Varial, no sabía lo que se podría desencadenar.

—Tengo el informe de la misión, tribuno, pero tengo órdenes de entregarlo solo en manos del general Curvo.

El tribuno Varial se revolvió en su asiento como si hubiera recibido un latigazo:

—¿Cómo te atreves? —exclamó. Lo escucharon hasta en el patio—. ¡Yo soy tu comandante! ¡Tú estás a mis órdenes! Entrégame lo que tienes, ¡y yo me encargo de hacérselo llegar al legado Curvo!

No tenía escapatoria. A estas alturas ya había dicho que había algo escrito. Primero me arrestarían, luego registrarían mi cuarto, y el pliego aparecería de inmediato.

—Lo he escondido, tribuno —murmuré—, precisamente porque tenía orden de entregárselo solo al general Curvo.

—¡Pues ahora mismo irás a recogerlo! —e hizo una señal a los dos guardias para que me acompañaran.

Volví a mi cubículo custodiado. Los dos legionarios me permitieron buscar en la litera y extraer el envoltorio de pergamino.

Una vez abierto el envoltorio, me harían preguntas: una admisión tras otra, delataría todas las irregularidades que habían distinguido nuestra misión.

Traición y corrupción. Nadie me salvaría de la decapitación.

Tenía que tomar una decisión.

En el pasillo, les dije a los dos guardias:

—Chicos, ¿me dejáis un instante para orinar? ¡La letrina está aquí mismo!

No era una verdadera letrina, sino un estrechísimo cuchitril junto al pasillo en el que habían colocado un tubo de terracota para orinar que bajaba hasta la planta baja, donde la orina se filtraba al suelo. El olor a orina rancia era terrible y quitaba el aliento, pero evitaba que los hombres tuvieran que bajar al patio por la noche. Era tan útil que el cuchitril se comunicaba incluso con otro pasillo donde había otros cuartos de oficiales.

—En un momento vuelvo ¡eh!, un poquito de paciencia —les dije a los dos que, al ser legionarios, dormían en los dormitorios comunes y no conocían la estructura de esta zona del edificio.

Por supuesto, no me detuve a mear: me escabullí hacia el otro pasillo, bajé las escaleras a toda velocidad y, en un instante, estaba cruzando el patio con el sobre de pergamino bajo el brazo. Saludé a los guardias de la puerta, que me conocían y me veían salir a menudo a esas horas, y desaparecí con los pies en polvorosa por la calle trasera del Barís.

En un abrir y cerrar de ojos, me perdí por las callejuelas de la ciudad vieja.

Me había quedado sin aliento, pero el mapa de Palmira estaba en mis manos.

El tabernero, el tal Cecé que, en nuestras fantasías, cocinaría el avestruz al final de la misión, conocía a Osterio y quizás también sus excentricidades, y le había permitido ocultarse en su taberna.

Allí lo encontré, con la túnica prácticamente hecha jirones, la misma que había llevado en las últimas semanas de la misión. La cota de malla y el *cingulum*[49] estaban en el suelo, en un rincón.

—Tenemos problemas —gruñó siguiendo mi mirada que no se apartaba del uniforme—. Es mejor que no me reconozcan.

—¿Qué ha pasado, Osterio? ¿Por qué me has enviado esa nota a la cantina?

—El imbécil de mi *optio*, Cayo Centón, lleva todo el día haciéndome preguntas. Es un idiota redomado, tiene miedo de meterse en problemas por mi culpa. Comprendí que iba a informar de nuestro *incidente*, y cuando le vi salir te escribí esas dos líneas. ¿Tienes el mapa contigo?

—Claro, Osterio —golpeé el envoltorio de pergamino—. He huido mientras el tribuno Varial me estaba interrogando. Ahora yo también tengo problemas.

—… ¿y el griego?

—Se ha escondido en casa de un *argentarius*. ¿Qué podemos hacer ahora?

—¡Nuestra misión aún no ha terminado, chupatintas! Debemos permanecer escondidos, y esperar a que el general Curvo regrese. Nuestras órdenes son entregarle el mapa solo a él.

—¿Nos hemos metido en un buen lío, centurión?

—Si te has negado a obedecer al comandante de la guarnición, sí, estamos metidos en un buen lío.

XLIX.

El tabernero se negó a alojarnos en el sótano pero, para quitarnos de en medio y dedicarse a servir a sus clientes, nos confió a un criado de la cocina, un joven de unos quince años de pocas luces que estaba dispuesto a alojarnos en casa de su abuela. Nos condujo por las estrechas callejuelas del casco antiguo, se metió por un callejón tan estrecho que ni siquiera una carretilla hubiera podido pasar y nos dejó entrar por una puerta pintada de azul.

Oímos a una anciana berrear: no entendimos sus palabras, pero estaba claro que tenía miedo de que sus sarnosas gallinas, que se alojaban en el cuarto, huyeran por nuestra culpa. El joven le explicó algo hablándole en voz alta al oído, ella estaba casi sorda, y el centurión, para simplificar las cosas, les entregó un par de ases de cobre a cada uno.

La casa, aparentemente deshabitada y colmada de excrementos de gallina, consistía en dos o tres minúsculas estancias de una decena de pies de ancho superpuestas, una encima de la otra; tras pocas apresuradas explicaciones, el joven se marchó a sus cosas.

La anciana nos mostró primero, a través de la puertecita del fondo, un rinconcito de tierra sin cultivar entre las paredes ciegas de las casas de enfrente que servía de letrina y luego nos llevó al primer piso.

Nos indicó un saco lleno de paja en el que podríamos dormir y también dijo algo más mientras señalaba las gallinas, sin duda alguna recomendación. Por último, como ya era de noche, la anciana se fue y nos quedamos solos en la casucha.

Había una ventanita que daba a la calle, protegida por un par de palos de sólida madera cruzados para evitar que extraños o niños se colaran en la casa. Desde ahí, oímos los últimos murmullos de Jerusalem que se adentraba en la noche, y nos llegaron los olores de las cenas que se preparaban en las casas vecinas. No habíamos traído nada con nosotros, pero yo no tenía hambre. Apoyando la cabeza contra los maderos de la ventanita, se podía ver un buen tramo del callejón.

—Desde aquí podemos vigilar si se acerca alguien —dijo el centurión.

—Sí, podríamos. Me parece que todo va de mal en peor. ¿También tendrán problemas Arrio y Pez?

—No lo sé. Claro que si los interrogan no tardarán en descubrir todo el castillo de mentiras que hemos ido construyendo por el camino durante esta misión.

—¿Qué podrían hacernos?

—¿Por sobornar a un legado? ¿Por volver a usar bonos pagados? ¿Por haber ayudado a unos desertores? La lista es larga. ¡Nunca he oído hablar de nadie acusado de tantos crímenes a la vez! Para Hairán es más sencillo: cuando los oficiales se enteren de lo que ha hecho, podrían entregárselo a los nabateos, pero si así fuera, más le valdría quitarse la vida.

—¿Cuánto tiempo podríamos… aguantar?

—No creo que les lleve más de un día o dos empezar a interrogar a nuestros compañeros. Luego ya no tendremos ninguna posibilidad de arreglar este asunto.

—¿Ni siquiera con el mapa?

Osterio, con la mirada en el suelo, negó con la cabeza.

Esa noche dormitamos, más que dormir. Al amanecer, cuando todavía estaba oscuro pero ya empezaba a verse algo de luz desde oriente, vi al centurión asomado a la ventanita: estaba escudriñando la calle, tranquila en la noche. Con las primeras luces del día bajé a beber de la vasija de agua que la anciana utilizaba para las gallinas.

—Podríamos quedarnos aquí por un tiempo.

El centurión asintió:

—Tendremos que encontrar el modo de averiguar si el general Curvo ha regresado al Barís.

Poco a poco el callejón fue retomando vida: gente que se dirigía al trabajo, algunas mujeres que iban al mercado, chiquillos que lloraban.

Sin embargo, a la hora tercera percibí un ruido familiar: el repiqueteo de los clavos de cáligas sobre las losas de mármol del callejón.

Apreté la cara contra los maderos del ventanuco y vi, a una cincuentena de pasos, unos cascos y cotas de malla. Hice una señal con la mano a Osterio.

—¿Cuántos son? —susurró.

—¡Creo que una docena! Ya no podemos salir a la calle, nos atraparían al instante.

—¡Ha sido la maldita vieja la que nos ha traicionado!

—No, Osterio, esa ni siquiera es capaz de hablar con nuestros soldados. Debe haber sido el joven, el que nos trajo aquí anoche, debía estar ansioso por

ganarse algún sestercio.

—Normalmente estas casuchas tienen una trampilla para acceder al techo. Sube por la escalera, debe de haber un cuartito o un desván.

La escalera era una de esas rústicas escalas de peldaños, parecidas a los andamios en los que pasan la noche las gallinas; la subimos tan rápido como pudimos mientras el estruendo de la planta baja delataba a los soldados tratando de derribar la puerta.

Entramos en una pequeña estancia, tan baja que era imposible mantenerse de pie. Un saco lleno de paja que debía de ser otra cama, cestos y otros trastos abarrotaban el suelo hecho de tablones de madera finos y desiguales.

—Tiene que haber una trampilla o una ventanilla…

—¡Está aquí, Osterio! —Empujé un telar y la luz del sol invadió el desván.

En ese momento alguien desde abajo gritó:

—¡Vosotros dos! ¿Salís por las buenas o tenemos que entrar a sacaros?

—¡Sal tú primero, chupatintas! ¿Tienes el sobre? —susurró.

—Me lo he atado en bandolera con una cuerda para tener las manos libres. —Y puse los pies en el tejado.

—No lo pierdas, dependemos de él.

Antes de huir por los tejados en dirección a las casas vecinas, el centurión cerró la trampilla de madera, colocando algunas tejas encima. Los legionarios aún no nos habían visto, con suerte seguirían en la incertidumbre durante un poco de tiempo más, para nuestra ventaja.

—Nunca lograremos salir de Jerusalem —me susurró el centurión—. Debemos buscar otro sitio para escondernos.

—Podríamos intentar buscar a Hicesio, está en casa de un *argentarius*, quizás encontremos la manera de quedarnos con él. Esta ciudad está llena de sótanos y mazmorras, como una ratonera. Los judíos nos echarán una mano cuando sepan que nos buscan.

La mayoría de los tejados estaban cubiertos de frágiles tejas de terracota y, moviéndonos con cuidado, conseguimos atravesar cuatro o cinco casas. Alguna baldosa se rompió produciendo un fuerte estallido al pisarla. En un momento dado, los tejados se acabaron: debajo de nosotros, a siete u ocho pies de distancia, había una terraza en la que habían colocado manojos de trigo para que se secaran. Nos descolgamos ante el asombro de una mujer y un niño en la ventana de la casa de enfrente; les hice una señal con el dedo en la nariz para que guardaran silencio y continuamos nuestra fuga por los demás tejados que se sucedían uno tras otro después de la terraza.

Cada poco, buscaba el sobre con la mano por el temor de perderlo.

Por desgracia, Osterio era de complexión maciza y pesaba mucho más que yo. Oí un ruido seco, una baldosa que se resquebrajaba, y lo vi desaparecer en una nube de polvo.

El techo, sostenido por vigas demasiado frágiles, probablemente viejas y carcomidas, había cedido bajo su peso y el hombre había caído en la habitación de abajo. Miré por el agujero sin verlo, oculto entre el polvo que se había levantado, y en ese momento oí a los niños gritar desde la calle: nos habían visto y no habían podido quedarse callados.

—¿Estás herido, Osterio?

—No, no estoy herido, he caído sobre algunos trastos. ¡No puedo volver al techo! ¡Continúa huyendo, yo detendré a los soldados!

Para entonces ya nos habían visto sobre los tejados, era inútil seguir por ese camino:

—Yo también voy a saltar, Osterio, ¡córrete hacia un lado! —Caí sobre algunos muebles viejos y jaulas de junco—. Los soldados siguen en la otra casa, ¡bajemos a la calle!

Descendimos por otro andamio para aves, asustamos a una anciana que estaba blanqueando un ganso antes de desplumarlo, y cuando llegamos a la planta baja echamos un vistazo al callejón: una reunión de curiosos unos cincuenta pasos atrás indicaban que los soldados seguían en la casa de la que habíamos escapado.

—¡Para el otro lado, chupatintas!

—¡Si salimos ahora nos verán!

—¡Haz lo que te digo!

Salí al callejón e inmediatamente detrás de mí salió el centurión que había cogido un haz de leña y se lo había echado al hombro. Con tan escaso disfraz nos alejamos en la otra dirección.

—¿Quieres que vayamos a buscar al griego?

—No sería capaz de encontrar la calle. Será mejor que perdamos de vista a los soldados. ¿Sabes a dónde ir?

—Tal vez —respondió el centurión—. Tiene que haber un establo no muy lejos de aquí. Podemos intentar escondernos allí durante un tiempo. La que he oído antes era la voz del *optio* Leoncio, ¡es casi tan inepto como Cayo Centón! ¡No creo que vaya a registrar la ciudad casa por casa para buscarnos a nosotros dos!

Fuimos a paso tranquilo para no llamar la atención, y cuando encontramos el establo entramos como si tuviéramos que atender a uno de nuestros

animales.

Era un puesto estrecho en el que cabían tres o cuatro caballos, con un bebedero construido con ladrillos estampados en cal adosado a la pared y un henil de palos entrecruzados en el lado opuesto. Una canaleta de desagüe para los excrementos atravesaba el suelo y continuaba hasta la calle. El portón tenía algunas grietas y las tablillas estaban incompletas, quizás podridas por el tiempo. Aparte del portón que daba a la calle, no había otras salidas ni tampoco ventanas. El techo, de vigas y tablas de madera aparentemente macizas, servía de suelo para alguna vivienda en el piso de arriba.

Pasamos buena parte del día en el establo.

Por la tarde, un par de hombres trajeron dos asnos y un mozo de cuadra vino a ver quiénes éramos. Nos pusimos de acuerdo con un par de sestercios para pasar allí la noche y le mandamos a comprar queso.

Luego cerramos el portón por dentro.

—¿Ya habrán interrogado a Arrio y a Pez? —le pregunté a Osterio cuando el silencio se hizo pesado.

—No puedo saberlo. Pero este tribuno Varial me parece un imbécil de tomo y lomo, no pilló que había de por medio una misión importante en nombre de Roma y allí concebida. Tal vez siga creyendo que se trata de un asunto disciplinario, o a lo mejor de un hurto de dinero de la administración.

—Pez y Arrio no podrán permanecer callados mucho tiempo, y no tienen ninguna culpa de este asunto.

—Supongo. Pero si Varial lo está tratando como un problema disciplinario…

No tuvo tiempo de terminar cuando oímos que alguien sacudía el portón.

—¡Están aquí dentro! —dijo una voz—. ¡El establo no tiene más salidas! —De alguna forma, el *optio* Leoncio había logrado seguirnos.

El centurión se inclinó hacia el suelo y miró por las rendijas del portón:

—¡Son al menos una docena! —Negó con la cabeza como diciendo que eran demasiados.

—¿Qué hacemos, Osterio?

—No podemos enfrentarnos a ellos. Yo puedo frenarlos unos instantes con un diversivo y tú puedes intentar escapar. Si sales corriendo cuando menos lo esperan, puedes lograrlo, ahora veamos cómo hacerlo…

—¿Y tú te quedas aquí?

—Si logro hacerte huir con el mapa, ¡eso ya sería un buen resultado! ¿Qué quieres hacer? ¿Rendirte a esos imbéciles?

En ese momento los legionarios empezaron a empujar el portón para derribarlo, y nos apresuramos a apuntalarlo utilizando los largueros de un carro que estaban apoyados en una esquina.

—Salid —oímos cómo gritaban—. ¡No tenéis escapatoria!

Y Osterio le respondió:

—Leoncio, tan imbécil como cobarde, ¡todo el mundo sabe que tienes miedo hasta de tu propia sombra! ¿Por qué no das ejemplo a tus hombres y vienes a por mí?

Los dos asnos, atados con una cadena, empezaron a rebuznar y patalear, asustados por el repentino alboroto.

—Hay paja… —susurró Osterio y apoyamos nuestras espaldas contra el portón para apuntalarlo. No pudo terminar porque otros fuertes golpes al portón nos indicaron que estaban tratando de romper los viejos tablones de madera.

Tras un golpe más fuerte que los otros, la punta de un *pilum* penetró de nuestro lado hasta un brazo de longitud, pero afortunadamente no alcanzó a ninguno de los dos.

—¡Vamos a prenderle fuego a la paja, te decía! En cuanto haya humo suficiente, dejaremos salir a estos dos asnos desquiciados. ¡Empezaremos a gritar como locos y yo me enfrentaré a ellos en combate! Aprovecharás la sorpresa, tendrás un instante para huir. Deberás esquivarlos y ellos te perseguirán. Pero están lastrados por la cota de malla y tú irás más rápido. Tendrás que perderte por los callejones.

—¡Es una locura, Osterio! ¿Qué pretendes hacer? ¿Luchar para herir o matar a los soldados de tu cuartel?

—¡La misión es lo primero, chupatintas! ¡Y tu misión es entregar ese envoltorio en manos del general Curvo!

Las acometidas contra la puerta continuaron y muy pronto encontrarían una viga con la que embestir y atravesarla.

—¿No podemos hablar con esos hombres?

—¡Tienen órdenes de prendernos! ¡Vivos o muertos para ellos es lo mismo que para con los bandidos!

Se había puesto a juguetear con un manojo de paja seca: la presionó contra el suelo y golpeando de refilón con su *gladius* contra las piedras de la pared, trató de que cayera alguna chispa sobre ellas.

—Tú tampoco te rendirás —dijo, como si me hubiese leído el pensamiento… ¡y yo que estaba pensando en golpearle en la cabeza para detener esa locura!— Mientras haya una oportunidad de completar la misión,

no te rendirás, ¡ya te lo he dicho demasiadas veces! —y continuó mirándome de un modo extraño—. ¿Te has enterado, chupatintas?

Incluso mientras hablaba, no había dejado de blandir el *gladius* con toda su fuerza, haciendo que la hoja se deslizara contra la pared: con cada golpe, unas míseras chispas se escapaban y caían sobre la paja.

—Formad un muro con las jabalinas —oímos una voz que provenía del exterior—. No deben escapar.

En ese instante introdujeron una pértiga en el hueco entre la puerta y el suelo, y comenzaron a hacer palanca.

—¡Nunca lo conseguiremos, Osterio!

—No nos rendiremos, chupatintas, ¡y tú huirás!

Finalmente, una valiosa chispa prendió en el heno y produjo un hilillo de humo. El centurión cogió el manojo de heno y empezó a soplar: en un instante salió más humo y luego las primeras llamas.

—Falta poco, chupatintas, prepárate: puedes coger ese trozo de madera para repartir algún que otro golpe y despejar el camino mientras escapas.

El portón estaba crujiendo bajo la presión de la palanca, algunos tablones ya se habían partido cuando Osterio arrojó el puñado de heno ardiendo en el montón de forraje.

Las llamas se propagaron al instante, los animales empezaron a patear el suelo y el humo envolvió la parte superior del local.

—¡Cuidado que suelto a los burros, joven! Te abrirán camino, y tú irás detrás de ellos. Coge la horquilla y echa un poco de heno encendido bajo el portón, para producir más humo. ¡Rápido!

Hice lo que me dijo mientras mis piernas empezaban a temblar, y desde fuera comenzaron a ver el humo que salía de las grietas de la puerta.

—¡Esta vez no te vas a librar, Osterio! —Oímos la desagradable voz del *optio* Leoncio—. Si quieres arder vivo, nos haces un favor, ¡le ahorrarás las molestias al verdugo que te está esperando! ¡Y también al imbécil que está contigo!

—Leoncio, ¡tus hombres dicen que por la noche en las letrinas das placer a toda la centuria agachándote para ser la burrita[50]! —le respondió el centurión, soltando las cadenas de los animales. Uno de ellos, encabritado y aterrado por las llamas, me empujó contra la pared: me golpeé la cabeza y me pareció ver muchas lucecitas que se movían, mientras las voces y el estruendo se hacían cada vez más lejanos.

Sin embargo, no tuve tiempo de caerme al suelo porque el centurión corrió a sujetarme:

—¡Chupatintas, si salimos de esta no te vas a librar de ese muslo de avestruz! Este es tu momento, ¡ahora debes volar!

El humo y las llamas habían vuelto irrespirable el aire dentro del pequeño cuarto, y apenas podíamos ver nada. Entre los furiosos rebuznos de los animales oímos el sonido sordo de la puerta que cedía y se desplomaba al suelo. De repente, la luz del día entró mientras el humo se extendía, como succionado, hacia el exterior.

Me había recuperado lo suficiente como para intentar escapar detrás de los dos animales: tal vez el golpe en la cabeza me había otorgado la insolencia de creer que podía completar la misión, o bien me había contagiado de la ciega y loca determinación del centurión.

Vi algunas espadas agitarse en el humo, un casco y algunas cotas de malla. El centurión se lanzó a la refriega gritando como un loco, y yo le seguí.

Nada más salir al exterior fuimos arrollados por unos caballos que venían casi al galope. Me estrellé contra uno de ellos, montado por uno de nuestros soldados; acabé en el suelo y casi me pisoteó, pero conseguí agarrar a tiempo el envoltorio del mapa con la mano.

—¡Estos dos son míos, no los toquéis! —tronó la voz poderosa del general Curvo que destacaba en el caos—. ¡Al suelo las armas! ¡Todo el mundo!

L.

—¡No entiendo cómo os las habéis arreglado para armar semejante alboroto! ¿Queríais prenderle fuego a la ciudad? Cuando justo acabo de llegar y estaba comiendo, Octavio Pupio me entrega vuestro mensaje, el que decía que estabais cerca de Scythopolis, ya de regreso. Le envío a pedir novedades vuestras y me entero de que os habéis sublevado contra el tribuno Varial, vuestro comandante, y que os tienen rodeados en un establo de la ciudad vieja. ¿Queréis contarme qué ha pasado?

Estábamos frente a su escritorio, en el Mando, el centurión Osterio y yo, e hice un gesto con el dedo índice para que respondiera él.

—General, no tuvimos elección: ¡tras una serie de catastróficas desdichas tuvimos que enfrentarnos duramente con los oficiales! Nos pidieron que entregáramos nuestro informe al tribuno Varial, pero nos negamos alegando que tú nos habías ordenado que no se lo diéramos a nadie más que a ti. ¡Todo nace de ahí!

—Pero, y la misión… ¿salió bien?

—Tenemos lo que nos pediste, general —me adelanté, y le entregué el envoltorio de pergamino aún sellado de cuando habíamos completado el mapa en la aldea sin nombre de Traconítide. El aspecto brillante y la suciedad adherida al cuero hablaban por sí solos de las vicisitudes por las que había pasado el gran sobre antes de llegar a su mesa.

El general, muy serio, me miró:

—¿Podemos echarle un vistazo?

El centurión y yo asentimos.

—Octavio, ve a buscar algo de comer y beber, ¡y que no entre nadie! —Cogió el *pugio* y cortó las cuerdas y los sellos, que ya no eran más que grumos informes de cera.

Abrió las solapas, sacó las seis hojas de papel que relataban todo lo vivido durante los meses de misión, al menos lo que se podía relatar, y desplegó con minucioso cuidado el gran mapa que, una vez extendido, ocupaba casi toda la mesa.

Colocó el *gladius* en un lado y un portalámparas de bronce en el otro para mantenerlo abierto.

El pergamino era impresionante: los minuciosos dibujos de las rutas de caravanas y los pozos, con los perfiles de las colinas cercanas, estaban en una mitad de la piel; el plano de la ciudad de Palmira, visto desde el cielo, estaba en la otra mitad. El general permaneció largo rato en silencio, observando detalles que comprendía bien y no requerían mayor explicación, y leyó unas notas escritas cuidadosamente con la ordenada caligrafía de Hicesio.

Giró la piel para observar mejor la configuración de la ciudad, y la volvió a girar para regresar a las posiciones de los pozos a lo largo de la ruta caravanera.

Octavio Pupio llamó a la puerta para servirnos agua y vino, una gran bandeja de trocitos de pan mojados en aceite y otra de queso. El general había vuelto a cerrar el mapa, por simple precaución.

—Octavio, vete al tribuno Varial y dile que estos dos me están informando, que vamos a estar mucho tiempo y que en cuanto me sea posible le explicaré en persona lo que ha pasado. Pon un guardia delante de la puerta.

El general Curvo observó primero al centurión y luego a mí, mesándose la barba, con los ojos encendidos de satisfacción:

—Me va a costar mucho trabajo dejar a todos tranquilos. Debéis comprender que nuestros oficiales desempeñan sus funciones con dedicación y respeto a las órdenes. Son soldados eficientes, pero no puedo divulgar nada sobre esta operación porque yo también tengo mis órdenes. Ahora tendré que hablar con cada uno de ellos, solo estaban cumpliendo con su deber.

—¡Nosotros también, general! —añadí, y él sonrió volviendo a abrir el mapa.

Pasamos horas relatando nuestras peripecias que nunca creí que fueran de interés para un militar: las peleas entre los mercenarios, el asunto de las dos mujeres judías, el hambre y la sed, y finalmente, ya de noche, nos dispusimos a examinar las murallas y fortificaciones de Palmira.

Algunas cosas eran más conocidas por Hicesio y tuve que explicárselo al general Curvo:

—Para poder continuar, es necesario que me acompañe el liberto Hicesio, que es el que más tiempo pasó en el interior de la ciudad y en contacto con los nabateos. Ahora está fuera del cuartel, puedo mandar a buscarlo.

—Sí, hagámoslo así, también tengo que ir a tranquilizar al tribuno Varial. Continuaremos mañana por la mañana, aquí en mi despacho, a la hora tercera.

—¿Podemos regresar a nuestros aposentos, general? —preguntó prudentemente el centurión.

—Sí, los oficiales han sido puestos al tanto de que trabajáis conmigo. Pero guardaos mucho de hacer comentarios o de iros de la lengua, ¡mucho cuidado!

El griego regresó al Barís por la mañana temprano lleno de novedades, como si en lugar de huir para salvar el pellejo hubiera estado de placentera visita a unos parientes lejanos:

—Quintilio, has de saber que la familia del *argentarius* Aquísar es agradabilísima, si bien infestada de un increíble número de ruidosos mocosos. Ciertamente, tendré que esforzarme para aprender a hablar en la lengua de los judíos; aunque estoy utilizando unas hojas de papiro en las que apunto la traducción de muchas palabras, no obstante, se me escapan muchos conceptos.

Cuando se encontraba en ese estado no escuchaba mucho de lo que se le decía y renuncié a contarle los acontecimientos del día anterior.

—… No quiero decir que los minuciosos cómputos en los que se pierden para calcular los intereses puedan utilizarse de la misma manera en Roma, pero también tendríamos mucho que aprender. ¿Sabes cuál es su talón de Aquiles? ¡Su complicada religión! Nunca se sabe dónde acaba el interés de los sacerdotes y dónde empieza…

—Escucha, Hicesio, en breve iremos a explicarle al general Curvo lo que vimos durante la misión. Me gustaría recordarte que tengas mucho cuidado de no mencionar nunca aquellos asuntos que conoces bien, aquellos de los que siempre hablamos y que es mejor que no se conozcan. Si te encuentras en dificultades, intenta distraerlo hablándole de tierras desiertas, de asaltantes, de pozos secos, de polvo y de hambre, que allí nunca faltan. También tendremos que resolver la cuestión pendiente con el tesorero de la guarnición.

—No lo he olvidado, Quintilio, y también tendremos que tomar todas las precauciones para que ninguno de nuestros amigos tenga más problemas y, en primer lugar, el centurión Osterio, que nos salvó la vida hace unos días.

Una vez empezamos con las explicaciones, el general me dejó hablar libremente, deteniéndome de vez en cuando para pedir alguna aclaración. Esta vez contó con la presencia de su ayudante Octavio Pupio, al que hacía una señal de vez en cuando para que tomara notas, ya que por prudencia no quería que nadie extraño presenciara la reunión, ni siquiera el escriba.

—Entonces, por lo que has visto, ¿no es posible acercarse a la ciudad y eludir su vigilancia?

—Bueno, tal vez sea posible, pero, desde luego, ¡sería una competición para el que corra más rápido!

—¿Qué quieres decir? Explícate mejor.

—La única forma de no ser detectado es ser más rápido que sus jinetes, que son los que llevan las noticias a los soldados en el interior de la ciudad.

—Ya. ¡La velocidad! Para que no te detecten, tienes que correr más rápido que ellos. Se trata de una carrera para quien llegue primero. En la otra mitad del mapa, has dibujado un plano de la ciudad. ¿Por qué no está completo?

—Falta el barrio del palacio real y el tramo de muralla al que está unido. ¡Nunca habríamos podido entrar ahí!

—Comprendo. ¿Y este dibujo más pequeño…?

—Este es un dibujo detallado de la puerta principal por la que entramos, la que conduce a la ruta caravanera de Damasco. Estas estancias que veis dibujadas en el interior de las murallas, forman parte de un cuartel en el que se encontraban las oficinas del jefe de la guardia del rey, el que fue asesinado la víspera de nuestra partida.

Las preguntas del general parecían no tener fin. Quería saber cómo funcionaba el caravasar en el que estuvimos alojados con nuestros hombres, cuántos guardias había y qué aspecto tenía la gente que vimos allí. Tuve que describirle varias veces el corto tramo de carretera que llevaba desde el establo hasta la puerta de la ciudad, e insistió en saber cómo era el exterior de las murallas, que le describí minuciosamente. Recordaba cada detalle de cuando Arrio y yo habíamos ido a rescatar el cadáver disecado del desafortunado cantero judío.

Hicesio describió con minuciosidad la vida en la ciudad, el trabajo de los *argentarii* y los mercados y cómo los nabateos vivían a la sombra de sus riquezas.

Fue precisamente la cuestión del oro la que despertó la imaginación del general:

—Por cómo lo cuentas, griego, ¡parece que esa ciudad rebosa de oro!

—Rebosar, no sé si esa es precisamente la palabra adecuada, pero lo cierto es que no hay escasez de oro, tanto monetizado como en bruto, procedente de las costas orientales del Mar Arábigo. A partir de los cálculos que pude realizar junto al *argentarius* Nabuzab, esa dignísima persona que nos ayudó a respaldar con oro la credibilidad de nuestra misión comercial,

llegué a la conclusión de que solo en Palmira circula más oro que en el resto de Siria.

—Sí, griego, es bien sabido que los nabateos son ricos. Pero tú no has visto este oro todo junto, ¡solo has oído cotilleos!

—General, chismorreos hasta cierto punto. No llevaba conmigo ningún bien de valor que me permitiera tantear el fondo de sus bolsillos, pero pude evaluar el gran número de fundidores de oro, artesanos e incluso de hábiles grabadores que moldeaban los troqueles para acuñar monedas de oro. Pues bien, la multitud de estas personas que vi trabajando solo puede explicarse por la circulación de una masa de oro muy superior a la de muchas otras ciudades, y similar, quizás en cantidad, a la de Roma.

—Oro como en Roma, ¿has dicho? Interesante observación. Octavio, ¿has transcrito esta frase?

—Sí, general, destaca en el resumen, la he escrito tal cual.

—Pero ¿cómo puedes tú, liberto, hablar de la cantidad de oro que circula en Roma? ¿No será que tus impresiones están distorsionadas por el hecho de que nunca has manejado ese precioso metal?

Hicesio sonrió e inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado:

—Debes saber, general, que aunque soy un humilde liberto, en los últimos años he mediado en importantes transacciones financieras entre *argentarii* romanos y macedonios. Antes de eso, fui secretario de un importante arquitecto que era amigo personal del César y, en más de una ocasión, vi tesoros de oro que la mayoría de los hombres ni siquiera imaginan que existen.

—¡Tus palabras están despertando mi curiosidad! —replicó el general, haciendo una señal con el dedo índice a su ayudante Octavio para que siguiera transcribiendo cada palabra de la extraña conversación.

—¿Serías capaz de decir cuánto oro circula hoy en Roma?

—Por supuesto que no, general, al igual que no sería capaz de estimar la cantidad de oro existente en Palmira. Pero puedo daros un ejemplo interesante: durante nuestras conversaciones para negociar la modesta cantidad de metal precioso que necesitábamos para ennoblecer, por así decirlo, nuestra misión comercial, oí a un mercader local hablar de la necesidad de otro mercader local de un talento de oro. Pues bien, en aquella ocasión, en un solo instante, se desgranó una lista de una docena de *argentarii* que podían proporcionárselo en una hora. ¿Creéis que se podría decir lo mismo en Roma?

El general sonrió y asintió, gratamente sorprendido por la ingeniosa conversación de Hicesio. No se me escapó la mirada embelesada que dirigió a su ayudante Octavio, que con un movimiento de los ojos le confirmó que había transcrito todo.

—Llegados a este punto, creo que hemos terminado —concluyó el general —. ¿Nos ha quedado algo más en el tintero?

—General, si se me permite, y cambiando de asunto, me gustaría pedirte que se muestre algo de consideración hacia el centurión Osterio. Estuvo involucrado en la muerte de su *optio*, un hombre vil que ya nos había traicionado cuando aún estábamos entre los nabateos. Tú estuviste allí y viste la determinación con la que el centurión defendió hasta el final el mapa que te hemos entregado. Si no hubiera sido por él no habría sido…

—El tribuno Varial me lo contó anoche. Le pedí, como un favor especial, que me dejara a mí la solución de ese problema. Quizás el centurión sea trasladado para dar el asunto por concluido, ya veremos. No quiero que nadie hable de esta expedición nunca más. Si aparece algo más, solo me tendréis que informar a mí, y si fuera necesario me enviaréis una carta por correo militar al Mando de la Urbe, ¡allí sabrán dónde encontrarme! ¿Hemos terminado?

—En realidad, general, quería preguntar sobre mi servicio. En Roma dijeron que sería una misión corta, y ya llevo un año y medio aquí.

—Recuerdo que me dijiste que habías firmado por cinco años. Menos de cinco años no es posible. La misión fue dura y la realizasteis a la perfección, te tomarás un largo permiso y luego veremos si podemos encontrar una solución. Bueno, ¡eso es todo! Mañana partiré para volver a Roma.

Octavio Pupio ya estaba sellando en un nuevo pliego de pergamino nuestro mapa y las hojas con la transcripción de la larga conversación.

Fue entonces cuando Hicesio levantó el dedo índice como hacen los sirvientes cuando piden la palabra; el general le indicó amablemente que continuara.

—No quisiera importunarte, general, pero es necesario que te informe de que, para ennoblecer nuestra expedición, tuve que utilizar ciertos bonos de la tesorería que me había prestado el bondadoso Concesio Félix.

—También me lo han referido —tamborileó por un instante con la mano sobre la mesa, reflexionando, y luego hizo un gesto con los ojos a su ayudante Octavio Pupio, que salió y cerró la puerta.

El general nos hizo una señal con el dedo índice mientras buscaba las palabras adecuadas, y por último dijo:

—Aquí en la guarnición, desde el comandante hasta los centuriones, ¡se han sentido muy ofendidos por todo lo que has hecho en esta misión! Muchos hechos graves han puesto en duda la disciplina de la guarnición. Ahora me veo obligado a contaros algo que jamás debe salir de aquí, y por lo que, si me preguntan sobre ello en el futuro, ¡diré que no sé nada al respecto!

El preámbulo parecía anticipar algo poco agradable.

—Para callar a todo el mundo y silenciar el alboroto que habéis montado, he tenido que dar a creer al tribuno Varial, sin decirlo claramente, que estabais actuando bajo mandato del Mando Militar de Roma. He dejado entender que vuestra misión consistía en eliminar a un traidor, un importante general de Pompeyo que desde hacía años se refugiaba en esas miserables tierras cercanas a Damasco, entre los bandidos itureos.

El griego y yo nos quedamos boquiabiertos.

—Estos días me he enterado de que ese general murió mientras vosotros estabais en la misión. Hay una orden de silencio sobre todo este asunto y nadie os preguntará nunca nada. Era el precio que pagar por no ofender a los honrados oficiales de esta guarnición, ¡así que comportaos! ¡Nunca habléis de esto! ¡Es una orden!

Saludó militarmente, mientras nosotros, todavía petrificados, nos dirigíamos al patio.

Esta vez, sin embargo, la misión había terminado de verdad, y lo primero que quería hacer era alejarme un poco del Barís, de su olor a polvo, resina y orina.

LI.

Tres días, tal vez cuatro. Ese fue todo el tiempo que tuve para pensar en lo que le iba a decir a Judith.

Mientras el caballo bajaba de las alturas de Jerusalem para dirigirse hacia el Jordán, pensé en qué excusa podría inventarme para regresar a Nahum: podría decirle que pasaba por allí por obligación de servicio; al fin y al cabo, como tantos otros, ya había viajado una vez por el camino que bordea el mar de Galilea.

Pez me había visto pensativo desde que habíamos salido de la ciudad y no había querido preguntarme nada. Me seguía en silencio junto con el legionario Nigidio, un joven de veinte o veinticinco años; eran la escolta que me había asignado el tribuno Varial. Me había cruzado con él en el patio del Barís, justo después de la partida del general Curvo, y me había regalado una amplia sonrisa de comprensión, como si dijera «*¡Ya me he enterado de lo que has hecho! ¡Enhorabuena!*».

Yo le había contestado con una rígida inclinación de la cabeza, guardándome mucho de hablarle; él mismo había enviado a su ayudante para decirme que tenía dos meses de permiso y que si quería salir de Jerusalem me asignarían un par de hombres de escolta.

También el centurión Osterio había reanudado su servicio habitual en el cuartel: antes de irme, le había oído blasfemar contra los dioses y despotricar en el patio de las concentraciones; me había asomado a la ventana justo a tiempo para verle tumbar de una bofetada a un legionario lento en comprender sus órdenes.

No se había vuelto a hablar de la cena de avestruz guisada y rellena. Era mejor mantenerse con las orejas gachas durante un tiempo, «*esperando a que las cosas se calmen*» me había explicado Hicesio que volvía a ser invitado del *argentarius* Aquísar, decidido a aprender la lengua de los judíos.

Era cierto lo que Osterio me había dicho muchas veces: ni siquiera yo había creído realmente que se pudiera completar la misión.

Si no hubiera sido por él, un legionario tosco y duro, de la vieja escuela, quizá nunca hubiera llegado al final de mi tarea. Por no hablar de la última vez que me había salvado la vida.

El griego también había estado atareado. Había desplegado una imaginación que era increíble. Lástima que, de vez en cuando, fuera presa de sus *obsesiones literarias*.

Una rama que sobresalía de un arbusto situado al borde de la carretera me devolvió a la realidad:

—Vosotros dos —les dije a los legionarios deteniendo mi caballo—, espero que seáis capaces de encontrar algo que hacer, ¡y que no me estorbéis cada dos por tres!

—Claro, Quintilio —me respondió Pez—. ¡Faltaría más! ¿Crees que no encontraremos un lugar para llenarnos la panza en esa aldea a orillas del Mar de Galilea? ¡No te preocupes, ya verás cómo nos apañamos!

No quería tenerlos cerca, quería pasar un tiempo con Judith, a solas. Por supuesto, ahora las cosas habían cambiado: ya no éramos fugitivos que luchaban por salvar sus vidas y que se aferraban a cualquier fantasía de una vida mejor. La habría encontrado salando pescado, como me había dicho, pero instalada en su pueblo, donde era conocida y respetada.

Una vez finalizada la misión, ya no tenía problemas con los oficiales. Se me había reconocido algún mérito, aunque no estaba nada claro cómo acabaría la cuestión de mi destino.

Durante aquellos tres días a caballo, mientras el paisaje siempre nuevo y cambiante del valle del Jordán se desplegaba lentamente ante mis ojos, recordé en repetidas ocasiones las locuras vividas las últimas semanas.

Especialmente aquella carga contra nuestros legionarios, cuando Osterio y yo habíamos salido como dementes de los establos en llamas, en medio de la humareda, detrás de los asnos encabritados para enfrentarnos a una docena de soldados que nos esperaban con los *gladii* desvainados.

Me había contagiado de la cegadora locura del centurión por completar la misión a cualquier precio.

Durante meses habíamos hablado de ello y me había repetido cientos de veces, hasta el hartazgo, que había que completar la misión a cualquier precio.

Solo el azar nos había librado de morir empalados.

Sin embargo, mi pensamiento, al final, siempre volvía a Judith.

A estas alturas había comprendido que no era el miedo a Jerusalem y a la gran ciudad lo que le había impedido venir conmigo, como ella me había dicho. Y tampoco era porque no supiera leer y escribir, como quería hacerme creer.

Por supuesto que odiaba la multitud, odiaba la gran ciudad donde el poder dominaba todo y a todos. Y era una mujer sencilla, solo necesitaba unas

cuantas gallinas para vivir sin estar sometida a nadie.

Pero no fue solo eso.

Judith me amaba, esa era la verdadera razón.

Pensaba que yo era una persona importante y no quería interponerse en mi camino.

Tal vez yo fuera una persona importante en el pequeño mundo de Nahum, pero en mi mundo, yo no era más que un simple peón, como el centurión Osterio, como Hicesio y como todos los demás.

Y una vez terminada la misión, yo ya no valía para nada, volvía a ser un insignificante y vulgar civil. Yo valía tanto como un pescador del Mar de Galilea y no era más importante que Judith.

Cuando superamos una loma y el reflejo azul del Mar de Galilea apareció en la distancia, mi corazón dio un salto y de repente me di cuenta de que no tenía ninguna necesidad de inventar una historia que contar.

Ella me recibiría con los brazos abiertos, como siempre lo hacía, y no me pediría nada más.

NOTA DEL AUTOR

El punto de partida de esta novela, el reconocimiento preparatorio a una expedición del ejército romano contra la ciudad de Palmira, procede de un testimonio transmitido por Apiano[51] que narra un intento de saqueo de esa ciudad por la caballería de Marco Antonio en el año 41 a. C.

En los primeros años de gobierno de Augusto, la ciudad de Palmira gozaba de una considerable independencia. La provincia de Siria fue creada en el año 64 a. C. por Pompeyo y, con toda seguridad, en el 43, año de ambientación de la novela, Roma ya tenía en su poder las principales ciudades, la costa y las zonas más ricas.

Sin embargo, las zonas del interior, casi deshabitadas, especialmente las que dan al Éufrates, siempre bajo la amenaza de incursiones de los partos, no tenían guarnición permanente y, por tanto, no estaban bajo el control del ejército.

La debilidad de Roma en esas zonas, debida a la escasez de grandes centros urbanos y a su fragmentación étnica, religiosa y política, había favorecido el desarrollo de ciudades nabateas como Petra y Palmira, que ejercían un dominio indiscutible sobre las rutas caravaneras a través de las cuales el mundo romano se abastecía de especias y productos procedentes de India, China y otras regiones asiáticas.

La riqueza de Palmira provenía del hecho de que era el único lugar rico en manantiales en medio de una región desértica y árida, de ahí la posibilidad de cobrar una especie de arancel, llamado *tarifa*, a las caravanas en tránsito. La *tarifa* se aplicaba en función del peso de la mercancía, del número de animales de carga y de esclavos.

La expedición de los dos mil soldados de caballería de Marco Antonio a Palmira, que tuvo lugar en la realidad en el año 41, pudo haber sido precedida de una cuidadosa preparación o de una inspección preparatoria uno o dos años antes, como he querido imaginar, para reunir información sobre la disponibilidad de agua y comprobar el estado de la zona.

Sin embargo, la operación militar no tuvo éxito.

De hecho, la caballería romana encontró una ciudad vacía, recientemente abandonada y no pudieron dar ni con un solo gramo de oro.

Los nabateos de Palmira, probablemente alertados por espías, no se quedaron de brazos cruzados y poco antes de la llegada de la caballería se refugiaron al otro lado del Éufrates con todas sus posesiones, bajo la protección de los partos.

Un segundo motivo de inspiración para la novela fueron las peripecias de Cecilio Baso, cuyas operaciones militares y políticas superan la imaginación de cualquier escritor.

Sobre este caudillo ha llegado hasta nosotros la tradición literaria de Tito Livio, Estrabón[52], Cicerón[53], Flavio Josefo[54], Dion Casio, Apiano y muchos más.

Lamentablemente, la narración de la revuelta en Siria y del intento de Cecilio de crear un dominio «*privado*», tal y como se desprende de estos testimonios, está llena de contradicciones, la reconstrucción de los hechos es incierta y está contaminada por el tinte político de los historiadores que no se atrevieron a relatar los hechos sin darles una connotación partidista.

Por otra parte, el tiempo que tardaba en transportarse la correspondencia y, por tanto, en difundirse su contenido, como se desprende de las cartas de Cicerón, hacía que las noticias ya fueran viejas a su llegada a Roma, lo que añadía más incertidumbre a la ya confusa situación. En aquella época, una carta tardaba unos treinta días en viajar de Jerusalem a Roma, y otros tantos en ser contestada, según reconstruye Canfora[55].

Para complicar un poco más el escenario hay que recordar que, en la época de César, en Siria había mucho alboroto.

Cecilio Baso, un caballero al que no le faltaba valor militar ni iniciativa, había servido en su juventud a las órdenes de Gneo Pompeyo Magno. Livio escribe que incitó a la rebelión en Siria, provincia romana durante algunas décadas, con el apoyo de la legión de Sexto César, la XXXVIII, que se había formado con el concurso de los legionarios de Pompeyo derrotados en Farsalia en el 48 a. C.

Sexto César era primo y probable heredero designado de Cayo Julio César, un hombre *depravado* según Apiano, un historiador que se pronunció abiertamente en favor de Cecilio Baso.

Se narra que Baso, para apoderarse de Siria, incitó y sobornó a la legión de Sexto César, la XXXVIII, para que se pusiera de su lado, llegando incluso

a asesinar al propio Sexto. En ese momento se nombró a sí mismo pretor y estableció un gobierno personal en la ciudad de Apamea y la región circundante.

Su poder en Siria se vio reforzado por los acuerdos con los cabecillas locales itureos, árabes y nabateos, e incluso con los partos, enemigos históricos de Roma, que intervinieron para salvarle cuando Cayo Antistio Veto fue enviado contra él por el propio César.

Pero Veto sufrió una estrepitosa derrota a manos de Cecilio Baso gracias a la intervención del cabecilla árabe Alcaudonio, ya cómplice de los partos en la guerra contra Craso (derrotado en Carras diez años antes) y del propio rey parto Pacoro.

Los únicos que se pusieron del lado del ejército romano contra Baso fueron los idumeos de Judea, liderados por Antípatro, hombre muy cercano a César y al que había salvado en Egipto durante la batalla del Nilo.

Poco después, César ordenó otra expedición compuesta por dos ejércitos que sumaban seis legiones, dirigidos por Lucio Estayo Murco y Quinto Marcio Crispo, que sitiaron a Baso en la ciudad de Apamea y no pudieron derrotarlo.

Con la muerte de César en los idus de marzo del 44, Siria pasó a manos del cesaricida Cayo Casio Longino, quien, al asumir el mando de la provincia, pudo poner a sus órdenes las legiones enviadas anteriormente por César y convencer a la legión XXXVIII, que había sucumbido a los halagos de Baso, de que se rindiera.

Cecilio Baso se rindió en aquel momento, pero pudo dictar los términos de la rendición[56] obteniendo el perdón de Cayo Casio Longino.

Nadie sabe qué pasó a continuación, pero, tras los tumultuosos meses del asedio y de la rendición de Apamea, Cecilio Baso desaparece de la escena política y militar, lo que sugiere su eliminación[57].

En la novela, la ficción nos sumerge en la hipótesis de que Cecilio Baso se ha retirado, con unos pocos leales, en Traconítide, *Argob* en el Antiguo Testamento: una región agreste, caracterizada por coladas de lava negruzca que cubren una amplia área al sur de Damasco.

La lava, compuesta de basalto y piedra pómez, forma una meseta volcánica salpicada de conos rocosos en la que también hay algunos manantiales volcánicos. La colada de lava tiene un grosor de 6 o 7 metros mayor del terreno circundante, por lo que sus límites están claramente delimitados y son defendibles.

La meseta tiene forma triangular con el vértice hacia el norte, mide aproximadamente 30 x 40 km, y se encuentra a una altitud de 600-900 metros sobre el nivel del mar; en la misma región, episodios volcánicos menores también han generado otras coladas de lava de modesta extensión con características similares.

Esta zona no puede definirse como completamente árida: en el interior de muchos de los cráteres se ha formado algo de terreno que permite el crecimiento herbáceo, en las cavidades naturales de basalto se acumulan modestas cantidades de agua y existen las condiciones mínimas y necesarias para el pastoreo.

Las enormes dificultades logísticas debidas a la presencia de lava siempre dificultaron el acceso y el tránsito por esta región, hasta la construcción de la *Strata Diocletiana* por voluntad del emperador Diocleciano a finales del siglo III, que amplió y mejoró las antiguas vías caravaneras y militares romanas, conectando Bostra con Damasco y el río Éufrates.

Traconítide e Iturea eran conocidas en la época de César por ser el refugio inexpugnable de bandas de asaltantes itureos y nabateos («amigos naturales» de Cecilio Baso, tras los sucesos de Apamea).

La necesidad de atravesar esta región con caravanas de mercancías procedentes del reino parto, y antes de este de la India, obligaba a las mismas caravanas a correr serios riesgos y, en ocasiones, a perder no solo su carga, sino también sus vidas.

A modo de conclusión, es interesante observar lo extendida que estaba la falsificación de documentos en la época de César, una práctica bien conocida en los círculos de los *argentarii*, en los *Tabularia* donde se registraban las propiedades y, por supuesto, en la política.

Baste recordar, para volver una vez más a Cecilio Baso, cómo se apoderó de parte de Siria con documentos falsos.

Dion Casio nos cuenta que sobornó a los legionarios de Sexto César, los de la legión XXXVIII, mostrándoles cartas falsas de Escipión que atestiguaban la derrota de César en África[58].

Según estos documentos, evidentemente falsificados pero que era imposible comprobar en poco tiempo, César no solo había sido derrotado, sino también asesinado, y al ser necesario redistribuir los mandos de las provincias, los mismos papiros le otorgaban a Cecilio el gobierno de Siria.

Documentos falsificados, bien aprovechados en el momento oportuno: una vez más, nada nuevo en el escenario de la historia.

LOS PERSONAJES

En Jerusalem

Fausto Quintilio – agrimensor

Hicesio – liberto griego

Cayo Osterio – centurión

Celio Bárico – *optio*

Arrio – *optio* del Cuerpo de Ingenieros

Cayo Centón – *optio*

Pez – legionario

Publio Condiano – tribuno al mando en el Barís

Labieno – centurión

Terencio – centurión ayudante del tribuno Condiano

Emilio Curvo – legado

Yael – contratista

Concesio Félix – tesorero de la guarnición

Antonio Varial – nuevo tribuno al mando en el Barís

Marcio Rufo – nuevo tesorero de la guarnición

Ahran – *argentarius* romano

Aquísar – *argentarius* en Jerusalem

Los Mercenarios

Abgar – auxiliar itureo, explorador

Hairán – auxiliar itureo, explorador

Valerio Rogato – decano de los mercenarios

Secundiano – mercenario

Masopis – mercenario egipcio

Pacaciano – veterano, mercenario

Obasi – mercenario egipcio

Cosso – mercenario

Emilio Vero – mercenario

Rutilio – mercenario cabecilla

Terah – mercenario sirio

Nisan – mercenario sirio

Proto – mercenario

En Palmira

Eleuterio Dazio – siervo, contable

Nourbel – oficial palmireno

Yarhay – noble, jefe de la guardia de Tadmor

Nabuzab – *argentarius*

Ioannes – cantero judío

Judith – judía

Esther – judía

En Traconítide y en Tiro

Cecilio Baso – legado

Nigidio Otón – tribuno

Aulo Vulsón – centurión

Sexto Colatino – *optio*

Demetrio – legionario (breve aparición)

Filón – legionario (breve aparición)

Lactancio – contable

Jacob – *argentarius* (Tiro)

Adlay – pastor itureo

Gneo Potito Voluso – legado

Sexto Pulicio – tribuno

Kalev – mercante

Menet – *argentarius* (seudónimo de Hicesio)

GLOSARIO DE LOS LUGARES GEOGRÁFICOS

Antioquía: Antakya (Turquía)

Apamea: Apamea (Siria, hoy desaparecida)

Bononia: Bolonia

Bostra: Busr as-Sam (Siria)

Cesarea ad Libanum: Arqa (Líbano)

Carras: Harrán (Turquía)

Damasco: Damasco

Galilea (Mar de): Lago de Tiberíades

Jaffa: Joppe, Jaffa (Tel Aviv)

Iturea: región al sur de Damasco (Siria)

Jerusalem: Jerusalén

Laodicea: Latakia (Siria)

Mantua: Mantua

Nahum: (Kefar Nahum) Cafarnaúm, Cafarnaum o Capernaum

Nazala: Al Qaryatayn (Siria)

Palmira: Palmira

Paneas: Caesarea Philippi (hoy desaparecida)

Ravenna: Rávena

Scythopolis: Beit She’an (Israel)

Tadmor: Palmira

Tarichea: Magdala

Thessalonica: Salónica o Tesalónica

Tiro: Tiro, Sur (Líbano)

Traconítide o Traconítida: región al sur de Damasco (Siria)

Turris Strationis: Caesarea (Israel)

UNIDADES DE MEDIDA

Las horas del día en la Roma Republicana

De las 24 a las 3: *tertia vigilia*
De las 3 a las 6: *quarta vigilia*
De las 6 a las 7: *hora prima*
De las 7 a las 8: *hora secunda*
De las 8 a las 9: *hora tertia*
De las 9 a las 10: *hora quarta*
De las 10 a las 11: *hora quinta*
De las 11 a las 12: *hora sexta*
De las 12 a las 13: *hora septima*
De las 13 a las 14: *hora octava*
De las 14 a las 15: *hora nona*
De las 15 a las 16: *hora decima*
De las 16 a las 17: *hora undecima*
De las 17 a las 18: *hora duodecima*
De las 18 a las 21: *prima vigilia*
De las 21 a las 24: *secunda vigilia*

Unidades de longitud

Dedo = 1,85 cm
Palmo = 7,41 cm
Pie = 29,65 cm
Paso = 1,48 m
Milla = 1,48 km

Monedas y su valor en la época republicana

Áureo = 25 denarios
Denario = 4 sestercios
Sestercio = 4 ases

GLOSARIO DE TÉRMINOS

Actus: unidad de medida de superficie agrícola que equivale aproximadamente a 6 hectáreas.

Adonias: festividad que celebraba la resurrección de Adonis (25 de marzo).

Ager publicus: territorio no cultivado propiedad del Estado. Se «centuriaba» o se desarrollaba mediante la construcción de vías y la regulación del agua (véase «centuriación»).

Architectus: técnico y constructor del ejército romano al servicio, en ocasiones, del propio César. También podía ser un técnico privado, no necesariamente militar, así como un liberto.

Argentarius (plural *argentarii*): banquero o cambista.

As: moneda con valor de 1/10 de denario o 2,5 sestercios.

Aureum (Áureo): moneda de oro introducida por César en la época republicana tardía (46 a. C.), con un valor igual a 25 denarios.

Banco: oficina de un *argentarius* (banquero) o de un cambista, banco.

Caligae: (cáligas): calzado militar, similar a una sandalia, con una gruesa suela de cuero de un par de centímetros de altura y dotada de resistentes clavos de hierro para mejorar el agarre en terrenos resbaladizos.

Cardo: línea de división agrícola o calle que discurría en dirección norte-sur, enmarcada en un plano urbano ortogonal o que indicaba una delimitación norte-sur en la centuriación.

Centuria: unidad de superficie en la base de la cuadrícula del trazado centurial, que consiste en una parcela cuadrada de 710 m de lado (equivalente a 478 pasos romanos) (superficie aproximada de 50 ha).

Centuria: unidad de la legión romana que agrupaba a ochenta legionarios distribuidos en una decena de *contubernia*. El conjunto de la centuria

estaba normalmente bajo el mando de un centurión. Dos centurias formaban un manípulo.

Centuriación (véase también *limitatio*): obra de saneamiento y de organización agraria de las zonas no cultivadas por la que se construían caminos según retículas estrictamente cuadradas y canalizaciones para eliminar el exceso de agua, a fin de permitir el paso de la misma para su uso agrícola.

Centurión: oficial al mando de una centuria del Ejército Romano, comparable a un moderno oficial de rango medio.

Ceriales (véase también *Ludi Cereales* o *Cerealia*): Festividad que tenía lugar del 12 al 19 de abril e incluía, además del sacrificio de una cerda a Ceres, procesiones nocturnas entre una multitud festiva que lanzaba nueces y dulces.

Collegium: asociación dotada de un estatuto que regulaba las actividades de los que ejercen la misma profesión.

Collegium Argentariorum: asociación o sociedad de banqueros que tenía por objeto el control del ejercicio de la actividad profesional y, en algunos casos, el reparto del riesgo en los préstamos.

Collegium Nautarum: cofradía o sociedad que tenía por objeto el transporte fluvial de mercancías y personas.

Compitalia (o *Ludi Compitalicii*): era una fiesta tradicional celebrada una vez al año, el 3 de enero, en honor de los *Lares Compitales* (los Lares de los cruces de caminos), divinidades protectoras de la familia y de los cruces de caminos, a los que la gente dedicaba pequeños templos erigidos cerca de donde se cruzaban las carreteras.

Contubernium: pequeña unidad del ejército romano, agrupación de ocho hombres a cargo de un decano.

Chorobate: instrumento con una tabla de agua que servía para medir los desniveles, similar a un nivel de burbuja.

Codo: unidad de longitud equivalente a unos 44 centímetros.

Damnatio memoriae: borrado del recuerdo de una persona mediante la destrucción de cualquier rastro (escritos y menciones en lápidas) que pudiera transmitirse a la posteridad.

Decumano: línea de división agraria y/o calle que corría en dirección este-oeste. Se cruzaba en ángulo recto con el cardo (calle que corre en dirección norte-sur) para formar un esquema urbano ortogonal.

Decussis: grabado en forma de cruz sobre pilares o hitos gromáticos que indica una referencia topográfica.

Denario: unidad monetaria básica, equivalente a 1/25 de *aureum* (a partir del 46 a. C.) y a 4 sestercios o 10 ases.

Dioptra: instrumento topográfico dotado de un visor móvil acoplado a una escala graduada horizontal y vertical apto a realizar mediciones angulares, para la obtención de mapas y cartografías a escala.

Dedo (*digitus*): unidad de medida de longitud equivalente a 1,85 cm aproximadamente.

Fluminis varatio: procedimiento en el que se utiliza la groma para calcular la anchura de los ríos, la extensión de ciénagas y humedales y la distancia de los barcos que se acercan a los puertos.

Garum: salsa líquida elaborada con vísceras de pescado y pescado salado que los romanos añadían como condimento a muchos platos.

Groma: instrumento de medición característico de los agrimensores que consistía en un soporte en forma de cruz con cinco líneas de plomada montadas en un marco especial en forma de cruz que se utilizaba para realizar alineaciones a la vista, incluso muy grandes, y dibujar ángulos rectos en el terreno.

Honesta missio: licenciamiento de los soldados al final de su servicio militar regular. Se les expedía un diploma grabado en una placa de bronce, se les pagaba una suma de dinero (normalmente de 12 000 a 20 000 sestercios), se les concedía el derecho de ciudadanía, si eran auxiliares, y a contraer un matrimonio legítimo. Los hijos eran ciudadanos romanos a todos los efectos.

Insula: edificio de varias plantas empleado para viviendas, equivalente a los actuales edificios de apartamentos.

Lanista: propietario de la escuela (*ludus gladiatorius*) donde los gladiadores romanos aprendían el arte de la lucha.

Laralia: festividad en honor de los *Lares* (1 de mayo).

Latrunculi: juego popular parecido a las damas.

Legua: unidad de longitud equivalente a 2,22 km aproximadamente.

Legatus legionis (legado): era el título del comandante de una legión.

Lex Roscia: ley aprobada en el 49 a. C. por Julio César por la que se concedía el *Plenum ius* a los ciudadanos de la provincia de la Galia Cisalpina que con la *Lex Pompeia de Transpadanis* habían recibido la ciudadanía latina en el 89 a. C., mientras que con la ley del 49 a. C. se les concedía la plena ciudadanía romana.

Libra romana: unidad de medida de peso que corresponde aproximadamente a 327 gramos.

Librarius Legionis: oficial encargado de las tareas administrativas del ejército.

Limitatio (véase también Centuriación): obras de saneamiento de tierras y organización agraria de zonas no cultivadas. Las carreteras se construían siguiendo cuadrículas estrictas y se construían también canalizaciones para eliminar el exceso de agua, de modo que pudieran utilizarse con fines agrícolas.

Limites quintarii: los cardos y decumanos secundarios de la centuriación, de 12 pies romanos de largo, es decir, 3,55 m, paralelos al *cardus maximus* y al *decumanus maximus*.

Ludi Cereales (véase *Ceriales*).

Lupercali: período de fiestas y jarana del calendario romano comparable a nuestros carnavales.

Mamuralia (o *Sacrum Mamurio*) antigua festividad que se celebraba el 15 de marzo. El rito consistía en golpear ritualmente, con unos bastones, a un anciano cubierto de pieles de animales.

Manumissio: documento o declaración verbal con la que el amo declaraba que dejaba libre a su esclavo.

Manumissio per epistulam: carta con la que el amo declaraba a su esclavo emancipado, que a partir de ese día obtenía la condición de liberto bajo la protección de un *patronus*.

Mansio (pl. *mansiones*): parada oficial en una carretera, gestionada por el gobierno central y puesta a disposición de dignatarios, oficiales o de

quienes viajaban por razones de Estado. Los huéspedes se identificaban con documentos similares a un pasaporte.

Milla romana: unidad de longitud que corresponde a 1480 metros y a 1000 pasos romanos.

Mutatio (pl. *mutationes*): parada o establecimiento para el cambio de caballos; se encontraban a lo largo de las vías consulares, a 15-18 millas de distancia la una de la otra.

Nummularius: numulario o cambista, persona experta que comprueba que el dinero no sea falso, y ensaya el oro y la plata.

Onza: unidad de peso equivalente a 27,26 gramos aproximadamente.

Optio: lugarteniente del centurión, suboficial.

Palmo: unidad de medida correspondiente a 7,41 centímetros.

Paso romano: unidad de longitud calculada entre dos apoyos del mismo pie (en la práctica corresponde a dos pasos tal y como los entendemos hoy en día); aproximadamente 1,48 m.

Patronus: abogado o persona experta en procedimientos legales.

Pértica: unidad de longitud equivalente a 2,96 m aproximadamente.

Pie: unidad de longitud equivalente a 29,65 cm.

Pilum (pl. *pila*): tipo particular de jabalina utilizada por el ejército romano en los combates a corta distancia. Normalmente, cada legionario llevaba dos, uno ligero y otro más pesado.

Praefectus Fabrum: oficial que coordinaba a herreros, carpinteros, constructores de edificios y máquinas de asedio, y gromáticos («agrimensores»).

Pugio: daga que formaba parte del equipo de combate de los legionarios.

Rudis: los gladiadores que habían luchado honorablemente recibían a veces la licencia con la entrega del *rudis*, una espada de madera.

Saturnalia: fiestas en las que se subvertía el orden social: los esclavos podían considerarse, temporalmente, hombres libres y cómo tales podían comportarse; se elegía por sorteo un *princeps*, una especie de caricatura de la clase noble a la que se asignaba todo el poder.

Sestercio: moneda con un valor de ¼ de denario.

Stipendium: el *stipendium* anual era la paga que recibía un soldado romano, de cualquier rango, a partir de la época republicana. Constituía la parte principal de los ingresos del soldado, que desde el final de la República comenzó a recibir, además del botín de guerra, un premio en dinero llamado *donativa*. El *stipendium* anual de un legionario era de 225 denarios, y para un centurión hasta cinco veces más.

Subligaculum: banda de tela equivalente a la ropa interior moderna.

Tablinum: Sala principal de la casa, salón.

Tabularium: oficina pública en la que se guardaban los actos públicos relativos a las leyes y a la propiedad, similar a un archivo o registro de la propiedad.

Talento (romano): unidad de peso, equivalente a 100 libras romanas (aproximadamente unos 32,7 kg).

Termas: uno de los principales lugares de encuentro de la antigua Roma, a partir del siglo II a. C. Casi todo el mundo podía acceder a las termas, incluso los más pobres, ya que en muchos establecimientos la entrada era gratuita o casi gratuita. Las numerosas termas eran un lugar de socialización, relajación y desarrollo de actividades vitales para hombres y mujeres que, en espacios y horarios separados, se bañaban completamente desnudos.

Tesserarius: mensajero, estafeta, el *tesserarius* del ejército romano era el soldado que, en el *castrum*, tenía la tarea de distribuir la tablilla de madera que llevaba inscrita la contraseña para entrar en el fuerte, pero a veces se ocupaba también de llevar órdenes.

Tribulus (abrojo o miguelito): clavos de cuatro púas que, independientemente de cómo se lancen, siempre dejan al descubierto una afilada púa de cuatro dedos, capaz de incapacitar tanto a un hombre como a un caballo.

Tribuno (*Tribunus militum*): oficial del ejército. En la época republicana había seis tribunos por cada legión. La autoridad se otorgaba a dos de ellos y el mando rotaba entre los seis. Los tribunos eran nombrados por el Senado y, para tener este cargo, bastaba con formar parte de la clase senatorial.

Valetudinarium: enfermería, hospital.

Via glareata: vía construida con una base de adoquines de varios tamaños y un revestimiento superficial de grava prensada.

Vicus: conjunto de casas y terrenos de modesto tamaño.

Yugada: medida agraria de superficie equivalente a la superficie de tierra que se podría arar en un día de trabajo con un par de bueyes. Corresponde a un cuarto de hectárea aproximadamente, 2519 m^2.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todos los lectores, espero que hayan pasado unas horas agradables leyendo esta novela sobre las vicisitudes de gente normal y corriente pero tenaz, y arrastrada por la corriente de acontecimientos históricos más grandes que ellos.

Gracias también a todo el equipo que ha acompañado y hecho posible la larga redacción de esta novela: Giuliana, Bart y Alessandro, que se comprometieron con sus útiles sugerencias; Joachim, por sus valiosos consejos sobre la ambientación y el realismo de los acontecimientos; Tom, en la parte editorial, y Valentina, por la maquetación de la portada y las indefectibles sugerencias del texto «*De re coquinaria*».

Un agradecimiento especial a mis lectores beta Claudio, Maria, Michele, Marina, y por supuesto, a mis editores Alberto, Chiara, Carlos y Alice, por la pasión y la profesionalidad invertida en este proyecto.

Notas

[1] En esta novela todos los personajes se tutean, tal y como se acostumbraba en latín, la lengua en la que se expresaba el ejército romano. <<

[2] *Vitis*, bastón de mando de los centuriones. **<<**

[3] *Argentarius*: banquero. <<

[4] Banco: actividad de *argentarius* o de cambista, banca. <<

[5] Oficina pública donde se registraban escrituras similares a las de nuestro Catastro. <<

[6] Asociación de banqueros cuyo objeto era controlar el ejercicio de la actividad profesional, y, en ocasiones, compartir el riesgo en los préstamos. <<

[7] Pilares de mármol que llevan una referencia topográfica, generalmente una cruz llamada *decussis*. **<<**

[8] Broches decorativos que podían añadirse al uniforme de los oficiales superiores en reconocimiento al valor especial demostrado durante el combate. <<

[9] Turris Strationis, Cesarea Marítima. <<

[10] Plural de *gladius*, la espada corta del ejército romano. **<<**

[11] El bastón coronado por una bola de bronce era el símbolo distintivo del *optio*. <<

[12] Traconítide, región al sur de Damasco, es una meseta volcánica salpicada de cráteres de basalto y manantiales volcánicos. La colada de lava que lo cubre es 6 o 7 metros más alta que la zona circundante y mide aproximadamente 30 x 40 km. <<

[13] El 213 a. C. <<

[14] *Honesta missio*: la licencia de los soldados al término de su servicio militar regular. Se expedía un diploma grabado en una placa de bronce y se pagaba una suma de dinero. <<

[15] Iturea es una región semidesértica al sur de Damasco. **<<**

[16] El *dazio* (que se pronuncia «dacio») es la aduana, arancel. **<<**

[17] El río Danubio. <<

[18] *Manumissio*: documento con el cual el amo declaraba libre al esclavo. <<

[19] *Peregrinus*: ciudadano de segunda categoría, privado del derecho de ciudadanía romana. <<

[20] Leónidas de Tarento, VI, 306. <<

[21] Jefe de la caravana, persona conocedora de los lugares y en la conducción de grupos de personas y animales. <<

[22] «*La tarifa*» era una especie de arancel para atravesar Palmira. **<<**

[23] Kefar Nahum, la actual Cafarnaúm. <<

[24] O Lago de Tiberíades. <<

[25] En tiempos de César, 1 dracma equivalía a aproximadamente 4,5 sestercios. <<

[26] La noria es una rueda hidráulica utilizada para elevar el agua de un curso de agua superficial y regar la tierra. En la antigüedad, la giraban animales de carga o esclavos. <<

[27] Apodo despectivo para las prostitutas. <<

[28] Cinta de tela equivalente a la ropa interior moderna. <<

[29] Unidad de medida para líquidos equivalente a 3 litros y un cuarto, aproximadamente. <<

[30] Apicio, *De Re Coquinaria*, «*In Strutione*», VI, I. <<

[31] Pueblo en la orilla meridional del Mar de Galilea. <<

[32] En el año 52 a. C., Casio Longino esclavizó a sus 30 000 habitantes. <<

[33] El año 50 a. C. <<

[34] La actual Harrán (Turquía). <<

[35] El año 48 a. C. <<

[36] La tinta ferrogálica ya se utilizaba en época romana. <<

[37] *Decimatio*: castigo extremo infligido a unidades enteras para castigar motines o actos de cobardía, matando a un soldado de cada diez. **<<**

[38] El *Pontus Euxinus*, el actual Mar Negro. <<

[39] 10 de julio del 711 AUC (año 43 a. C.). <<

[40] Talento romano: 32,7 kg. <<

[41] 9 de agosto del 711 AUC (año 43 a. C.). <<

[42] A las cuatro de la tarde. <<

[43] 20 de agosto del 711 AUC (año 43 a. C.). <<

[44] La actual Beit She’an, en Israel. <<

[45] Apicio, *De Re Coquinaria*, «*Tetrapus in apro*», VIII, I. **<<**

[46] Apicio, *De Re Coquinaria*, «*Ius in aprum elixum*». VIII, I. <<

[47] Yugada: unidad de medida de superficie equivalente a unos 2500 metros cuadrados. **<<**

[48] Donde hay sociedad (civil), hay derecho (la ley). <<

[49] *Cingulum* (*militare*): cinturón de cuero para sujetar el *gladius*. Llevaba tiras de cuero sujetas a la parte delantera con piezas y tachones metálicos. <<

[50] En ocasiones a las prostitutas de los lupanares se les llamaba las burritas.
<<

[51] Apiano: *De bellis civilibus* Lib. V, 9. <<

[52] Estrabón, *Geografía*, XV, 2,10. <<

[53] Cicerón, *Ad familiares*, XII, 11, y XII, 12. <<

[54] Flavio Josefo, *La guerra de los judíos*, I, 214-217; *Antigüedades judías*, XIV, 268-272. <<

[55] L. Canfora, *Augusto figlio di Dio*, pág. 281. <<

[56] Dion, XLVII, 28, 4. Igualmente en: Estrabón, *Geografía*, XVI, 2,10. <<

[57] Una exhaustiva reconstrucción de las fuentes con sus contradicciones y un intento de cronología puede encontrarse en: Luciano Canfora, *Augusto Figlio di Dio*, Laterza 2015. <<

[58] Dion, XLVII, 26, 5. <<

ÍNDICE